

Verónica Mengual



LADY V.

NO QUIERE
CASARSE



VESTALES

Mengual, Verónica

Lady V. no quiere casarse. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-59-1

1. Narrativa. 2. Novelas románticas. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2019.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-59-1

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*A los hombres de mi vida.
En especial a ti,
que cada día,
desde que te fuiste,
me marcas el camino que debo recorrer.*

*A las mujeres de mi vida.
En especial a ti,
que cada día,
desde que se fue,
me llevas de la mano sin dejar que caiga.*

PRÓLOGO

Acababa de entrar por la puerta y ya se estaba arrepintiéndose de haber regresado de Francia.

—Son como una plaga. Creí que ya se habrían marchado —bufó el marqués de Ailsa mientras las oía reír, gritar y cantar. Al menos no había llantos... aún.

—Te recuerdo que una de ellas es tu prima —contestó la mujer que estaba sobre un bonito y cómodo sillón.

—No necesitas repetirlo, tía, bien sé que ella es mi responsabilidad. Cada día, cuando me levanto, le pregunto al cielo qué crimen habré cometido para estar pagando tan alto precio.

—No te sienta nada bien ser tan dramático, Patrick —observó la marquesa viuda de Ailsa con una sonrisa, para quien quedaba claro que su sobrino, aunque adoraba a las niñas, estaba harto de tener que atender a todas ellas.

—¿Quieres que hablemos de las últimas hazañas de tu querida hija? «La inalcanzable» la han apodado ya en Londres, ¡y no lleva más que una temporada! Voy tapando sus desmanes como puedo. Le he puesto un guardaespaldas, un hombre curtido en la batalla, ¡un caballero que ha venido a renunciar a su puesto tres veces! No puede seguir así.

—Creo que es más urgente que conozcas las novedades de Lena primero.

—¿Qué ha hecho ahora? —Era una pesadilla, las misiones en Francia eran mil veces más sencillas que lidiar con esas tres pequeñas arpías que lo volvían loco. Al menos aún no era responsable de la cuarta. Le dolía la cabeza, y solo habían pasado cinco minutos desde que había entrado en la casa.

El marqués de Ailsa, Patrick Manchester, todavía estaba en la puerta de la sala de visitas mientras miraba a su tía Elvina, sentada. Parecía muy tranquila, y cuando estaba en ese estado... El marqués se sintió tentado de girar para buscar la puerta de salida de la mansión. «Solo dos zancadas y estarás fuera, Patrick», se dijo.

—Un escándalo —comentó la marquesa mientras tomaba el té con bocadillos sin inmutarse. Ahí Patrick ya supo que ella lo había descubierto. Por suerte, la matriarca de los Manchester no trabajaba para los franceses, porque, si no, habría estado perdido.

—¡Por supuesto! He estado afuera unos pocos meses, y esto es un desastre. Y para colmo no está Anthony, si lo hubiera dejado al mando...

—Tu hermano tuvo sus problemas también. Y bueno, sabes que ellas no le tienen ningún respeto, nunca se lo han tenido, ni le reconocen autoridad alguna. Al menos no como a ti.

—¿A mí? —volvió a bufar el hombre—. Tu bendita hija y sus amigas solo conciben una autoridad: la suya propia, Elvina.

—¿Usas mi nombre ya, Patrick? ¿Vas a castigarme y enviarme a mi habitación? —inquirió ella en tono jocosos.

—Estás muy graciosa esta tarde y no lo estarías tanto si supieses las ganas que tengo de huir despavorido de esta casa ahora mismo.

—No puedes renegar de tus obligaciones —lo regañó ella.

—Pero es que son demasiadas. Mi trabajo para la corona me exige mucho menos que el que me demanda ser la cabeza de esta familia. Además, ¿por qué tengo que actuar yo como el padre de todas ellas?

—El único que de verdad se encarga de su hija es tu buen amigo, el señor Harrelson.

—Sí, otro pobre que debió de hacer algo muy malo en otra vida —conjeturó Patrick.

—Su mujer es una excelente persona, no digas eso.

—Su mujer sí, pero su hija...

—Al menos por ahora Emma no es tu responsabilidad. Aunque creo que tendrás trabajo pronto.

—¿Te has enterado? —No debería extrañarle que esa mujer lo supiese siempre todo.

—Sí. ¿Cuánto le queda?

—Los médicos no lo saben con certeza, pero aun así las perspectivas no son alentadoras.

—Lo siento tanto... Es un buen hombre —se compadeció la señora.

—Uno de los mejores, pero ambos sabemos a ciencia cierta que esos son siempre los que se van primero.

—Lamento que no tengas más recuerdos de tus padres.

—No me quejo, tía. Anthony y yo tuvimos suerte contigo y con el tío William.

—Él se sintió siempre culpable por el atentado. Habría deseado ser él quien hubiera muerto entonces. Ustedes eran tan pequeños, Patrick, que...

—Tía, por favor. —Él siempre rehuía de esa conversación.

—Hablemos de otros temas más amables, pues. ¿Sabes que Valerie puede ser una influencia...?
—No encontraba la palabra adecuada.

—¿Mala? —arriesgó él con su característica ceja sardónica alzada.

—Fuerte. Mi hija no tiene en su ser ni una pizca de maldad —dijo con mucha convicción Elvina.

Valerie era igual que ella, una mujer enérgica y decidida. Era normal que identificase a otras mujeres similares y se sintiese cómoda en ese círculo. Lena, por ejemplo, hacía ya un largo tiempo que estaba viviendo en la casa Manchester. La joven era hija de unos marqueses caídos en desgracia, y cuando Valerie se había presentado con el baúl de aquella amiga, ella se había sentido incapaz de hacer otra cosa que no fuera darle la bienvenida.

—Sí, fuerte. Y eso me recuerda mi siguiente pregunta: ¿de quién fue la idea de lo de Chesterfield?

—Fue una niñería. —Elvina rio al recordar aquello. Lena, Emma y Valerie eran un equipo letal; eso sin mencionar a Gertrude.

—Él no lo ve así.

—Emma se veía tan preparada... Fue todo muy gracioso, él no tiene por qué estar enfadado por aquello.

—Cuando lo veas, se lo dices tú misma, aunque no creo que comparta tu visión. Emma no parecía Emma, la vi de pasada y me quedé asombrado. Es evidente la mano de tu hija ahí.

—¡Como si Valerie fuese la culpable de todos los males del mundo! Además, tu amigo debería estar contento por su visita —porfió Elvina.

—Repito: él no lo ve así.

—¿Te contó algo al respecto?

—No sabe que estoy al tanto de todo, pero estaba muy extraño. No quiero ni pensar lo que lo tenía tan confundido, porque si me detengo a imaginarlo... —Negó con la cabeza—. Es alarmante, y ya tengo bastantes preocupaciones.

—Pues que no se martirice tanto. Apenas se marchó Emma, nos endosó a su hermana.

—Medio hermana —la rectificó él, rápido.

—Como sea. Esto parece ya una casa de caridad. No me malinterpretes, no me quejo. Valerie nunca ha sido tan feliz, pero, si tú no vas a estar aquí, no creo que yo pueda manejarlas a las tres.

—¿Tres? —preguntó él, nervioso, a pesar de que era una persona tranquila. No sabía lo que estaba ocurriendo con su propia mente los últimos tiempos. Bueno, cierta idea tenía, pero no estaba dispuesto a examinarla en profundidad, y menos en ese momento, en que la mirada inquisidora de su tía caía sobre él como si tratara de leerlo. El marqués de Ailsa puso su mejor cara de póquer.

—Sí, tres, ¿no las has oído al entrar? —continuó ella mientras lo escrutaba.

—Tengo entendido que arreglaste lo de Lena —cambió él de tema.

—Veo que, incluso cuando estás lejos, te mantienes al tanto de todo.

—Por favor, tía, no soy quien soy, ni podría hacer lo que hago, si no fuese capaz de saber que tú te ocuparás de todo el escándalo. Además, sé de buena fuente que ella está contenta con tu intervención. —Elvina alzó la cabeza a modo de silenciosa pregunta—. No te hagas la sorprendida ahora, supiste que yo conocía los detalles al verme entrar por la puerta.

Elvina no se molestó en negar la acusación. Su sobrino era infalible a la hora de calar a una persona, pero ella no distaba mucho de él: era una experta también en la materia.

—Tú no estabas, alguien tenía que encargarse. Lord Rosings no es un mal tipo, pero ella es un poco joven. Creo que será mejor que esperen unos años para casarse. El título de prometida puede protegerla, y así tendremos tiempo de saber si obramos bien, ella y yo.

—Me parece bien. Y ahora dime quién es la otra en la ecuación. Emma se marchó, así que ¿por qué hay tres chicas arriba? —Era hora de poner las cartas sobre la mesa. Patrick no era tonto y veía la expresión de curiosidad de su tía. Era mejor decirle la verdad o se condenaría todavía más.

—¡Oh, querido!, mientes muy mal —lo incriminó la matriarca con una sonrisa de oreja a oreja.

Maldita Elvina, que lo hacía sentir de nuevo como un niño al que acababan de pescar en una falta, pensó él.

—No lo hago nunca —contestó el marqués a la defensiva.

—Pues disimulas muy mal. —Elvina se puso seria—. Conoces a la perfección el nombre de la tercera. Tu preocupación demuestra que...

—Se cayó de un caballo —la cortó con aspereza—, ¿qué querías que hiciese? Es la hermana de Ches, era lógico que estuviese intranquilo.

—Medio hermana dijiste antes. Hay que ver lo bien que usas las palabras cuando te conviene, sobrino, pero olvidas que estás hablando conmigo. No trates de poner distancia, Patrick.

—No diré nada más.

—Como quieras. Eso no implica que yo no pueda preguntar. ¿También estabas loco de preocupación cuando la sacaste a bailar en su primer baile en sociedad? —lo regañó ella.

—Ches me lo pidió, no podía negarle ese favor.

—¡Oh, por favor! Escóndete cuanto quieras tras las palabras y las excusas... Despotricaste como un bebé cuando Ches te lo pidió. —Elvina chasqueó la lengua—. Hasta que la viste, claro.

—Dado que eres clarividente, tía, —declaró, con la idea de que la mejor defensa era un buen ataque—, sabrás lo que implicaba que yo la sacase a bailar esa noche: su reputación subiría como la espuma.

—Y subió, cosa que no te agradó demasiado. Pero, aunque estoy algo mayor, sobrino, creo recordar que dijiste a Ches que bailarías con ella si no tenías más remedio, que no sería un vals y que lo harías cuando ya casi no quedase gente en la fiesta. —Elvina lo estaba picando, y se veía que lo disfrutaba. Patrick maldijo por lo bajo.

—No me acuerdo muy bien. —No estaba mintiendo, porque los recuerdos estaban difuminados en su mente.

—¿Seguro de que no? Yo sí. Te plantaste delante de ella después de que Ches la soltó para ser su compañero en el segundo vals. Al menos no hiciste el numerito que haces con Valerie. —Elvina chasqueó de nuevo la lengua al verlo tan contrariado. Lo había criado ella misma, y él aún se empeñaba en ocultarle sus emociones. ¡Como si una madre no conociese a sus hijos! Aunque ella no le hubiera dado la vida, lo había querido como si lo hubiese parido.

—Si me disculpas, tía, tengo mucho trabajo pendiente. Estaré en mi despacho.

—No te he contado todo lo referente a Lena aún, y tenemos que hablar de Valerie.

—No hace falta, estoy al tanto y apruebo tu intervención. Si Lena es feliz con el resultado, me parecerá bien. Y en cuanto a tu hija, dudo de que podamos disipar sus intenciones sobre lo que se propone. Esperemos a ver cómo se desenvuelve todo. No he perdido la esperanza todavía de que alguien consiga centrarla.

Patrick estaba ya alcanzando la puerta. No tenía tiempo para ocuparse de otra cosa que no fuesen los asuntos de los que dependían miles de vidas. Que ella estuviese en la casa no tenía la menor importancia, trató de convencerse.

—Su padre vendrá a buscarla mañana.

—¡No! —Era inevitable que la negativa escapase de su boca como un rayo.

—Se la llevará mañana. Ches salió demasiado despavorido con Emma y no ha regresado desde entonces. Yo, si fuese tú, sobrino, prestaría atención a eso.

—Ches no está interesado. Él... Ella...

—Sé todo, pero sí está interesado.

—No puede ser —insistió él.

—Lo sé también, pero eso no quita que vaya a intentarlo tarde o temprano.

—Yo no lo permitiría nunca. —Ches era uno de sus mejores amigos, pero sus gustos eran demasiado... peculiares, y Emma no estaba hecha para lo que el bueno de Chesterfield necesitaba.

—¡Un momento, Patrick! —Nadie lo descolocaba jamás, pero esa conversación estaba consiguiendo hacerlo sentir un estúpido. Odiaba que su tía Elvina hiciera eso, porque era uno de los hombres más poderosos del mundo, el más instruido y el más intuitivo, y solo una mujer, o en realidad dos, lo podían dejar sin palabras. Patrick no dijo nada, se quedó en la puerta listo para marcharse en cuanto oyese la recriminación de su tía, pues sabía que el tono que ella acababa de utilizar vaticinaba algo trascendental.

—No es malo ser humano y permitirse amar —continuó ella con voz maternal, comprensiva.

—No, no lo es—coincidió él—, pero las obligaciones son lo primero.

Patrick salió de la estancia para encerrarse en su despacho. Ella estaba en esa casa, bajo su propio techo, y él solo podía pensar en aquel único vals que habían bailado. En aquel momento, el todopoderoso Patrick se había convertido en un novato imberbe a causa de una de las mujeres que más lo habían fascinado en toda su existencia. No debía pensar más en ello, pues tenía cosas más importantes en las que centrarse: el futuro de su prima, lady Valerie Manchester.

CAPÍTULO 1

La apuesta

Sí, lady Valerie Manchester estaba dispuesta a darle una buena lección a ese bribón, al conde de West, Eliot Hamilton. Le haría saber que con ella no se jugaba. Ese libertino fanfarrón había apostado en White's, el club de hombres más famoso de Londres, que él comprometería la reputación de la joven, y V. —como sus más allegados la llamaban— no estaba dispuesta a consentirlo. Había trazado un plan para dejarlo en evidencia y, de paso, darle una lección, pues hacía un tiempo que Valerie se dedicaba a impartir disciplina a los caballeros más disolutos del reino. El baile de esa noche era el lugar apropiado para su siguiente movimiento.

Eliot se acercó a ella con la mejor de sus sonrisas. Era muy apuesto. Le pidió un baile, a lo que ella no pudo negarse. De hecho estaba deseando que lo hiciera. Justo cuando aceptó aquel ofrecimiento para la siguiente pieza, miró hacia donde se encontraba su primo. Patrick era uno de los hombres más importantes de toda Inglaterra y, con una ceja ligeramente alzada, estaba advirtiéndole que tuviese cuidado y que no jugase con fuego. Ella puso los ojos en blanco y tendió una mano hacia Eliot. Era un vals, y Valerie intuía que en esa pieza él intentaría iniciar un acercamiento. Estaba segura de que le pediría salir al jardín con la excusa del calor, y sí, ella le seguiría el juego.

El vals era ya de por sí una danza que duraba mucho, y tener que aguantar a ese petimetre tan cerca durante tanto tiempo estaba haciendo del plan un auténtico suplicio.

—Permítame decirle, lady Valerie, que esta noche está usted extremadamente hermosa.

—Es usted muy amable. —Otra falsa sonrisa se dibujó en el rostro de ella.

Tenía que reconocer que el conde de West se movía muy bien. Claro que era probable que debiera esa fama de libertino a las conquistas conseguidas gracias a sus buenas maneras y su excelente educación. Su apariencia también había ayudado a que más de una jovencita hubiese perdido la cabeza y se hubiese dejado arrastrar hacia la tentación que él ofrecía.

Bueno, ella ya tenía veinte años y no había recibido una instrucción convencional. Su madre, la marquesa viuda de Ailsa, y su padre, William, que en paz descansara, la habían educado como la noble dama que era. Estudios, modales, etiqueta, pintura... Le habían inculcado a la perfección una cultura, pero luego se había peleado con Patrick para que él acabase de formarla a su modo.

Ser mujer en el seno de los Manchester no era una desventaja. Sus padres, por suerte, estaban muy adelantados, y su madre no veía diferencia entre caballeros y damas. Ante la sociedad, eran impecables, encajaban sin problema. De hecho, la marquesa viuda era una gran matriarca escuchada y temida por las otras madres. Ese hecho, sumado a que Patrick fuese el hombre más imponente, peligroso, inteligente, intuitivo y poderoso de todo el reino, contribuía a que Valerie fuese intocable, y ella lo agradecía.

Se sentía feliz de que el estúpido del conde de West se creyera capaz de tentarla, porque las pasadas semanas habían sido muy insípidas, pero entonces él le había dado un nuevo proyecto. Ella ya saboreaba el triunfo, y una sonrisa asomó de sus suaves y gruesos labios.

—Me alegro de que este baile la haga sonreír, milady. Eso quiere decir que lo hago bien. —El muy iluso no sospechaba nada.

—De hecho, sí. Estoy pasándolo muy bien con usted, milord. —Aquello era verdad, pues ya sentía la anticipación por la diversión que no iba a tardar en llegar.

En ese instante, una siniestra sonrisa apareció en el rostro del conde. Aquel no era más que el gesto de un depredador que se veía a punto de cazar a su víctima.

En efecto, cuando terminó la danza, él estuvo satisfecho con lo que creyó que había sido el prelude de una seducción. No podía estar más equivocado. Pobre hombre.

—¿Salimos a tomar un poco de aire?

Valerie se sorprendió ante lo directo que era. Eliot Hamilton lo notó y se apresuró a convencerla.

—Le prometo que me portaré bien. Nos mantendremos a la vista de todos —explicó en tono de confidencia.

—Sí, tengo bastante calor, es una idea excelente. Sé que es usted un completo... caballero. —Estuvo a punto de sucumbir al gusto de decirle lo que le dictaba la razón. ¡Qué difícil era mantener esa fachada de perfecta dama ingenua!

De nuevo miró con cautela a su primo, quien la observó tomar rumbo hacia las puertas francesas del brazo del conde de West.

Pero Patrick no era el único que miraba a la joven pareja salir en busca de la intimidad de la noche. A pocos metros del marqués de Ailsa, otro apuesto hombre, el duque de Lennox, Jason Sinclair, se ponía tenso al ver cómo Patrick permitía que Valerie escapase por la puerta con ese sinvergüenza. Era imposible que el primo de ella no estuviese al tanto de la apuesta. Jason sabía que, en un alarde de ego, Eliot había proclamado que él sería quien llevaría al altar a la inalcanzable e inaccesible lady Valerie Manchester y que había apostado por ello en el libro de White's unas tres mil libras. Por supuesto que al conde de West solo le importaban las conexiones

de la familia de ella, y eso lo sabía bien el duque. De hecho, estaba seguro de que el único deseo de ese impresentable era emparentarse con Patrick a toda costa, y ella, hermosa y tentadora, iba a ser un daño colateral en el plan de aquel canalla.

La ira de Jason Sinclair se encendió al comprobar que Patrick no movía ni un solo músculo mientras Valerie salía con ese maldito. Entonces no pudo más. En dos zancadas, se acercó a él para recriminarle aquella actitud.

—¿No vas a hacer nada?

Patrick se sorprendió al ver al duque de Lennox tan sobresaltado, quien tenía la reputación de ser comedido, por no decir frío y calculador. Decían de él que era un hombre sin sentimientos. Rara era la ocasión en que mostraba sus emociones, y esa pregunta que acababa de hacerle extrañó sobremanera al marqués, quien esbozó una sonrisa.

—Buenas noches a usted también, excelencia. —Decidió seguirle el juego. Patrick estaba al tanto de todo en Londres; bueno, no solo en Londres. Se informaba sobre los temas relevantes en el mundo, y era evidente que eso incluía todo lo relacionado con su familia, pero por primera vez en la vida imaginó que algo se le había podido escapar. Se sintió esperanzado, incluso divertido, por lo que empezaba a maquinarse su mente.

—No te creía un hombre capaz de echarse a un lado —siguió el duque con los ataques.

Ahí estaba. Jason era conocedor de la apuesta y, al igual que el propio Patrick, había visto salir a Valerie con Eliot Hamilton, colgada de su brazo.

—Ella está bien. Te aconsejo que no te metas. —No mentía, esa mujer había sido instruida en todo tipo de enseñanzas: conocía de armas y de defensa personal, aunque la esgrima no se le daba demasiado bien. Además, él le había asignado, desde que había sido presentada en sociedad, un guardaespaldas que la vigilaba en todo momento.

—Me has defraudado. Supongo que tendré que hacer yo aquello de lo que tú reniegas.

Dejó al marqués plantado con la palabra en la boca pero con una sonrisa que le subió hasta los ojos.

El duque salió al jardín en busca de lady Valerie al tiempo que refunfuñaba y maldecía a Patrick. No tuvo que buscar muy lejos, y lo que vio lo dejó sin aliento, como sin sentido.

El conde de West estaba susurrando algo al oído de Valerie, y ella parecía estar a punto de sucumbir a las tretas de seducción de aquel hombre. Entonces observó a la joven mirar hacia todos los lados probablemente para comprobar que nadie los estuviera viendo. Jason Sinclair estaba a un paso de intervenir cuando ella alzó una rodilla para asestarle un certero golpe en la entrepierna a Eliot. Al duque le dolió aquello solo de verlo. Y más sorprendente fue lo que oyó decir a la dama desde su escondite.

—Es usted el peor de los canallas. Dé gracias por que, dentro de un par de días, el dolor habrá remitido. Pero recuerde que fue una mujer quien lo puso de rodillas y que esa misma mujer le recomienda que deje de torturar a las jóvenes. Cásese, siente cabeza, y no tendré que decirle a Patrick que actúe. Considere esto una advertencia, milord, porque la próxima vez no seré yo quien se la ofrezca, sino que será mi primo quien decida los términos, y créame que no le gustará en absoluto.

—Maldita, ¿se puede saber por qué va calentando a un hombre para luego hacer lo que ha hecho? ¡Zorra!

—Eliot, no me ponga a prueba. —Ella alzó la ceja con el mismo estilo que empleaba su primo. Esa señal le indicó al libertino que la muchacha conocía las intenciones que él había tenido de comprometerla y que, si volvía a insultarla, era probable que se metiera en un buen lío. Comprendió el mensaje implícito.

Cuando Valerie lo vio salir presuroso del lugar, se sintió poderosa. Había dado ya varios escarmientos a otros hombres y, sí, a algunas mujeres malintencionadas y entrometidas también, pero ese canalla había significado todo un reto. Por fortuna el guardaespaldas no había saltado sobre ellos para darle una paliza al conde. Entonces comprendió que Patrick había cedido a los deseos de ella porque había reconocido que podría manejar la situación. Su primo siempre iba un paso por delante de todos.

Tras la partida de su acompañante, respiró hondo y...

—Excelencia, no lo tenía por un chismoso mirón. —Jason no se sobresaltó. No; porque, aunque estaba gratamente sorprendido, algo escandalizado y bastante excitado, él era un bloque de hielo y podía aparentar normalidad siempre, fuesen cuales fuesen las circunstancias.

Con toda la calma del mundo, salió de detrás del árbol desde el que había presenciado la secuencia.

—Lady Valerie Manchester, yo no la tenía a usted por una insensata —retrucó con tono recriminatorio.

—¿«Insensata»? Yo pensaba que iba a emplear usted otro término más apropiado, como, por ejemplo, «heroína». Ya era hora de que alguien le diese un escarmiento a ese inútil. Yo me vi obligada a actuar, ningún hombre se habría atrevido jamás, por lo que creo que era mi deber, aunque yo tan solo sea una indefensa mujer, ¿no? —lo retó a que negase la última parte del argumento.

—¿Usted, indefensa? Sabía que era impulsiva, pero no una mujer sin sentido, milady. ¿En qué pensaba al dejar acercarse al conde de West? Y ya que estamos: ¿en qué estaba pensando su primo al permitir toda esta escena? —Jason no podía creer aún que el marqués no se hubiese encargado de hacer justicia por su propia mano.

Él parecía calmado, no había alzado ni un poco la voz. Se mostraba muy seguro de sí mismo, y Valerie no apreció ni un solo atisbo de sentimiento ni emoción en aquellas palabras. Sin duda, ese hombre era frío como un témpano. Lamentó que fuese así. Con esos ojos verdes, esos labios finos pero tan expresivos, el cabello negro corto peinado con pulcritud, y qué decir de esos anchos hombros... Jason no era un hombre demasiado corpulento, pero sí estaba muy, muy bien formado.

Ese cuerpo tentaba a Valerie, pero no así su carácter, pues se imaginaba que ese hombre sería insulso en la cama. Se preguntó si, con caricias, sería capaz de perturbar el rostro y las emociones de ese duque. Ella tenía claro que no iba a casarse, pero estaba decidida a probar los placeres de la vida y, cada vez que se cruzaba con alguien que podía valer la pena, analizaba si sería un buen candidato para lo que ella tenía en mente. Estaba claro que el duque de Lennox no era un aspirante firme, el instinto le decía que ese varón le traería problemas, y Valerie, al igual que Patrick, solía prestar atención a esas corazonadas. Tras sopesar todo argumento, decidió poner fin a la conversación con el duque. No valía la pena coquetear con él.

—Que tenga usted una buena noche, excelencia. —Dio un paso para tratar de esquivarlo y dirigirse de nuevo al salón de baile, pero él la agarró del brazo y la acercó.

—No sé qué está haciendo, pero no es una buena idea, milord —continuó ella un poco inquieta ante el giro de los acontecimientos—. Le ruego que dejemos el tema aquí y que me suelte. No le gustarán las consecuencias inmediatas. —Ya se imaginaba cómo su guardián saltaría sobre el caballero.

—Ahora no es el momento de poner a prueba mi paciencia. Alguien tiene que darle una lección, porque, aunque el conde de West se merecía el dolor y vergüenza que habrá sentido por su rodillazo, usted tampoco puede salir impune de esta situación.

No hubo más palabras, pues Jason Sinclair selló la afirmación con un beso. Valerie supo el momento exacto en que el duque decidió que iba a besarla y se preparó para descubrir si su instinto le había dicho la verdad. El corazón comenzó a martillarle con fuerza. Él era apuesto y seguro de sí mismo. Ella ya había sido besada, y no pocas veces, dado que aquellas misiones como castigadora de libertinos a veces se torcían, pero aún no había sentido la pasión arrolladora de la que tanto había leído en los libros.

Valerie notó entonces el breve contacto de los labios del duque. Fue rápido, sin fuego, sin ardor, sin emoción. No sabía si sentirse aliviada por saber que su instinto había estado en lo cierto, furiosa porque él se había atrevido a colocarle la boca encima o sorprendida porque Danny, su guardián, no había intervenido. Tan soso, insulso y sin sentido había sido ese beso que ni siquiera el guardaespaldas había considerado interponerse en el camino. Sin duda ese no había sido el típico contacto perfecto de novela rosa; más bien todo lo contrario.

—Eso le enseñará a que no está a salvo de nada y de nadie. Espero que sea más sensata en el futuro y que no vuelva a caer en una situación comprometedor. —«Maldita mujer», pensó él. Maldita ella por acabar con su temple. Él, que nunca había asaltado a una dama en toda su vida.

—Buenas noches.

Ella no estaba preocupada. Patrick la mantenía vigilada, y Danny estaba con ella, aunque nadie lo viese pues era un auténtico camaleón.

Frustrada por que ese caballero tan apuesto y fuerte no fuese capaz de hacer saltar la chispa en ella, regresó al baile. Él era un buen hombre, una persona responsable, ella lo sabía. No había oído jamás una queja sobre él. Sospechaba que era honorable y que, por ese mismo honor, se había contenido con ella, lo que la ponía de aún más mal humor. Ella, que se jactaba de ser tentadora y exquisita —no, no era vanidosa, pero conocía sus atributos y sabía cómo sacar partido de su cuerpo—, sentía la autoestima por los suelos ante la idea de que él hubiera sido capaz de contenerse y no dejarse llevar por la pasión del momento. Desechó esa imagen de inmediato. Ella era capaz de hacer perder el control a cualquiera, lo que sucedía era que él no tenía emociones ni sentimientos. Entonces su humor mejoró.

Entre pensamientos y reflexiones, no se percató de que Patrick se le había acercado y la observaba con interés.

—No sé qué cavilas.

—¿El marqués de Ailsa no sabe en qué piensa alguien? Eso es nuevo —ironizó ella.

—Bueno... —Una sonrisa malévola se asomó en él—. No sé si estás pensando en el coqueto beso del duque o en el golpe en las partes privadas que le has atestado al conde de West. Pero seguro que una de esas dos cosas estaba pasando por tu mente.

—¡Patrick! Has perdido el juicio, no podemos hablar así aquí. ¡Por favor, echarás por tierra nuestra reputación!

—Vaya, así que ahora piensas en la reputación. Antes, cuando saliste del brazo de Eliot Hamilton por las puertas de cristal, no lo hiciste, ni tampoco cuando lo dejaste a tus pies de un golpe.

—Vamos, sabías que era capaz de manejar la situación. ¡Por favor! Ese tipo estaba condenado desde el momento en el que lanzó la apuesta contra mí. ¿Llevarme al altar? ¿A mí? Habría tenido más posibilidades de ganar ese estúpido reto si se hubiese decantado solo por llevarme a la cama. Hay que reconocer que es muy apuesto —espoleó al marqués con una media sonrisa.

—¿No pensarás en seguir con la loca idea de echarte un amante? Estuve de acuerdo con tu educación por la manera en que tu tío te consintió, pero esto ya es demasiado. Nos vas a poner en una situación muy complicada si sigues por ese camino, y no estaré siempre para salvarte.

—Prometiste a mi padre que jamás te interpondrías en mi vida y que respetarías mi libertad, recuérdalo. Además, soy una Manchester. Nadie nos critica, hagamos lo que hagamos. No pueden. —Sacó pecho, orgullosa.

—También prometí protegerte, y eso haré, pero recuerda que todo tiene un límite. Yo no siempre podré interceder por ti y borrar lo que hagas.

—Patrick, me protegerás cuando yo te lo pida, no antes. Sé que eres un hombre de palabra.

—Y nunca miento, ¿verdad? —acabó él por ella. Siempre hacían eso.

—Correcto. Y ahora, vamos a bailar. Quiero hacer nuestro numerito para escandalizar a un par de chismosas y atraer la atención de... —La chica calló por precaución al ver la cara del marqués.

—V., creo que gracias a ti no querré casarme nunca, ni mucho menos tener una hija. Debes ser más comedida.

—Vamos, primo. Están acostumbrados a vernos, y nadie alzaría contra ti una mala palabra o un reproche.

Ambos rieron y, contentos, salieron a la pista de baile, dispuestos a pasarlo bien. Danzaron una cuadrilla y, justo al final, Patrick la hizo girar sobre sí misma cinco veces y la echó hacia atrás sobre su espalda para sujetarla entre los brazos. Valerie rio sin pudor, como hacía siempre que él la sacaba a bailar.

Adoraba a su primo. Era como su hermano mayor. Él la consentía y la mimaba desde pequeña, y no le había quedado más remedio que darle independencia. Era diez años mayor que ella, y aunque él tenía un hermano menor, Anthony —con quien apenas se llevaba un año—, ella siempre había sido «su pequeña», la predilecta. La de ambos en verdad.

Los tres se sentían afortunados por el amor recibido. El padre de ella, William, no había tenido hijos varones, por lo que había preparado a su sobrino Patrick para ocupar su puesto y encargarse de sus obligaciones, pues era impensable que Valerie fuese aceptada como una igual en ese mundo de hombres. Así, el título de marqués de Ailsa, por el que Patrick sentía devoción, había pasado a él tras la muerte de su tío. En ocasiones, él se preguntaba si William habría obrado bien al darle tanta libertad a su hija. Tal vez, en su afán por criarla como una mujer emancipada, había hecho que ella no encajase en ningún lugar.

Los padres de Patrick y Anthony habían muerto cuando ellos apenas eran unos bebés. Se había tratado de un atentado contra el difunto marqués de Ailsa, pero su hermano y la esposa de aquel habían fallecido en cambio. La otra tía de Valerie, la única hermana de la marquesa viuda, Bethany, también había muerto, y por eso los únicos Manchester que quedaban eran Patrick, Anthony, ella y su madre, Elvina.

* * *

Jason Sinclair, el comedido duque de Lennox, estaba asombrado por la noche que había vivido. El baile de los Moore no estaba siendo lo que él había imaginado, una de esas veladas insulsas en las que todos hablaban del tiempo y en las que no ocurría nada nuevo.

La verdad era que había acudido allí para ver cómo se resolvía la apuesta. Esa noche se cumplía el plazo final que se había marcado en el libro de White's, y estaba preocupado. Bueno, más que preocupado quería ver si Patrick era tan temible como se decía. Lo que sí había quedado en evidencia era que lady Valerie Manchester era arriesgada y peligrosa, lo que él ya intuía desde la primera vez que la había visto.

El ingenio y la percepción del marqués de Ailsa lo habían dejado sin palabras desde siempre. En ciertas ocasiones, casi parecía que Patrick tenía poderes ocultos. Era poseedor de una mente brillante y captaba la personalidad y las intenciones de la gente con una simple mirada. ¿Cómo lo haría? Ambos se conocían desde jóvenes, pues los dos habían estudiado en Eton y se habían convertido en socios en numerosos negocios. No eran demasiado amigos, pero sí allegados. Por cortesía, Jason había bailado en más de una ocasión con la prima del marqués, a la que nunca había dedicado más de una reflexión. Para él era una joven casadera más, pero no había pensado en Valerie más allá de ser la prima de Patrick hasta oír la apuesta.

Era bonita... Está bien, bonita era quedarse corto. La gente la consideraba una belleza salvaje. Lejos de ser una perfecta rosa inglesa, era puro fuego. En ese momento lo veía. El duque no tenía la capacidad de captar a los demás de manera tan fehaciente como Patrick, pero se daba cuenta de que Valerie era una fémica fuerte, dura y pasional. Era mucho más de lo que él estaba dispuesto a permitir en una mujer. Sin duda debía alejarse de aquella chica, que era sinónimo de problemas.

Él tenía treinta años y consideraba que era su deber buscar ya una esposa, perpetrar el linaje y llevar una vida tranquila, digna, sin altibajos. Estaba seguro de que una mujer como Valerie no encajaba en esos planes. Al pensarlo con detenimiento, se dio cuenta de que ella sería la última mujer en la que pondría los ojos. Demasiado temperamento. Si había tenido a un hombre de rodillas después de haberle asestado un duro golpe en su hombría... ¡Impensable! Esa dama nunca sería una duquesa aceptable. No, era evidente que había estado en lo cierto cuando, tras la primera vez que había bailado con ella, la había desechado como futura duquesa de Lennox.

Aun así, allí seguía él, que conversaba con un grupo de hombres en el salón de baile sin poder dejar de sentirse embaucado por ese numerito que Patrick y Valerie habían ofrecido en varias ocasiones y que a él tanto le molestaba. Ellos querían escandalizar a todos con esos giros y esas risas. ¿No tenían un mínimo de decencia? Esa mujer no se casaría jamás si seguía por ese camino. ¿En qué demonios estaba pensando su primo al ser partícipe de esa locura? Pero, al mismo tiempo, lo cierto es que siempre le había parecido que la risa de la joven era una melodía muy sugerente, aunque no lo bastante contenida para una dama de alta cuna. Por supuesto, al tratarse de los Manchester, nadie osaría decir una palabra en contra de ellos. Su casta siempre había estado

al servicio de la corona, y esa familia era muy importante. De todos modos, no entendía cómo habían permitido que Valerie adquiriese ese comportamiento tan... tan... ¿tan qué? ¿Vulgar? Sí, era una mujer vulgar que no sabía dónde estaba su sitio.

De todas maneras, estaba seguro de que el conde de West daría por perdida la apuesta sin entrar en detalles sobre lo sucedido con la dama. ¿«Dama»? Esa mujer no era tal cosa; era una arpía. Esa familia podía hacer lo que le viniese en gana y nadie osaría contradecirlos, pero no estaba nada bien lo que habían hecho con esa maldita joven que no salía de su cabeza.

¡Y ese beso! ¿Por qué diablos le habría dado ese casto beso? Sabía a la perfección que ella no se acobardaría ante ese contacto inocente e insípido que él le había regalado. Pero estaba enfadado, furioso con ella por ser de esa manera, y lleno de ira hacia Patrick por no cortar las alas de su prima. Una mujer debería saber dónde estaban sus límites, y era obvio que Valerie lo desconocía. Nadie le había negado nunca nada, de eso estaba seguro.

Y ese roce con sus labios lo perturbaba. Debería haberle dado una muestra de la verdadera pasión de un hombre hacia una mujer. Su intención había sido la de darle un beso ardoroso, que la llenase de miedo, que la hiciera temblar. Él tenía fama de frío porque era lo que aparentaba, pero durante un momento ella le había hecho desear tocarla, saborearla, y a punto había estado de perder el norte y dejarse llevar. Él siempre estaba contenido, comedido, no dejaba que los instintos primarios se apoderasen de él. Sus sentimientos estaban bajo llave, a buen recaudo, a menos que él permitiese lo contrario, claro. Pero, en ese momento, se daba cuenta de que esa mujer lo había llevado al límite y no entendía por qué. ¡Si ella no le importaba! Valerie no era para él, pero era evidente que había sentido una conexión al colocar la mano alrededor de su brazo y... ¡esos labios estaban hechos para ser besados! No como lo había hecho él; debían ser saboreados a conciencia, exprimidos, saqueados. Pero no por él. Él no era cobarde, pero en ella veía una situación complicada. Esa mujer era demasiado peligrosa para su cordura. Valerie acabaría siendo una solterona, pues ningún hombre en su sano juicio se uniría a una persona así.

Esos pensamientos y las faltas de ella, sin embargo, no le impidieron solicitarle a Valerie dos valsos en los ocho bailes a los que asistió para buscarla en las semanas posteriores a la fiesta de los Moore. En todas esas veladas en las que habían coincidido adrede, Jason sabía que ella se disgustaba cada vez que él se le acercaba.

Lo había notado, se daba cuenta de que a Valerie no le hacía gracia que él le pidiese bailar, y menos los valsos. Habían sido momentos en los que apenas habían conversado. Él se contentaba con tenerla entre los brazos e incluso le divertía ver cómo ella no podía negarse a aceptarlo. Él también sabía tender trampas, y todas las veces que le había solicitado una pieza, ella había estado acompañada de alguien importante, por lo que siempre había sido más fácil aceptar la invitación del duque que negarse y ponerse en evidencia, pues entonces habría tenido que dar las oportunas explicaciones ante esa negativa.

Se había dado cuenta de que la mujer interpretaba un papel de cara a la sociedad y otro muy diferente en la intimidad. Resultaba sorprendente que nadie hubiera aireado su verdadera personalidad. Esa maldita joven se estaba convirtiendo en un verdadero incordio, en un enigma que él quería resolver, pero que no debía.

Él estaba divertido con toda la situación hasta que una noche dejó de estarlo. Los problemas se avecinaban.

CAPÍTULO 2

Un beso nada casto

Valerie y una de sus mejores amigas, Gertrude, es-taban hablando cerca de la mesa de los refrigerios sin saber que Jason las estaba escuchando.

—Gertrude, ¿por qué sonríes de ese modo?

—Estoy esperando a que venga el duque de Lennox a arrastrarte hasta la pista. —Gertrude tomó un sorbo de su limonada para evitar que Valerie la viese reír. Sabía que el comentario haría enojar a su amiga.

—¡Oh!, hoy estoy alerta, no pienso dejarme ver con nadie de la alta sociedad. No le daré el gusto de arrinconarme y forzarme a bailar con él.

—La gente ya habla de ustedes dos...

—¿Hablar? ¿Cuándo no lo hacen? —replicó, asqueada de tanta hipocresía.

—Ya sabes lo que quiero decir. Son muchos vales. Está claro que él está demostrando interés por ti. No me digas que no lo has notado; tú y Patrick son iguales, ese don del que presumen...

—¡Ja!

—¿Solo «ja»?

—Sí. Ese hombre no está interesado en mí. Es largo de contar, solo quiere irritarme y, me duele admitirlo, pero lo hace.

—Vamos, V. Es un duque, es guapo, tiene dinero, poder... ¡Y no he oído a nadie una palabra de reprobación en su contra! Es un buen partido. Tal vez incluso podría ser un candidato para lo que quieres. Ya sabes lo que digo.

—Shhh. ¡No hables de esas cosas aquí! —la reprendió Valerie.

—Bueno. A ver, ¿qué tiene de malo el duque?

—Es frío como el hielo, sin emoción, sin sentimientos. Quiero un hombre que me haga vibrar, que ponga mi mundo patas arriba, y él no sabría ni por dónde empezar a tocarme para hacer eso. No cabe duda de que el duque de Lennox es el último caballero sobre la faz de la tierra al que consideraría siquiera para un simple beso. Y créeme, sé de lo que hablo.

Las palabras aguijonearon el orgullo de Jason, que sabía que la sociedad lo consideraba frío. Él mismo se enorgullecía de que así fuera, pero esa mujer acababa de ofrecerle un reto. Podía ser muchas cosas, pero no un cobarde que se retiraba por unas malas palabras.

Cualquier mujer bajo su cuerpo se derretiría, de hecho lo había comprobado muchas veces, y siempre de manera discreta, con viudas experimentadas. Valerie había dicho que él sería el último hombre sobre la faz de la tierra al que consideraría, lo que lo impulsaba a darle una lección que no olvidaría jamás. Nadie se metía con su hombría, y menos lady Valerie Manchester, por muy prima de Patrick que fuese y por muchas acciones que el marqués pudiera emprender contra él.

Así que se las ingenió para hacer que la honorable lady Winona Race se acercase a la joven y, cuando vio que ambas estaban muy próximas la una de la otra, entonces comenzó el juego. Él bailarían siempre los vales con ella, así lo había decidido tras la fiesta de los Moore y así iba a seguir siendo hasta que determinase lo contrario.

—Lady Manchester, buenas noches. El baile que me había prometido va a comenzar —anunció mientras le ofrecía el brazo.

—Sí, excelencia. —¡Sería mentiroso! Ella no tuvo escapatoria, lo había vuelto a hacer. A ella nadie le tendía trampas, y Jason se había salido con la suya ya en demasiados bailes. ¡No podía ser verdad!

Tras una reverencia por parte de ella, ambos se fueron hacia la pista, donde las demás parejas estaban preparándose para la danza. Valerie observó a Patrick, que la miraba con una sonrisa en los labios. Estaba más que segura de que a su primo le gustaba ver la atención del duque sobre ella y esperaba que Patrick supiese que Jason solo lo hacía para fastidiarla. Al marqués de Ailsa no se le escapa nada nunca, y eso le hacía hervir todavía más la sangre. Su primo se divertía con la mala suerte de ella, de eso no cabía la menor duda, pensó Valerie en tanto trataba de contener la rabia.

—Milady, está preciosa esta noche.

—Es muy amable, milord. —¿Estaba coqueteando con ella? Eso era nuevo. Una voz de alarma se disparó en su interior. Algo no iba bien. Esa sensación se confirmó cuando él la estrechó y la colocó muy cerca de su torso esculpido a la perfección.

El vals era considerado por muchos una danza demasiado íntima, pero él iba a hacer que de verdad esa noche fuera seductora hasta el escándalo.

El espacio entre ellos era apenas existente. Valerie podía oler el aliento a whisky de Jason Sinclair y su colonia varonil con notas de bergamota y naranja. ¡Madre mía! ¿Eso que había notado en la espalda antes de que él la hiciese girar era una caricia? ¡Imposible, no podía ser! Pues sí, así había sido, lo que confirmó cuando sintió que el pulgar de él le rozaba durante un segundo la cintura hasta en cinco ocasiones más. Y los ojos verdes del duque tenían un brillo demasiado sugerente. Estaba metida en un lío, era indudable. Ese hombre había tomado una determinación, y ella no estaba preparada para eso, no después de haberlo considerado un caballero poco sugerente.

La inaccesible Valerie se había quedado sin un plan de acción, sin palabras. No sabía qué hacer, y eso no era propio de ella. Era imperativo mantener la tranquilidad ante todo. Patrick no dejaría que nada malo le ocurriese. De hecho, no le extrañaría que su primo irrumpiese en la pista de baile para machacar al duque de Lennox por las libertades que se estaba tomando con ella. Porque Patrick lo estaba viendo todo, ¿no?

La pieza llegó a su fin, y lo que le pareció una eternidad de sonrojos frente a un hombre se acabó. ¡Justo ella, que no había perdido la compostura con nadie! Eso era una pesadilla y solo acababa de comenzar...

Cuando Valerie se dispuso a marcharse, el duque le atrapó la mano y la depositó sobre su potente brazo, masculino y viril. No satisfecho con esa nueva libertad tomada, colocó una mano sobre la de ella en un gesto de pura posesión. Estaba claro que la dama no podía escapar de él, y el pánico comenzó invadirla.

Las puertas de cristal estaban cerca, y se daba cuenta de que tendría que ir al jardín con él porque no podía hacer una escena. Bueno, sí podía, pero no debía. Cerró un instante los ojos, respiró profundo y se recordó que ella era una Manchester. Consiguió calmarse y obsequiarle su mejor sonrisa antes de adentrarse a los jardines. Si él quería jugar, ella iba a ser una digna contrincante. ¡Por favor!, ella era Valerie Manchester, no temía a nada ni a nadie.

Llegaron a un lugar apartado, alejado de toda mirada. Estaba claro que él conocía la zona porque, además de ser preciosa bajo la luz de la luna, con árboles y arbustos, era un espacio íntimo que los escondía de los curiosos invitados. Era un sector para los amantes, ella estaba convencida de ello y estaba tranquila porque Danny, su guardián, no estaría lejos. Además, su acompañante era el duque de Lennox, un hombre que no la encendería ni aunque intentara hacerlo con una cerilla.

—Ha sido muy fácil traerte hasta aquí. —Jason se permitió tutearla.

—Estoy tranquila, excelencia. —No mentía, pero por si acaso utilizó el título para poner algo de distancia entre ellos.

—Ya veo. Supongo que me consideras todo un caballero, y de ahí tu seguridad.

—No tengo motivos para estar preocupada, ¿o sí? —«¿Pero por qué lo tientes, Valerie?», se

reprendió a ella misma.

—Bueno, dado que me consideras frío y el último hombre sobre la faz de la tierra al que besarías... —Se volvió para enfrentarla—. Yo creo que no, que no tienes de qué preocuparte.

La había oído. Se sintió avergonzada al instante. Ella, que jamás se arrepentía de haber dicho una sola palabras de más, estaba muda, por completo abochornada.

—Yo... —No encontraba una explicación que pudiera brindarle. ¿Qué podía decir ante eso?

—¿Lady Valerie Manchester se ha quedado sin palabras por primera vez en su vida? —dijo burlón—. Y ese milagro lo ha conseguido el duque de Lennox, un hombre frío y poco... ¿poco ardoroso? Esa sí habría sido una buena apuesta. Que el frío y calculador duque haya desarmado a la inalcanzable lady Valerie Manchester debe ser recogido en los libros de historia.

Ahí la tenía, sin poder decir nada. Seguro que estaría sonrojada, pensó él. Pero era dura, debía admirar el coraje que demostraba al aguantarlo de esa manera. Ni una sola vez bajó la mirada ni despegó los ojos de los de él. Y ese fue su error, no esquivar tampoco los ojos de ella. Jason solo podía pensar que esos iris color avellana eran mágicos. No podía dejar de pensar en su pelo oscuro y sedoso, que lo invitaba a hundir las manos en él, en esas facciones tan tentadoras, en la curva de su cintura, esos pechos tan voluptuosos que seguro tenían unos pezones tan apetecibles...

Valerie no se amedrentó. No apartó la mirada ni un instante hasta que cerró los párpados al sentir un beso arrollador. Jason la estaba besando con fuerza. Era una sensación maravillosa que ella se negaba a saborear, pero todo dejó de tener sentido cuando le lamió los labios de derecha a izquierda y viceversa con un movimiento de lengua obsceno sin igual. Jason trató de asaltar su boca y la urgió así a separar los labios, y aunque ella se resistió, no pudo seguir haciéndolo cuando oyó la voz ronca de él.

—Ábrelos para mí. Déjame saborear tu lengua, preciosa.

Un gemido escapó de la boca de la joven, y él aprovechó el momento para catapultar su lengua hasta el interior de ella y saborearla sin tregua. Valerie era tan suave, tan dulce...

Esa mujer no era peligrosa, era mucho peor: era la tentación encarnada.

Él no podía detenerse. Pasó de los labios de ella a su oreja para lamerle con paciencia el lóbulo. A continuación, se deslizó por su cuello como un amante versado. Con las manos, hizo que ella ladease la cabeza para darle el ángulo correcto para hacerla disfrutar más con esas caricias. Jason siguió bajando al tiempo que dejaba un reguero de pequeños y secos besos, que combinaba con otros más amplios y húmedos, por todo su escote.

Él no estaba dispuesto a frenar, no podía.

Ella no quería que se detuviera ni que los interrumpiera. «Danny. ¡Oh!», recordó. Su guardián estaría ahí viéndolos. Confiaba en su discreción, pero no quería que él se entrometiera y contaba con que en cualquier momento lo haría. Aun así, aprovecharía los últimos momentos de ese nuevo duque que Valerie acababa de descubrir. Los besos seguían, uno tras otro, sin que nadie los entorpeciera, y eso que Jason ya había alcanzado el pezón derecho de la joven sin que ella pudiese negarse. ¿Pero cómo había conseguido liberarlo? Y, aún peor, ¿ella lo estaba disfrutando? Claro que sí. Esas sensaciones nuevas la tenían exhausta, se sentía gloriosa, sublime, femenina, libre, deseosa de más. Necesitaba más.

—Eres tal como te imaginé, preciosa. Tus pechos son espectaculares. Son perfectos para mí —aduló mientras los sostenía, desnudos en sus manos. Y sin darle tiempo a que ella pudiese reaccionar, negarse o pedir más, Jason volvió al ataque. Su lengua pecaminosa pasó de uno a otro, mientras a ella le fallaban las rodillas y, con la cabeza hacia atrás en tanto gemía como una posea, pedía al cielo que no se detuviera, que siguiera mostrándole esas sensaciones tan fabulosas que acababa de descubrir.

Su sexo comenzó a palpar, y más cuando él se apretó contra ella y notó un bulto que punzaba contra su cuerpo.

—Vas a acabar conmigo, Valerie, ¿qué me has hecho? —preguntó él muy excitado, en un tono de rendición absoluta.

La experta mano del duque ya había conseguido abrirse paso por debajo de su falda hasta la ropa interior. Sí, esa mano era en verdad práctica. Sus dedos sabían tocar allí donde ella más lo necesitaba, y mientras con el pulgar le acariciaba ese botón del placer sin pausa, sus besos conseguían aplacar sus gemidos y regalarle aún más goce.

—Eso es, cariño. Toma lo que te doy, disfrútalo. Valerie, abre los ojos y mírame. Quiero verte volar y quiero oírte decir mi nombre cuando alcés el vuelo. —Ella, dócil, obedeció—. Eso es, mírame, hazlo por mí, bonita. —Él notó que las rodillas de ella flaqueaban—. Tranquila, amor, yo te sostengo. Toma lo que te doy, no te avergüences —agregó al ver que trataba de ladear el rostro—. Disfruta de mí como yo estoy disfrutando de ti. Vamos, cariño... ¡Vuela!

Lady Valerie comenzó a volar.

—Jason... Ja... son... —Apenas consiguió pronunciar unos susurros de puro deleite, sin saber si lo que quería era que él frenara o que siguiese, pues estaba en un estado de agonía absoluto que sabía que acabaría en algo, pero ¿en qué?

—Sí, di mi nombre, preciosa. No olvides que soy yo quien te hace volar.

—¡Oh! No puedo más, Jason. —En realidad no sabía qué era lo que buscaba al acompañar el roce de él con balanceos. ¿Qué faltaba? ¿Qué faltaba?

—Sí puedes, sí. Vamos, vuela para mí, Valerie.

—¡Oooh, sí, Jason! —Ella estalló en mil pedazos. Voló, vio las estrellas y la luna, todo ello reflejado en los hermosos ojos verdes llenos de lujuria del hombre al que creía vacío, insustancial. ¡Increíble! Su primera experiencia había sido obra de él. Ver para creer.

Con la respiración aún entrecortada, Valerie no sabía qué iba a suceder a continuación. ¿Jason querría más? ¿Ella estaba dispuesta a que su primera vez fuese así de sórdida?, ¿en un jardín, apoyada contra un árbol? No, no iba a poder ser. Jason no iba a tener su virginidad, no así. Si él la reclamaba, ella no se la daría, al menos no en ese lugar.

Mientras ella seguía inmersa en sus pensamientos y especulaciones, lo vio llevarse esos dos dedos que le habían dado tanto placer a la boca para saborearla. De nuevo ella ardió, entró en ebullición. Una corriente de excitación la volvió a atravesar. Quizás sí le daría la virginidad al duque de Lennox en el baile de los Prescott, en un jardín y apoyada sobre un árbol. No era descabellado, muchas jóvenes perdían la virtud en situaciones como esa. Entonces, ¿por qué no?

Pero él tenía otros planes.

—Ven, deja que te ayude a colocarte de nuevo el corsé —indicó, más rudo de lo que pretendía.

Así se esfumó toda la magia. Estaba claro que Danny no iba a interrumpir entonces que, al parecer, ya habían acabado. Por lo visto, Patrick quería al duque en la vida de su prima. De otro modo, el guardaespaldas habría cortado la escena desde el primer contacto.

—No hace falta que me ayudes —contestó ella, un poco defraudada por no haber perdido la virginidad; muy defraudada en realidad.

—No seas tonta. Tú sola no puedes, y no querrás que todo el mundo sepa lo que acaba de hacerte el frío duque de Lennox.

Ella no dijo nada. Se volvió a avergonzar por ser tan tonta. Él se había vengado de ella por las palabras de antes.

Rodeó al caballero cuando tuvo recompuesta la ropa e intentó marcharse del lugar con paso firme. No sabía qué hacer o qué decir, así que se iría. Pero entonces de nuevo, como aquella vez en el baile de los Moore, él la asió del brazo y la frenó.

—Mañana iré a tu casa a verte.

—¿A mi casa? —Su sobresalto sonó alto y claro.

—Sí, a visitarte.

Él la soltó, y ella pudo ya regresar a la civilización.

Cuando entró al salón, fue a buscar a Patrick, quien de seguro ya sabría todo lo que había sucedido, porque su primo siempre iba un paso por delante. El marqués no le dijo nada; no hizo

falta, porque ella sabía que él estaba enterado. La joven pidió irse y se retiraron sin agregar una sola palabra.

CAPÍTULO 3

Unos consejos

El duque se presentó por la mañana en la mansión Manchester, pero ella no estaba. Como él había supuesto, la joven no iba a hacerle las cosas sencillas, pero Jason era perseverante, no se rendía nunca. Lo habían educado así.

—Buenos días.

—Patrick. —Casi todos lo llamaban por su nombre de pila. El marqués así lo solía pedir tras conocer a quienes le agradaban, y ya hacía años que esos dos se frecuentaban.

—Supongo que vienes a ver a Valerie. Me temo que no está, pero podemos aprovechar para hablar tú y yo.

¿Hacía calor en esa casa? A Jason le molestaba la corbata, la camisa, la chaqueta...

—De acuerdo. De hecho creo que tengo que entrevistarme contigo, aunque habría preferido hablar con ella antes.

La respuesta le agradó a Patrick. Estaba seguro de que el duque era el hombre perfecto para su prima; sin embargo, estaba igual de seguro de que ella no lo vería así.

Pasaron al despacho, Patrick sirvió dos copas de brandy. Supo que Jason necesitaba algo fuerte cuando lo vio llevarse los dedos a la corbata para tratar de aflojar el nudo.

—Es un poco pronto para beber —advirtió mientras aceptaba la copa.

—Dado el tema que vamos a tratar, es mejor hacerlo así, ¿no crees? —Levantó una ceja.

—Sí... Yo... Bueno, tu prima puede ser... —No sabía cómo continuar la frase, y lo más importante: ¿por qué hacía tanto calor en esa casa?

—Cuidado. —Patrick ladeó un poco la cabeza.

—... sorprendente. Iba a decir «sorprendente».

—Buenos reflejos. —Tuvo que reconocerle el mérito de haber logrado quedar bien—. En fin, imagino que vienes a verme por algo relacionado con la fiesta de los Prescott. ¿Tal vez por algún paseo por el jardín?

—Veo que tu reputación te hace justicia: no se te escapa nada. Por cierto, con tu permiso, voy a quitarme la chaqueta. ¿Esta casa está siempre tan caldeada?

Patrick se divirtió con la reacción. Era más que notorio que estaba nervioso.

—Adelante, quítatela, pero no hace ni un poco de calor aquí, al menos no tanto como el que debiste de pasar anoche...

—Quiero casarme con tu prima —se apresuró a decir.

—Tú y diez más. —Patrick tuvo que morderse la lengua para no soltar una carcajada al verlo en ese estado—. Y te diré lo mismo que les dije a tus predecesores: yo te doy su mano, de ti depende que ella acepte. Imagino que, a estas alturas, ya conoces lo especial que es, por no decir el carácter tan peculiar que tiene.

—La verdad, no sé en qué estaban pensando cuando permitieron que ella llegase a este extremo. No sabe cuál es su lugar en la sociedad. La han dejado ir muy lejos durante mucho tiempo, y es peligrosa para sí misma y para su familia. —Jason estaba enfadado porque iba a ser difícil que Valerie cumpliera con las directrices de una duquesa.

—Yo creo que ella está muy bien donde está y como es —le restó importancia Patrick—. Si llegas a entrar en esta familia, verás que aquí las mujeres tienen mucho que decir. Supongo que siempre has pensado que yo también soy peculiar.

—Bueno..., es que... —No sabía por dónde salir de ese encierro.

—¡Pues espera a conocer a la marquesa viuda! —siguió él sin prestar atención a la incomodidad de Jason Sinclair. No era común que un hombre con un título superior se incomodara ante un marqués, pero ambos sabían que Patrick no era un noble cualquiera.

—Lo pintas todo muy negro. No entraba en mis planes tanta complicación.

—Negro, no, pero te tendrás que armarte de paciencia y dejarte aconsejar.

—¿Aconsejar? —repitió incrédulo.

—Esto que te voy a decir no se lo he dicho a ninguno de los pretendientes de V.

—¿V.?

—Sí, Valerie. La llamamos «V.». ¿No te ha sugerido que la llames así aún? ¿Ni siquiera después de...?

—¡No! —El duque no estaba avergonzado por lo sucedido con Valerie, pero le incomodaba hablar de ello con otro hombre, y más si ese hombre era el primo. Se sentía miserable por haberle puesto las manos encima a una joven dama que no era su esposa.

—De verdad, ¿no? ¿Después de lo de anoche ella no...? —Patrick no acababa de creer que su prima le hubiera dado tantas libertades sin haberlo invitado primero a llamarla «V.». Sin duda esa mujer era extraña. Para unas cosas era tan meticulosa y para otras...

—Basta, por favor. —El duque de Lennox se sentía más incómodo que nunca.

—Pues, entonces, es evidente que tienes que dejar que te aconseje, y es imprescindible que Elvina, tu futura suegra, sea tu aliada. Tienes un largo camino por delante, espero que a ti también tu reputación te haga justicia y no tires la toalla al menor problema. No me gustaría que terminaras siendo una decepción.

¿Lo acababa de amenazar?

—Me lo estás poniendo muy crudo todo, y te recuerdo que soy un duque. ¡Por favor!, si soy uno de los mejores partidos de todo el reino. Puedo tener a la mujer que quiera.

—Pues adelante, ve y ten a la que desees. No pierdas el tiempo aquí. —Patrick estaba tanteándolo. Sabía muy bien que ese hombre estaba demasiado interesado en Valerie. Pero, claro, el orgullo es un elemento muy volátil, por lo que entendía que el duque hubiese alzado sus defensas. No obstante, cuanto antes entendiéndose que con Valerie ese sistema no iba a funcionar, mejor.

Patrick nunca había creído que su prima fuese a sucumbir al matrimonio, pero, si alguien podía conseguirlo, ese era el duque. Los había estado observando desde que Jason Sinclair había saltado sobre él en el baile de los Moore para exigirle que cuidase de ella. En ese preciso momento, el instinto le había dicho que ese hombre era el indicado. Si él no conseguía quitarle a Valerie el trauma provocado por su tía Bethany, dudaba de que hubiese otro capaz de hacerlo. Ella había permitido que él le pusiera las manos encima, cosa que ningún otro había llegado a hacer. El duque de Lennox era el primero, los besos tontos que habían llegado antes que los de él definitivamente no contaban.

—Veo que, en efecto, eres bastante peculiar también. Estás muy seguro de que no me levantaré y saldré por esa puerta, ¿verdad? —Patrick esbozó una breve sonrisa, y el duque suspiró—. Está bien, no pierdo nada por escucharte.

—Supongo que ella imaginaba que hoy vendrías a mantener esta conversación conmigo y, como sabía que yo te iba a indicar que le preguntases a ella, ese es sin duda el motivo de que hoy V. haya salido de casa tan temprano. De hecho, dudo de que regrese hasta bien entrada la tarde. No pierdas el tiempo en este lugar con ella, Valerie huirá de ti como de la peste. Lo siento si sueno duro, pero así va a ser.

—¿Entonces no tengo ninguna oportunidad con ella? —¿Eso que detectaba en su voz era un rastro de desesperación? No, debía de ser que, entre el bochorno y la molestia en la garganta provocada por el brandy...

—Sí, muchas —se apiadó del desesperado—. Vas a tener que hacer todo lo necesario para que ella quiera, ansíe, desee y suspire por estar cerca de ti. —Era mejor ser claro y tajante.

—¿Todo? —El duque se puso nervioso por las connotaciones que implicaba el razonamiento del marqués y se removió en la silla. Ya había hecho varios progresos en el campo de la seducción con ella, pero lo que le sugería Patrick era demasiado.

—Somos hombres hechos y derechos, ¿verdad, Jason? —Lo llamó por su nombre de pila porque la ocasión lo ameritaba—. Nos conocemos hace mucho tiempo y nos tenemos respeto y confianza, ¿verdad? —El duque asintió—. Tienes mi apoyo en esto, y no me inquieto ni me ruborizo como un chiquillo cuando...

—No soy ningún chiquillo y no estoy ruborizado —tuvo que defenderse. La culpa no era suya, ¿quién iba a imaginar que pediría la mano de una mujer y la cosa acabaría en esa conversación?

—No, no lo estás, es que hace calor. —Patrick no quiso reírse—. Ahora escucha cuando te digo que sí, que tienes que hacer todo lo que esté en tu alcance para conseguirla. Confío en ti porque se nota que tienes claro que quieres que ella sea tu futura duquesa. Es tu responsabilidad hacer que ella anhele ese puesto, pero te advierto de nuevo que va a ser una misión muy complicada. Además, si te soy sincero, preferiría llevar a cabo un trabajo para el ministerio en Francia, como espía en el círculo íntimo de Bonaparte, antes que estar en tu pellejo.

—No me estás dando ánimos.

—Al contrario, amigo, te estoy preparando para la batalla.

—Entonces sugieres un cortejo con besos y... y... todo lo demás.

—No, un cortejo no. Debes seducirla y enamorarla —recalcó el marqués.

—Esta conversación es del todo inusual. ¡Por favor, abre la maldita ventana, Patrick!

—Esta familia es del todo inusual, creía que ya habíamos superado esa parte, Jason... —comenzó a decir mientras se levantaba para abrir la ventana exterior y que así el duque pudiese respirar y refrescarse—. Y por lo que sé sobre la escena del jardín, la seducción completa no debería costarte demasiado. En total confianza te diré que ella no ha dejado nunca a nadie hacer lo que tú has hecho. Ese es un punto muy importante para ti, pues demuestra que no le eres indiferente.

—Bien. Sí. Pero debes saber el motivo por el que lo hice. No soy ningún canalla, ni un sinvergüenza, es solo que tu prima... —Seguía sintiéndose incómodo. La ventana no era bastante grande para dejar entrar la cantidad de aire fresco que necesitaba.

—Sí, le demostraste que no eres un hombre frío y que puedes comportarte con toda la pasión del mundo si es la mujer correcta. Lo tengo claro.

—¿Cómo sabes todas las cosas siempre? No dejas de asombrarme —admiró el duque.

—Tengo mis fuentes. No creerás que sería quien soy y podría hacer lo que hago si no fuese capaz de saber lo que ocurre en mi propia familia. Y quédate tranquilo, deja ya de sudar, en mi opinión eres el hombre correcto, tienes mi bendición.

—Pues, si tan seguro estás de ello, haz que se case conmigo de una vez y ahorrémonos trabajo. Y no sudo, es que hace mucho calor aquí dentro.

—No puedo hacer que se case, no la obligaré.

—Eres el patriarca de la familia, ¿no? ¿O también te tiene dominado? —aventuró, con la idea de que quizás, si lo acicateaba un poco, lo haría sudar también a él, dado que se sentía en inferioridad táctica.

—Prometí a mi tío que ella siempre sería responsable de su propia vida. No puedo inmismirme ni obligarla a nada y ya tengo la sensación de que, con esta conversación, me estoy entrometiendo demasiado. Pero creo que alcanzo a enfocar lo que estoy haciendo desde un prisma diferente. Hoy estoy ayudando a un amigo a conquistar a la mujer que será su duquesa, ¿no estás de acuerdo?

—Supongo que todo depende del modo en que se mire. Sí, eso estás haciendo. Así que, a partir de ahora, ya somos amigos íntimos, espero.

—Eso ha quedado claro también desde el momento en el que te he incitado a seducir a mi prima —coincidió Patrick.

—¿Cuál es el plan entonces?

—Intenta que no huya de ti.

—Vaya, eso es de mucha ayuda —ironizó el duque.

—Contente en tus impulsos, cambia tus rutinas. Ve un paso por delante de su razonamiento. Si ella espera que vengas a esta casa hoy, pues no lo hagas. Si Valerie espera que tú la saques a bailar el vals que tanto te gusta compartir con ella, evítalo.

—Está bien. Así seguro que consigo seducirla con facilidad, sin tocarla ni perseguirla —satirizó.

—A ver, es muy fácil: tiéndele emboscadas cuando esté sola. Roba sus besos, sus caricias... ¡Al final te lo voy a tener que dar todo hecho!

—Nunca imaginé que tendría que hacer que una mujer cayese ante mí, ¡si ellas se arrojan a mis pies!

—No te preocupes, yo te iré comunicando su agenda y, entre los dos, intentaremos que puedas acercártele. ¿Estás seguro de que es ella, Jason? —insistió el marqués.

—Sí, y creo que es un buen plan. Por algo toda la corona deja los asuntos más feos en tus manos. Con tu historial, tramar un casamiento será pan comido. Creo que yo también puedo confiar en ti.

Ambos se levantaron y se dieron la mano para sellar el pacto de caballeros que habían alcanzado.

Cuando salían del despacho, la marquesa viuda apareció por la gran escalinata de la casa y llamó a Patrick.

—Buenos días, querido. ¿Dónde está Valerie? Ha salido muy temprano y no sé nada de ella.

—Buenos días, tía. Habrá ido a ver a su amiga. Por favor permíteme que te presente al duque de Lennox, Jason Sinclair. Ella es la madre de Valerie, Elvina, marquesa viuda de Ailsa.

—Es un placer. —El duque se acercó hasta la dama para besarle la mano.

—Así que es usted el famoso duque.

—¿Famoso? —preguntó extrañado.

—Excelencia, no se sorprenda tanto. Estoy al tanto de quién es y de... de las intenciones que tiene con mi hija.

Patrick no se sorprendió. La marquesa viuda era más directa que él, pero esa pausa dramática que ella había utilizado le había puesto los pelos de punta.

—Ya veo de dónde procede Valerie —dijo con la esperanza de que lo tomase como un cumplido.

—Gracias. —Era todo un elogio. Elvina estaba orgullosa de que su hija fuese como ella—. Y ahora que creo que ya hemos roto el hielo, ¿no le parece que sería interesante que se quedase a comer con nosotros y me convenciese de unirme a su bando?

—Eso sería un placer y una gran ventaja para mí.

—Mi sobrino cree que es usted lo que V. necesita y, dado que no ha acabado con un ojo morado y que no ha tenido esta madrugada una cita a veinte pasos con Patrick por lo sucedido anoche en el jardín, he decidido que voy a darle un voto de confianza y a escuchar lo que tiene que decir. No me miren así los dos, yo tengo también mis fuentes. No sé de qué se sorprenden. Estoy al tanto de todos los rumores de Inglaterra, ¿cómo no voy a saber sobre las locuras de mi hija?

El duque hizo gala de su habitual temple frío y no se inmutó ante la declaración de la mujer. Con gesto serio y respetable, Jason le ofreció un brazo a Elvina y agregó:

—Señora, creo que será usted la mejor de las suegras. Por favor dígame hasta dónde tengo que acompañarla para almorzar. —Elvina lo tomó del brazo con gusto, pero, antes de dar un paso, ladeó la cabeza hacia su sobrino.

—Patrick, espero que hayas sido claro con este hombre y le hayas explicado que, si la hiere del modo que sea, física o sentimentalmente, estará muerto y enterrado en menos de lo que canta un gallo, ya que esta familia no da explicaciones a nadie por sus actos. —Patrick se rio ante la afirmación, no así el duque de Lennox.

—Tía, creo que tú y yo sabemos que es más probable que sea el pobre duque quien exija que matemos a V. por maltratarlo.

—Sí, bueno, veremos de qué pasta está hecho. Con una decepción masculina en el pasado ya tuvimos bastante.

La madre de Valerie comenzó a caminar, y Jason sintió ganas de preguntar sobre aquel comentario, pero no se atrevió a tentar más la suerte. La señora había demostrado que no exigiría satisfacción por su comportamiento, pero la acababa de conocer y no quería que su buena fortuna cambiase. Tendría que convencer a su futura suegra sobre lo buen yerno que sería, aunque sospechaba que eso sería muy fácil comparado con el arduo trabajo que significaría lograr lo mismo con su hija.

Cuando acabaron de comer, Patrick y Jason aprovecharon un rato para tratar ciertos negocios que tenía en mente y que podrían interesar al marqués. El duque quería hacer tiempo para llegar a ver a Valerie.

Patrick y él habían puesto dinero en unas minas de carbón en Los Estados Unidos de América y tenían sus miras puestas en la expansión del ferrocarril. El duque estaba recabando patrocinadores y consideraba que el apoyo de Patrick sería bien recibido por el resto de los inversores. No era que Jason echara de menos a Valerie y estuviese como loco por verla de nuevo... No, ¡para nada! No podía evitarlo: cuanto más ella intentaba alejarlo, más desesperado se mostraba él. El duque de Lennox era un luchador y nunca dejaba un trabajo a medias.

Por su parte, Elvina pareció encantada con el duque y, aunque sabía que su hija tenía un auténtico trauma con la idea del matrimonio y las relaciones a causa de una mala experiencia amorosa, esperaba que al fin su niña encontrase la felicidad. Quería que Valerie tuviera la

oportunidad de disfrutar lo mismo que ella había encontrado junto con su amado William. El tiempo lo diría.

CAPÍTULO 4

No era cobardía

A la mañana siguiente del baile de los Prescott, Valerie no podía dejar de pensar en la escena del jardín. Tenía las ideas claras, su instinto le decía que él era un hombre honorable y que pediría su mano. Pero ella no estaría en su casa cuando eso sucediera, no se encontraría con él. Por mucho que el duque se entrevistara con su madre y Patrick, ellos le dirían lo que habían prometido al fallecido marqués, que ella era quien tenía que decidir aceptarlo o no, como ya habían hecho con los anteriores pretendientes. Así que, si no lo veía, no tendría que rechazarlo. Porque quería hacerlo, pero quería primero disfrutar más de él, de sus caricias, de sus besos. Él querría una duquesa, y ella no iba a entregar su vida a un hombre. No acabaría como su querida tía Bethany. ¡Jamás!

Estaba más decidida que nunca a probar todo lo que el placer y el deseo ofrecían. Los besos que hasta el momento le habían robado unos pocos pretendientes no podían compararse con nada de lo que había sentido en el jardín. Había habido una vez en que un hombre había hecho temblar sus murallas, pero no había salido bien, y los besos de aquel joven no habían llegado siquiera a mitad de camino de lo que el duque le había hecho sentir.

Ella siempre había sido una joven despierta, entusiasmada por la vida, que preguntaba por todo aquello sobre lo que quería saber, y su familia siempre había dado solución a sus dudas. Además, su madre era una persona más que especial.

Los Manchester no mentían, eran fieles y no perdonaban la traición. Eran tres reglas de oro para la familia. Así que, cuando un joven le robó su primer beso y ella sintió algunas cosas que no había sentido nunca, fue directo a ver a su madre y a explicarle lo que había ocurrido. Ella tenía trece años, y Elvina le explicó el efecto de esas caricias. Poco después, Valerie fue sintiendo más cosas y, cuando manchó su ropa interior por primera vez, su madre mantuvo una seria conversación con ella sobre hombres, mujeres y niños. Demasiado bien sabía Valerie que los bebés no venían de París ni los traía la cigüeña. Su madre le había explicado cómo era una unión entre un hombre y una mujer y le había dado algunos libros para que lo comprendiese mejor.

Elvina, como buena matriarca de la sociedad de Londres, había oído en numerosas ocasiones cómo las jovencitas sucumbían a los encantos de los libertinos desalmados y, además de perder la virtud, quedaban embarazadas. Su hija estaría en posesión de toda la información necesaria para asegurarse de que ello no sucediera y así decidir si se entregaba a un hombre o no. La marquesa le había aconsejado a su hija lo mismo que su propia madre le había dicho una vez: «Entrega tu

virtud al mismo tiempo que tu corazón y así sabrás que lo estás haciendo bien. Pero, si lo que quieres es entregar tu virtud y no tu corazón o si no estás segura del hombre pero quieres entregarte a él, no dejes que él se derrame dentro de ti nunca».

Valerie tenía clara la teoría del acto amoroso, pero no había sentido la tentación de poner en práctica las clases de su madre y de los libros hasta ese momento. El maldito duque de Lennox la había despertado en todas las acepciones de la palabra.

A mediados de su segunda temporada, había comenzado con la búsqueda de un amante. Bueno, en realidad quería encontrar al hombre adecuado para que la iniciase en el placer carnal. Ella no iba a casarse jamás, estaba tan segura de ello como de que el sol salía por el este y se escondía por el oeste, ¿o era al revés? Su madre siempre la mareaba con eso. Fuera como fuese, ella no pasaría por el altar nunca, pero sí entregaría su virtud y conocería lo que el placer le ofrecía a una mujer. Pero no estaba segura de que Jason fuera el candidato perfecto. Era un duque, un hombre de honor. Ella sabía que el matrimonio había estado en la cabeza de él desde el momento en que le había tocado los pechos con los labios, estaba segura de ello. Patrick no era el único que podía alardear de conocer bien a las personas y tener un don.

Aquella mañana, después del incidente con él, —sí, era un incidente, porque ella era quien debía planear ese tipo de cosas y ese sin duda había sido un suceso desafortunado—, salió de su casa temprano.

Ese día no iba a quedarse allí. Fue a ver a su amiga Gertrude —quien estaba muy extraña, por cierto— y comió en la mansión de ella. Por la tarde fueron de compras, sin embargo, su amiga continuó comportándose de manera inusual. Sin embargo, a la sexta vez de preguntarle sobre lo que le ocurría y que ella respondiese que no era nada, Valerie decidió dejar el tema.

La tarde estaba muy avanzada, por lo que no tuvo más remedio que emprender el camino de regreso a la casa Manchester. Se había ido de su hogar con la idea de evitar al duque, que comenzaría a incordiarla todavía más y convertiría su vida en un calvario hasta que se diera cuenta de que ella era inalcanzable. Al menos eso era lo que se decía en toda Londres. Pero no estaba segura de querer olvidar los besos y las caricias de ese hombre todavía, por eso iba a aplazar el encuentro mientras pudiese.

Al llegar, maldijo su suerte.

Patrick salía del despacho acompañado del duque. Ahí estaba, sonriente, mientras el duque de Lennox le daba la mano para despedirse.

—Valerie, ¡qué alegría verte! Empezaba a pensar que tendría que llamar a alguien para localizarte. —Ella puso los ojos en blanco ante la afirmación de su primo. Ella siempre estaba escoltada por Danny, por lo que él estaba al tanto de todos sus movimientos.

—Buenas tardes, excelencia —saludó ella con una impecable reverencia.

—Lady Valerie Manchester, buenas tardes —le correspondió el duque.

—Patrick, sabes que no voy a perderme. No podría ni aunque lo deseara con todas mis ganas.
—El marqués sonrió, y ella relajó el semblante.

—V., tu madre ha estado preguntando por ti todo el día. Te aconsejo que vayas a darle una explicación o exigirá tu cabeza. Y la mía.

Ella asintió.

—Que tenga un buen día, excelencia —se despidió de Jason Sinclair.

—Milady, ha sido un placer verla aunque haya sido durante un momento tan breve, sobre todo luego de que le hubiera transmitido mi intención de venir a visitarla hoy.

Valerie se volvió con aires de grandeza.

—Milord, ¿acaso pensaba que me quedaría en casa todo el día en tanto ansiaba y esperaba que su agenda le permitiese venir a verme? —Ahí comenzaba el primer asalto de la pelea de boxeo. Patrick se tensó, y el duque no pudo contenerse.

—Por supuesto que no. Una dama como usted tendrá muchos compromisos a los que asistir y, como hoy no hemos tenido el placer de conversar, confío en que mañana sí pueda. Y en caso de que mañana también tenga más citas a las que asistir, le aconsejo que no se prive de ello. Tengo todo el tiempo del mundo. Soy muy persistente, por lo que en alguna ocasión conseguiré mi propósito.

Aquello era una declaración de intenciones en toda regla. Sabía que el duque no se rendiría ante la primera dificultad por más maleducada que ella se hubiera mostrado con él. Jason Sinclair había dejado claro que tenía tiempo, y por lo visto, paciencia, algo que ella no estaba dispuesta a consentir.

—V., el duque ha venido a verme por unos negocios. Vamos a emprender un nuevo proyecto, y es por ello que él vendrá más seguido a partir de ahora —intentó tranquilizarla Patrick, aunque sabía que era inútil.

La joven hizo una nueva reverencia y salió directo a su habitación.

Cuando ella ya no pudo oírlos, Patrick comenzó a ladear la cabeza de un lado a otro en una repetida negativa. Estaba disgustado.

—¿Qué sucede? —preguntó al notar que al marqués fruncía los labios.

—Jason, ¿voy a tener que darte las instrucciones por escrito? ¿No habíamos quedado en que debías mantenerte frío y no seguir tus impulsos?

—Pero no puedo dejar que se salga con la suya, ¿no crees? Me pareció acertado dejarle claro que voy a luchar con uñas y dientes.

—No has hecho nada por el estilo, créeme. Ella saldrá huyendo —le advirtió.

—¿Por una simple declaración de intenciones?

—Ya está haciendo su baúl mientras tú y yo hablamos.

—No seas tan dramático. No es una cobarde, se enfrentará a mí. Querrá demostrar que no me dará una oportunidad y va a hacérmelo saber pronto. En todo caso, ¿qué tendría que haber hecho?, ¿callar?

—Ahora ya no tiene remedio, no le des más vueltas. De nada serviría que te dijese que tendrías que haber callado y haber dejado que ella se sintiera confiada. En fin, hablaremos mañana y veremos qué es lo que piensa hacer frente a tu ataque.

—Patrick, ¡por favor!, es un mujer de... ¿cuántos?, ¿veinte años? Ella no es un enemigo de la corona que confabula contra el reino. —El interpelado suspiró. Parecía ser que el duque de Lennox no lo entendía aún, pero lo iba a comprender pronto. Su instinto no le fallaba y, cuando se refería a Valerie, todavía menos.

—Tiene veinte, sí, pero mejor dejemos las cosas aquí, no especulemos más. Trazaremos un plan tras el siguiente movimiento de ella e iremos viendo qué es lo que hacemos sobre la marcha.

—Está bien. Hasta mañana. —El duque se fue resignado.

¿Esa mujer era tan peligrosa? Una «batalla», había dicho Patrick... Pero si era una jovencita nada más.

—Hasta mañana. Descansemos y despejemos la mente. Lo vamos a necesitar.

* * *

Valerie llegó a su habitación y sacó su baúl. Llamó a la doncella, y le pidió que preparase las cosas para un viaje de un mes y medio. Su amiga Lena la había invitado a su casa de campo en numerosas ocasiones, y era una visita que no estaba dispuesta a postergar más. Ella no huía del duque de Lennox, tan solo iba a ver a la pequeña hija que su amiga y lord Rosings habían tenido hacía... ¿cuánto hacía? Demasiado tiempo. Era de sus mejores amigas y no conocía a su niña aún. Se sentía una amiga terrible. Sin duda esa visita no se podía demorar más. No era cobardía, era que su amiga no la perdonaría si tardaba un solo día más en presentarse allí para conocer a la pequeña, y lo primero para ella eran sus amigas.

Así que no le dijo nada a Patrick, pero sí a su madre. La marquesa viuda la autorizó a irse porque sabía que era imposible refrenar a su hija cuando tomaba una decisión, así que no valía la pena perder el tiempo en intentarlo.

Elvina era igual de inteligente –o más– que su sobrino y su hija. Se daba cuenta de que Valerie huía de Jason, pero eso era una buena noticia. Si tenía claro que ese hombre no era para ella, no dudaría en rechazarlo; sin embargo, para su sorpresa, la orgullosa y valiente Valerie, había decidido escabullirse. Eso solo podía significar que su hija temía caer en las redes del duque. Por eso, al pedirle la joven permiso para ir a Rosings Park, había accedido con una gran sonrisa en el rostro. El asunto iba bien. Elvina estaba segura de ello.

Menos seguro estaba Patrick, quien salió a cabalgar temprano en la mañana con Blackmoore, su semental, y al llegar a la casa tras el ejercicio, vio el carruaje partir y supo que, tal y como había presagiado, Valerie se estaba marchando.

Una vez en su despacho, tras darse un baño y cambiarse de ropa, envió un mensaje a Jason para pedirle que se reuniese con él. Junto con la nota, salió otra para Paul Rosings. Paul y él eran íntimos amigos. Había constituido un hecho asombroso que hubiera decidido casarse con la mejor amiga de Valerie, una gran sorpresa para toda la sociedad, menos para él. Él supo que terminarían juntos cuando los vio bailar por primera vez, y eso que la pieza no había sido un vals.

En la carta que le enviaba lord Rosings, le explicaba que mandaría en pocos días a Jason Sinclair para darle los detalles acerca del proyecto del ferrocarril. Por fortuna, sabía que Paul andaba en busca de un nuevo negocio y, al recordar que conocía al duque de Lennox de Eton también, le fue fácil urdir la trama. Patrick le explicaba en la misiva que no debía interferir entre Valerie y el duque, hiciese lo que hiciese, porque contaba con su total aprobación.

Paul no se sorprendería de aquella petición, al igual que no se asombraría tampoco de que le solicitase que no le hiciese saber a Valerie que la invitación de Jason Sinclair había partido del propio Patrick. Debía parecer una casualidad, y aunque Valerie no fuera tonta, él intentaría orquestar todo el plan para que al menos ella dudase de la posibilidad de que todo fuera fortuito.

Se repitió que hacía todo aquello por su amigo, el duque, y no con el afán de interferir en la libre voluntad de Valerie. Su tío William, allá donde estuviese, no podría estar enfadado con él; Patrick estaba ayudando a un amigo. Después de todo, era su responsabilidad no mentir y obrar bien. Esas dos premisas también habían formado parte del juramento hecho al difunto marqués en su lecho de muerte, aunque no resultaba fácil ejercer su trabajo para la corona con honradez. Por suerte, la intuición y una atenta observación del entorno le permitían siempre ir un paso por delante de todos.

Así que, cuando Jason llegó a la casa Manchester, Patrick le explicó los pormenores de lo sucedido y el plan para que él llegase a Rosings Park. Estaba previsto además que, tras una o dos semanas, él mismo arribase a la casa de campo, una vez que la esposa de Paul anunciase su

intención de hacer un baile en honor de su invitada. Esa también había sido una sugerencia de Patrick a su amigo lord Rosings, quien le debía mucho. En realidad, medio país le debía favores al marqués de Ailsa, y sabía que Paul no se negaría a nada. No podía después de todo lo que habían vivido juntos.

—Patrick, ella... ¿ha huido? —preguntó Jason con una voz que no reconoció como propia—. Mejor no lo digas —pidió al ver la expresión del marqués.

—Sí. Te lo avisé.

—Te he pedido que no lo dijeras —se quejó.

—Esto va a ser difícil, pero no imposible. Cuando llegues, no la persigas: muéstrale por qué ella debería acosarte a ti. Dale un par de besos y caricias. Supongo que, después de lo de la otra noche, no te será complicado. Haz que ella no pueda resistirse a ti.

—Claro, ¡y acabo de paso con la pobreza del reino! —sentenció sin humor.

—No te sienta bien la ironía. Eres un hombre, ¡un hombre, caramba! Usa tus dotes, tu encanto... Ella ya ha demostrado que no es inmune. Pero no la agobies, o volverá a huir.

—Pensaba que ella no era una cobarde, pero ha escapado despavorida. Me siento desilusionado.

—Valerie es valiente, pero creo que tú has hecho que se replantee muchas cosas. Cuando un animal salvaje se siente acorralado, ataca o huye.

—¿La estás comparando con una fiera? —preguntó Jason con gran sorpresa.

—Si Valerie no sabe lidiar con un problema que la incomoda, se va. Ella actúa así. —Patrick calló en cuanto a la referencia sobre lo salvaje que su prima podía llegar a ser. No convenía ahuyentar al duque tan pronto. Amaba a Valerie, pero podía ser una plaga.

—¿El matrimonio es un gran problema para una mujer? —Jason comenzaba a dudar de si estaba oyendo bien. ¡Pero si todas estaban en el mercado matrimonial para pescar un buen partido! No entendía nada.

—Lo siento, ella no quiere arriesgarse.

—¿A qué? ¿A que la corteje? ¿A enredarse conmigo porque sabe que quiero casarme? Es una locura. —Se recostó en la silla. Nada, no entendía nada de esa fémica.

—Exacto. Usa esa deducción en la casa de los Rosings y no te costará hacer que ella quiera acercarse a ti.

—Haré lo que pueda, pero me siento como si fuese a tratar con el jefe de una pandilla callejera o algo por el estilo.

—Lo harás bien. —Patrick restó importancia a la ansiedad que notaba en la voz del duque.

—¿Te lo dice tu intuición?

—Has visto lo que ocurre cuando sigues tus impulsos: no funciona con ella, por lo que has aprendido cómo no tienes que actuar. Es así de simple. Lo conseguirás.

Jason Sinclair no estaba seguro de lo que decía el marqués, porque Valerie parecía un rompecabezas muy difícil de resolver, y a él los enigmas no le gustaban en absoluto.

—¿Cuándo debería encaminarme hacia la casa de tu amigo? —Comenzaba a prepararse para la batalla que estaba a punto de iniciar.

—Vamos a darle dos días de tranquilidad para que nuestra díscola dama se confíe, luego llegarás. Se pondrá furiosa, pero asimilará tu estancia. Lord Rosings le dirá mañana que espera la llegada de un nuevo socio a su casa, pero ella no pensará en ti hasta que te vea. Creo que todo será bastante casual. Sospechará, pero no creerá jamás que el barón está engañándola. Saldrá bien. Solo espero que ella no nos descubra, no te gustará verla enfadada.

—¿Por qué hace siempre tanto calor en esta casa? ¿O es solo en tu despacho? Abre la ventana, por favor.

Entonces Patrick se rio a gusto.

—Amigo, será mejor que vayas cambiando tu actitud o no serás un rival aceptable para ella.

—Abre la maldita ventana de una vez y dime por qué te tomas tantas molestias conmigo.

Patrick se levantó y, de nuevo, hizo lo que el duque le pedía para que el aire fresco entrase en la estancia.

—Quiero al mejor para ella y, si no me equivoco, algo que nunca sucede, tú lo eres. Estarán bien, despreocúpate. —El marqués podía sentir el nerviosismo acrecentarse en su amigo, no solo porque volvía a sudar, sino porque veía en él una mirada de desconcierto total.

—Estás muy seguro de eso. No sé si seré capaz de comportarme de manera tan incorrecta con una mujer soltera, con una dama.

—Sí, estoy del todo seguro de que nuestro plan irá como la seda y de que serás capaz de proceder como debes. —Alzó una ceja—. No sería quien soy y no haría lo que hago si no supiera cosas tan elementales como esta.

CAPÍTULO 5

La seducción

Rosings Park era un sueño, y estar con su buena amiga Lena la llevaba de regreso a viejos tiempos, épocas en las que había ideado con sus aliadas planes descabellados, como coleccionar amantes, inmiscuirse en la Londres masculina y otras varias cuestiones que habrían hecho ruborizarse al propio marqués de Ailsa.

Al estallar el escándalo de Lena, Valerie le había aconsejado que analizara bien lo que iba a ser entregarse a un hombre como aquel. Perdería su libertad y estaría a su merced para siempre. Sin embargo, aunque ella tenía sus dudas, Lena parecía segura de su elección. Había estado por completo enamorada de Paul desde el mismo momento en que lo había visto realmente por primera vez. La verdad era que Valerie esperaba que Paul no la engañase como había hecho el bastardo de Bruce con su estimada tía Bethany.

Valerie debía reconocer que, desde que había llegado allí, todo había sido sosiego y paz, mas la tranquilidad iba a durar poco.

La noche siguiente a su arribo, durante la cena, Paul anunció que esperaba la visita de un colega dentro de pocos días. Lord Rosings no dijo más, y su mujer tampoco preguntó, así que ¿quién era ella para indagar?

Era habitual que muchos caballeros pasasen por aquel hogar, eso le había dicho Lena. Paul hacía muchos negocios y, cuando no estaba de aquí para allá ocupado en su labor, el trabajo viajaba a la casa. Numerosas reuniones solían realizarse en Rosings Park, y su mujer parecía estar encantada de tenerlo cerca, así que le daba igual quién fuese; Lena quería a su marido a su lado.

Tal y como Valerie esperaba, la visita apareció días más tarde. Ella llevaba en brazos a la pequeña Natasha mientras jugaban. La bebé se había despertado, y Valerie, al oírla llorar, se había apresurado a auxiliarla. Mientras ella bajaba por la escalera con una sonrisa y mecía a la pequeña, lo vio: el duque de Lennox acababa de encontrarla.

Él la miró y mostró un asombro igual al de ella, solo que el gesto de la joven sí era sincero mientras que él se limitaba a seguir el plan. Se sentía culpable por engañarla, pero, en el amor y en la guerra, todo valía, y esa mujer no le dejaba otra opción que utilizar toda clase de artimañas.

—Oh, ven a conocer al duque de Lennox —la llamó Lena mientras tomaba a su hija en brazos, ilusionada por tener a ese personaje en su casa.

—Buenos días, lord, lady Rosings. —Se encaró hacia Jason—. Excelencia, es un placer volver a verlo. —Valerie hizo una de sus mejores reverencias, pero su expresión dejaba en evidencia lo que en verdad sentía.

—V., ¿conoces al duque de Lennox? Qué casualidad más afortunada, ¿verdad? —señaló la baronesa, extrañada al ver la seriedad y la tensión que impregnaban el ambiente.

—Sí, en efecto, milady. Lady Valerie Manchester y yo hemos coincidido en numerosos bailes en Londres, pero es una sorpresa verla aquí. —El duque evitó calificar el encuentro como «agradable» —como bien habría dicho un pretendiente— y mantuvo el semblante serio. Volvía a ser inexpresivo, infranqueable. Sucedió que estaba decidido a no engatusarla; todo lo contrario, ella sería quien tendría que dar el primer paso, aunque eso fuera en contra de todo lo que le habían inculcado desde pequeño.

La niña comenzó a gimotear de nuevo y, en ese momento, Lena se disculpó y salió del vestíbulo, no sin antes pedir a su marido que la acompañase para ayudarla a atenderla. Tras la partida de los anfitriones, comenzó la diversión.

—Milady, espero que no esté usted siguiéndome —bromeó el duque con la intención de calmar la situación.

—¿Que yo lo sigo, excelencia? —Estaba indignada por la sugerencia.

—Sí. Tal vez se enteró de que yo me disponía a hacer una visita a los Rosings y planificó este viaje.

—Le recuerdo que usted acaba de llegar, mientras que yo llevo varios días aquí.

—¿Varios?

—Sí —aseguró ella.

—No me había dado cuenta ni de que había salido de Londres. Discúlpeme entonces. Retiro pues la afirmación. Que tenga un buen día, milady.

La dejó ahí plantada y salió rumbo a no sabía dónde, porque, ocupados con aquella escena, nadie le había dicho cuál era su habitación o el despacho del anfitrión. Por fortuna encontró a un criado y pudo preguntarle acerca de la ubicación de su estancia.

Valerie, por otro lado, se quedó asombrada. No, eso era poco. Se quedó estupefacta. Ese hombre la había dejado sin palabras otra vez. No había quien lo comprendiera: un día estaba haciendo una declaración de intereses y, al otro, le dejaba claro que no iba a prestarle la menor

atención. ¡Pero si le había dicho que no sabía ni que se había ido de Londres! Pobre ilusa, ella, que en su vanidad esperaba que él la hubiese estado persiguiendo por los bailes y le hubiera preguntado a Patrick por su paradero. Pero, por lo visto, no había sido así. ¿Eso que se abría paso en su propio pecho era desilusión?

Valerie repasó la escena mientras salía al jardín porque de repente sentía que hacía mucho calor en la casa. Jason había mostrado sorpresa, pero ¿sería genuina? ¿Sería todo una casualidad? Las palabras que él le había dedicado habían sido vacías y sin emoción, tal y como siempre había sido. Bueno, tal y como había sido hasta el incidente ocurrido en el jardín, aquel que había encendido una llama en su interior. No, no y no. Sacudió la cabeza para desterrar esos pensamientos. Pero algo se produjo en su interior al recordar los besos, las caricias, aquel increíble momento en que había estallado, el éxtasis que él le había regalado.

¡No podía ser! Ese hombre estaba en la misma residencia que ella en ese preciso momento. Calor. En el jardín hacía más calor que en la propia casa, ¿cuánto tiempo se iba a quedar él? O, mejor aún, ¿iba a dormir allí? Claro que sí, no iba a irse a los establos... El duque era un invitado de la casa, al igual que ella.

Se abanicó con torpeza sin conseguir refrenar el bochorno que estaba sintiendo. En fin, se volvió a decir, vista la reacción de duque de Lennox, no debería preocuparse por las intenciones que él tuviera, que al parecer eran nulas.

Ahí pasmada, en medio de un terreno que parecía el infierno en vez del oasis que eran aquellas tierras, se quedó más de lo necesario y, cuando recobró el sentido y consiguió dejar atrás la sensación de sofoco, se marchó a su habitación. Iba a ponerse su traje de amazona para olvidarse de todo a campo abierto. Aire, necesitaba aire y soltar lo que él le había colocado en su interior. Un buen paseo a caballo le aclararía las ideas o por lo menos le permitiría dejar de pensar en esos acaloramientos que había sentido desde el instante en el que lo había visto.

El mozo de cuadras iba a ensillarle una mansa yegua; ella tuvo que aguantar la risa cuando el muchacho se la sugirió. Prefería un pura sangre. Valerie pidió que le llevaran el mejor semental de la finca, ante lo cual el joven dudó, sin embargo, Valerie se mostró tan segura, que el chico no pudo negarse.

Salió a campo abierto en una carrera que la llevó hasta unas ruinas antiguas que Lena le había recomendado ver. En los días previos, había explorado la finca con su amiga y sabía por dónde podía espolear a su montura sin temer una caída. Por fortuna, era una experta; a horcajadas, claro.

Acababa de llegar a los restos arqueológicos cuando oyó los cascos de un caballo. Enseguida se volvió y lo avistó. Ahí estaba él, imponente al trote de un espécimen de color negro tan magnífico como el de ella. La imagen la dejó sin aliento. «Un semental sobre otro semental», pensó. Pero ¿qué le ocurría? ¿Desde cuándo dejaba que sus instintos más primarios se apoderaran de sus emociones? ¡Qué demonios!, ¿desde cuándo tenía ella instintos primarios? ¿Y cómo hacía tanto calor si el cielo estaba encapotado?

Él desmontó y se acercó a ella, cortés y serio.

—Lady Valerie Manchester, volvemos a coincidir.

—Eso parece, excelencia.

—Me ha dicho Lena que podía inspeccionar la finca, y el barón me aconsejó salir a cabalgar. Al parecer, la pequeña tiene un poco de fiebre, y han ido en busca del médico. —Ella se tensó, lo que él noto y, como consecuencia, enseguida se apresuró a aclarar—: No se asuste, lord Rosings cree que deben de ser los dientes. Al parecer está muy inquieta y, por precaución, han solicitado la visita del doctor.

Valerie se relajó entonces.

—La pobre ha estado molesta desde que llegué. Espero que no sea nada.

—No lo será, se lo aseguro. ¿Ha venido usted a ver las ruinas o ya regresaba a la casa? —inquirió como si no le hubiera prestado la menor atención.

—Acabo de llegar.

¿Había sonado frustrada? No, solo era el dichoso calor, que le había secado la garganta.

—Entonces la ayudaré a desmontar. Supongo que podremos visitar juntos el lugar; si no tiene inconveniente, claro.

El duque no le dio la posibilidad de contestar. En menos de un segundo, estaba aferrando a Valerie por la cintura. De a poco la bajó del animal y, muy despacio, la depositó sobre el suelo, todo ello sin dejar de mirar esos increíbles ojos avellana que tan obsesionado lo tenían. La vista del caballero se posó durante un breve instante en la boca de ella, que temió que la fuese a besar. Pero no lo hizo. Tras dejarla y quitar las manos de su cintura, se alejó, y la boca de ella no pudo haber quedado más anhelante.

—¿Vamos? —preguntó él en tanto trataba de evitar que se le asomase una sonrisa.

—¡Sí! —Ella no fue capaz de articular otra palabra. Ese hombre la tenía loca. ¡Maldita sea! No podía dejar de preguntarse cuál sería su habitación y si sería fácil de acceder. ¿Pero qué estaba mal con ella? Las damas no pensaban así, y ella tampoco debía hacerlo. Ese hombre solo pensaría en el matrimonio si la tomara, y ella no planeaba casarse jamás, pero... ¡era tan condenadamente apuesto!

—Esto es precioso —dijo ella al admirar no solo las ruinas, sino también el paisaje que se alzaba un poco más allá—. Aquí hay tanta paz, tanta hermosura, que uno no puede evitar darse cuenta de que este mundo es fabuloso, de que entre tanta maldad hay bondad también. —Suspiró.

—Es una reflexión muy sincera.

—Bueno, la sinceridad viene con el apellido. Ya sabe, los Manchester somos famosos por nuestra honestidad y fidelidad. Y también por nuestras responsabilidades. Aunque esa última parte no se aplica a mí, dado que mi padre me regaló libertad.

—Conozco a Patrick desde hace muchos años y sé lo que implica ser un Manchester, aunque le aseguro que ser un Sinclair o el duque de Lennox no es menos que eso. Mi destino, mis circunstancias, también implican deber, deber y más deber. El título lleva aparejados muchos compromisos.

—Excelencia, espero que no sea uno de esos nobles libertinos con un pasado o una historia triste. He notado en su tono de voz que...

—No —la interrumpió—. Tristeza no, añoranza. Y por favor, me gustaría que me llamase Jason, todos los hacen.

—No sé si es apropiado.

¿«Apropiado»? Él tuvo que morderse la lengua. «Apropiado» había dicho ella cuando, hacía poco tiempo, había pronunciado su nombre, Jason, no una ni dos veces, sino más, muchas más, mientras lo miraba a los ojos y explotaba en el éxtasis que le brindaban sus dedos. El pensamiento lo puso duro al instante. No sabía cómo iba a aguantar sin tocarla, sin besarla... ¡Oh!, no debería haber echado ese vistazo a su escote. Desde luego iba a ser una agonía, pero así correspondía. Por su propio bien, no debía sucumbir a los instintos. Debía ser calculador, como en los negocios. Ese era un negocio, trató de convencerse mientras era incapaz de apartar la mirada de esos dos fabulosos montes que le hacían agua la boca.

—Creí que podríamos tratarnos con un poco más de familiaridad, pero, si no se siente cómoda...

—Está bien: Jason creo que será aceptable. Y usted podría llamarme Valerie. —Ahí estaba. No había llegado a ser aún «V.», pero era «Valerie», lo que implicaba un paso gigantesco, él lo sabía. Quería sonreír y sacar pecho, pero no, se contuvo. Ella debía ser quien diera el primer paso.

—Verás, Valerie, yo tuve una infancia feliz, con un padre y una madre que me adoraban. Mi crianza fue diseñada de acuerdo con la sociedad actual, sin excepciones. Yo no puedo permitirme desviarme de mi camino ni un solo paso. Nunca he sido un libertino, lo cual bien podría haber sucedido, ocasiones no le faltan a un hombre con buena posición, dinero y título, pero mi padre es... uno de los mejores. —Valerie sintió el orgullo de él—. Recto pero amable, sabio pero comprensivo. Y mi madre es una dama correcta, afable, una de las más intachables que habrá en este mundo, que, como tú misma has dicho, está demasiado lleno de maldad. Así que quiero ser como ellos, un hombre digno.

—Esa sí ha sido una reflexión sincera y... personal. —Lo admiró por su sinceridad y devoción hacia los suyos.

—Sí. Supongo que el paisaje invita a ello, ¿no crees?

Sentados sobre una gran piedra, uno al lado del otro, miraron al frente, hacia los frondosos árboles que crecían salvajes, tranquilos y en armonía. Paz era lo único que Valerie y Jason sentían en ese preciso instante.

—Sí, desde luego. Y aunque no me lo has preguntado, creo que sí, que debes desear ser un hombre digno. Yo también tuve un padre formidable y una madre admirable. Muchos dicen que soy un calco de ella, pero ella se escandalizaría con... —Enmudeció de golpe al darse cuenta de que había estado a punto de soltar un secreto. A ella nunca se le escapaba nada, ni siquiera pensaba una frase sin saber si podría pronunciarla. «¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, y mil veces ¡ay!».

—He conocido a tu madre, y sí, creo que son idénticas. Pero dudo de que esa mujer se escandalice con facilidad. —Estaba claro que la marquesa viuda estaba al tanto del escarceo de ambos en el jardín, pero no parecía haberse inmutado, pensó él con alivio.

—No, ella no se escandaliza. Tú... ¿la conoces? —preguntó extrañada.

—Sí. Hay poca gente que no conozca a la marquesa viuda de Ailsa.

—No sabía que se frecuentaban.

—Tuve el placer de conocerla en tu casa.

—¿En mi casa? —chilló, más alto de lo que quiso.

—Sí —contestó él en tono neutral sin dejarse impresionar por el agobio que mostraba ella.

—Pero... ¿hablaste con ella? —Se estaba poniendo nerviosa, y él parecía divertirse con sus expresiones y su temor.

Jason contaba con un ingenio muy agudo y sospechó que Valerie pensaba que él le había pedido su mano a Elvina. Nada más lejos. Solo se la había pedido a Patrick, que, desde luego, contaba con la aprobación de la marquesa viuda. Pero eso no se lo iba a decir a Valerie.

—Claro.

—Pero, pero... —Ella quería conocer todo el asunto, si bien no sabía cómo preguntar.

Miró a Jason, quien parecía no querer develar el misterio. ¿Eso que observaba era el amago de una sonrisa?

—La conocí en mi última reunión con Patrick hace unos días. Ella estaba en la escalera cuando yo salía por la puerta, y tu primo nos presentó —la tranquilizó. Debería haber sido un poco más malvado. Después de todo, ella también lo había hecho sufrir al huir ante su promesa de no

rendirse jamás. Pero la vio tan temerosa que le dio lástima y decidió regalarle un poco más de esa paz que acababan de sentir.

—¡Ah! —respiró al fin, tranquila.

—Pero estoy intrigado.

—¿Intrigado? —La calma se esfumó en un suspiro.

—Intrigado, sí. ¿Por qué iba ella a escandalizarse? —Quería jugar al gato y al ratón.

—Porque estamos aquí los dos solos, sin carabina, por supuesto; porque no es apropiado —improvisó ella.

—Creí que los Manchester no mentían, que eran honestos.

—Y lo somos siempre. —Levantó la cabeza altiva.

—No, no lo has sido con esa afirmación y lo sabes.

—Cualquier madre se alborotaría si un hombre y una mujer estuviesen a solas sin acompañante.

—Cualquier madre, sí; la tuya, no.

—Creo que se está haciendo tarde, deberíamos regresar. —La situación se estaba complicando, y ella no se sentía cómoda. Comenzó a levantarse.

—Cobarde —siseó él.

—¿Cómo dice, excelencia?

«Volvemos con el título. Hemos retrocedido, Jason, mal hecho», se maldijo.

—Que se está haciendo tarde.

—Eso me pareció haber oído.

—Vamos, te ayudaré a montar —ofreció mientras enfilaba hacia los caballos.

—No es necesario.

—Insisto. Recuerda que me querías digno, tal y como mi padre insiste. Hazme el favor, milady.

—Está bien —claudicó—. Y no dije que te quería digno, dije que debías querer ser un hombre digno.

Jason no añadió nada más. Se limitó a colocarle las manos en la cintura y se detuvo en su mirada. Ambos se contemplaron embelesados.

Ella quería besarlo. ¿Por qué no iba a poder? Ella era Valerie Manchester, no hacía nada que no quisiera hacer de verdad y, si en ese momento le apetecía un beso..., ¿por qué tenía que contenerse? Él parecía haber abandonado la idea de matrimonio y no la volvería a retomar por un simple beso, ¿o sí? ¿Podría arriesgarse? ¿Y qué más daba? Ella quería un beso, y él, por alguna extraña razón, se contenía y no se lo iba a dar. Así se lo había dictado el instinto en el momento en el que la había ayudado a desmontar.

—Jason..., yo... —Lo miró un largo rato con la esperanza de que pronunciar su nombre lo impulsara a besarla. Era un momento íntimo, y ella había calculado que, con esa frase dubitativa, él se soltaría. Pero se equivocó. Por primera vez en su vida se fallaba a la hora de manejar a un hombre.

—¿Sí, Valerie? —repuso él con frialdad.

No iba a besarla. Ella estaba segura, así que tomó el mando. Agarró al duque por las solapas del abrigo y lo acercó hacia ella.

Él supo lo que pretendía hacer desde que sus ojos se cruzaron, aunque debía confesar que no tenía las de ganar en esa apuesta.

Valerie se acercó, dominante. Se rindió ante ella, agachó la cabeza y le cedió los labios. Ella era pura miel. Había anhelado a esa mujer durante días y por fin la tenía donde él quería. Iba a ir poco a poco, una seducción lenta, pausada, para que lo conociese, confiara en él y se diera cuenta de que era bueno para ella. Comenzaría con un beso sugerente.

Valerie estaba orgullosa de sí misma. Una vez más había tomado aquello que quería. No podía dejar de besarlo. Ella había comenzado el contacto, y él la dejaba hacer a su voluntad.

El duque de Lennox había decidido que sería Valerie quien llevase la voz cantante en esa ocasión. Él no haría nada más que seguirle la corriente. Pero la entrepierna estaba reclamándole cierta atención.

Los besos eran cálidos, y ella era comedida. Él sabía que ella estaba conteniéndose debido a que quería que él avanzara. Estaba seguro porque Valerie movía la cabeza y gimoteaba con el claro objetivo de pedirle besos en el cuello, en la oreja y de seguro también en sus pechos. «Alto, Jason», se ordenó.

Por lo visto, Valerie iba a tener el dominio de la situación. Pues bien, le demostraría al duque lo atrevida que podía llegar a ser. Ella haría, se dejaría llevar, pero dependería de él seguir el juego o suspenderlo. El duque de Lennox no sabía dónde se había metido, pensó ella, feliz de estar al mando.

Beso a beso, ella se comió al duque en tanto se apretaba contra él. Lo quería más cerca. Le desabrochó el chaleco y le coló las manos por debajo de la camisa, que no le costó demasiado sacar del pantalón. Iba a tocarlo por todas partes, no se iba a poner límites, lo exploraría todo cuanto él le permitiese. Así, sus manos le acariciaron la espalda y se aferraron a él como si la vida le fuera en ello. Al notar la dureza en su miembro, sonrió sobre los labios de él, triunfante. Entonces comenzó a arrastrarle la boca por el cuello. Lamió, saboreó y dejó húmedos besos por todos lados. Ambos suspiraban y gemían. Ella siguió hacia la oreja derecha, sacó la lengua y jugó con el lóbulo para por fin engullirlo y saborearlo. Su lengua parecía tener vida propia. Se la metió dentro de la oreja y notó que él se estremeció. Parecía que él no iba a dejar de jugar, no aparentaba estar dispuesto a cortar con aquel contacto. En verdad ella no quería detenerse, estaba dispuesta a ver hasta donde llegaría él.

Así que apartó las manos de su espalda luego de dejar algunos pequeños arañazos, fruto de la pasión que su cuerpo estaba sintiendo. No había podido evitar clavarle las uñas cuando, al meter la lengua en su oreja, él había gemido con una voz tan profunda. Estaba excitado, y ella más.

Comenzó a llevar las manos hacia el borde de su pantalón; él notó que ella no parecía decidida del todo y resolvió animarla. El duque estaba dispuesto a dejar que ella hiciese con él lo que quisiera.

—No te detendré. Si es lo que quieres, hazlo —le susurró.

Él le acaba de lanzar un reto, y ella recogió el guante. Le desabrochó la presilla y lo tanteó. Ella estaba entregada, desinhibida.

Él le había regalado el éxtasis, y lo mínimo que ella podía hacer era devolverle lo mismo, pensó envalentonada. Además sentía mucha curiosidad. Aunque no lo había hecho antes, comprendía que el cuerpo masculino respondía a subir y bajar, era pura mecánica. No podía ser difícil. Y, para aprender, tendría que probar. ¿Qué más daba si él pensaba que era una desvergonzada o que ya lo había hecho con otro? ¿Acaso él se había mantenido puro como ella?

Sin dejar de sentirse poderosa, Valerie le bajó un poco la ropa interior y lo liberó. Si tenía que subir y bajar aquella piel, de frente no era la mejor posición. Además sabía que los hombres se derramaban y no quería mancharse, así que se ladeó un poco. Entrelazó la pierna derecha de él entre las de ella e inició el baile.

Él echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y comenzó a suspirar. Ella era muy buena en eso, decidida, pensó. Jason sabía que no lo había hecho antes porque Patrick le había confesado que nunca había dejado que nadie le pusiera las manos encima, que ella no tenía experiencia, y el marqués no mentía jamás. Pero, aun sin experiencia, se notaba que tenía talento. No sabía cuánto podría aguantar. Hacía mucho tiempo que no había estado con una mujer. Él no frecuentaba mujeres en Inglaterra, sino solo cuando salía de viaje. No había tenido amantes ni las tendría

nunca, pero tenía que desfogarse y, si surgía la oportunidad fuera de su país, no la desperdiciaba. Eso sí, ninguna de las mujeres que habían pasado por su cama era como Valerie. Esas manos lo iban a matar de puro gozo.

—Mírame a los ojos. Quiero que me mires.

Esa mujer era un peligro. «¡Será posible que me diga lo mismo que le dije cuando yo la toqué así!». Bien. Había aceptado el juego y jugaría. Abrió los ojos, agachó la cabeza y la miró directo. Ella estaba tan llena de deseo por él como él por ella. ¡Y esa frase que le acababa de decir! Valerie lo había puesto al límite.

—Ahora, cuando te haga volar, quiero que digas mi nombre. También quiero que sepas que soy yo la que lo hará. Lo entiendes, ¿verdad?

No cabía duda de que él había sido un loco. Le había dado todo el control, y ella pensaba aprovecharlo hasta el último minuto. Valerie era diferente. Él sabía que lo que hacía con otras no iba a funcionar con ella, así que había decidido entregarse por esa vez. Ninguna mujer se había atrevido jamás a manejarlo, y menos en lo que al placer se refería.

Él asintió. No hizo falta que hablase. Si ella quería que él dijese su nombre, él lo haría, deseaba hacerlo. Jason se lo había ordenado aquella noche mágica en el jardín, y ella había cumplido. Él debería sentirse contento, halagado más bien, por que ella recordase todos los detalles del encuentro. Ese era otro punto para él.

Así que, mientras la mano de ella seguía arriba y abajo para hacerlo disfrutar y sus ojos seguían sin romper el contacto visual, él gritó su nombre.

—Valerie, Valerie, mi Valerie, sí, sigue, ya estoy. ¡Valerieeeee!

Se derramó, por ella voló. Era impensable lo que le había permitido hacer, pero estaba saciado, jadeante y contento. Ella había dado el primer paso, y él se sintió autorizado para dar el siguiente. Y cuando pensaba que ya nada lo podía sorprender, entonces la vio pasar dos dedos por encima de su erección, agarrar los restos de su simiente y, sin dejar de mirarlo, chupárselos, en un puro gesto de lujuria.

Esa mujer iba a ser su perdición. Era puro fuego, sin inhibiciones, no tenía miedo a nada y aprendía muy, muy rápido.

Jason intentó no parecer escandalizado. Sacó un pañuelo, se limpió, se arregló la ropa y le sonrió.

—Nunca había hecho esto antes. —Valerie comenzaba a sentirse cohibida.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Acaso no lo he hecho bien? —inquirió, con el orgullo lastimado.

—Sí, lo has hecho bien, muy, muy bien. Pero, al dudar antes de abrir el pantalón, noté tu indecisión, por lo que deduje que no lo habías hecho antes. Yo también puedo tener intuición aunque no sea un Manchester.

—¡Ah! Es que..., bueno, yo... no soy una persona corriente y tampoco he tenido una educación convencional. No sé cómo explicártelo.

—No hace falta que lo hagas. Y ahora dime, tú... ¿tú estás bien? ¿Necesitas que yo...?

—Estoy bien —lo cortó.

—Me refiero a si quieres que yo haga... Quiero decir...

—Creo que no.

—Crees que no. ¿Segura?

—Sí, es tarde. Volvamos. —La palabra «matrimonio» cruzó por la mente de ella. Valerie pensaba que, si ella lo tocaba, él no se sentiría obligado o tal vez menos forzado a comportarse como un caballero, pero, si fuese al revés... El duque de Lennox era un hombre digno, con deber y todo eso, y no quería estropear lo que había sucedido.

—De acuerdo entonces, volvamos —se resignó él.

Habían pasado cuatro horas fuera. Lena estaba preocupada. Cuando ambos llegaron a la mansión, ella notó algo en los ojos de su amiga, algo que nunca había visto. Los dejó entrar y agarró a Valerie del brazo.

—V., ven a la salita, han preparado el té para nosotras. Podemos conversar un rato ahora que el médico ya se ha ido, ¿quieres?

—Sí, claro. Excelencia. —Hizo una reverencia y se despidió del duque.

—Milady, baronesa. Las veré en la cena.

Cuando llegaron al pequeño salón, Lena tomó asiento con rostro serio y comenzó el interrogatorio.

—Valerie Manchester, ¿qué está sucediendo? —inquirió con una pausa prolongada entre las tres palabras que componían la pregunta.

—No sé de qué me hablas.

—Dispara.

—¿Cómo está la niña? —trató de cambiar de tema.

—No es nada, son los dientes. Ya no tiene fiebre. Cuéntamelo.

—Está bien, te relataré todo.

Había decidido hacerlo porque la baronesa era una mujer casada y la conocía muy bien, estaba segura de que no se escandalizaría.

Y así lo hizo, revivió todo ante ella, desde el éxtasis que el duque le había regalado hasta lo que ella le había hecho a él hacía unos pocos instantes, sin olvidarse de los bailes que habían compartido en Londres y la huida.

—Bueno, Lena, di algo. No pensé que te quedarías muda.

—No creí que llevarías eso de tener un amante a la práctica. En fin, sé que eres impulsiva y que lo prometiste, pero me pareció que recuperarías el juicio.

—No es mi amante. Y tú eres la menos indicada para...

—¿No es tu amante? ¿Entonces qué es lo que hacen? ¿Cómo se llama a dos personas que se dan placer sin estar casados? —rebatía ella sin tomar en cuenta el escarnio de la otra.

—Amantes, sí, pero...

—Amantes, así es, V., y no está bien.

¿Por qué su amiga estaba tan irritada y enfadada si ella misma...?

—Mi madre no me sermonea y menos lo harás tú. Precisamente tú.

—¡Alguien tiene que hacerlo! Por favor, V., recupera el juicio. No vas por buen camino. Te lo digo yo, amiga. No hagas las cosas así, te lo suplico, tú no sabes lo que es, lo que fue.

—Basta, no peleemos. Sabías que iba a buscarme un amante. Por otro lado, yo no te juzgué; no lo hagas ahora tú.

—Y lo has encontrado y, oh, ¡en mi casa!

¿En serio estaba recibiendo una regañina de ella? Valerie no entendía nada.

—No, no en tu casa —repuso, a la defensiva—; en un jardín y en las ruinas. Y no, no lo he encontrado. Él no será mi amante, no es el adecuado. ¿Contenta?

—¿Vas a seguir buscando uno? Te lo suplico, abandona esa idea por favor, tú no sabes...

—Lena —la cortó ella—, creo que no nos vamos a poner de acuerdo en esto, así que

dejémoslo aquí. No quiero pelear.

—Encima vas a seguir buscando a un hombre... ¡Fue una tontería lo que dijimos, Valerie! —Su amiga ladeó el rostro y la miró con expresión seria—. Muy bien, supongo que no puedo hacer nada para impedirlo —se rindió—. Pero recuerda lo que una buena amiga te advirtió: los errores se pagan muy caro, bien lo sé yo.

* * *

Se quedó helado. La sangre debió de salir de su cuerpo y, habría jurado que el corazón se le detuvo durante unos instantes. No podía creer lo que acababa de oír. Esa mujer era el diablo personificado. Acababa de tener un momento de intimidad magnífico con él y ya estaba pensando en buscar a otro. Pero ¿por qué? Esa familia o, mejor dicho, su padre, el difunto marqués de Ailsa, estaría removiéndose en la tumba si supiera lo que le había hecho a su hija al darle tanta libertad.

La baronesa tenía razón al decirle que iba por mal camino y que iba a sufrir. Y luego estaba esa otra pregunta que Jason evitaba: ¿por qué no era lo bastante competente para que ella lo quisiera como amante?

Él era bueno en la cama, lo sabía. Ninguna mujer se había quejado nunca y, si bien no había tenido un número muy alto de acompañantes, sabía que era un amante excelente que siempre buscaba el placer de ellas antes que el propio, cosa que no todos hacían. Había aprendido que una mujer saciada era mucho mejor compañía que una a la que se dejaba a medias.

El duque de Lennox no había pretendido escuchar la conversación de las damas, pero agradecía haberlo hecho. Había subido a cambiarse y asearse y luego había tenido la intención de unirse a ellas para tomar el té. La puerta estaba abierta y, al oír el tema de la conversación, no había podido apartar la oreja; no había podido despegarse del marco de la puerta.

Estaba enfadado, furioso. Ninguna estrategia iba a funcionar con esa condenada mujer. Si la cortejaba, le disgustaba; si la comprometía, no alcanzaba. ¿Qué iba a hacer con ella? Se sentía derrotado. No, eso no, él no tiraba la toalla nunca. No podría hacerlo después de haber visto lo que ella era capaz de hacer en la cama. Bueno, en la cama aún no habían estado en realidad, pero sí habían probado otros sitios. Ella era una fiera, tenía instinto, coraje, intuición para hacer que él se volviese loco, aunque acababa de descubrir que ella no sentía nada por él. Estaba claro que así era. Pese a que acababa de darle un obsequio fascinante, ella ya estaba pensando en buscar a otro hombre. ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? Debía ser frío, calculador. No podía entrar en esa habitación y raptarla, ni obligarla a casarse con él. No podía hacer eso porque él quería su corazón. Después tendrían tiempo para arreglar cuentas. Ella lo iba a amar y se encargaría de que fuese suya, aunque le fuese la vida en ello.

* * *

La cena fue tranquila, repleta de conversaciones amables, todo de lo más normal en un ambiente algo extraño entre las dos parejas. Ante ese panorama tan civilizado y frío, nadie habría pensado que Valerie había jugado con el duque y que él había oído la conversación sobre buscar otro amante.

Cuando los hombres se retiraron para tomar una copa y fumar, Valerie subió a su habitación. Estaba cansada y no quería discutir más con Lena. Necesitaba asimilar las cosas. Le había dicho que iba a buscar a otro caballero con el que compartir una relación clandestina, pero ella no quería que otro hombre le hiciera lo que el duque le había hecho en el jardín, ni tampoco darle a otro lo que le había dado a Jason. Pero él era un hombre de honor y la presionaría con el matrimonio si lo dejaba acercarse. Y sí, sí, deseaba que ese hombre desatara toda su pasión de nuevo, que la llevase al terreno neblinoso de la lujuria, hasta donde ella, encantada, se dejaría arrastrar.

Subió a su habitación, donde la doncella la ayudó a desvestirse y, tras cepillarse el pelo, se metió en la cama. Cerró los ojos e intentó dormir.

Un suave toque en la puerta le llamó la atención. La luz se coló al abrirse, y alguien entró. ¿Sería Lena para darle otro sermón o hacer las paces?

—Estoy cansada, no estoy de humor para otra de tus reprimendas.

—No soy lady Rosings.

Él, sí, ¡él estaba en su habitación!

—¿Jason? —¿Por qué hacía tanta calor allí de repente?

—¿Esperabas a otra persona? —tanteó, y enseguida tuvo la convicción de que debería haberse mordido la lengua. No debería haber dicho eso. Estaba celoso de un hombre que no existía, del amante que ella buscaría. No, él no iba a dejar que ella encontrase a otro. Jamás.

—No seas ridículo, no esperaba a nadie. De hecho, no deberías estar aquí.

—Hay tantas cosas que no deberíamos hacer o haber hecho... ¿Quieres que me vaya? Me iré si es lo que deseas —dijo mientras cerraba la puerta a su espalda.

—Sí, vete.

—De nuevo pones en duda el honor de los Manchester. —Jason siguió avanzando.

—Nunca haría tal cosa —negó nerviosa.

—Sí, lo haces. Esta es la segunda vez que mientes hoy.

—No es cierto.

—Has intentado engañarme hoy dos veces, y no hace falta que lo niegues, porque entonces serán ya tres veces las que pondrás en tela de juicio la reputación de tu familia.

—Basta, Jason —se quejó ella.

—Vaya, ahora ya no soy ni «excelencia», ni «duque de Lennox».

—No debes estar aquí. Por favor vete —dijo en tono seco.

—Te repito que me iré si es lo que quieres. ¿Vas a volver a mentir?

Ella estaba inclinada sobre la cama, hasta cuyo borde él ya había llegado. El duque no quería adelantarse más, pero tampoco iba a retroceder.

Valerie estaba perdiendo los nervios. No quería que él se fuera, pero, si le permitía quedarse, él volvería a querer ir a ver a su familia para pedir su mano y todo eso. ¿Qué debía hacer? Pues hizo lo menos sensato: apartó las sábanas y la colcha y se dejó caer sobre el lecho de nuevo, una invitación que no dejaba lugar al engaño.

—Chica lista —musitó él mientras se cernía sobre ella.

A Valerie no le gustaba la oscuridad, por lo que solía dormir con las cortinas apartadas de los ventanales, para que en su habitación siempre se colara la claridad. En ese instante pensó que aquella iluminación era ideal para el encuentro que iban a mantener.

Él comenzó a besarle los labios mientras le alzaba el camión para sacárselo por la cabeza.

—Hoy la clase será diferente, Valerie.

—Llámame V.

Ahí estaba el segundo paso gigantesco. Pero ese adelanto no tenía valor si ella quería otro amante. Él iba a dejarle claro que nadie le llegaba ni a los talones. La dejaría anhelante, no iba a entregarse por completo esa noche, pero le haría ver todo lo que podía conseguir con él. «Esto es un negocio, Jason, y ella es un adversario duro. Es necesario usar todos los recursos existentes», se dijo.

Los besos comenzaron a tornarse duros, ardientes, pasionales. Jason besó cada centímetro de su cuerpo, le lamió los pezones con delicadeza y, cuando ella comenzó a gemir, los mordió ligeramente. Valerie estaba lista para la segunda lección. Él veneró su cuerpo con cada caricia,

cada lamida, y ella lo dejó hacer. Él tenía el control, y ella estaba encantada. Entonces, tras rendir culto a aquel cuerpo glorioso, Jason se lanzó a mostrarle lo que era capaz de hacer. Le separó las piernas y le tocó el sexo con los dedos. Ella estaba húmeda y caliente. Deseaba probarla, estampar la lengua contra aquella zona erógena y hacerla volar mientras ella volvía a gritar su nombre.

—V., te diré lo que va a ocurrir ahora y me harás caso, ¿de acuerdo? —Ella asintió—. Bien. Voy a saborearte, pero tú no puedes gritar. No queremos que se enteren de lo que hacemos. Cuando te haga volar, volverás a decir mi nombre, porque soy yo, yo y solo yo quien va a hacer que te rompas con mi lengua. Lo harás, ¿verdad? ¿Harás todo lo que te he dicho? —Ella volvió a asentir—. Quiero oírtelo decir, Valerie.

—Sí, Jason, haré lo que me pidas —aceptó sonriente.

—¿Por qué lo harás?

—No entiendo...

—Sí comprendes. ¿Por qué lo harás, V.? Dime por qué harás lo que yo te pida.

Ella calló un segundo, pensó y luego contestó:

—Porque quiero que me rompas en mil pedazos y que me hagas volar. —Él, sonrió satisfecho con aquella respuesta. Esa chica era una Manchester, tenía intuición.

Justo entonces, él hundió el rostro entre las piernas de ella, que volvió a recostarse en la cama, preparada para disfrutar de la promesa que le había hecho.

El duque primero movió con suavidad los labios sobre aquel botón de placer, lo atrapó con la boca y, con una buena lamida, la saboreó en tanto trataba de recordar el gusto de ella en sus dedos durante el baile de los Prescott. Ella era tan dulce, tan endemoniadamente perfecta ahí abajo. Y quería darle eso a otro hombre. ¡Sobre su cadáver! La furia se apoderó de él y entonces comenzó la lamer sin tregua. Ella trató de apartarse, no podía soportar tanto placer, y contener los gemidos era difícil, por lo que tomó una almohada y se la aplastó contra el rostro para tratar de acallar los jadeos. Él pasó los brazos por debajo de sus glúteos y la aprisionó. Oh, no, ella no iba a irse a ninguna parte, iba a volar de nuevo con él, por él. Cuando alzó la vista y la vio con la almohada en la cara, se detuvo.

—¡Oh, Jason!, no me hagas esto. Por favor, no te detengas justo ahora, por favor, no me hagas esto —sollozó ella.

—V., mi nombre. No lo olvides, quiero oírtelo decir muy claro.

—Juro que así será. —Otra sonrisa apareció en la cara de él antes de entregarse de nuevo a aquella gloriosa tarea.

No tardaron en llegar los fuegos artificiales. Ella estaba explotando, y él aguzó el oído para notar cómo la almohada salía disparada por la habitación. Entonces oyó lo que esperaba.

—Jason, Jason, Jason, Jason, Jason, ¡sí! —repitió Valerie tantas veces como pudo. Y fue difícil mantener un tono silencioso cuando deseaba gritar a los cuatro vientos lo magnífica que había sido aquella hazaña.

Él siguió bebiendo de ella, y Valerie continuó gimiendo en voz baja. Al parecer no había tenido suficiente, pensó él. Tras saciarse de su néctar, se tendió en la cama junto a ella. Luego de unos pocos minutos, Valerie recuperó el aliento y pudo hablar.

—Dime, Jason, ¿has oído suficientes veces tu nombre o quieres que la próxima vez haya un número concreto?

—¿La próxima vez? Estás muy segura de que habrá otra ocasión. —Era hora de hacerla enfadar.

—Bueno, si tenemos en cuenta que con esta ya son tres las veces que hemos estado juntos y que estamos en desventaja, pues yo he volado dos veces y tú una, he considerado que sí, que debería haber una próxima vez. Te toca a ti la siguiente, a no ser que no quieras, claro. —Tenía que tentarlo como fuera, ella no podía quedarse sin esa experiencia.

—He acabado los negocios con el barón y me marcharé en breve, tal vez mañana por la tarde, así que no, no creo que tengamos tiempo para una próxima vez.

A Valerie se le detuvo el corazón de golpe. Se sintió helada. Ese hombre no podía irse, no luego de aquello.

—Estoy segura de que les quedan innumerables asuntos que tratar aún. Apenas has llegado esta mañana.

¿Desde cuándo suplicaba?

—Si quieres que me quede, pídemelo y lo haré —exigió con una sonrisa orgullosa. Sin que ella pudiera advertirlo, la táctica estaba surtiendo efecto.

—Si quieres quedarte, hazlo —repuso, negada a implorar.

—V., pídemelo bien y me quedaré.

Valerie puso su maravillosa mente a trabajar, como la buena Manchester que era. Tal vez podría utilizar la situación para su propio beneficio.

—Te lo pediré, pero, a cambio, tú tendrás que hacer algo por mí.

Él levantó una ceja, intrigado. Valerie era una buena estratega, tenía que admitirlo.

—Creo que acabo de hacer mucho por ti —le recordó.

—Y yo lo he hecho esta mañana por ti —contraatacó ella.

—V., ve al grano: ¿qué quieres?

No era tan solo una buena estratega; era implacable.

—Te pediré que te quedes en Rosings Park, incluso rogaré si quieres, pero solo si terminas lo que has empezado —declaró sin asomo de duda en sus palabras.

—No entiendo —mintió, con despiste fingido. No estaba preparado para esa petición en concreto. Él había irrumpido en su habitación para jugar, no para hacerla suya. El honor le dictaba que debía negarse, pero Patrick le había indicado que hiciera «todo lo necesario».

—Sí, sí entiendes. Dilo —lo azuzó ella mientras lo veía sopesar los pros y los contras.

—Aprendes muy rápido, querida. —No había duda de que era prima de Patrick.

—Tengo un buen maestro.

¿Se refería a él mismo o al marqués?

—Está bien.

—¿Sí? —Había sido demasiado fácil. Jason había claudicado sin pedir nada más, lo que le dio mala espina. Pero eso no importaba, pues estaba a un paso de conseguir lo que quería.

—Sí —gruñó él—. Ahora cumple tu parte.

—Está bien, pero llegaremos hasta el final hoy. Ahora.

—No sabes lo que pides —advirtió.

—Sí lo sé, y debes prometer que no me presionarás nunca.

—¿Presionarte? —Su honor se debatía con el deseo. La miró, tendida sobre la cama, desnuda, tentadora como Eva en el paraíso. ¿Cómo un hombre en su sano juicio podía estar debatiéndose entre la excitación y el decoro en ese instante?

—Promételo. Yo te lo recordaré llegado el caso.

—V. ...

—Hazlo.

Ahí estaba la manzana prohibida.

—Te lo prometo.

Ella se incorporó para colocarse frente a él, lo agarró de la mano, lo miró a los ojos y comenzó:

—Jason, por favor, te suplico que no te vayas mañana. Quiero volver a volar y deseo que sea contigo. Por favor, no te vayas. Quédate, Jason. —Él tenía una fijación con que ella dijese su nombre, lo que Valerie había decidido aprovechar para conseguir su propósito. Tenía una promesa que cumplir y no iba a tener una mejor oportunidad que la que se le acababa de presentar.

—Me has emocionado. Casi me he creído que lo decías de verdad.

—Los Manchester no mentimos.

—Tú lo has hecho dos veces hoy.

—No miento cuando son cosas importantes. Eso era una nimiedad, lo sabes. ¿Te quedarás? —preguntó ansiosa.

—Sí, cómo no iba a hacerlo después de tus palabras —ironizó él.

—Bien. ¿Por dónde íbamos? —retomó tras pasar por alto la mofa.

—Ven aquí, quiero sentirte sobre mí.

Ella se posó sobre él y comenzó a besarle por todas partes. Cuando el duque ya no pudo soportar tanta tortura, la tumbó boca arriba, con la espalda pegada al colchón, y le abrió las piernas con las de él. Se posicionó en el lugar justo y comenzó a acariciar ese botón de placer para ir luego un poco más abajo. Valerie estaba más que preparada para él.

—Preciosa, esto va a ser molesto para ti al principio, pero te prometo que el dolor pasará enseguida. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Por lo visto, su honor aún tenía algo que decir.

—Sí, lo quiero más que nada en el mundo.

—¿Y estás convencida de que lo quieres conmigo?

Ella se sorprendió por la pregunta. Ahí había algo que ella no sabía. Estaba segura, solo tenía que alimentar su confianza para que él no se detuviese, no justo entonces, cuando estaba tan cerca de conseguirlo. La joven deseaba que él fuese el primero.

—Sí, Jason. Tú eres la persona, el hombre al que he elegido para esto.

—¿Para esto, V.? Sé más específica.

—Dejemos las palabras para después. No entiendo por qué me obligas a decir tu nombre y a afianzar tu certidumbre. ¿Por qué quieres oírmelo decir? Es una necesidad tuya que...

—V., soy *yo* quien está entre tus piernas, soy *yo* quien te hace volar, soy *yo* quien te va a hacer mía. Es una necesidad de cualquier hombre que la mujer que yace con él sepa en cada momento quién le da placer. Soy yo, Jason, y no quiero que lo olvides nunca.

—Sí, lo entiendo. —Visto así, lo comprendía a la perfección. Recordarlo a él vulnerable en sus propias manos la puso al límite de nuevo.

—Y no.

—Y no ¿qué? ¿No irás a detenerte? —se alarmó.

—Claro que no, no te preocupes. Pero, para contestar a tu pregunta de antes, no hay un número mínimo ni máximo de veces que debas pronunciar mi nombre. Hazlo cuando quieras, donde quieras y como te plazca. Así sabré que no has olvidado quién yace entre tus piernas, preciosa.

Y sin más, comenzó a abrirse camino entre su estrechez. Ella se agarró a la espalda de él, que gimió de dolor y placer cuando Valerie le hincó de nuevo las uñas.

—V., eres tan... estrecha. Es un gusto demasiado perverso. Se siente tan bien. —Se detuvo al verla apretar los ojos y los dientes—. V., ¿estás bien? —preguntó con sincera preocupación, pues no había estado nunca con una mujer virgen.

—Sí, es solo que... arde.

—¿Me detengo?

—¡No! —Era incómodo, molesto, pero no podía frenar, no entonces. Abrió los ojos, inhaló una profunda bocanada e intentó relajarse.

—Bien, voy a llegar a abrirte. Te prometo que la molestia pasará si te sueltas. Mírame, concéntrate en mí.

—Sí. —Valerie tragó saliva y depositó su confianza en él.

Él comenzó a besarla y empujó. Se tragó el aullido dolor de ella con un beso y comenzó a susurrarle palabras dulces para tranquilizarla.

—Ya pasó, preciosa, ya está. Lo siento, pequeña, será mejor ahora, lo prometo. Siénteme, V., no te resistas.

Poco a poco, ella se fue relajando, y él comenzó a mecerse con sumo cuidado.

—Valerie, ¿la molestia está disminuyendo?

—Sí, sí y sí —gimió ella.

—Menos mal, porque estoy muriendo de tanto contenerme, no puedo más. Eres tan estrecha que me haces perder la cordura. —Llevó una mano hacia donde sus sexos se conectaban—. Vas a volar conmigo, pequeña. Disfrutaremos juntos, no lo haré hasta que tú lo hagas, pero por favor, te lo suplico, no puedes demorarte, no podré contenerlo demasiado.

—No me digas eso, ¡ahora me has puesto nerviosa!

—Tranquila, explotaremos juntos. Solo siénteme y déjate arrastrar. Te deseo, V., ¿puedes sentir eso?

Se recostó sobre ella en tanto intentaba establecer una conexión. Con la mano, masajeó el centro femenino con más ahínco a la vez que embestía. Valerie comenzó a mover las caderas al compás de aquellos movimientos, y él no pudo resistirse a ese exquisito pezón izquierdo que se movía en un ritmo agitado. La necesitaba al límite, excitada. Él estaba a punto, no le quedaría mucho más para llegar al clímax. Dejó de saborearla, dispuesto a ayudarla con palabras.

—Cariño, estoy cerca y sé que tú también. Mírame, abre los ojos. —Ella obedeció—. Eso es, preciosa. Nota cómo te toco, siente cómo tu cuerpo está pidiendo liberarse. Vamos, lo tienes, puedo sentirlo, es momento de que lleguemos juntos. Así, alízate conmigo.

—Jason, sí, Jason, ¡sí!

—¡Oh, V., eso es, preciosa!

Un baile perfecto, una danza única, una comunión exclusiva. Ambos consiguieron liberarse de las cadenas de la angustia juntos, a la vez.

Jason se sintió satisfecho por haberle regalado la mayor de las experiencias entre un hombre y una mujer y esperaba que ella supiera valorarlo, aunque intuía que no iba a ser así.

Cuando Valerie lo sintió tumbarse a su lado y deslizar una manta sobre ambos, se reclinó sobresaltada.

—Jason, no puedes quedarte.

—No te preocupes, me iré antes de que alguien me vea.

—Por favor, no podemos correr el riesgo.

—¿No podemos? —repitió, molesto. ¿Lo estaba echando?

—No, no puedo. Yo... Esto no está bien...

—¡Haznos un favor a los dos y sé honesta de una buena vez!

Él se levantó hecho una furia, con el orgullo herido, y salió de la alcoba sin mirar a atrás. Al instante lamentó no haber dado el portazo que merecía la ocasión.

Esa mujer lo denigraba a cada segundo, y él no podía consentirlo. Le había prometido que no se iría al día siguiente, que se quedaría, pero sentía unas ganas terribles de marcharse y olvidarse de ella. Cada vez que él creía haber logrado un progreso, Valerie Manchester le pateaba el hígado. Estaba desesperado y no sabía qué más podría hacer.

* * *

Lo había herido. Lo sabía, había visto cómo el semblante del duque pasaba de triste a serio y luego a furioso, y se sentía culpable por ello. Ella estaba convencida de que los hombres querían lujuria, placer y nada más. Su suerte había hecho que se topase con uno de los pocos caballeros que querían otra cosa. Sí, él quería más de ella, quería acurrucarse con ella en la cama después de hacer el amor. Pero no, ella no acababa de hacer el amor en realidad, tan solo había experimentado el placer de la carne. Se sintió eufórica al descubrir que acababa de encontrar a su amante.

Tendría que buscar el modo de mantenerlo en su cama sin que Jason le pidiese matrimonio. Por el momento, urgía encontrar una manera para que él dejara de estar enfadado, lo que iba a resultar complicado.

No debía angustiarse por lo que acababa de ocurrir. Luego de haber descubierto todas esas sensaciones nuevas, no podía, no debía renunciar a ellas. Y tenía que ser con él. El duque la encendía, la hacía llegar a extremos que nunca antes había imaginado. Después de todo, si analizaba los sucesos de manera lógica, hacer que se marchase del lecho posiblemente había sido lo mejor. Ella temía que en algún momento Jason acabase por proponerle casamiento. Al menos, mientras estuviese enfadado, esa idea no se le pasaría por la cabeza.

A la mañana siguiente, Valerie Manchester despertó ilusionada y se propuso idear la siguiente jugada para seguir con aquel experimento. La desilusión la atravesó, sin embargo, en el momento en que bajó al comedor y descubrió que Jason no estaba en la finca. Maldito. Le había dicho que se quedaría si se lo pedía, que no se iría, para luego marcharse a primera hora. Paul le estaba comentando a su mujer que al invitado le habían surgido ciertas cosas importantes que atender justo cuando Valerie entraba. ¿Por qué la miraba con tal fijeza mientras le daba explicaciones a Lena? ¿Estaría enterado de algo? Sintió un calor atravesarle el cuerpo.

Como fuese, su entusiasmo acabó en un pozo. Algo en su corazón se rompió. Al final el duque no era el hombre honorable y correcto que ella pensaba que era. La experiencia había sido fantástica. Bien era cierto que no contaba con nada con que compararla, había sido su primera vez,

pero ambos habían disfrutado. No cabía duda de que él se había sentido igual de satisfecho que ella. Por muy inexperta que fuese, había podido percibir el disfrute de su amante. «Mi amante». Al fin era una mujer completa y perversa.

En ese instante lamentó que él no luchase por ella. No la había presionado ni había insinuado nada sobre matrimonio ¡ni una sola vez! ¿Estaba desilusionada? No quería examinar esa posibilidad, pero... ¿Regresaría? ¿Qué sucedería a partir de entonces? ¿Tendría que seguir buscando un nuevo candidato? Si Jason había huido, Valerie tendría que volver a iniciar sus sondeos. «¡Mentirosa! ¿A quién quieres engañar? Él te ha arruinado para el resto de los hombres, y lo sabes», se dijo a sí misma.

* * *

Después de tener uno de los desayunos más silenciosos desde la llegada de la alegre invitada, Lena invitó a Valerie a darse un chapuzón al lago. Era una mañana muy calurosa, de hecho estaban sucediéndose unos días muy sofocantes, y no solo por las altas temperaturas, que eran inusuales para esa época del año.

Valerie necesitaba evadirse y por eso había accedido a ir. El baño estaba resultando delicioso hasta que comenzó otro nuevo interrogatorio.

—V., ¿qué te sucede? ¿Sigues enfadada conmigo?

—No me ocurre nada, estoy relajada. Tan solo disfruto de un día magnífico. Y jamás me enojaría contigo, te adoro.

—Yo también, pero, V., ¡por favor! Tú... ¿relajada? Siempre has confiado en mí, nos lo hemos contado todo. Lo recuerdas, ¿no?

—Sí, recuerdo el relato de tu primera vez con Paul y la envidia que me dio, pero es que me vas a regañar y no quiero discutir.

—¡Lo sabía! Ha sido con el duque, ¿verdad? Y te recuerdo que tú también me repriminaste lo sucedido sin piedad —atacó Lena.

—No es lo mismo. Y sí, fue con él. ¡Por favor!, ¿con quién más podría haber sido?

—Y no pensabas contármelo... De verdad que no sé qué pensar. ¿Acaso no confías en mí? Yo también fui perversa, sabes que la historia entre Paul y yo fue... —No quería recordar aquello porque no todo estaba en su lugar aún—. Si no fuera por tu madre...

—No me has contado nunca esa parte.

—No cambies de tema. Quiero saberlo todo.

—Está bien, pero alguna vez habrás de confesarte conmigo. No puedes exigir que yo confíe en ti cuando tú no eres del todo honesta tampoco.

—Es muy aburrido todo. Lo tuyo es más apasionante —repuso Lena.

—Está bien, está bien. Fue anoche y fue maravilloso. Lo que había esperado se queda corto. No puedo dejar de pensar en ello.

—¿En ello, en él o en haber cumplido la promesa?

—No hay diferencia, ¿no crees? —dijo la joven Manchester, altiva.

—Es verdad, no la hay. Así que ¿estás enfada porque hoy se ha ido?

—Me ha sorprendido su partida, pero no estoy enojada.

—Estás decepcionada, que es aún peor. Es evidente.

—Bueno, sea lo que sea, se ha ido. No está, y punto. —En realidad, «enfadada» era poco para lo que sentía. ¿Quién se creía él para abandonarla así?

—Si él está la mitad de intranquilo que tú, no creo que tarde en regresar. Espero que hayas empleado bien tus armas de mujer.

—No creo que lo haga, pero sí, considero que estuve a la altura de las circunstancias.

No podía mostrarse del todo segura de ello porque no tenía demasiada experiencia. Conocía la teoría, sí, pero la práctica era mucho más complicada.

—¿Y no regresará? ¿Qué le has hecho, V.? —Lena sabía que su amiga podía ser letal, incluso sin quererlo.

—Yo... Lena, no estoy preparada para tener esta conversación.

—¡Oh, lady V. no está preparada para algo!, esto no hay quien lo crea —exclamó en tono teatral.

—Está bien, está bien. Lo eché de mi cama cuando terminamos de...

—¡Valerie! Dime que no lo hiciste, por favor, te lo ruego. A veces pareces un hombre. ¿Por qué demonios ibas a hacer semejante cosa?

—Sí, lo hice, ¡lo siento! Lo hice, me arrepiento, he hecho que se fuera. Por favor, no digas nada más. Sé lo que implican mis acciones. No dejo de pensar en que necesito sus besos, sus caricias,

no puedo enfocar mi mente en otra cosa. ¡Es horrible, Lena, horrible! No puedo distraerme, no puedo dormir, no puedo comer...

—V., te has comportado como esos hombres a los que has dado lecciones durante años. ¡No puedo creer lo que has hecho! Y más cuando estás enamorada de él —comentó, pasmada, la señora de la casa.

—¡No estoy enamorada! Sabes que nunca lo estaré. Jamás me entregaré, no pienso darle a nadie ese poder. No debo volver siquiera a intentarlo.

—Valerie, estás enamorada y ya te has entregado. No todos son como aquel gusano. El duque de Lennox es diferente. Patrick no habría dejado que se acercase a ti si no fuera así.

—No, no me he entregado aún, tan solo he conocido el placer. Es diferente. Y Patrick no puede hacer nada porque tengo libertad.

—Engáñate cuanto quieras. Es justo lo que hice yo, ¿recuerdas?

—No es lo mismo. Jason no quiere... Bueno, no sé lo que quiere. Por primera vez mis sentimientos están interfiriendo con mi intuición y no veo nada más allá de sus... de sus... — dudó.

—De la pasión que ha despertado en ti. Lo sé. He estado en tu lugar.

—Pero se ha ido. Yo... yo... ¡Esto es una pesadilla!

—¿Podrías casarte con él?

—Jamás. Ni con él, ni con nadie —respondió Valerie con absoluta resolución.

—Es hora de superar lo de tu tía Bethany. No todos los hombres son como ese bruto insensible que la hirió de muerte. El duque no es como él. Confía en la aprobación de tu primo Patrick. — Calló de golpe. No podía decir nada más.

—Él permitió que Bruce se acercase a mi tía.

—Sabes que él estaba en Francia. Estuvo allí un año, no podía haber hecho nada para evitar lo que sucedió. Si él hubiera estado aquí, el bastardo no se habría casado con tu tía. Tenía que ocurrir así. Tú y tu madre estaban demasiado afectadas por la muerte de tu padre, y Anthony también estaba fuera, en Los Estados Unidos de América, donde se labraba un futuro. No había nadie para vigilar a ese hombre, y Bethany cayó en sus redes. Fue todo demasiado rápido. Las circunstancias ahora son diferentes. Tú no eres tu tía, ella era una soñadora, imprudente... Sí, no me mires así, es evidente que no eres como ella.

—Él la engañó y le hizo pasar un infierno. No, sin duda me niego a ser la propiedad de nadie. Mi padre me dio el mejor de los regalos: mi libertad. No tengo que preocuparme por nada. Tengo

posición y fortuna, no necesito un hombre para ser feliz —trató de convencerse.

—Lamento oírte decir eso. Tener tu propia familia, un amante esposo que te venere y unos hijos a los que amar debe de ser lo mejor que hay en esta vida. Lamentaría que te perdieSES eso.

—¿Lo has conseguido tú? —interrogó.

—No estamos hablando de mí, sino de tu futuro. El mío está decidido ya.

Valerie no quiso presionarla.

—Quiero vivir otras cosas. No estoy interesada en tener una familia tradicional.

—V., ¡a veces pienso que eres un hombre!

—Bueno, mi madre insistió en criarme como la habían educado a ella, y mi padre consideró que, como mi madre era perfecta, yo lo sería también. Así que ya ves... Doy gracias cada día por los padres que me han tocado.

—Y por tus primos...

—Por supuesto. Son como mis hermanos. Tal vez comience a viajar. Después de todo, tengo el mundo a mis pies —se animó.

—Sí, cariño, lo tienes. Disfrútalo. —Una lágrima se le derramó por la mejilla.

—Lena, ¿estás llorando? Dime qué sucede.

—Me alegro de que estés aquí —se limitó a responder sin agregar ningún otro detalle.

Luego de eso, el día transcurrió lento. Valerie pasó la mayor parte del tiempo con la pequeña para darles un respiro a sus padres. La niñera había caído enferma, nada grave, pero Lena llevaba varios días sin poder disfrutar de su esposo y quería aprovechar para compartir un momento de intimidad con él dado que su invitado se había ido.

A la hora de la cena, lady Manchester estaba algo más tranquila, pero seguía irritada. Esa noche la pasaría sola, sin él. Ella anhelaba tenerlo en su cama de nuevo y, puesto que él no estaba, iba a ser una velada muy larga.

A la mañana siguiente, antes siquiera de que el sol terminara de salir, Lena irrumpió en su habitación.

—V., despierta.

—Me has asustado. ¿Es la niña? ¿Qué sucede? —preguntó Valerie con los ojos pegados.

—No te alarmes, todo está bien.

—No creo que me hayas despertado así por nada.

—Paul me dijo anoche que le había enviado una nota urgente al duque para que regresase. Al parecer, uno de los informes que le trajo no está bien y quiere discutir de inmediato el asunto con él. Esperamos que venga hoy mismo. ¿No te alegras?

—Él se fue. Me había dicho que no se iría, sin embargo eso hizo justo después de hacer el amor. —«Un momento. No, no, ¿he dicho «hacer el amor»? ¿En qué estoy pensando?». Se arrepintió de la frase apenas fue pronunciada y, al ver el rostro de su amiga, se maldijo por el lapsus.

—Interesante... Pensaba que los amantes no hacían el amor. Eso es lo que has dicho siempre.

—Sí, ha sido un error léxico.

—Bueno, tengo que decirte que él tenía previsto irse esa misma mañana. ¿Por qué te habrá dicho que se quedaría? No lo entiendo —caviló Lena confundida.

—Cuando estábamos... Cuando estábamos... En fin, cuando lo hicimos, él me dijo que iba a marcharse porque el trabajo con tu marido estaba llegando a su fin y que no tardaría en irse. Como es lógico, yo no quería que se fuese, quería más de él, y me dijo que, si se lo pedía, se quedaría. Bueno, fue más o menos así.

—Entiendo. Pero él no se marchó de manera definitiva. Había ocurrido algo grave con su hacienda y por eso debía irse, aunque regresaría pronto.

—Entonces no está enfadado, ¿tan solo tenía cosas que hacer? Pero me dijo que no se iría... No entiendo nada.

—No te equivoques, V. Ese hombre debe de estar hecho una furia por lo que le hiciste. Apuesto lo que quieras a que es así.

—¿Apostar? Lena, ¿no aprendiste de la última vez?

—Vamos, si Emma fue capaz de hacerlo, yo no iba a ser menos. Mi querida amiga, ese es el menor de tus problemas ahora —le recordó.

Lena, luego de unas risitas y una mirada cómplice, salió de la habitación.

Jason llegaría ese mismo día y, sí, estaría enfadado con ella por haberlo echado. Lo comprendía.

* * *

Jason estaba enfadado con ella, furioso. Maldito lord Rosings, que le había enviado esa nota urgente.

Poco antes de la hora de comer, el duque entró de nuevo en la residencia de los Rosings sin siquiera mirar a Valerie. Apenas le dedicó un correcto saludo, que ella correspondió con una reverencia antes de ver a los dos caballeros encerrarse en el despacho.

La hora de la comida fue tensa. Ella parecía no existir para el recién llegado, y su amiga rehuía a su marido. ¡Hasta los criados lo podían ver que el aire entre las dos parejas se podía cortar con un cuchillo!

Jason no se dirigió a ella ni para comentar el excelente clima del que gozaban en esa época del año, pero Valerie, lejos de estar triste, estaba encantada. Se sentía como una cazadora experta. Aquella indiferencia volvía más interesante su meta. ¿Tendrían razón sus amigas cuando le decían que estaba loca? Como fuera. Su objetivo era que él se la volviera a visitar esa noche. No tenía claro cómo lograría semejante proeza, pero eso iba a ocurrir sí o sí. Ella era lady Valerie Manchester, no temía a nada ni a nadie, y las circunstancias no la amedrentaban jamás. Jason yacería con ella, estaba tan segura de ello como de que el cielo era azul. ¿Cómo lo haría? ¿Tal vez con una nota? Sí, un mensaje pasado por debajo de la puerta de su habitación. Era una idea buena.

* * *

Después de la cena y tras haber compartido unos instantes privados con el barón, Jason llegó a su habitación y descubrió en el suelo un papel doblado con su nombre escrito.

Ven a verme esta noche.

V.

Ella lo estaba invitando. Él estaba enfadado, furioso, pero complacido ante la perspectiva de que esa mujer orgullosa hubiese solicitado su presencia, aunque más que una petición parecía una orden. No iría, no sucumbiría a la tentación de Eva por muy apetecible que fueran sus dos manzanas prohibidas. Echó la nota al fuego y se metió en la cama, lleno de necesidad pero satisfecho con su resolución.

Valerie iba de un lado hacia el otro en una caminata inquieta por su habitación. Maldición, había pasado ya una hora y media desde que ella y Lena habían dejado a los hombres con su oporto y sus puros. El duque ya debería haber visto la nota.

Suspiró.

No es que estuviera Jason enfadado, es que se lo iba a hacer pagar. Esa iba a ser su venganza: iba a negarse a todo lo que ella pidiese. Pero ella no era una mujer que diese el brazo a torcer, no sin pelear por lo menos, y siempre tenía un plan para cada situación.

Valerie se quitó el camisón, se colocó una bata de seda rosada, la anudó bien, tomó una vela y se dirigió a la habitación del duque sin dudar un instante. Se acercó a la puerta y dejó escapar una larga exhalación en tanto intentaba relajarse. Giró el pomo y cruzó el umbral. Estaba oscuro. Jason estaba en la cama, y lo vio incorporarse al segundo. Así que él tampoco podía dormir... Valerie sonrió con discreción.

—¡Por favor, V.!, ¿no tienes ningún sentido del decoro? ¿No entiendes la negativa de un hombre? —vociferó. Su voz era ira en estado puro.

—Creo que, a estas alturas, la pregunta está de más, ¿no te parece? —La sangre Manchester apareció en un momento de necesidad.

—Márchate, hoy no disfrutarás de mis servicios —declaró al bajar el tono de voz, y arrastró la última palabra.

—Jason, por favor, no digas eso. Lo que dices hace que esto sea... sea... —No encontraba la palabras. Él la ayudó:

—¿Sucio? ¿Secreto? ¿Deshonesto? ¿Inapropiado? Elige el término que más te guste y sal de aquí ahora mismo —volvió a elevar la voz.

—No —insistió tajante.

—¿No? Te llevaré a rastras si hace falta. Haré una escena. No me pongas a prueba.

Entonces ella dejó la lámpara sobre el mueble más cercano, uno que estaba junto a la puerta, se abrió la bata para mostrarle el cuerpo desnudo y dejó caer la tela al suelo.

—Pero me llevarás desnuda por los pasillos de esta casa.

—Maldito infierno.

Eva había sido la primera tentadora de la historia y parecía haber reencarnado en ese preciso momento en Valerie. El pelo le caía en cascada y en sus ojos se reflejaba la necesidad, no había vulnerabilidad. Jason no podía apartar la vista de ese cuerpo del pecado.

Ella era tan perfecta. La cordura lo abandonó, y la lujuria lo poseyó. Dio tres zancadas hacia ella, la alzó en sus brazos y la depositó en la cama.

—Si es lo que quieres, lo tendrás, pero con mis reglas. ¿Recuerdas lo que te hice la otra noche?

—La otra noche me hiciste muchas cosas.

—Sabes a lo que me refiero. Me vas a compensar por echarme de tu cama y, si te portas bien, te permitiré disfrutar después a ti. O lo aceptas o te vas —determinó decidido.

—Lo acepto.

Aceptaría lo que fuese con tal de tenerlo. No era momento de hacerle frente, ya ajustarían cuentas más adelante.

Él se recostó sobre la cama y se puso cómodo. Entonces aferró su propia erección con la mano para que ella comenzase a resarcirlo.

—Ven aquí.

Ni besos, ni abrazos antes. Estaba claro que ella tendría que trabajar para ganarse su perdón. Valerie resistió la sonrisa que se abría paso en sus labios. Había resultado fácil después de todo salirse con la suya. Así que, divertida con la idea y satisfecha por haberlo hecho claudicar, comenzó a ir hacia él. Antes, sin embargo, quiso apagar la vela que aún estaba sobre el mueble.

—No, V. Déjala encendida, quiero verte.

Ella le hizo caso y enseguida se encaminó a cumplir su penitencia. Estaba excitadísima con la perspectiva de explorar un nuevo método, pero no tenía claro cómo funcionaría. Jason pareció leerle el pensamiento.

—Abre la boca. Yo te guiaré para que puedas tomarme.

Y así ella sacó la lengua y lo lamió, insegura al principio pero emocionada por la experiencia que iba a atesorar.

—Sí, V., lo haces muy bien. Ahora todo, de arriba abajo, quiero sentirte recorrerme. Muy bien, sigue.

Él estaba ya gimiendo de placer, no sabía cuánto podría contenerse. Había pasado todo el día recordando sus pechos, su centro de placer, su sabor. Estaba necesitado de ella y no podría aguantar más. En ese momento dio gracias a lord Rosings por haberle urgido regresar antes. De lo contrario, él habría tenido que buscar una excusa para retornar con ella lo antes posible.

—V., ahora con una mano, y haz lo que me hiciste el otro día cuando salimos a cabalgar. ¿Lo recuerdas? —Ella asintió—. Muy bien. No dejes de mover... Sí, eso es, arriba y abajo. Buena chica. Quiero sentirte de nuevo sobre mí. Ahora es necesario que me lleves profundo —le exigió sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Está bien..., Jason? —tuvo que preguntar ella al ver que él había callado de repente y al no oír más que su respiración agitada. ¿Lo estaría haciendo como correspondía?

—Perfecto, preciosa.

Valerie interrumpió la clase de nuevo.

—Recuerda que yo también quiero oír mi nombre.

—Lo oirás siempre, no te preocupes. Ahora continúa, por favor.

Valerie se mordió los labios. «Poderosa» era quedarse corta para describir cómo en verdad se sentía en ese momento.

Ella siguió haciendo lo que él le había pedido mientras mantenían el contacto visual. Arriba y abajo, chupaba, lamía y saboreaba. No podía dejar de disfrutar del poder que sabía que tenía sobre él en ese preciso instante.

Él estaba al límite, y ella, al notar sus gemidos, imprimió más ahínco a la labor.

—Basta, V., ¡suficiente!

—Pero no has... —¿Tan mal lo estaba haciendo? No le parecía...

—Lo haré en un momento, pero ahora vamos a cambiar el juego.

Él tomó un par de cojines y los colocó en el centro de la cama.

—Túmbate, pon tu vientre sobre ellos y abre las piernas para mí.

Ella no discutió la orden, y Jason llevó los labios hasta el centro de su placer.

—Haces que pierda el norte, que olvide lo que debo hacer. No puedo ni siquiera castigarte como es debido. Haces que desee probarte. Tu sabor está en mi mente a todas horas. Necesito sentirte todo el tiempo.

Tras esa confesión, él se dio un festín con el manjar que ella le ofrecía. Jason percibió, por sus movimientos, quejas y gemidos, que Valerie estallaría en cualquier momento y se detuvo.

—Jason, ¡no!, ¡no! ¡No te detengas justo ahora! Dijiste que no podías castigarme... No lo hagas, te lo suplico —rogó en tanto le obsequiaba su mejor expresión de descontento. ¡Qué injusto!

—Preciosa, esto no es un castigo, quiero que lo hagamos juntos. Relájate, voy a entrar en ti. — Valerie se movió para colocarse frente a él—. No, pequeña, quédate así. Al principio notarás un poco de incomodidad, pero te prometo que será muy placentero. ¿Confías en mí?

—Sí. —La joven volvió a su posición y separó las piernas lo máximo que pudo para él.

Jason se colocó en su entrada y, de una estocada, se hundió. Ella gimió de puro éxtasis. No le dio tregua: tres, cuatro, cinco embestidas, y ella tuvo que hundir la boca en el colchón para evitar gritar y gemir de placer. Él se reclinó sobre la espalda de Valerie y llevó una mano hasta aquel centro que la hacía gozar. Necesitaba acelerar el proceso. Sabía que ella sería capaz de alcanzarlo sin ayuda extra, pero él ya no podía resistir mucho más el ritmo que ella toleraba y a la vez exigía.

—V., estás cerca, necesito que te dejes ir ya. Ven conmigo ahora.

Si él era un hombre experimentado, ¿por qué con ella le costaba tanto contenerse? Se sentía como un jovencuelo a punto de derramarse nada más la tentadora Eva se colocaba en su camino.

—Jason, Jason, Jason. Estoy contigo, cariño. Juntos, sí, sí.

—Así, V., siénteme. V., mi V. Mía, mía, mía.

Volaron juntos. Él se desplomó sobre ella sin poder seguir respirando. Aquella joven era la mejor mujer con la que podría estar nunca. Valerie tenía que ser de él, y no sabía cómo conseguiría semejante empresa.

Mientras él se recostaba junto a ella y le acariciaba la espalda, Valerie tanteaba qué iba a suceder a continuación. Hasta el momento, había ejecutado su plan con maestría: Jason había caído en su red esa noche. Pero más allá de entrar en su alcoba y tentarlo, ella no había sido capaz de idear qué iba a hacer cuando él sucumbiese. Se movió para incorporarse sobre la cama en tanto esperaba ver la respuesta de él y rezó para que la dejase ir.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

—Jason, ¿vas a hacer que me quede?

—Sí. Luego te irás para que nadie te vea, pero no saldrás de mi cama hasta que yo lo diga.

—Por favor...

—¡No!

—Me quedaré —cedió—. Ten en cuenta que me sacarás de la comodidad de tu cama con los primeros rayos del sol y me harás regresar con frío, sueño y sola a mi cama. Y todo ¿para qué? Para tenerme un rato más en tu lecho y reafirmar tu autoridad sobre mí. —Esperaba que al menos estuviese abierto al diálogo.

—No, no es por eso. Yo no fui tu puta, no te dejaré volver a tratarme como tal; y, por supuesto, tú no vas a ser la mía.

—¡No!, no digas eso. Eso no es verdad. No pienso eso de mí, ni tampoco es lo que tú significas para mí.

—Tal vez no haya sido tu intención, pero fue eso lo que pareció, y no voy a consentirlo —determinó.

—He dicho que me quedaría.

—No, V., levántate.

—No quiero irme, quiero quedarme —insistió. Temía lo peor.

—Lo sé. Vamos a dormir en tu habitación. Seré yo quien me vaya más tarde.

La propuesta fue una grata sorpresa para la joven, sobre todo por el hecho de que él hubiera decidido no hacerle más preguntas sobre sentimientos. Valerie había abierto la puerta para ello al asegurarle que no era eso lo que sentía por él y temía que el duque aprovecharse la ocasión para averiguar la verdad, pero no fue así.

Y no fue de ese modo porque él sabía que aún era temprano para tener esa conversación. Era demasiado pronto para acorralarla. Jason le estaba mostrando un mundo nuevo para que ella luego fuese incapaz de vivir sin las sensaciones que él le proporcionaba. Por el momento se conformaba con la parte física, aunque estaba seguro de que no iba mal encaminado para poder conquistar su corazón.

Su Valerie —porque ya era suya— se había plantado en su alcoba, dispuesta a seducirlo. Ella ansiaba lo que Jason le daba, y él se lo iba a dar todo. Había apostado fuerte por ella y no estaba dispuesto a perder. Llegaron a la habitación, él estiró las sábanas y, después de meterse ambos en la cama, la abrazó con fuerza. Él le indicó que se acostara sobre su pecho y le pasó un brazo por encima en un gesto amoroso pero posesivo.

Ambos durmieron como bebés.

Un peso sobre el estómago despertó a Jason pocas horas más tarde. Valerie tenía una pierna sobre él, y un brazo de ella le cruzaba por el torso.

Él estaba duro. Iba a tomarla de nuevo, lo tenía más claro que el agua. Quería dormir con ella, sí, abrazarla y que ella empezase a comprender que era suya, pero la verdadera razón por la que le había exigido pasar la noche juntos era que así podría volver a hacerle el amor a su antojo. La primera vez Valerie había frustrado sus planes, pero en esa ocasión eso no iba a ocurrir.

El duque giró y plantó los labios sobre los de ella. Horas antes, no había habido besos, pero el castigo que había motivado esa decisión ya había finalizado.

Valerie abrió los ojos y lo vio. Una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó en el rostro mientras estiraba los brazos para rodearle el cuello y lo instaba a colocarse sobre ella.

—V., ¿estás bien? ¿No estás dolorida?

—No. No me hagas esperar, Jason.

Lo necesitaba, ¡oh, sí!, como el aire para respirar.

De nuevo el amor surgió en la habitación y, cuando acabaron, él se marchó. Tuvo que abandonar aquella cama a regañadientes, mas se fue contento, tranquilo. Al menos entonces tenía esperanzas con esa mujer, había derribado sus defensas. ¿Acaso Patrick se equivocaba alguna vez?

Paso a paso, conseguiría ir metiéndose en su corazón. Valerie no podía ser de hierro, tenía que sentir ya cosas por él. Le gustase o no, seguro que sentía por él algo más aparte del deseo, así como él estaba loco por ella.

* * *

Valerie oyó los cantos de los pájaros y abrió los ojos mientras se estiraba y sonreía como una tonta. Se levantó de la cama, se colocó su mejor vestido de mañana y se sintió avergonzada al llegar al comedor para desayunar y descubrir que solo estaba la baronesa, quien la observaba con mirada reprobatoria.

—Supongo que estarás cansada.

—Sí, mucho. —Sonrió pícaro.

—V., refrena tu lengua. ¡Qué descarada!

—Pero si no he dicho nada malo. Estoy cansada —se defendió mientras reprimía una risita.

—Pero ambas conocemos el motivo de tu cansancio. Tu madre me matará.

—¿Mamá? Nunca, ella te adora.

—Bueno, veremos hasta dónde llega este asunto. Espero que sepas lo que haces —le advirtió la dueña de casa.

—Tranquila. Déjame disfrutar. Te recuerdo que...

—No creo que disfrutes mucho más con lo que te voy a decir —la cortó.

—¿Qué ocurre, Lena? No me preocupes. Veo en tu cara que algo malo sucede.

—Buenos días, esposa. Valerie —saludó el barón al entrar, con talante serio.

—Lord Rosings —respondió.

—Lady Valerie, baronesa. Buenos días —se presentó el duque.

—Jason.

Él esbozó una sonrisa. Así que ella estaba dispuesta a llamarlo así en público. El matrimonio se sorprendió, pero no dijo palabra alguna ante semejante muestra de familiaridad. Lena sonrió divertida hasta que miró a su marido.

—Excelencia —saludó la baronesa, pues para ella no podía ser «Jason»; no hasta que él se casase con su mejor amiga y se hicieran amigos.

—Querida, ¿le has contado ya a Valerie las novedades? —quiso saber el barón.

—Estaba haciéndolo justo en este momento.

—¿Estás desayunando ahora, Valerie? Tú no te levantas tan tarde nunca —observó extrañado lord Rosings. No era que él estuviese al tanto de la cotidianidad de ella, pero, en las últimas semanas, había comprobado que esa mujer no permanecía en la cama más de lo justo y necesario.

—No he podido descansar bien anoche, por eso me he despertado hace poco.

Jason contuvo las ganas de sacar pecho. Había sido él quien no la había dejado dormir.

—Bueno. Valerie —retomó la conversación su amiga—, esperamos la visita de mis cuñados, Elena y Joseph, vizcondes de Maine, y también la llegada del hermano de lady Elena.

Valerie apoyó la taza de té en el plato y la derramó sobre la mesa.

—¡Oh, qué torpe!, discúlpenme. —Un sirviente se acercó para ayudarla a recoger el desorden—. Me alegro de poder saludarlos. Son siempre una visita agradable. El vizconde de Essex es muy amable —improvisó.

—Sí, es verdad. —Lena hizo una pausa—. Él ya no es vizconde, es el conde de Essex. Su padre falleció hace un tiempo.

—Me alegro por él, pero lamento lo de su padre, era un buen hombre —dijo ella con sincera pena.

—También viene su otro hermano con él —agregó en tanto intentaba no parecer nerviosa, sin mirar a su esposo.

—¿James? —Valerie sí miró a Rosings, y lo vio escrutar a Lena.

—Sí, su excelencia, el duque de Rothgar, también los acompaña. Parece que vamos a ser una gran familia feliz pronto —trató de reír sin humor—. Y mis cuñados están por tener un hijo.

—Vaya, deben de estar muy contentos. Seguro será agradable para todos.

Valerie no podía pensar en nada más. El pulso se aceleró y comenzó a tener palpitaciones. ¿Un ataque de pánico? «Refrénate, V., una Manchester controla los ataques de pavor», se dijo a sí misma. Miró a su amiga y observó que estaba en la misma tesitura que ella y que también trataba de ocultarlo.

Hacia más de tres años que no veía a ese maldito hombre. Patrick había hecho todo lo posible para que no coincidieran en ningún evento social y siempre lo había mantenido a raya. Pero pronto él iba a llegar, y ella tendría que ser fuerte. Era como si Lena y ella realizaran un viaje al pasado.

—Sí, lo será. —Lena trató de sonreír—. He enviado un mensaje a Patrick y a Gertrude para que se unan a nosotros. Daremos un baile en tu honor, por lo que me pareció acertado que ambos estuvieran aquí. ¿No te parece? —Esperaba que Valerie comprendiese por qué invitaba a Patrick: necesitaban refuerzos.

—Sí, excelente idea. Tengo muchas ganas de verlos a ambos. Será fabuloso tenerlos aquí.

Con una simple mirada y sin decir nada más, Lena comprendió que su amiga le acababa de dar las gracias por invitar a Patrick, aunque sospechaba que no solo lo había hecho por ella. Valerie no podía lidiar con el conde de Essex sola e intuía que a la baronesa le sucedía lo mismo con el duque de Rothgar.

Pero lady Manchester ya no era la jovencita a la que ese bruto del conde de Essex había intentado engañar. El muy miserable había tratado de acostarse con ella por todos los medios: dulces palabras, miradas de enamorado; todo para que un día lo encontrase en la cama o, mejor dicho, en las cuerdas de su casa solariega con una pobre criada a la que había seducido y dejado embarazada.

Valerie en algún momento se había creído enamorada de él y, aunque por aquel entonces ya tenía claro que no quería casarse, él casi había hecho que ella desistiera de esa máxima. Por fortuna lo había descubierto. Su propio instinto parecía haber estado trabajando durante aquel tiempo al cincuenta por ciento, pero por suerte se había activado en el momento justo.

Ella y su madre se habían ocupado de la pobre criada, Made. La habían acomodado en una casita en el campo, donde ella y su hijo lograron llevar una vida cómoda. Ese sinvergüenza había sido uno de los principales motivos por los que ella había comenzado a impartir lecciones a los libertinos de la sociedad. Ese hombre era un demonio. Para colmo, a sabiendas de que los Manchester no perdonarían la traición, el conde de Essex, Aaron de Salisbury, había tenido la desfachatez de perseguirla y persuadirla para que le diese otra oportunidad.

Patrick le había dado una paliza para que se apartase de su prima sin importarle que el hermano mayor de aquel canalla fuese el duque de Rothgar. Del escarmiento, Valerie se había enterado poco después. Su amiga Gertrude le había relatado cómo Patrick había castigado al conde por haber intentado embaucarla y por haber abusado de la criada.

Aun luego de esa golpiza, Aaron había jurado que las cosas no acabarían así, pero, en esos tres años, ella no se había vuelto a preocupar por él... hasta ese momento. Dentro de un par de días o menos, él estaría en la misma casa que ella. Rogaba que Patrick llegase antes. Lo conocía muy bien y sabía que el conde de Essex no se detendría. No se había casado aún y había jurado una vez que, si Valerie no era suya, no sería de nadie.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Ese maldito hombre había resultado ser muy parecido al marido de su tía Bethany, solo que en esa ocasión Patrick había conseguido salvarle la vida. Era una lástima que hubiera sido demasiado tarde para su amada tía, que había muerto a causa de una paliza a manos del bastardo de su esposo. Ese mismo día, Bruce desapareció de la faz de la tierra. La familia no preguntó nada, ni tampoco el resto de la sociedad, pero todos sabían que Patrick estaba detrás de aquella ausencia. Nunca más se supo de Bruce. Estuviese muerto o no, el mundo era un lugar mejor sin él.

Jason supo que Valerie no estaba cómoda con la conversación, pese a que no la había visto perder los nervios ni una sola vez desde que la conocía. La reacción de ella ante la mención del conde de Essex le había hecho sospechar que ahí había algo. Se tensó, y los celos asomaron a la superficie. ¿Quién sería ese conde? ¿Por qué Valerie había reaccionado así? ¿Y por qué lord Rosings evaluaba a su esposa con tanto interés desde que ella había mencionado al duque de Rothgar?

Cuando el matrimonio salió de la estancia, Jason aprovechó para darle un dulce beso en los labios a Valerie. Se moría por hacerlo desde que la había visto sentada a la mesa. Ella le sonrió en un gesto sincero.

—¿Qué quieres hacer hoy? ¿Salimos a montar? —propuso él.

—No, quiero ir a nadar. ¿Sabes nadar?

—Por si no te has dado cuenta, yo sé hacer de todo.

—Ya lo creo —dijo coqueta.

—Iré a buscar una vestimenta más apropiada.

—No te hará falta —lo tentó ella.

—V., has dicho «nadar», ¿verdad?

—Sí, eso también lo haremos.

—Desvergonzada —soltó él al comprender, y la observó morderse los labios.

—Vamos, demos un paseo hasta el lago. Te encantará, es precioso.

El corto trayecto sirvió para que ambos conversaran y se conociesen un poco mejor. Una vez allí, se desnudaron sin pudor y se metieron en el agua.

—Ya me tienes aquí, desnudo y listo para lo que tengas en mente —dijo mientras se cernía sobre ella.

—Ya sabes lo que tengo en mente..., aunque no sé muy bien cómo llevarlo a cabo.

—Ven aquí. —La apresó y la besó con pasión.

—Esto se pone interesante.

—Sube sobre mí y cruza las piernas alrededor de mi cintura, yo te sujeto. El lago no es profundo en esta parte. No caeremos, confía en mí.

Ella hizo lo que él le pedía. Jason tocó un poco su centro de placer para que ella estuviese receptiva ante la inminente invasión. Cuando el miembro del duque estuvo dentro de ella, él la agarró del trasero para indicarle el movimiento que necesitaba realizar. Matemática pura, arriba y abajo. Cada embestida era un sueño para ambos. Era una vorágine de placer, deseo y lujuria.

—¿Juntos, V.?

—Sí, estoy casi a punto.

—Lo sé. Juntos de nuevo, pequeña.

El espacio se llenó de varios «Jason» y otros tantos «Valerie». Ya no hacía falta que uno y otro los repitieran, demasiado bien sabía cada cual quién era el responsable del placer que sentían.

Jadeantes y satisfechos, terminaron en un abrazo mientras ella aún lo rodeaba sobre el regazo.

—Jason, esto ha sido... ha sido...

—Increíble, preciosa, ha sido increíble.

—Sí. Lo necesitaba de verdad, no sabes cuánto.

—¿Es por el conde de Essex?

—¿Disculpa? —se sorprendió, extrañada por lo que acababa de oír. Se puso en alerta, pues no sabía cuánto conocía Jason sobre el tema y no le gustaba la incertidumbre.

—No estoy ciego y ya te dije que también tengo buen instinto. No soy como Patrick, pero, por tu reacción, me doy cuenta de que ese hombre te inquieta.

—No me gusta el conde de Essex.

—¿Qué hay de malo con él?

—Es todo lo contrario a ti —dijo la dama sin pensar.

—¿Entonces yo te gusto?

—Ya sabes que sí.

—No me lo habías dicho hasta hoy.

—No, pero te lo he demostrado, y muchas veces, si la memoria no me falla —agregó ella, más coqueta aún.

—Sí, eso debo reconocértelo. ¿Vas a contarme lo que sucede con el conde?

—No sucede nada. Él es un libertino, un sinvergüenza de la peor calaña, todo lo que desprecio en un hombre. No hay nada más que eso. No te mentaría jamás.

—No, solo lo has hecho dos veces —le recordó él.

—Jason, ¿no vas a olvidarlo nunca? No fueron mentiras, fueron... unas frases desafortunadas sin importancia. Olvídalo; eso y al conde de Essex, por favor.

—Está bien. Vamos, salgamos a secarnos y a vestirnos. Se hace tarde, y los barones se preguntarán dónde estamos.

—Lena lo sabe.

—¿Lena lo sabe? Tú se lo has... —dedujo, pero ella no lo dejó terminar.

—He tenido que dejarle una nota. Ellos vienen aquí a veces, y tenía que asegurarme de que nadie nos interrumpiera.

—Entiendo. Pero, aun así, ella sabe... ¿todo?

—Sí.

—¡Oh!, ¿entiendes lo que eso significa?

—No significa nada. Ella es como una hermana —lo tranquilizó la joven.

—Pero ella debe de pensar lo peor de mí en este momento. V., tengo que hacer algo. —«Muy bien, aquí viene la conversación que estabas temiendo», se dijo.

—Jason, ¿confías en mí?

—...

—¿Confías o no? —insistió ella.

—Sí.

—Volvamos, tengo hambre.

—Valerie...

—¡Jason! Has dicho que confías en mí. Ella me conoce de toda la vida, sabe cómo soy. Créeme, no piensa nada malo de ti. Por favor, no hablemos de esto ahora.

Él cerró la boca. Tendría que mantener esa conversación con ella alguna vez, pero la joven había dejado claro que no iba a ser en ese momento, y no quería enfadarla, pues sabía que un enojo de ella acarrearía otro para él y se sentía demasiado feliz.

* * *

En poco tiempo, todo aquel sueño y esa dulce sensación se fueron al traste. Habían sido momentos para quererse, conocerse y amarse a cada rato que podían. Habían perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor. En el lago, la cama, a campo abierto... Y sí, él se quedaba buena parte de la noche en el lecho de Valerie y, antes de irse, la tomaba otra vez.

Jason Sinclair no había hecho nada como aquello en toda su vida. Él era correcto, digno y honorable. ¡Oh!, era el duque de Lennox. No había en el reino nadie con la moral tan recta como él, pero llevaba demasiado tiempo como un libertino con una mujer que ni siquiera parecía inclinada a convertirse en su esposa. No, ella tenía que ser su duquesa. Él creía en el amor. Lo había palpado desde niño, cuando su madre y su padre lo colmaban de cariño, y él mismo había sido testigo del amor que sus progenitores se profesaban uno a otro. Estaba seguro de que amaba a Valerie, del mismo modo sabía que ella lo amaba a él. Pero era testaruda. A fin de cuentas, era una Manchester. Jason se había marcado un reto: el día del baile en su honor, anunciarían su compromiso.

No podía ser de otra manera. Como en una buena novela de drama, el conde de Essex y su familia llegaron antes que Patrick y, como si no fuera suficiente con eso, el conde llegó a lomos de su caballo blanco e interceptó a Valerie en las ruinas.

Horas antes, el barón le había pedido a Jason que debatieran unos temas después del desayuno mientras ella salía a montar. Valerie necesitaba un lugar donde pensar y aclarar las ideas. En la paz de esas ruinas y ante ese hermoso paisaje en el que había descubierto la verdadera esencia del duque de Lennox, ella oyó los cascos de un corcel y se alegró al pensar que él la había encontrado. Pero no, no era un héroe quien se acercaba, sino el villano más malvado de todas las historias. Rauda y veloz, se levantó y se encaminó sin demora hacia donde estaba su montura.

El conde de Essex se acercó a ella con mayor rapidez, a la carrera, antes de que pudiese subirse al caballo.

—Vaya, vaya, ¡qué sorpresa! ¿No estará huyendo de mí, lady Valerie Manchester? ¿O debería llamarte «V.» ahora que Patrick no está cerca?

Ella no le contestó e intentó montar, pero el conde la sujetó por la cintura desde atrás y la acercó hasta que quedó aplastada contra su pecho. Él inspiró contra el pelo de Valerie para oler su aroma.

—Limón..., tal y como recordaba. Han pasado tres años, y no sales de mi maldita cabeza, V.

—Suélteme, milord. Ahora ya sabe de lo que soy capaz. Le recuerdo que sus partes conocen muy bien mi rodilla, no haga que repita mis actos.

—Tranquila, gatita, eso no será necesario. —Él la soltó a regañadientes—. Siempre has sido una luchadora, como tu padre y tus primos. Tres años me ha costado poder llegar hasta ti. ¡Maldita sea, tres años hemos perdido!

—Yo no he perdido nada, milord.

—No utilices la cortesía y la formalidad, no te servirá de nada poner distancia entre nosotros así. ¿No te lo dice tu famoso instinto? Además, he cambiado, V. He cambiado por ti y, si solo tengo unos pocos días para demostrártelo, lo haré. Me ha costado muchísimo conseguir una

invitación. Mi hermana quería protegerme de ti. —Rio—. ¿No te parece irónico que Elena quiera protegerme a mí de ti cuando es evidente que debería ser justo al revés?

—No te atrevas a amenazarme.

—No es una amenaza. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que esta vez me aceptes y no me detendré ante nada. Estuviste a punto de caminar hacia el altar conmigo, y volveré a conseguirlo.

—Nunca estuviste cerca.

—Mentirosa. Aquella noche venías a darme el sí.

—Patrick nunca lo habría permitido. Eres muy valiente al recordar el suceso. ¿Recuerdas también las acciones y las palabras posteriores de mi primo? —lo azuzó ella.

—No sabes lo que ocurrió con esa criada. Me tentaba todo el tiempo y un día se me abalanzó. Tú me calentabas y no me aliviabas, ¿qué era lo que esperabas que hiciera? ¡Soy un hombre!

Así que la culpa de su traición era de ella. Embustero.

—Yo no hacía nada de eso. Milord, que tenga un buen día. En futuras ocasiones, diríjase a mí como lady Valerie Manchester. Soy la hija de un marqués y prima de otro: me hablará con propiedad y educación o no lo hará.

—Valerie, me estás calentado de nuevo. Tu altanería es el afrodisíaco más potente que he conocido.

Entonces ella lo maldijo y salió disparada de allí. Aquello debía de ser una pesadilla. Aaron no iba a detenerse, y Jason lo vería, estaba segura, ¡vería todo!

«¡Maldita sea!». No había modo de huir. Valerie no había hecho nada malo con el conde de Essex en aquella época, tan solo habían compartido un par de suaves besos, nada que ver con los de Jason. ¿Cómo iba a salir de ese enredo?

* * *

Dos carruajes se detuvieron ante la puerta de los Rosings. Por un lado llegaron Patrick y Gertrude y, por el otro, los vizcondes de Maine, y el rígido duque de Rothgar. Cuando bajaron, Lena, Paul y Jason estaban esperándolos para los saludos de rigor.

Patrick se puso tenso al no ver a Valerie.

—Tenía entendido que llegaban con su hermano, el conde de Essex —recordó el marqués.

—Sí —contestó Elena—, pero ha preferido venir a caballo. Venía a nuestro lado, pero imagino que algo debió de llamar su atención y se desvió del camino.

Patrick se inquietó, no solo por lo que oía, sino también por lo que veía: a Lena avergonzada, con los ojos bajos, por un lado y, por el otro, al duque de Rothgar y Rosings, que se medían. Eso era un infierno, habría preferido regresar a Francia en ese mismo instante. De Valerie ya ni hablaba, y sobre Gertrude... Aquel era un tema que sería mejor dejar apartado. ¡Esas tres serían su ruina!

—Confío en que haya sido un viaje agradable. Por cierto, hablando de cosas agradables, ¿dónde está V.? —preguntó ya inquieto el marqués de Ailsa. Había muchos problemas que atajar ahí, pero lo primero era localizar a su prima.

—Ha salido a montar —respondió Jason—. En este momento me disponía a buscarla.

—No será necesario, excelencia, ya voy yo. Tengo muchas ganas de verla —comentó Patrick, quien ya iba a paso más que ligero en dirección a las cuadras. Podía adivinar a ciencia con poco margen de error qué era lo que había llamado la atención de ese malnacido del conde de Essex. Lo mataría si le tocaba un solo pelo a su prima.

El marqués no llegó muy lejos, pues enseguida divisó a Valerie, que se acercaba a la casa a caballo. Estaba seria y, a pocos metros, la seguía el conde de Essex.

Ella saludó con la mano y se dirigió a los establos. Por el contrario, el conde se presentó, majestuoso, ante la puerta de los Rosings, donde estaban todos a punto de entrar a la residencia. Con una sonrisa deslumbrante, desmontó y sacó pecho para luego saludar a todos los presentes. Lo divirtió la escena que había entre su hermano mayor y el cuñado de su hermana Elena.

—Siento el retraso, hermano —soltó.

—No sucede nada, Aaron —repuso el duque de Rothgar con una sonrisa de suficiencia al observar a Lena y a su marido. «¿Problemas en el paraíso?», se preguntó.

—Al venir divisé una figura a caballo y me pareció que era Valerie, así que fui a saludarla. Estábamos en las ruinas. Hacía muchos años que no nos veíamos, y tenía muchas ganas de ver cómo estaba.

Patrick se tensó aún más, hasta apretar las manos y la mandíbula. No obstante, no era el único que estaba rígido y a punto saltarle a la yugular al conde de Essex. Jason se disponía ya a dar unos pasos hacia él. El marqués sonrió; era evidente que las cosas habían progresado a muy buen ritmo entre su prima y el duque. Patrick se moría de ganas de ir a hablar con Valerie. Intuía que algo

había sucedido con el conde de Essex, y no podía ser nada bueno, pero su amigo necesitaba que él lo frenara. Decidió que Rosings tendría que apañarse solo, porque él no podía luchar contra todos al mismo tiempo.

—Me ha dicho lord Rosings que han avanzado en las propuestas sobre el ferrocarril. Por favor acompáñame a buscar a Valerie y cuéntame cómo has prosperado en todas las metas que te habías propuesto.

El duque se relajó de golpe y salió a su encuentro. Cuando llegaron a los establos, ella estaba cepillando al corcel y, al volverse y ver a Patrick, corrió sin pensarlo y saltó para abrazarlo. El marqués giró con ella en brazos, y la dama le depositó un beso en la mejilla.

Jason se sintió celoso. Él quería compartir esa intimidad con ella y no podía hacerlo. Se enfureció por no ser él quien hubiese alzado a su Valerie, pero no podía hacer nada con ella en público porque no era su esposa.

—¡Veo que me has echado de menos!

—Patrick, estás aquí, estás aquí.

—¿Qué sucede? —preguntó como cortesía, pues ya sabía que el conde de Essex la había desestabilizado.

—Yo... Yo... —Enmudeció de golpe cuando vio detrás a Jason, de cuya presencia no se había percatado—. Excelencia, disculpe, no lo había visto.

—¿Vuelvo a ser su excelencia?

«Al diablo con la etiqueta», pensó él.

—Jason, no te había visto —se corrigió ella.

—Eso está mejor.

El duque tenía que guardar la compostura ante la sociedad, pero no lo haría frente a Patrick y, como aquel le había pedido que le explicase sus avances, decidió mostrárselos. En dos zancadas, tomó a Valerie de la muñeca y la estrechó entre sus brazos. Se miraron a los ojos, y entonces él selló el saludo con un beso suave, corto pero húmedo.

Patrick sonrió y salió a toda prisa del lugar.

Cuando el duque la soltó, ella giró para contemplar la reacción de su primo, pero aquel ya no estaba.

—¿Te has vuelto loco, Jason?

—Creo que sabes que sí. Tú eres la culpable.

—No tienes que reafirmar tu posición delante de Patrick, no lo necesitas —le aseguró ella.

—Lo sé. Me apetecía darte un beso, por eso lo he hecho. Creo que, a partir de ahora, esto va a convertirse en una costumbre, y seremos un escándalo a no ser que tú le pongas remedio.

—¡Oh, Jason! Por favor, ahora no. Por el día de hoy, no puedo aguantar más... —Valerie se calló.

—¿Más qué?

—Jason... —Ella no sabía cómo seguir. Podía contárselo a Patrick, de hecho deseaba hacerlo, pero no debía decirle una palabra al duque o saldría disparado a retar a duelo al conde de Essex.

—¿Ya no confías en mí?

—Sí confío.

—Demuéstralo. ¿De dónde venías con el conde de Essex?

—No estaba con él. Yo estaba de paseo por las ruinas, y él llegó.

—¿Te ha tocado? —quiso saber.

Ella había jurado no mentirle. No podía decirle la verdad, pero tampoco engañarlo.

—Jason, nos saludamos y enseguida me subí al caballo para retornar. No tienes motivos para sentirte celoso. Para mí solo existes tú.

—Solo existo yo para ti —repitió él incrédulo—, pero cualquiera que quiera puede tocarte, abrazarte y saludarte, ¿verdad?

—No tengas celos de Patrick, él es como mi hermano. Lo quiero. Además, yo soy responsable de mí, soy libre, no pertenezco a nadie.

—Maldita sea, ¿qué estamos haciendo tú y yo? ¿Crees que podemos estar así para siempre?

—Jason, ahora no, te lo suplico —lo frenó ella.

—¿Cuándo entonces? Dime: ¿cuándo? Nunca es un buen momento. ¿Es que no soy suficiente para ti?

—Sabes que sí. Por favor...

—Cásate conmigo —soltó. Demasiado había aguantado ya.

—Jason..., ahora no.

—¿Qué ha ocurrido con el conde de Essex?

—Jason...

—Contéstame o le preguntaré a él. ¿Y por qué eres V. para él?

Valerie no sabía cómo salir de ahí.

—Por favor, se oyen los gritos a lo lejos. —Como siempre, Patrick llegaba a tiempo para salvar a su prima.

—No te metas en esto —lo enfrentó el duque.

—Jason, ten cuidado.

—¡Cuidado tú, Patrick!

—Estamos alterados todos. No digamos o hagamos nada de lo que podamos arrepentirnos. Por favor, Jason, ¿serías tan amable de dejarme hablar con mi prima unos instantes? No sacarás nada de ella ahora.

—¡Ni ahora ni nunca, por lo visto! Y lo peor de todo es que no tengo otra opción. Ella no lleva mi maldito anillo en su dedo.

—Excelencia, créame, lo haría aunque llevase su maldito anillo en el dedo. —Patrick tenía que advertir a su amigo sobre la gravedad de esas palabras.

—Tienes razón, aunque tuviese mi anillo lo haría —recapitó al ver la seriedad y la mirada asesina del marqués— ¿Pero ninguno de los dos se da cuenta de que vivimos en sociedad y de que, a los ojos de los demás, ella no es nada mío? No puedo hacer nada con ella en público más que pasear a su lado con carabina. ¡Por todos los diablos! Valerie, pon fin a esta situación ¡ya!

—Amigo, te entiendo, y V. también lo comprende. Por favor ve, sosiégate y deja que ella también se calme. —Jason bajó la mirada hacia la joven y notó que lloraba, aferrada al brazo de Patrick. Quiso ir con ella, abrazarla, reconfortarla, ¡cielos! Entonces salió de allí como alma que llevaba el diablo, y el marqués abrazó a su querida prima.

—Ya pasó, Valerie, ya está. —A Patrick se lo rompió el corazón al verla en ese estado. Aquella chica no lloraba así desde lo de la tía Bethany, sin embargo, en ese momento derramaba aquellas lágrimas por Jason. Esas eran buenas noticias, aunque no le agradaba verla padecer.

—Patrick, no sé cómo voy a salir de esto.

—¿«Esto» es tu relación con el duque?

—Sí. Estoy en un lío, en un gran lío. No veo la solución por ninguna parte.

—Solo necesitas ver las cosas desde otra perspectiva. Olvida un instante a Jason. ¿Qué ha sucedido con el conde de Essex?

—¡Oh, Patrick!, ese hombre no va a dejarme en paz. Dice que ha cambiado, que está decidido a que sea su esposa. No lo entiende, no comprende que lo odio con todo mi ser. ¡Lo detesto!

—Hablaré con él. No volverá a molestarte, te lo prometo —le aseguró.

—Tengo que conversar con Jason.

—No, V., no vayas ahora. Piensa en lo que vas a hacer. Él tiene razón, lo sabes.

—Te pones de su parte, ¿tú?

—Hay matrimonios felices. Tus padres tuvieron uno, y parece que a Lena no le va nada mal. — Esperaba que fuese cierto y que la interrupción del duque de Rothgar solo fuese un pequeño contratiempo—. Te empeñas en aferrarte al recuerdo de la tía Bethany porque temes la felicidad, quieres ser una mártir.

—¡No puedo creer lo que dices! Me estás traicionando.

—No te traiciono por decir que eres una cobarde. Tienes a un hombre magnífico que está loco por ti y no quieres comprometerte con él. Tienes miedo, pánico, pavor ante la idea de ser feliz con él. Y mientras tú eres una cobarde, él tiene que resignarse a tus estúpidos caprichos. Lo peor es que hombres como el conde de Essex pueden rondarte porque no estás bajo la protección de un marido.

—¿Qué hay de la tuya? ¿Es la del duque de Lennox más importante que la protección que tú me brindas? ¿Vas a negarme tu amparo porque me rehúso a hacer lo que tú quieres? —lo desafió.

—¡Pues no! Pero ¿qué ocurrirá cuando yo no esté? Me reclamarán pronto en Francia de nuevo. Las cosas están muy mal allí, y tendré que ir. ¿Qué harás tú sin mí?

—Así que esto no es por mí, es para protegerte. Conseguiste casar a Lena y harás lo mismo con Gertrude, todo porque no quieres volver a tener tus manos manchadas con más sangre.

—Valerie, cuidado.

—¿Cuidado? ¿Te atreves a decirme tú a mí «cuidado»? Te fuiste, mi padre no estaba, y te fuiste a jugar a ser el todopoderoso Patrick mientras mi familia se descomponía en mil pedazos. ¿Cómo te atreves?

—Basta. ¡Vete ahora mismo de aquí! Maldita sea la hora en que prometí respetar tu libertad. ¡Maldición! Estarías ya casada y serías el problema de otro. ¿Me oyes? Márchate.

—¿«El problema de otro»? ¿Qué? Te arrepientes de no haberme entregado al conde de Essex a la primera de cambio, ¿verdad? ¡Me habrías convertido en otra tía Bethany! Hazlo, hazlo ahora. Oblígame a estar con él, hazlo, él sigue deseoso. Ve a la casa y dile que me casaré con él. Vamos, Patrick, condéname y entonces seré su problema, nunca más el tuyo.

—Hablaemos más tarde, cuando entres en razón. Buenos días, milady —se despidió y salió por la puerta, a un pelo de perder la paciencia.

Valerie quedó derrotada, destruida, reducida a la nada. Jason, Patrick y el maldito conde de Essex habían conseguido lo que hasta entonces parecía imposible: que Valerie Manchester no confiara ya en ningún hombre. No es que antes creyese en muchos, pero Patrick jamás le había fallado, pensaba que nunca lo haría. Otra vez se había equivocado.

Valerie volvió a ensillar el caballo y salió al galope. Quería alejarse, abstraerse del mundo, ir con su madre, retornar a la seguridad de su hogar. Se sintió como una niña pequeña atrapada en una encrucijada en la que parecía no haber salida.

* * *

Se había hecho la hora de comer, y Valerie no había aparecido por la casa. Cuando acabaron de almorzar, Patrick se dispuso a ir en su búsqueda, y la misma idea tuvieron Jason y el conde de Essex. Lena vio el movimiento de los tres hombres y los frenó. El duque de Rothgar no se movió.

—Caballeros, puedo leerles la mente y les aseguro que no es una buena idea.

—¿No? —preguntó Patrick—. Yo creo que sí.

—No. Paul, Gertrude, por favor acompañenme a buscar a Valerie. —Miró al duque de Rothgar, presente en la sala—. Usted también—. Se volvió hacia el grupo que antes se disponía a buscar a la joven y, con cara de pocos amigos, continuó—: Ustedes tres ya han hecho demasiado. Sea lo que sea, arréglenlo ahora.

El conde de Essex fue el primero en reaccionar ante lo que la baronesa acababa de revelar.

—Así que tres. Tres..., pero solo dos compiten —dijo divertido mientras veía salir a su hermano con una sonrisa en los labios.

—Yo diría que solo uno tiene posibilidades —sentenció el duque.

—Eso ya lo veremos —replicó el conde de Essex.

—¿No deberías ir a ver cómo se encuentra tu hermana? —preguntó Patrick, quien quería librarse de él.

—Está con su amante esposo, estará bien, solo es cansancio. Las mujeres embazadas necesitan atención de su marido, no de su hermano —respondió con soltura mientras veía bufar al duque.

Los dos contrincantes se colocaron uno frente al otro en tanto medían sus fuerzas en silencio.

—¡Basta! —vociferó Patrick. Se dirigió al conde de Essex—. Valerie no es ningún trofeo que puedas ganar, no la mirarás ni hablarás con ella. Lady Valerie para ti es invisible, no existe. De otro modo, te prometo que desaparecerás de este mundo. Sabes que soy más que capaz y no te gustará a donde te enviaré.

—Dime, ¿iré al mismo sitio que Bruce?

—Tienes agallas, pero tú no irás ahí. Desearás estar muerto cuando acabe contigo. —Patrick se le acercó y solo hizo falta que alzase una ceja—. No deberías haber venido.

—¿Sabes?, estuve pensando que, ahora que mis padres ya no están, soy libre para hacer lo que me venga en gana. Creo recordar que ella no quería casarse. Me pregunto si el duque de Lennox es consciente de ese dato. —Lo miró al tiempo que el aludido apretaba la mandíbula y casi rechinaba los dientes—. Veo que sí. Dicen de usted que es un hombre honorable que se limita a seguir lo que dicta el deber: boda, niños y todo eso... Nunca lo conseguirá con V.

—No la llames «V.», para ti es «lady Valerie Manchester», tal y como te ha dicho Patrick. O, mejor aún, ni siquiera la nombres. —Jason se tensó aún más.

—Está bien, está bien. —Levantó las manos en señal de rendición con una sonrisa de oreja a oreja. Había sido fácil hacerlo reaccionar—. Pero ten en cuenta que, aunque lo tengas a él de tu parte —agregó mientras señalaba a Patrick—, ella jamás hará lo que tú quieres. Lo sé porque he estado en tu lugar.

Jason se volvió para enfrentar a Patrick ante el comentario que acababa de oír.

—¡Ah! —Aaron sonrió aún más al ver la sorpresa en la cara del duque—. No lo sabías... Patrick y ella no te lo han contado. Yo fui quien casi la llevó al altar.

—Basta, sabes que ella no se habría casado contigo, yo no lo habría permitido. —Patrick quería darle un puñetazo.

—Ella venía a darme el sí esa noche, estoy tan seguro de ello como de que estoy aquí contigo. La perdí por una tontería y no pienso cometer dos veces el mismo error. Si ella no quiere casarse, no me casaré con ella. Creo recordar una promesa muy desvergonzada realizada aquella misma noche. La recuerdas, ¿verdad, Patrick? —El marqués no contestó—. No puedes mentir, eres un Manchester, así que prefieres no decir nada.

—Sí, sé lo que dijo, pero no lo hará, nunca lo hará contigo.

—¿De qué habla? —se extrañó el duque.

—Uy, uy, uy, Jason, lo han tenido en la sombra uno y otro. Muy mal, Patrick. Si él era tu elegido, como mínimo tendrías que haberle avisado, ¿no crees? —Ambos hombres se quedaron en silencio, y el conde de Essex prosiguió—: ¿Se lo cuento yo o lo haces tú?

—Ella prometió que nunca se casaría. Juró no renunciar jamás a su independencia y que, tras cumplir los veinte años, buscaría un amante para conocer lo que era el placer y luego se desharía de él. Fue algo más dramático, pero, en resumidas cuentas, esa era la idea —confesó.

—¡Maldita sea, Patrick, me metiste en la boca del lobo!

—¡Ah!, el amante apareció. Creo, amigo, que tienes los días contados. Sin embargo, te doy las gracias.

—¿Que tú me das las gracias? ¿Por qué? ¿Por no romperte la cabeza contra la pared en este preciso momento?

—No, por allanarme el camino. Nunca he soportado a las vírgenes, son un verdadero incordio.

—Elige a tus padrinos. Nos veremos al amanecer —amenazó Jason.

—Vamos, no dramaticemos. ¿Acaso olvidas quién te metió en su cama? Deberías regañarlo a él, no a mí. A fin de cuentas, yo te acabo de abrir los ojos.

—Siempre has sido una comadreja, una rata de alcantarilla —dijo el marqués.

—Puede ser, pero ambos sabemos que la tuve en la palma de la mano.

—Puedes engañarte cuanto quieras y puedes hacer dudar a Jason, que, si es el hombre que yo creo que es, no caerá en tu trampa, pero ambos sabemos que ella nunca ha sentido nada por ti. Ni una lágrima derramó por ti. Al contrario, viste su semblante sereno y serio cuando te atrapamos con esa pobre criada. Y cuando te marchaste, lo primero que hizo fue agradecer al destino y a su padre muerto por haberte quitado de su camino. —La sonrisa se le borró de un plumazo al conde —. ¡Ah!, veo que no te contaron esa parte... Y aún hay más. ¿Sabes lo que ha ocurrido hace un par de minutos en el establo, justo en lo que intuyo que ha sido su primera pelea de enamorados? Adivínalo, Aaron —se permitió utilizar su nombre de pila.

—No tengo tiempo para juegos —se molestó el conde.

—Ella lloró, lloró por él, por una simple pelea. Sí, ella está a un paso de romper su juramento y lo hará por Jason, no por el duque de Lennox, sino por el hombre. Está enamorada, y tú no vas a poder disolver ese vínculo.

Patrick no mentía, nunca lo había hecho y no lo iba a comenzar en ese momento. Además, sabía bien que Jason necesitaba oír esas palabras.

—Nunca romperá el juramento, tú la viste pronunciarlo. Lo sabes, no se casará jamás.

—Hay obviedades tan simples que se reconocen a primera vista.

—Él la alejará al presionarla, y ella hará lo que siempre hace: cerrarse y huir.

Y con esa simple frase, el conde de Essex salió del comedor mientras el Jason se quedaba analizando toda la escena paso a paso. Sabía que entre Valerie y el conde de Essex había habido algo, una relación trascendental, pero no imaginaba que hubiese sido algo como lo que acababa de descubrir.

—Jason, no irás a rendirte ahora, ¿no?

—¿Ella iba a casarse con él?

—Yo nunca lo habría permitido, ni Elvina tampoco.

—No me has contestado —insistió Jason.

—Ella iba a buscarlo para decirle que había tomado una decisión. Todo parece indicar que sí, que había decidido hacerlo. No se lo he preguntado nunca.

—No te ha hecho falta, lo habrías sabido solo con mirarla.

—Sí —admitió Patrick.

—¿Hay más sorpresas?

—Te queda por conocer una cosa sobre ella.

—¿Qué cosa? Te sugiero que vayas con mucho cuidado, estoy a un paso de largarme de esta maldita casa y olvidar esta nefasta vivencia.

—Tú y yo sabemos que has llegado demasiado lejos para abandonar ahora. Sé que no te irás por muchas ganas que tengas o por mucho que el orgullo te empuje a ello.

—¿Qué tengo que saber? —dijo derrotado Jason.

—¿No te has cuestionado nunca por qué ella tiene pánico al matrimonio?

—Supongo que esa pregunta ha quedado despejada con el relato del conde de Essex. Ver al hombre con el que has decidido casarte con otra debe de ser más que suficiente.

—No, el conde de Essex no significó nada para ella. La he visto mirarte, y a él nunca lo miró

así. Ella jamás lo habría dejado besarla delante de mí como te lo ha permitido a ti. Estaba intacta, Jason, porque no estuvo enamorada de él como lo está de ti. Mi prima ha llorado pocas veces en la vida, no ha tenido motivo para ello. Una vez fue cuando murió su padre, otra cuando murió su tía Bethany, y hoy.

—¿Bethany? He oído ese nombre también en una conversación entre ella y Lena.

—Bethany era hermana de su madre. William, mi tío, acababa de morir hacía poco, y yo estaba en Francia. Mi hermano Anthony se había marchado a los Estados Unidos de América. Mi tía y mi prima no estaban en su mejor momento y no se dieron cuenta de la verdadera naturaleza del marido de Bethany, un jugador, vividor y borracho. Engañó a mi tía, le pegaba y le era infiel. Era una basura. Nadie pudo hacer nada. El maldito la mató de una paliza, y yo no estuve allí para ayudarla. Valerie me culpa por ello.

—Es imposible que te culpe.

—Así me lo ha dicho en el establo. Después de su discusión, ella y yo nos enzarzamos en otra peor. Hoy la hemos fastidiado los dos. Los tres si contamos al bastardo del conde de Essex. No me extrañaría que V. estuviera ahora camino a Londres.

—No digas eso ni en broma. La última vez dijiste que huiría de mí, y vino sin pausa a esta casa —recordó Jason.

—Tranquilízate. Lena y Gertrude la traerán.

—¿Bruce era el marido de Bethany? ¿Ese que dicen que hiciste desaparecer?

—Sí.

—¿Te encargaste de él?

—Él está cumpliendo su castigo en una prisión en Francia, de donde no saldrá jamás. Matarlo era poco castigo para él.

—Patrick, eres peligroso. ¿Qué me harás a mí si hiero a tu prima?

—No creo que la lastimes nunca, pero no quieras averiguarlo, ¿de acuerdo? Créeme, mi tía se adelantaría, te arrancaría las partes privadas y se las daría de comer a sus perros.

—¿Tenías que ser tan gráfico?

—Ve y busca a tu futura duquesa. Tienes un trabajo que terminar.

Jason se encaminó hacia la puerta, pero algo lo detuvo.

—Patrick, ¿qué ocurre con lady Rosings y el duque de Rothgar? —interrogó.

—¡Eso querría saber yo, amigo mío! Adelante, ve y no te preocupes más que por Valerie.

Jason obedeció. Bastantes problemas tenía ya como para ocuparse de otros que no eran los propios.

Fue imposible hablar con Valerie para ninguno de los tres. Ella y sus dos mejores amigas se atrincheraron en su habitación durante todo el día y también la noche. La joven les pidió que se quedasen a dormir con ella como cuando compartían cuarto en la casa Manchester. De paso, las puso al día sobre todo lo ocurrido con Jason y el conde de Essex y también les relató la discusión con Patrick. Tanto Lena como Gertrude le dieron ánimos y la tranquilizaron.

Además, Gertrude les contó que había una persona especial en su vida, pero no dijo de quién se trataba, sino que se limitó a prometerles que revelaría todos los detalles cuando fuera algo serio. Gertrude había sido una chica reservada desde siempre y, si bien sus amigas creían que había pasado ya esa fase, parecía no ser así.

Por la mañana, la baronesa se levantó temprano, salió en silencio de la habitación de su amiga e ingresó en su recámara para tomar un baño y vestirse. Tenía que ultimar los preparativos del baile que iba a realizarse en la casa. Había invitado a toda la nobleza rural de la zona y a unos cuantos socios y amigos de Paul. Iba a ser una velada importante y sospechaba que el destino de su amiga Valerie se sellaría en esa fiesta.

—¿Dónde has estado toda la noche? —interrogó su marido.

—No creo que te importe demasiado.

—Con tu historial, me atrevería a decir que el duque de Rothgar se levantará igual de contento que tú.

Lena no lo pensó ni siquiera un instante: alzó la mano derecha y le atestó la bofetada más sonora que alguna vez había propinado.

—La niña está llorando, ve a atenderla —fue lo único que dijo él.

El barón salió de la habitación, ella se quedó de pie mientras las lágrimas se le derramaban por las mejillas. Enseguida se las limpió, respiró hondo y se dirigió a la habitación de su hija. El baño tendría que esperar.

* * *

Valerie se despertó y se encontró sola en esa gran cama. Sus amigas ya estarían desayunando, así que se apresuró a adecentarse.

Patrick fue el primero que consiguió hablar con ella. Esperó a que salieran todos después de desayunar y la encaró.

—Valerie, yo te quiero.

—Lo sé, Patrick, yo te quiero también. Eres como un hermano para mí.

—No me gusta que peleemos.

—A mí tampoco —coincidió ella.

—No pude hacer nada por Bethany.

—Lo sé, no te culpo. No sé de dónde salió todo aquello. No siento nada de lo que dije. Fue por culpa del conde de Essex y de Jason. Lo lamento, tú pagaste mi malhumor.

Se abrazaron.

El duque de Lennox, sin embargo, no consiguió hablar con ella en todo el día. Valerie era escurridiza, y él tampoco tenía demasiado interés en atraparla, dado que no estaba seguro de qué iba a decirle.

Mientras, el conde de Essex tenía prohibido hablarle, por lo que tan solo esperaba a que Jason arruinase aquella oportunidad.

CAPÍTULO 6

La ruptura

Esa noche iba a pedir la mano de Valerie ante todos los asistentes. Ella estaba en su habitación, ajena a sus planes. Si ella le decía que no... La verdad era que no sabía qué sucedería en ese caso. Iba a colocar las cartas sobre la mesa. Le había dado todo a Valerie, solo faltaba ofrecerse él mismo ante el público, y eso era justo lo que planeaba.

Valerie llevaba el cabello recogido en un moño, con unos estratégicos mechones sueltos. Mary, su doncella, la había dejado perfecta. Se había colocado su mejor vestido, el de seda verde, que era bastante escotado, a la última moda.

Cuando bajó al salón, todo estaba precioso. Era una estancia mágica. Su amiga había hecho un buen trabajo con la decoración. Y entonces lo vio. El duque estaba espectacular con un traje gris oscuro. Al verlo, echó de menos las noches que había compartido con él. ¿Qué iba a hacer con aquel hombre? Todavía no había tomado una decisión.

Jason maldijo al contemplarla. La tentadora Eva era un placer al desnudo, pero vestida era inigualable. Estaba impecable, hermosa. Quiso cargarla sobre el hombro, llevarla a la alcoba, echar la llave y hacerle el amor toda la noche. Llevaba el anillo en el bolsillo. Por primera vez, estaba nervioso a causa de una mujer, de su futura duquesa.

Se acercó a ella y le pidió un baile. Valerie accedió.

—Estás preciosa. Eres perfecta.

— Gracias, Jason. Tú también estás muy apuesto.

—Lo estoy porque tú vas de mi brazo.

—Adulador.

—Señalo un hecho, querida.

Comenzó el vals, y ella olvidó todo lo demás. Solo existían en el mundo Jason y ella. Eran tal para cual, la unión única entre un hombre y una mujer. Solo hacía falta que Valerie lo viese.

La noche comenzó bien, pero pronto todo iba a torcerse. Patrick estaba intranquilo, su don le decía que algo iba a ocurrir, pero no tenía claro con cuál de las parejas habría problemas. Tampoco ayudaba que él hubiese sacado a bailar a Gertrude.

El conde de Essex vio a Valerie bailar con el duque de Lennox y comprendió que el tiempo se agotaba. Debía meterse en medio, porque Patrick parecía tener razón. Valerie estaba sucumbiendo al duque, y él no podía permitirlo.

Al terminar la pieza, Jason Sinclair acompañó a su pareja hasta donde se encontraban sus amigas. En ese momento, el conde se las arregló para hacer que un sirviente le entregase una nota a Valerie, una carta falsa en la que el duque le pedía que se reuniese con él en los establos. A Aaron le pareció justo que, si su historia juntos había terminado en las caballerizas hacía más de tres años, comenzara ahí mismo la segunda parte.

Valerie leyó la misiva y se dirigió rauda al punto de encuentro. Jason, al verla salir del salón, decidió seguirla, pero lord Rosings llegó antes hasta él para presentarle a un par de buenos amigos que querían participar en el proyecto del ferrocarril. No tuvo más remedio que mostrarse atento y quedarse, si bien la preocupación no lo abandonaba. Patrick no había visto salir a su prima, puesto que estaba en la pista de baile muy concentrado con su acompañante.

* * *

Valerie llegó a los establos y buscó a su amante.

—¿Jason?

—Jason no está, gatita.

—¡Tú! —Valerie se volvió, pero, antes de que pudiese dar dos pasos, él la agarró por la cintura y la apesó entre su pecho y la pared al tiempo que la sujetaba de ambas manos. Ella sabía defenderse, y Aaron no deseaba correr el riesgo de que ella le volviese a atestar un rodillazo en la entrepierna, tal y como lo había hecho la noche en que lo había atrapado con otra mujer, por eso debía inmovilizarla por completo.

—Gritaré.

—Y no tendrás más remedio que casarte conmigo.

—Ni en un millón años, así me repudien y me enclaustran en un convento —se negó.

—¿Lo harás con Jason?

—No es asunto tuyo.

—Estoy dispuesto a pertenecerte, a ser tu amante y a no pedirte jamás matrimonio. Renunciaré a mis deberes y a mis obligaciones por ti. Te quiero.

—Tú no quieres a nadie salvo a ti mismo.

—Eso no es cierto. No puedo dejar de pensar en ti. Hace tres años que sufro por ti.

—Sí, ya vi cómo te dedicas a sufrir por mí.

—¿Eso que detecto son celos? —se esperanzó.

—¡Ja! Suéltame, Patrick te matará.

—¿No lo hará tu amiguito Jason?

—Lo hará el que llegue primero, porque ten por seguro que llegarán.

—Confío en ello, gatita.

Entonces Valerie se dio cuenta de que ese malnacido tenía un plan y ella había caído en la trampa. «Estúpida, estúpida, estúpida», se repitió a sí misma.

—Juré que serías mía o de nadie, y así será.

—Tendrás que matarme para que eso ocurra.

—¿Como Bruce? —tanteó él.

—Bastardo.

—Eso es, caliéntame —susurró mientras restregaba su entrepierna sobre ella.

Valerie sintió náuseas. Oh, cómo echaba ella de menos a Danny en ese preciso momento. Siempre se había quejado de que era un engorro tenerlo en Londres, todo el tiempo pendiente de ella, pero le habría venido muy bien en ese instante. «Maldita la hora en la que Patrick lo necesitó en Francia», se lamentó una y mil veces. También se arrepentía de haber insistido en que, en la casa de Lena, no iba a necesitar un guardián.

El conde de Essex oyó unos leves pasos y entonces estampó la boca contra la de ella en busca de un beso pasional. Ella cerró los ojos y apretó los labios. Esa lengua no iba a tocar su interior. Si quería obligarla a abrir la boca, tendría que soltarle una de las manos al menos, y entonces ella podría defenderse. El bastardo dejó de besarla y comenzó a hablar.

—Vamos, amor, tranquila, se lo diremos a Jason. Él solo ha sido el primero, pero yo seré el último. No te preocupes por nada. Yo estaré contigo siempre, me conformaré con ser tu amante. Viviremos donde tú quieras, viajaremos. Además, no tienes por qué decírselo tú. Lo haré yo. Tendrá que entenderlo.

Valerie se quedó muda ante las palabras que salían de la boca de aquel malvado. Pero ¿de qué estaba hablando? Tan ocupada estaba en pensar cómo soltarse de las garras de aquel sujeto, que no había percibido la perfidia de su plan. Ladeó la cabeza y vio al duque, lleno de ira.

—No hace falta que me digas nada. Estoy aquí, canalla.

—¡Jason! —gritó Valerie con desesperación cuando comprendió la situación.

—No, Valerie, no. Ni te molestes. —Salió disparado sin mirarla a la cara.

—Jason, es una trampa, es todo mentira. Jason, regresa, por favor —vociferó mientras intentaba liberarse de su captor.

—Valerie, él no te creará. Mía o de nadie, recuérdalo —le espetó el conde de Essex, orgulloso de su hazaña.

Entonces la soltó. El daño ya estaba hecho. El veneno estaba en la herida.

Ella fue corriendo tras Jason y lo interceptó justo cuando llegó a su habitación. No era difícil adivinar que pensaba hacer el equipaje y marcharse a toda prisa de ahí. Él se irguió delante de la puerta y sintió que ella le colocaba una mano en el hombro. Cerró los ojos y se estremeció al notar el contacto. Se quedó quieto durante unos instantes en tanto pensaba qué hacer y maldijo su propia debilidad ante esa mujer.

—No tienes que darme ninguna explicación. Lo he visto y oído todo. Quédate con él —musitó, y arrastró las últimas palabras.

—Jason, era una trampa. Por favor, por favor, no pierdes nada por escucharme. Por favor, Jason... Por favor... —Las lágrimas corrían sin descanso por sus mejillas. El duque abrió la puerta y la dejó entrar con él. No podía verla llorar. Una vez dentro, se dirigió a la ventana porque no quería mirarla. Lo había traicionado.

Ella lo siguió e intentó tocarlo de nuevo, pero él le apartó el brazo para dejarle claro que su contacto no era bienvenido.

—Habla. Tengo cosas mejores que hacer que atenderte.

—Él me envió una nota firmada por ti, me aprisionó contra la pared y me inmovilizó. Estaba esperando a que tú llegases. Ha inventado todo. Lo odio, lo sabes, lo odio y no puedo creer que hayas creído que todo era cierto.

—Tal vez lo quieres y no te has dado cuenta aún —repuso con un tono más suave.

—Jamás. Jamás podría estar con alguien como él. Es... Es... malvado. ¿No lo entiendes? No es como tú.

—¿Y cómo soy yo, Valerie? —Entonces se volvió para mirarla a la cara.

—Tú eres perfecto, Jason. —Ella misma se sorprendió ante aquellas palabras, pero no se arrepentía de abrirse.

—¿Perfecto para ti?

—Sí —sentenció sin apartar la mirada de la de él.

—¿Perfecto para casarte conmigo?

«Es ahora o nunca», pensó Jason, pero entonces ella esquivó sus ojos.

—Jason, ¿recuerdas la primera noche que pasamos juntos? —cambió de tema, dispuesta a utilizar todas sus armas.

—Sí, ¿cómo iba a olvidarla? —bufó, pues no sabía hacia dónde iba esa conversación.

—¿Recuerdas que te dije que, cuando llegase el caso, te pediría que no me presionases y tú lo prometiste?

—No te atrevas a jugar esa carta, no ahora.

—¿Vas a faltar a tu promesa?

—Pero... Pero... ¡No puede ser! —gritó furioso—. V., has hecho lo que has querido conmigo, te he dado todo. Callé cuando huiste de Londres y viniste aquí. Me trataste como a tu puta la primera noche, y tampoco dije nada. He permitido que tu amiga piense que soy un sinvergüenza por estar contigo aquí, en su propia casa, cada noche desde que llegué. Callé cuando oí cómo le decías a una de tus amigas que yo no era lo bastante bueno para ti, ni para un simple beso, y tragué mis palabras cuando oí cómo le decías a tu otra amiga que ibas a buscarte otro amante. No dije nada cuando el conde de Essex me relató, con todo lujo de detalles, cómo habías aceptado casarte con él. Callé al oír que ibas a darle la buena noticia cuando lo atrapaste con otra. He guardado silencio esta noche al verte besarte con él. ¡Creo que he cumplido de sobra mi promesa de no presionarte! ¿Y sabes qué? ¡No voy a callar nunca más! Jamás, ¿me oyes?

—Jason, lo siento, lo siento, lo siento. Por favor, no quiero que esto acabe.

—¿Y cómo esperas que siga? —le preguntó, ya derrotado, pues intuía que ella no iba a ceder —. ¿Tú y yo en Londres? ¿Te compro una bonita casa y visito tu cama cada vez que tenga ganas de acostarme contigo? ¿Joyas, un palco en el teatro?

—No digas esas cosas —Valerie se sorprendió ante la intensidad de su rabia.

—¡Tú me haces decir las! —volvió a gritar, y entonces tomó una bocanada de aire e intentó tranquilizarse. Cerró los ojos, los abrió de nuevo y volvió a centrarse en ella—. Por última vez. Lo juro, juro que será la última vez. No habrá marcha atrás, y medita bien tu respuesta porque no volveremos a hablar de esto. ¿Vas a casarte conmigo?

Ella se quedó en silencio, agachó la vista y volvió a sollozar. Se limpiaba las lágrimas de manera constante, con los ojos rojos y el corazón lleno de amargura. Estaba destrozada, y lo peor de todo era que ella misma era consciente de que todo iba a terminar y de que sería por su culpa. No fue capaz de hablar, y él tomó de nuevo la palabra.

—Bien, lady Valerie Manchester, usted ha tomado la decisión. Usted y solo usted es responsable de lo que suceda a partir de ahora con su vida. Sea una fulana, sea la ramera de algún ricachón o de un don nadie. O mejor sea la puta del conde de Essex, a él ya lo conoce. Y sí, está encantado de que yo la haya desvirgado y la haya enseñado a dar placer a un hombre. ¿Cómo lo sé? ¡Porque él mismo me lo dijo! Sí, a mí y a Patrick. Sí, Valerie, aquel día en que desapareciste, me enteré de todo, ¡de todo! ¿Te has detenido a pensar siquiera en qué harás si estás embarazada? ¿Has llevado la cuenta de las veces que me he vaciado dentro de ti? Yo sí, y sería un milagro que no estés ya encinta. ¿Y sabes qué? ¡Me importa una mierda! No quiero saber nada de ti nunca más. ¡Sal!, ¡te ordeno que salgas! ¡Apártate de mi vista y olvida que alguna vez me conociste!

Ella estaba tan conmocionada que le costó, pero salió de la habitación. Él la miró, tiró al suelo el anillo que llevaba en la chaqueta, entró de nuevo en el cuarto, cerró la puerta de un fuerte golpe y echó llave. Entonces preparó su equipaje y, tras unos pocos minutos, salió de la casa a toda prisa.

Valerie recogió el anillo, lo miró y se lo llevó consigo. Lloró, lloró y lloró hasta que no le quedaron más lágrimas en los ojos. En el interior de su habitación, llamó a su madre. La necesitaba a su lado.

Lo había arruinado todo. El juramento de no casarse jamás le había costado la felicidad cuando había estado convencida de que sería todo lo contrario al prometerlo. Las palabras de Jason habían sido muy duras, la habían golpeado con tal fuerza que no se había atrevido a pronunciar ni una palabra. No había podido articular ni un solo sonido aparte de los sollozos.

Y luego estaba ese anillo, ese precioso anillo que sospechaba que sería una joya familiar. No debería haberlo recogido, puesto que ella había pisoteado su amor. Sabía que esa alhaja estaba destinada a ser algún día para otra mujer, la esposa de Jason.

Lo había perdido, había desaprovechado su oportunidad, y lo peor de todo era que nunca había pensado en las consecuencias de sus actos, en todas las veces en que él había plantado su semilla en ella. ¿Un bebé?

«Por favor, un bebé ahora no. Por favor, no. Estaré sola».

Ella podía haber llevado a cabo los consejos de su madre, haber hecho que él se derramase fuera. ¿Por qué le había permitido eso a Jason? Él solo iba a ser un amante, ¿no? Se sentía tan bien tenerlo dentro, volar juntos. Ellos se habían dejado ir siempre al mismo tiempo, ¿cómo iba a pedirle que saliese y se volcase fuera? No podía demandarle eso. Ni tan siquiera lo había pensado hasta este mismo momento, pero entonces solo podía esperar a enterarse si estaba embarazada.

Pánico. Un ataque de pánico. No podía respirar, no podía respirar.

—¡Ayuda, ayuda! —gritó.

La puerta se abrió, y fue Patrick el primero en llegar porque estaba muy cerca de la habitación de su prima, en una alcoba que no era la suya, y no estaba solo.

—Valerie, pequeña, tranquila, estoy aquí. Estoy aquí. Respira. Respira, tranquila.

A los pocos segundos, llegaron los barones. Quien no apareció fue Jason, quien hacía horas que estaría de camino a Londres o a hacia donde hubiese decidido ir.

—¿Qué sucede? ¿Valerie? ¿Patrick? —preguntó su amiga.

—Lena, ha sido solo una pesadilla. Está bien, Valerie está bien. Por favor, regresen a la cama. Yo me encargo.

A regañadientes, Lena se fue con su marido de vuelta a la cama. Demasiado bien sabía ella que eso no había sido una pesadilla. Había organizado un baile en honor a su amiga, quien no había acudido más que unos pocos minutos. Toda la noche había tenido que excusarla, pero, al no ver ni a Jason, ni al conde de Essex, había deducido que algo no iba bien. Se resignó y regresó a su alcoba. Confiaba en que Patrick solucionase ese problema; siempre lo hacía.

—Valerie, ¿has terminado con Jason? —preguntó con suavidad Patrick.

—Sí. —De nuevo las lágrimas resbalaron por su rostro.

—Bien. Tranquila, me quedaré contigo.

Su primo la acunó entre sus brazos para darle protección y le acarició el pelo mientras trataba de consolarla. Al ver que los sollozos no menguaban, decidió que a Valerie le vendría bien sacar todo el dolor fuera.

—¿Quieres hablar ahora, pequeña?

—No... No puedo.

—Está bien. Recuéstate y respira. Te enseñé a manejar un ataque de pánico. Cuenta desde cien hacia atrás y respira de manera pausada. —Ella comenzó a hacerlo—. Eso es, relaja los ojos. Siente cómo entra y sale el aire. Muy bien, mantén los ojos cerrados. Muy bien, pequeña. Tranquila, estoy aquí, no tienes nada que temer. Todo se solucionará.

Patrick consiguió que ella se durmiese y salió de la habitación. Fue a buscar a Jason, aunque sospechaba que ya no lo encontraría allí. En efecto, la recámara del duque estaba vacía, aunque hecha un desorden. No había duda de que el Jason frío y calculador no había estado presente esa noche, se lamentó el marqués. Valerie y Jason habían roto su relación, y él había estado demasiado distraído para verlo venir.

Los vizcondes de Maine, el bastardo y el duque de Rothgar se fueron por la mañana, apurados por Patrick, que echó a los hermanos Salisbury, porque a uno de ellos en especial no lo podía ni ver.

* * *

Habían pasado varios días, y Valerie seguía encerrada en su habitación en tanto rogaba cada mañana sentir los dolores de cada mes, que no llegaban. Al cuarto día, decidió que ya era hora de hablar con Patrick. No podía esconderse durante más tiempo.

—¿Estás preparada para conversar? —le preguntó con mucho tino su primo.

—Sí, ahora sí.

—De acuerdo. Si tienes otro ataque de pánico, recuerda lo que debes hacer. Todo va a estar bien.

Valerie respiró hondo y comenzó a relatar lo ocurrido:

—Me pidió que me casara con él.

—Ajá.

—Yo... Yo... Yo...

—No dijiste que sí, deduzco —completó para tratar de dar humor a la situación, y vio que Valerie esbozaba una pequeña sonrisa.

—Exacto. Todo es por mi culpa. Él se enfadó, se enojó mucho. Nunca pensé que pudiese ser así... Ese odio..., esa furia. Fue horrible, Patrick, temí lo peor. Nunca lo había visto así.

—¿Te pegó?

—No, él nunca haría algo así, solo estaba dolido —se apuró a rectificar.

—Si consideras que nunca haría algo así, si no lo crees capaz de pegarle a una mujer, dime por qué no estás comprometida con él. Creí que te habías dado cuenta de tus sentimientos por él, V.

—No puedo casarme. Lo sabes, no puedo hacer eso. Siento cosas muy profundas por él, pero no... Debo confesar que en un momento pensé en decirle que sí. Al ver su dolor, su resignación, reflexioné que no podía hacerlo sufrir. Pero luego fue subiendo el tono de voz, sus palabras se volvieron hirientes y su rabia me paralizó por completo. ¡No puedo, no puedo! Lo intenté, pero algo me detuvo. ¡No quiero! Y si él... No creo que sea malvado, pero ¿y si...? —Comenzó a ponerse nerviosa, y Patrick notó que la asaltaba la ansiedad.

—Está bien, está bien. No vamos a volver a discutir eso. No tienes por qué casarte con él ni con nadie si no quieres. Has elegido tu camino. Lloras su pérdida porque lo amas. Así que te lamentarás un tiempo, te recuperarás y seguirás con tu vida. Eso es lo que has elegido y es lo que vas a hacer. Eres una Manchester. Mantén la cabeza alta, el pecho fuera y sé consecuente con tu decisión.

—Eso es lo que decía siempre papá. ¡Oh, Patrick, si él estuviese aquí! Lo echo tanto de menos. —Intentó sonreír—. Lo haré, primo, me repondré. Debo hacerlo. Por mí y por... —Valerie calló de golpe, no podía admitirlo aún. Si no lo decía en voz alta, no sería todavía una realidad. Su bebé, su pequeño... ¿Qué iba a ser de ellos dos? Estarían bien, Patrick y su madre se ocuparían de todo. Respiró aliviada ante ese último pensamiento.

—Valerie, ¿hay algo más que quieras contarme?

—No. Estaré bien.

—Te recomiendo que te quedes unos días aquí. Sana tu herida y regresa. ¿Querrías hablar con tu madre?

—Sí.

—Es probable que llegue hoy —reveló él.

—¿Cómo...?

—Sabía que la ibas a necesitar. No la llamé antes porque debías pasar por esto sola. Tenías que sacar toda la angustia, pero ahora es hora de que tu apoyo venga a ayudarte. Estás más fuerte, lo veo.

—Gracias. Te quiero.

Un abrazo fraternal selló el intercambio.

* * *

A la hora de la comida, llegó la marquesa viuda. Al recibir el mensaje de Patrick, supo que algo grave había ocurrido con Valerie. Elvina imaginaba que lo de Jason no había salido bien. En caso contrario, ya habrían retornado todos a Londres para dar la noticia de la inminente boda. Por primera vez en su vida, sentía que debía preocuparse por su hija, y eso no era buena señal.

Cuando entró en la habitación y vio a su pequeña en un estado deplorable, el corazón comenzó a resquebrajarsele.

—Hija mía, ¿qué sucede? —preguntó, consciente de lo que se avecinaba.

Valerie, cerca de la ventana, miraba el paisaje al tiempo que escribía una carta para desahogarse. Volcar las inseguridades en un papel y luego quemarlo le funcionaba desde pequeña. Era un truco que su padre le había enseñado.

Al oír la voz de su madre, saltó de alegría. La marquesa viuda la abrazó y pensó en no soltarla nunca.

—Mamá, mamá, por fin has llegado, por fin estás aquí. No te vayas nunca, no me dejes. —La niña insegura y necesitada de protección que yacía en su interior se había apoderado de la mujer adulta que era.

—Lo prometo, mi vida, lo prometo. No llores, mi pequeña. Mira, me estás haciendo llorar a mí.

Ambas se mantenían abrazadas, incapaces de soltarse.

—¡Oh, mamá!

—Lo sé, mi pequeña, lo sé. Sé que es Jason lo que te aflige.

—¿Te lo ha contado Patrick?

—No, no hizo falta. Lo sé. Una madre siempre sabe. No ha salido bien, ¿verdad? Y no es su culpa. ¿Me equivoco? —adivinó la señora.

—No, mamá, tú nunca te equivocas. Soy una niña consentida, incapaz de tomar lo que le dan. No soy valiente, madre —se lamentó.

—Sí, hija, sí me equivoco. De hecho, pensaba que él sería la solución para ti, y no ha sido así. Estaba tan segura de ello que no consideré que algo pudiese salir mal. Pero no te angusties, tienes tu libertad, tu preciada libertad, y podrás hacer lo que quieras: viajar, ver el mundo, conquistar otros hombres, lo que desees. El mundo estará a tus pies. Te repondrás, ya lo verás.

—Mamá, no lo entiendes...

—Sí, lo entiendo. Lo amas.

—Sí, lo amo con todo mi corazón. Estos días me he dado cuenta de lo que acabo de perder por mi terquedad. Yo... —dudó la joven.

—Pero no estás dispuesta a entregarte a él, a ser su esposa. ¿O sí?

—No puedo, mamá, sabes que no puedo. Bethany...

—Bruce, ese maldito y ¡ahora Jason!

—No digas eso, mamá. He sido yo quien lo ha alejado.

—Si lo quieres, no te rindas. No te supondrá mucho trabajo tenerlo de vuelta. Los hombres son presas fáciles cuando una mujer está bien instruida, y tú, mi pequeña, lo estás. A mí me costó convencer a tu padre, pero, por suerte, me dejó seguir con las creencias de mi familia.

—Es tarde, mamá, no escuchaste todo lo que me dijo. Su ira hacia mí... Él no regresará conmigo jamás. Lo vi escrito en su rostro.

—¿Acaso no te he enseñado nada? —se quejó.

—No es eso. Él es distinto. Sé que no cambiaré de opinión. Lo siento en mi corazón.

—Te lo dice tu instinto, por lo que veo.

—Sí.

—No puedo creer que te resignes de esta manera, no te enseñé eso.

—Sé que no hay marcha atrás. Lo vi en sus ojos, lo sentí en cada palabra, en sus gestos. Nunca nadie ha sido tan fácil de leer para mí —insistió Valerie.

—Está bien, está bien. Veremos lo que hacemos. Patrick ha dicho que nos quedaremos aquí un tiempo y luego seguiremos con nuestra vida. ¿Te parece bien?

—Sí. Además, es necesario que nos quedemos —añadió la joven, muy convencida, lo que provocó que Elvina se extrañase.

—¿Necesario? ¿Qué...? ¿Estás...? —No pudo terminar la frase. Lo supo al verla apartar la mirada.

—Sí. Podría ser. —No hizo falta añadir nada más. Elvina sabía con exactitud lo que le estaba diciendo.

—¡Valerie! —No lo podía creer, sin duda su hija no había prestado atención a los consejos que le había impartido.

—No me regañes, por favor, ahora no. —De nuevo comenzó a llorar.

—Hija mía, ¿qué voy a hacer contigo? Lo echaste de tu vida aunque le permitiste dejar una parte de él dentro de ti. Si ibas a alejarlo, no tendrías que haber permitido que te embarazara. Esto lo cambia todo.

—No cambia nada.

—No lo cambia si no estás encinta, pero, si lo estás, lo cambia todo —determinó Elvina.

—No voy a suplicar por él. Si sirviese de algo, lo haría, pero no funcionará.

—Lo sé, pequeña, te creo. Pero, si hay un bebé, esa criatura necesitará un apellido.

—¿Un apellido?

—Sí.

—Mamá, no necesito un marido. Estoy así porque rechacé uno. ¿No te das cuenta? No tengo que hacer nada que no quiera —argumentó.

—Sí, el apellido te da esa protección ante la sociedad, pero, si tu hijo no lo tiene, no tendrá la misma ventaja.

—El será un Manchester como su madre.

—No, no lo será. Será un bastardo a los ojos de todos. No lo podrás resguardar. Ni siquiera Patrick tiene ese poder.

—Mamá, no nos adelantemos. Tal vez no haya ningún bebé.

—Valerie, eres fértil. Nosotras nos embarazamos solo con mirarnos. Tu padre lo hizo a la primera. Luego enfermó y ya no pudimos, pero habríamos tenido un regimiento de no ser por ello. Estás embarazada, es un hecho tan evidente como que el sol sale por el este y se esconde por el oeste, ¿o es al revés? Da igual, sea como sea, esto es bueno para ti.

—Podría no ser fértil como tú. Te recuerdo que yo llegué cuando tú cumpliste treinta. ¿O hay algo que no me has contado?

Elvina repasó su discurso... No se había dado cuenta de que había hablado de más.

—Cariño, lo que ahora importa es que el duque se haga cargo de su hijo, tanto si quiere como si no.

—¡No! No haré nada de eso. —Elvina había conseguido desviar el tema.

—Oh, pequeña, no seas orgullosa. Ese bebé te permitirá recuperar a tu hombre y, con tiempo y un poco de sacrificio, lo harás tuyo de nuevo. ¿No lo ves? Patrick lo arreglará.

—No. Él no puede decidir nada si no se lo pido, y no lo haré —afirmó la terca.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Mamá, yo no pensé en la posibilidad de estar embarazada, pero él sí lo hizo.

—¿Jason sabía que...?

—Sí, él lo sopesó antes de cerrarme la puerta en la cara.

—Ya veo. Te dijo que estás sola en esto, ¿verdad? —La sangre de la marquesa viuda hirvió de rabia.

—Así es.

—Muy bien. Estamos solas en esto, pues.

Elvina había dejado a Patrick y a Valerie ocuparse de todo, pero no habían sabido llevarlo, así que le tocaba a ella. A fin de cuentas, era su madre. William le habría dado libertad, pero Valerie era su pequeña, y una madre tiene que cuidar de sus retoños, por muy mayores que sean. Era hora de llamar a Anthony. Había pasado ya demasiados años en Los Estados Unidos de América y tenía que retornar. La familia lo necesitaba. El corazón de él ya debía de haberse curado.

A las pocas semanas, quedó confirmado que Valerie llevaba una vida en su interior. Su amiga, Lena, se alegró por ella. Aunque no eran las mejores circunstancias, un bebé siempre era motivo de dicha, y sabía que Elvina lo arreglaría todo. Esa mujer era como Patrick, incluso más infalible.

Regresaron a Londres en cuanto el médico la examinó. No había tiempo que perder. Había que buscar un apellido para su nieto sin demora. Jason iba a despertar sí o sí, y no iba a ser un momento agradable. De eso no tenía la menor duda Elvina.

Llegaron a la casa Manchester por la noche, y las dos mujeres se reunieron con Patrick a la hora de la cena en el gran comedor. Ninguna había dicho una palabra aparte de los saludos de rigor. Con el primer plato sobre la mesa, la marquesa pidió al servicio que retirara.

—¿Van a contarme ya lo que se traen entre manos? —adivinó Patrick.

—Valerie, adelante. Sin paños calientes, de golpe —la urgió la marquesa viuda.

—Primo, estoy embarazada.

Al marqués le cambió la expresión. Enseguida se puso lívido. Nada ni nadie lo podría haber preparado para ese momento.

—Pero, tía, ¿acaso no le enseñaste nada?

—Le enseñé demasiado —lo atajó, severa.

—¡Oh!

—El todopoderoso Patrick con un ataque de pánico. ¡Ver para creer! —se mofó Elvina al verlo tan sobresaltado.

—No he tenido un ataque de pánico en mi vida, ni cuando me apresaron en Francia y me llevaron a... —Decidió cerrar la boca; los detalles de sus misiones debían permanecer en secreto.

—Bien, entonces quizás no sea un ataque de pánico, pero sí una conmoción que te ha tirado de la lengua. Por primera vez en tu vida has perdido el control.

—V., ¿no vas a decir nada? —preguntó él tras hacer caso omiso de su tía.

—No, no tengo nada que agregar.

—Bien. Tía, ¿qué hago? —consultó el marqués, ya preso de la inquietud—. ¿Lo reto a duelo? ¿La dejo a ella en la puerta de su residencia como si fuese un cachorrito abandonado? ¿Le mando una nota y lo felicito por la noticia? ¿Lo obligo a casarse? Ah, no, no puedo hacer eso, ¡porque él era el que quería hacerlo!

—Basta, Patrick —ordenó su tía mientras Valerie se levantaba y salía de la habitación con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento. Esto lo cambia todo.

—No te disculpes, bastante bien te has comportado —le aseguró Elvina, en completa calma, lo que lo preocupó aún más.

—¿Por qué estoy yo así mientras que tú estás tan tranquila?

—Supongo que porque he tenido más semanas que tú para asimilar la buena noticia.

—¿Semanas? ¡Elvina! «Buena noticia»... ¿«Buena noticia» dices cuando el padre de la criatura no quiere ver a tu hija ni en pintura?

—Deja ya de hacerte el ofendido y mejor vamos a decidir qué hacemos, ¿no te parece?

—Voy a servirme una copa, te espero en mi despacho. Por favor, no te retrases demasiado —le pidió en tono conciliador.

—Está bien.

Ambos se encerraron en la oficina del marqués y continuaron con aquel diálogo menos acalorados. Había una estrategia que trazar.

—¿En qué situación está Jason ahora mismo? —preguntó la marquesa viuda, pues sabía que el duque no tramaría nada bueno.

—Busca esposa. De hecho, ya tiene una candidata. Pero eso tú seguro que ya lo sabías. — Elvina asintió—. Aunque supongo que, cuando se entere de que ella está embarazada, dado que lleva a su primogénito, abandonará la idea y cumplirá con su deber. A fin de cuentas, es un hombre honorable y deberá resignarse. Confiemos en que lo haga, porque yo, en su caso, tía, no sé cómo lo afrontaría. Tu hija ha jugado con él de una manera descarada y malévola. Lo ha llevado al límite.

—Abandonará su idea, puede que sí. O tal vez no, pero no será porque sepa lo del bebé. Al menos aún no. No haremos eso. Obligarlos a ir al altar hará que su matrimonio sea desdichado, y eso llenará de ansiedad a tu prima.

—Tía, sabes qué es lo que hay que hacer.

—¡Patrick, no! Valerie y tú no han sabido llevar el asunto, así que ahora dejen que se ocupe alguien que sí sepa —le recriminó.

—¿Qué te propones? Sabes que ese niño necesita un apellido, por no hablar de un padre. El duque debe saberlo. Lo haremos enfadar aún más y no la perdonará si no se entera enseguida por ella misma.

—Él lo sabía cuando se fue de Rosings Park.

—No, es imposible. Ningún hombre se iría en esa tesitura y la abandonaría. No hay manera de que Jason sea así.

—Está bien, está bien —dijo resignada—. Él sabía que, las veces que había tomado a tu prima, las veces que se había...

—Sí, tía, comprendo. Quieres decir que tenía una sospecha. ¡Oh! Si esto llega a conocerse, nuestra fachada caerá, no podré hacer nada por evitar el escándalo. ¡Esto es culpa tuya y de mi bendito tío!

—Tranquilízate, no podemos deshacer lo ocurrido, no tiene caso repartir responsabilidades. Además, según tengo entendido, antes de salir a toda prisa de Rosings Park, él le dijo a Valerie que podría estar embarazada. —Elvina chasqueó la lengua—. La pobre ni lo había pensado hasta que él se lo escupió en la cara.

—¿Pobre? ¿En serio, tía? ¿Tu hija aquí es la mártir? —preguntó con incredulidad.

—Patrick, no me interrumpas. Sí, la pobre ni lo había pensado. Él sí había considerado la posibilidad y, pese a ello, le dijo que se arreglara sola, que no quería saber nada del bebé, lo dejó muy claro. Así lo piensa Valerie, y así lo creo yo también.

—¡Él no lo podía saber a ciencia cierta! Ningún hombre dejaría de lado a su propio hijo, y menos Jason. Lo sabes, fue un arrebato de ira.

—Es mi hija, le prometí que me las pagaría si la hería. Tú eres quien dice siempre que hay que ser consecuente con nuestras acciones.

—Elvina, no sabes nada de ellos. Tu hija le ha hecho pasar un infierno, créeme cuando te lo digo. Lo he visto. Ambos tenemos claro que aquí la víctima no es ella, sino todo lo contrario.

—Yo la vi, la vi cuando llegué, y él pagará por lo que le ha hecho —gritó—. Tú no sabes lo que es ver a tu hija derrumbada, aniquilada por culpa de un hombre. No permitiré que salga indemne.

—Jason no ha hecho nada más que quererla. Elvina, no estás siendo racional. Por favor...

—No tienes idea de lo duras que fueron sus palabras. Valerie no te ha contado nada, no la has visto todo este tiempo, muerta en vida. ¡No te atrevas a volver a justificarlo!

—Por favor, dime que ese niño tendrá a su padre y no objetaré tus métodos, pero júralo —intentó negociar.

—Eso no depende de mí, sino de él.

—Permite al menos que se lo diga. ¡Es su hijo!, su heredero.

—Te recuerdo que no puedes meterte en la vida de ella a menos que te lo pida, y no lo hará. Además, Valerie también necesita una lección. No puede comportarse como una niña caprichosa nunca más. Debe asumir las consecuencias, por lo que le vendrá bien estar en vilo un tiempo más.

—Gracias al cielo que ahora hablas de manera sensata.

—He mandado llamar a Anthony. Supongo que llegará dentro un par de semanas o antes —
reveló la viuda.

—¿Por qué?

—Es hora de que venga. Tengo planes para él.

—¿Esto no tendrá nada que ver con que el duque haya puesto sus miras en cierta joven Prescott?

—Tú tienes tus fuentes y yo las mías. Tardaste unos días en mandarme llamar cuando sucedió todo. Jason llegó enseguida, y las noticias vuelan. Es mi deber estar al tanto de todo. Él no perdió el tiempo, anda en busca de una duquesa. El pobre ignorante piensa que así se sacará de la cabeza a mi Valerie. Por fortuna tenemos varios meses por delante. Bien sabes que los Prescott son de la vieja escuela, cortejo largo y formal... Ya conoces cómo va todo eso.

—Eso si él no la arruina y pide una licencia especial. El matrimonio con la chica Prescott podría ser una realidad muy pronto. De hecho, si yo fuera él, querría asestarle el mismo golpe a Valerie que ella me ha propinado a mí, y la manera más rápida sería sustituirla.

—Vamos, Patrick, ¿crees que ese hombre va a tener ganas de meter a una mujer en su cama después de Valerie? Tú lo viste, estaba encaprichado, y eso que aún no habían yacido juntos. No va a dar el paso con tanta prisa, no es tan tonto. Él esperará a ver el próximo movimiento de tu prima, por más dolido que esté y por mucho que desee de hacérselo pagar.

—Estás demasiado segura de las habilidades de tu hija para mantener a un hombre en el celibato y confías demasiado en que él esté prendado de ella. Yo insisto en que, en su situación, sería muy, muy vengativo —reiteró él.

—Por supuesto que sé quién es Valerie. Yo le enseñé casi todo y, dado que yo era excelente en mantener a mi marido en mi cama, mi hija no ha de ser menos. No te escandalices, ¡tú has sacado el tema! —dijo Elvina cuando vio el gesto de sorpresa y conmoción de Patrick.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto? Aún no me has explicado en qué consistirá el plan.

—Jason está despechado, una mujer despechada es temible, pero un hombre en ese estado es un gran peligro. Aunque ella vaya a su casa, llame a su puerta a plena luz del día y le diga que va a ser padre, ese tipo no moverá un dedo por ella. Como bien has dicho, debe de estar loco de rabia, celos y amargura. ¡Hombres!

—Si voy yo, lo hará. Sabes que a mí no me dirá que no. Esto puede acabar rápido, Elvina, no lo alarguemos. Que se casen y, una vez unidos, arreglen sus diferencias. No hay tanto tiempo, pronto se notará su embarazo y...

—Tú no irás. ¿Acaso no has visto a Lena? —le recordó ella.

—No es lo mismo. ¿Y quién irá entonces? ¿Qué harás?

—No quieras saber tanto, ten paciencia y confía en tu tía. Debemos hacerle ver lo que está a punto de perder, tal y como ha hecho él. —Levantó una ceja.

—Mujer, eres terrible. Ya lo entiendo todo. ¡Es arriesgado lo que planeas hacer! Supongo que querrás una lista.

—Sí. Quiero hombres inofensivos.

—¿Inofensivos? ¿Estás segura de ello? Porque, si fallan tus cálculos, necesitaré a un hombre a su lado, uno que al menos pueda...

—Sí, necesitamos caballeros inofensivos —lo cortó—, pero que nadie sospeche de su verdadera naturaleza. Si algo sale mal, como bien has dicho, quiero que el niño tenga un apellido y que ella mantenga su independencia. No la subyugaré a un hombre que exija sus derechos. Sabes lo que estoy pidiendo, ¿verdad?

—La pregunta me ofende. Por supuesto. Pero no lo comparto. Esto acabaría hoy mismo si me dejases intervenir.

El marqués sacó un papel, tomó la pluma y escribió un solo nombre: «Andrew Saint Vincent. Marqués de Cross».

La marquesa secundó la postulación. Era perfecto para el caso: atractivo, buena cuna, discreto. Sí, debía ser él.

—Acepta todas las invitaciones en las que sepas que va a estar Jason y asegúrate de que el marqués de Cross asista también.

—Por favor, tía, estás hablando conmigo. Sé a la perfección lo que tengo que hacer —le aseguró Patrick.

—Empezamos esta misma noche.

—Es pronto. Ella no querrá.

—Vamos contrarreloj. Un embarazo y una boda que evitar no dejan margen para la espera. Valerie habrá de entenderlo. Ahora toca trabajar en su futuro y, más que en su provenir, en el de mi nieto.

—¿Has visto la cara que lleva? ¿Cómo arreglarás eso? No podrás hacer que esté presentable tan pronto. Si al menos se le fuera esa tristeza amarga que denota a simple vista...

—Por favor, sobrino, estás hablando conmigo. Ella estará perfecta. Es una Manchester. No nos rendimos, sino que nos sobreponemos a las adversidades, sean cuales sean.

CAPÍTULO 7

El plan

Aquella misma noche, llegaron al baile de los Thyssen la marquesa viuda, Valerie y Patrick. Juntos, unidos, sonrientes y con sus mejores galas, entraron en el salón. Valerie se había sentido mucho más animada las últimas semanas, o al menos eso parecía. Llevaba un vestido azul oscuro, pendientes de zafiro y el pelo semirrecogido, lo que resaltaba su escote. Ella no quería ponerse ese traje, pero su madre había insistido. La marquesa había trazado un plan y para eso su hija tenía que verse así de bella.

Saludaron a los anfitriones y descendieron por las escaleras hasta el salón de baile, donde el marqués divisó a su amigo Andrew Saint Vincent, marqués de Cross, y todo el grupo se dirigió hacia él. Patrick le presentó a su prima, y él sonrió encantado por la belleza y el porte de la joven. Todo tal cual lo acordado.

—Patrick me había dicho que eras muy hermosa, pero no te ha hecho justicia. —Se inclinó, la miró a los ojos, le sonrió, le tomó la mano y le besó el interior de la muñeca. Ella no acostumbraba llevar guantes.

Jason la vio entrar en el salón; el corazón dejó de latirle durante un instante. Estaba preciosa, bellísima. Esa mujer siempre lo iba a atormentar. Sería mejor que su cortejo a Eliza Prescott no fuese demasiado largo o Valerie lo iba a acabar matando. ¿Cómo había dejado su madre que ella se pusiera semejante vestido? Y, peor aún, ¿por qué estaban los tres con el marqués de Cross si era sabido por toda la sociedad que él andaba a la caza de una esposa?

Algo no cuadraba en la ecuación, y él lo averiguaría. «No, no y no». Valerie no era su problema, ya no más. No iba a mirarla siquiera, no se acercaría a ella ni le hablaría. Ella debía ser invisible para él, como una vez le había dicho Patrick al conde de Essex.

Imposible. Valerie Manchester lo había arruinado para todas. Pero él tenía una obligación, debía casarse y perpetuar el linaje. ¡Maldición, se merecía ser feliz y podría lograrlo con la joven Prescott! Al menos lo intentaría con ella y no con la maldita mujer que se había burlado de él.

Al dar comienzo el vals, la mandíbula se le contrajo, y apretó los puños. Valerie estaba en la pista con el marqués de Cross. Ella quería provocarlo, trató de convencerse de que esa era su única intención. Valerie lo echaría de menos y haría cualquier cosa para llevarlo de regreso a su

cama, pero él no sucumbiría nunca más, se prometió. Lo había jurado, y él cumplía sus juramentos. Aunque tampoco arrojaba la toalla jamás, ¿o sí?

Le pidió a Eliza Prescott que lo acompañase al jardín y salió con ella del brazo mientras, con su palma varonil, le cubría la suave mano, tal y como una vez había hecho con Valerie. Por supuesto, se aseguró de que ella lo viese salir con la joven. A eso de dar celos podían jugar los dos.

El duque se mantuvo en un lugar abierto, a la vista de todos, pasados unos minutos, entró de nuevo con ella del brazo. La dama estaba ruborizada. Él había rozado sus labios con los de ella, y Eliza se mostró un poco avergonzada.

Valerie bailaba una pieza en el salón con Andrew Saint Vincent, y Jason habría apostado toda su fortuna a que ella había intuido algo como un beso, pues no le sacaba los ojos de encima.

Cuando acabó la pieza, Andrew llevó a Valerie junto a su madre.

Elvina tenía más que claro cómo funcionaban los hombres y conocía el poder de los celos. Sabía cómo lograr que Jason volviera con su hija.

—Tres valeses. Recuérdalo —insistió Elvina.

—Mamá, no me obligues por favor.

—Yo no soy Patrick, harás lo que te diga. Por una vez en la vida, me harás caso.

—Jason me odiará más —se quejó.

—Él no te odia. No puede apartar los ojos de ti. Está herido y necesita ver que tú serás su salvación.

La marquesa viuda echó una mirada al acompañante de Valerie y preguntó:

—Andrew, ¿tienes claro todo?

—Sí, tres valeses y mostrar mi interés. Ningún problema.

—No estoy cómoda con esta situación. No me parece bien aprovecharme de ti —objetó Valerie.

—Milady, vamos un rato al jardín. Él está jugando, y yo sé de esto mucho más que él.

—Está bien —se resignó.

—Sonríe, querida, y alegra esa cara. No te preocupes, ese hombre no acabará la noche sin matarme o pedirte una explicación.

—Yo no estaría tan segura.

—Oh, pero yo sí —se mostró convencido. Había visto los celos en la mirada de Jason desde el primer minuto en que había compartido la pista de baile con Valerie.

Cuando Valerie salió al jardín con el marqués de Cross, Jason estaba que se subía por las paredes por los nervios. Por lo visto, ya tenía un nuevo amante. ¿Le dejaría hacer a Saint Vincent lo mismo que le había permitido a él en la fiesta de los Prescott? La furia lo había poseído. Se sentía ansioso, no podía consentirlo. Decidió salir al jardín y obligarla a entrar al salón. Por encima de su cadáver haría ella algo delante de él con otro hombre. Jamás. Daba igual que tuviera que montar un espectáculo.

Por suerte, ella regresó a la sala antes de que él tuviese la oportunidad a salir a buscarla.

Sonó el segundo vals y de nuevo ella danzó con Andrew Saint Vincent. «Sospechoso», pensó el duque. La volvió a examinar y descubrió que, de nuevo, los ojos de ella parecían llenos de alegría. Esa mujer lo tenía despistado. Maldijo en su interior. No entendía nada. Y mientras el duque bailaba con Eliza, no podía concentrarse más que en ver que el marqués de Cross la tenía demasiado cerca, ¡pero si le estaba respirando encima! Ese miserable... Por muy apuesto que fuese, él era mucho mejor. ¿Por qué Valerie estaba interesada en ese hombre?

Tenía que hablar con ella. Decidido. La buscaría apenas pudiera. Maldita mujer, que no se le iba de la cabeza. ¿Por qué no podía poner sus miras en la que había seleccionado ya como futura duquesa? Eliza era perfecta, dulce, noble, de buena cuna y, sobre todo, dócil. «¡Demonios!», volvió a maldecir. Eliza no lo encendía como lo hacía la maldita Valerie.

El último vals de la velada sería de él, quisiera ella o no. Ningún otro hombre la rozaría de ese modo tan íntimo. Jason se mantuvo al acecho. No sabía cómo iba a lograrlo, pero se aseguraría de que ella bailara con él, aunque tuviese que obligarla.

La sangre le hirvió cuando vio que Valerie estaba a punto de conceder aquella pieza otra vez a Andrew. ¡Nunca! Sin perder tiempo, se dirigió a la pista a reclamarla. Solo tuvo ojos para Valerie; estaba exquisita, pensó.

—Disculpe, pero lady Valerie me había prometido este baile antes. —El marqués alzó una ceja y miró a la joven, que tuvo que reprimir las ganas de echarse a reír.

—¿V.? —le preguntó el marqués a la joven.

—Sí, ha sido así. Disculpa, Andrew. —Ambos habían quedado, a petición de su madre, en que se tutearían—. Lo había olvidado —mintió ella sin apartar los ojos de Jason. Se veía tan imponente que tembló de pies a cabeza.

—Está bien. —Entonces Andrew se retiró resignado justo al lado de la marquesa viuda.

—Milady —la saludó Jason.

—Excelencia.

Ambos efectuaron el saludo que marcaba la etiqueta y se dirigieron a la pista de baile. Las notas comenzaron a sonar. Ella no dijo nada. Él se había acercado, así que le tocaría hablar primero, sin mencionar que ella se había quedado muda ante aquella aparición. Temía decir algo que disgustase a Jason y arruinara el momento.

—¿Estás loca? —le preguntó cuando nadie pudo oírlos.

—Empezamos bien —bufó ella.

—¿Tres valsos? Ni siquiera a mí me lo permitiste nunca. Sabes que eso es una declaración en toda regla. ¿Por qué? ¿Por qué él y no yo?

Lo que vio en la mirada del duque la hizo sentirse miserable. Distinguió la amargura la impotencia, y sus propios ojos comenzaron a volverse vidriosos. Jason, su magnífico Jason, estaba sufriendo por ella...

—Jason, yo no...

—¿Ahora soy Jason? —lo interrumpió, gélido—. ¿Desde cuando eres V. para el marqués de Cross?

«Jason, no debes estar celoso —pensó ella en su interior—, él no es nada para mí. Solo existes tú», quiso sincerarse, pero no pudo. Al ver que de nuevo Jason cambiaba de expresión, Valerie tuvo que mostrarse altanera.

—Creo que esta conversación ya la hemos tenido.

—Valerie, no sigas poniendo a prueba mi paciencia. Respóndeme.

—No, no lo haré.

Él respiró hondo, la miró a los ojos y recapacitó. «Se cazan más moscas con miel», pensó.

—Por favor, Valerie, ¿me puedes explicar qué estás haciendo? —Si quería sacar algo de ella, debía ser educado y amable.

—Creí que no querías saber nada más de mí nunca. Eso dijiste, ¿cierto?

—Es evidente que no puedo mantenerme lejos de ti, ni mis manos soportan estar apartadas de tu cuerpo.

Una caricia secreta le recorrió la espalda, y se le erizó toda la piel. La soltó para hacerla girar por la pista.

—Por favor, excelencia, ya hemos superado esto. Mantengamos un trato cordial y dejemos el pasado en el pasado.

La ira le recorrió la espina dorsal al duque. ¿Dejarlo en el pasado? ¿A él? ¿Tan fácil era de olvidar?

—¿Eres su amante? —La furia rugió otra vez desde el interior de su ser.

—Mide tus palabras o la que montará una escena seré yo cuando te deje aquí plantado y con mi mano marcada en tu mejilla. ¿O prefieres que contraataque al preguntarte si eres tú la puta de Eliza Prescott?

«Ahí está: dolor. La arpía que hay en mí quiere hacerle pagar su acusación», tuvo que admitir ella.

—Vaya, la tigresa saca sus zarpas. —Él sonrió—. ¿Celosa, amor?

Por lo visto, nada había quedado en el pasado, razonó Valerie.

—Las zarpas siempre han estado ahí. Y si no cambias la actitud, las verás muy a menudo.

—¿Te acuestas con él? —Se sentía molesto porque ella no le daba una contestación.

—¿Celoso, amor? Mi vida es mía, no te incumbe. Lo dejaste muy claro.

—No me incumbe porque tú así lo quisiste. Te recuerdo que yo actué de manera honorable.

—Exacto. Me diste un buen ultimátum y dejaste claro que yo no era nada para ti, que estaba sola, que ya no era tu responsabilidad. —Valerie recapacitó y bajó la guardia—. Yo... Jason... Te lo debo. Al menos te debo eso. ¿Sigues pensando igual? Y te haré la misma advertencia que tú me hiciste a mí aquella noche: medita bien tu respuesta porque tendrás que vivir con las consecuencias de tu contestación.

Debía como mínimo intentarlo, saber si sería útil arrastrarse.

—¡Sí! Nada ha cambiado —le escupió él, orgulloso. Ni siquiera se detuvo a considerarlo, solo quería herirla.

—Por favor, piénsalo un instante. Te lo suplico. No quiero que nos arrepintamos.

—Nada ha cambiado —la cortó de inmediato—. Solo he venido a bailar contigo porque tenía curiosidad. Quería saber si él también te hacía gritar su nombre. —Ella lo había hundido en la miseria y pagaría por ello, se prometió Jason.

—Sabía que no cambiarías de opinión, pero debía preguntártelo, intentarlo. Le debo eso a nuestro... —Calló de golpe al darse cuenta de que estaba a punto decir más de la cuenta.

—Dime, Valerie, ¿te hace gritar su nombre, te hace volar, te obliga a que lo mires a los ojos para ver cómo alzas el vuelo? —Humillarla, esa era la meta de Jason.

Maldito hombre, por haberla excitado con esas palabras. Aunque estaba segura de que su intención había sido denigrarla, había conseguido otra cosa. Pero a eso podían jugar los dos, se dijo Valerie ¿Acaso él se había olvidado de con quién estaba hablando?

—¿Haces que Eliza vuele contigo? ¿Has hecho que te tome con la boca, Jason? ¿Jadea y gime igual que yo? ¿La has llevado al éxtasis al salir hace un rato con ella al jardín?

—Eliza me satisface. ¿Qué hiciste tú cuando saliste con el marqués de Cross? A ti tal vez te ha dado tiempo, dado que has tardado mucho más que yo en entrar.

Los reproches y la conversación no iban por buen camino. Si uno de los dos no bajaba el ritmo, el escándalo sería mayúsculo, por lo que Valerie decidió alzar la bandera blanca.

—Jason, por favor, no nos hagamos esto. Yo... te echo de menos...

—Demasiado tarde, lady Valerie Manchester. Te lo advertí. Ahora tengo todo lo que quiero. Mi duquesa será una mujer honorable, respetable, que valora lo que se le ofrece. Me has hecho un favor.

—Si pudiese deshacer las cosas, lo haría. Si te sirve de algo, siento con todo mi corazón haberte hecho daño.

—No lo sientas, estoy bien. Soy más fuerte ahora y obtuve experiencia con una virgen. Me vendrá bien con mi esposa. —Él solo quería herirla, causarle dolor, del mismo modo que ella lo había lastimado. Sin embargo, había dicho demasiado, pues con esa declaración le había confirmado sin quererlo que no había tocado a la joven Prescott todavía.

Los ojos de Valerie se llenaron de lágrimas, pero se propuso soportarlo. Aguantaría. Maldito embarazo, estaba tan sensible. ¡Su bebé!, su milagro, su amor. Pensaría en ese hijo, que era lo más importante en su vida. El padre del niño había dejado claro de nuevo que estaba sola. Había guardado cierta esperanza al verlo acercarse a ella, pero no. El orgullo del duque, ese sentimiento de hombre, jamás le permitiría perdonarla. Veía el odio en sus ojos.

Cuando finalizó la pieza, él se fue de allí sin ninguna ceremonia ni ningún remordimiento. La dejó plantada en medio de la pista. Patrick, que no había dejado de observarla, se hacía una idea de todo lo que había ocurrido y fue en su búsqueda enseguida.

—Baila conmigo, pequeña.

—Patrick, no tengo ánimos. Quiero ir a casa y no salir jamás de mi habitación. ¡Oh, primo, esto es insoportable!

—¡Oh, pero no lo harás! Bailarás conmigo y, créeme, él necesita verlo. Debe verte repuesta.

—¿Es así cómo va a ser todo ahora? —interrogó ella mientras se preparaba.

—¿Qué preguntas con exactitud? ¿Si va a desaparecer el dolor en algún momento?

—El dolor nunca desaparecerá, lo sé. Quiero saber si mi vida va a girar en torno a él a partir de ahora y si seguiremos haciéndonos daño cada vez que tengamos la oportunidad.

—Al menos hasta que uno de los dos entre en razón, así serán las cosas —explicó.

—Se lo he dicho a mamá, no estoy cómoda con esta situación.

—Pues ríndete, cástate con el marqués de Cross, ten a tu hijo y sé feliz si puedes. El pequeño necesita un apellido ya sea el de Jason o el de Andrew, uno va a tener. Además el marqués estará más que encantado de desposarte.

—No pienso darme por vencida.

—Pues a bailar se ha dicho. Y acuérdate del numerito: ríe alto y fuerte. Escandalicemos a todos. —Le sonrió.

Bailaron, y ella logró relajarse. Al final de la danza, él la hizo girar sobre sí misma cinco veces, y ella se desmayó. Así, sin más, perdió el conocimiento. Por fortuna, Patrick tuvo muy buenos reflejos y la tomó en brazos antes de que ella tocara el suelo. La sala se conmocionó ante el suceso. Andrew llegó corriendo, y Patrick la depositó en los brazos de él. Al menos ese infortunio iba a servir para efectuar una declaración ante toda la sociedad.

—Llévala a casa con mi tía, Andrew. Iré a buscar al médico —ordenó alto y claro. Patrick había despejado todas las dudas ante todo el público, y Jason, que iba a grandes zancadas hacia donde Valerie yacía inconsciente para arrebatársela de las manos, se detuvo en seco cuando analizó las connotaciones de lo que Patrick había hecho y dicho. Valerie era de Andrew, no había duda. Si no era su amante aún, lo sería en breve, porque ella no quería casarse, ¿no?

Patrick debía de haberse vuelto loco para permitir que ella se saliese con la suya, al igual que Andrew Saint Vincent por renunciar a casarse, y no hablemos ya de la marquesa viuda. La sociedad apartaría a Elvina si permitía a su hija ser la amante de cualquier hombre. Esa familia estaba a punto de caer en desgracia, Jason lo tenía claro. Estaban todos desquiciados, y había sido un milagro que no formase parte de todo ese circo que se avecinaba.

* * *

El médico llegó a la casa Manchester y examinó a Valerie. Explicó a la familia, Andrew incluido, que el bebé estaba bien, pero que la joven debía tomarse la vida con más calma y descansar. La ansiedad no era buena para el niño, y ella necesitaba tranquilidad. Elvina lamentó enseguida que sus planes tuviesen que cambiar. No podría llevarla a ningún baile más; no con Jason cerca. Él la alteraba, y su nieto era ahora lo más importante en ese momento para todos los Manchester. Su única esperanza era Anthony. Sí, Anthony lo arreglaría todo en cuanto llegase.

El hermano de Patrick no tardaría mucho más en regresar. Lo necesitaba ya en Londres, pues el tiempo se consumía rápido y, dado que Valerie ya no podría provocar al duque, precisaría la ayuda de su otro sobrino más que nunca.

Valerie no fue a bailes, pero sí de paseo y salió mucho por la ciudad con el marqués de Cross, quien la llevó a caminar por Hyde Park todos los días por orden del doctor. A menudo se encontraban con Jason y la joven Prescott. Él no la miraba, como si ella fuera invisible para él. En la ópera también habían coincidido con el duque, quien no había parecido inmutarse.

CAPÍTULO 8

La boda

Un poco más de lo esperado tardó en regresar Anthony desde Los Estados Unidos de América. Al llegar a su casa, abrazó, besó y saludó a toda la familia y luego entró en pánico al conocer los acontecimientos más recientes, sobre todo por la nueva condición en la que se encontraba su prima.

—¿Se han vuelto todos locos? Me marchó, y esta familia pierde el rumbo. Valerie, no puede ser verdad, no puedes haber sido tan ingenua. Y ustedes... Patrick, que haya sucedido esto ante tus narices... ¡Me asombras y decepcionas! Esto ha ocurrido delante de ti... Qué graciosas las vueltas del destino.

—Hermano, yo lo propicié —tuvo que admitir—, pero fue con la mejor intención.

—No puede ser verdad. Esto es una catástrofe y es obra tuya. Increíble ¿Y quién es el padre, si puede saberse?

—El duque de Lennox, Jason Sinclair.

—Bien, voy a tener unas palabritas con él. Al parecer nadie ha podido hablar con su excelencia para explicarle la situación. ¿En qué demonios estaban pensando todos? ¡Oh!

—No harás tal cosa. Ni siquiera lo conoces —lo atajó ansiosa Elvina.

—¿No lo haré? Me pregunto por qué no lo has hecho ya tú por mí. No creo que le tengan miedo. Rétenlo a duelo si es necesario para que cumpla con su deber.

La marquesa viuda consideró que era hora de retirarse y dejar hablar en paz a los hermanos.

—Valerie y yo nos iremos a descansar, ha sido un día largo. Me alegro de verte, querido. Te he echado mucho de menos, y no sabes cuánto te necesita esta familia. Patrick, explícale todo.

Así salieron ambas mujeres, y los hermanos quedaron solos para poder hablar con tranquilidad.

El marqués de Ailsa le explicó a su hermano, punto por punto, todo lo que había sucedido desde aquella vez en que Valerie había salido al jardín con el duque.

—¿Cómo van a prometerla a Andrew Saint Vincent? —preguntó con suma preocupación el menor de los Manchester.

—Habrá de hacerse si ella no consigue a Jason. Ese hijo debe tener un apellido. No será un bastardo.

—Lo sé, pero créeme que conozco en carne propia lo que significa no poder alcanzar la felicidad, y ella no será feliz con otro hombre si está enamorada del duque. No dejará que nadie la toque. Hermano, ella se morirá cuando Andrew exija sus derechos maritales. Conoces a V., no podrá soportarlo.

—Ella ama a Jason, pero es tan terca como una maldita mula. No debí haberle consentido tantas cosas, pero Andrew no es un tipo cualquiera.

—Sé que es un buen hombre, lo conocemos desde hace mucho tiempo, aunque es más amigo tuyo que mío. Pero me temo que no sé si será suficiente para conquistarla.

—Él es inofensivo.

—¿Inofensivo? —preguntó, extrañado.

—Sí, inofensivo. Vamos, Anthony, sabes lo que quiero decir. —Alzó una ceja.

—¡Ah!, que no le gustan las mujeres. Bien, ahora dime, ¿cómo vamos a arreglarlo?

—Siempre habrá otro plan. Pero aún no has oído la mejor parte y, créeme, hermano, no te va a gustar nada de nada.

—¿Hay más? ¿Más desgracias? Esto se pone interesante. Desembucha.

—Sí, pero será mejor que te lo muestre en vez de contártelo. Vístete, ponte tu mejor traje, nos vamos a un baile esta noche.

* * *

Unos pocos días antes de la llegada del menor de los Manchester, Jason estaba en su club de caballeros, en White's, cuando oyó que alguien felicitaba a Andrew. «El colmo de la desfachatez, que feliciten a alguien por conseguir una amante», pensó él. Pero, cuando aguzó el oído, tuvo que hacer su mejor esfuerzo para no darle una paliza al marqués y salir corriendo a darle una lección a Valerie.

Lo estaban congratulando todos los caballeros allí presentes. Brindaban por Andrew Saint Vincent, marqués de Cross, por su inminente boda con lady Valerie. ¿Era una maldita broma o qué? Esa mujer, ¡oh, esa maldita mujer!

—Gracias, Samuel, estoy muy contento —contestó el futuro esposo con una ancha sonrisa, y no le pasó inadvertido cómo Jason lo fulminaba con la mirada.

—Deberías estarlo, Andrew —agregó uno de los caballeros—, has ganado un gran premio. Nadie ha podido conquistar a la inalcanzable Manchester; hasta ahora, claro. Ni siquiera el bueno de Eliot Hamilton pudo lograrlo, y eso que estuvo a punto de... —Se detuvo al ver que El marqués de Cross abandonaba la postura afable—. ¿Para cuándo la boda, pues? —improvisó.

—Será pronto. Como comprenderás, no puedo esperar. Toda ella es muy tentadora, ya me entiendes —argumentó con la intención de darle celos a un caballero que estaba tan pendiente de la conversación.

No pudo más. Jason se levantó, apartó la silla de un plumazo y estampó una copa contra la pared. Todos se sorprendieron, pero nadie dijo una palabra, pues no podían sospechar los sucesos que había vivido el duque con la futura esposa de Andrew Saint Vincent. El marqués sí supo el motivo de esa reacción y esbozó una gran sonrisa. Andrew se dio cuenta entonces de que iba a perder a Valerie, pero sabía que esa mujer merecía tener un final feliz con el hombre que amaba, sin mencionar que un hijo debía estar con su padre.

Él mismo había lanzado el rumor de la inminente boda porque era consciente de que Valerie se quedaba sin tiempo. Los Prescott alardeaban de la futura unión de su hija con el duque, y él no podía consentirlo, no después de la ayuda que le había brindado Patrick en Francia en el pasado. Además él conocía su secreto. Por lo que, cuando le pidió su colaboración, él había aceptado sin preguntar.

Tras la escena del club y con muy malhumor, Jason llegó a su casa, se metió en el despacho, sacó pluma y papel y mandó una nota al periódico para anunciar su inminente enlace con lady Eliza Prescott.

La noticia corrió como la pólvora. En ese momento el duque ya no tenía ninguna duda de que Valerie se había burlado de él. Aquella malcriada y toda su infame familia se habían reído a sus espaldas. Ahí se separaban sus caminos de manera definitiva. La inalcanzable se casaría, y él también. Hincaría la rodilla delante de toda Londres en el baile de los Ferchair dentro de dos días. Estaba decidido.

* * *

Los hermanos Manchester llegaron al baile de los Ferchair vestidos con la mayor elegancia. Patrick iba a quemar su último cartucho, y Anthony era su arma secreta. Si eso no salía bien, ya no sabría qué más hacer. Se lamentó de que manejar a Napoleón fuese más fácil que lidiar con Valerie.

Elvina estaba convencida de que Anthony lo lograría, aunque Patrick tenía algunas dudas porque habían pasado demasiados años desde que el cortejo con la joven Prescott se había echado a perder y no sabía cómo reaccionaría su hermano ante la noticia. La suerte estaba echada.

Anthony la vio y quedó embelesado. Eliza no había cambiado ni un ápice, seguía siendo la mujer más atractiva, maravillosa, preciosa y angelical que jamás hubiera visto.

—Patrick, ¿me has tendido una trampa? ¿Como no consigues casar a Valerie, has pensado que yo sería más fácil de atrapar? ¿Y con ella, con Eliza precisamente? Estás bromeando, ¿verdad? Yo no era suficiente para la perfecta familia Prescott antes y estoy seguro de que tampoco lo seré ahora. Además, tengo poco menos de un año que tú. Tú debes casarte primero. Átate la soga antes de colocármela a mí —dijo sin poder apartar la mirada de la joven, que todavía no lo había divisado.

—Ahora tienes fama y fortuna. Todo puede ser, hermano. ¡Última oportunidad!

—No —gruñó él joven Manchester.

—Bien. —Lo vio en sus ojos. Ya podía respirar tranquilo. Anthony lo haría.

Un par de copas tintinearón en la sala, a lo que siguió un anuncio por parte del anfitrión del baile.

—Amigos, buenas noches a todos. Tengo el placer de felicitar a la familia Sinclair y a la familia Prescott. En breve, sus hijos unirán sus vidas en sagrado matrimonio. ¡Felicitaciones a la feliz pareja!

Toda la sala aplaudió, todos menos los hermanos Manchester. A Patrick le pareció divertido el cambio de actitud de su hermano, quien gruñó algo así como: «Por encima de mi cadáver». Anthony se volvió hacia su hermano y preguntó:

—¿Ha dicho «Sinclair»? Patrick, ¿ese hombre ha dicho «Sinclair»? —repitió al ver que su hermano no abría la boca y solo sonreía.

—Sí, Anthony, eso ha dicho —respondió sin perder el buen humor.

—¿El Sinclair es Jason? ¿El amante de Valerie pretende casarse con mi Eliza?

—Eso parece, hermano.

—Si me disculpas, tengo algo que hacer. —Y sin más fue a pedir explicaciones.

Así, el menor de los Manchester se dispuso a cumplir con su tarea, tal y como había predicho su tía. «Patrick, confía en mí, sé de hombres. En cuanto se entere de que Eliza se casará, pasará a la acción. No tengas dudas, tan solo lo sé», había afirmado Elvina al regresar de Rosings Park, hacía ya un tiempo.

Anthony fue directo hacia la gente que felicitaba a la pareja, pero, como no conocía al duque y no quería equivocarse, primero preguntó.

—¿Es usted el duque de Lennox?

—Ese soy yo —dijo Jason con una falsa sonrisa.

Ya identificado y sin lugar a la duda, le asestó un puñetazo en la cara. De un solo golpe, lo derribó y lo dejó en el piso. Jason se levantó airado mientras Anthony se sacudía la mano.

—¿Está usted loco o qué? ¿Se puede saber quién es? —preguntó el iracundo duque, que no daba crédito a lo que acababa de suceder.

—Anthony —dijo en un susurro, al verlo, la joven Prescott, quien no acababa de creer lo que veían sus ojos. Él había regresado por ella, tal como le había prometido. Lo había esperado, pero los años pasaban y pasaban y su padre la iba a echar a la calle si esa temporada no se casaba. No tenía más remedio. Pero él había retornado.

—Ese soy yo —le dijo a ella con una brillante sonrisa y con orgullo. Entonces se volvió hacia Jason, que estaba levantándose—. Y usted no se casará con Eliza, por muy duque que sea y por mucho que haya anunciado ya su compromiso. Ella es mía.

—Oiga, joven, he prometido la mano de mi hija al duque de Lennox, así que no se casará con nadie que no sea él.

El salón entero estaba disfrutando con el espectáculo. Todos se preguntaban quién era el hombre que había provocado todo aquello, pero uno solo se atrevió a hacer la pregunta en voz alta.

—¿Se puede saber quién demonios es usted? —le preguntó de nuevo el duque—. Y suelte de inmediato a mi prometida —exigió, puesto que Anthony la tenía aferrada por la cintura.

—Yo, amigo mío, soy el conde de Devon, y no, no pienso soltar a mi futura condesa.

—¿Anthony Manchester? Debería haber sabido que eras tú. Maldito seas. No te permití casarte con ella entonces y tampoco accederé ahora —siseó el patriarca de los Prescott.

—No lo entiende, milord. Ya no soy aquel joven, y no es que ella vaya a casarse conmigo, es que ella tiene que casarse conmigo, no hay otra opción. Ella es ya mi mujer. ¿Lo entiende o necesita que se lo explique en detalle?

—Maldito bastardo, ¡mientes! —le recriminó Prescott, avergonzado por el comportamiento de su hija menor.

—Eliza, ¿te casarás conmigo? —Anthony, quien sostenía todavía la mano de su amada, se arrodilló.

—Sí, Anthony, sí, me casaré contigo. ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó en un susurro inaudible, y ambos se abrazaron.

Hubo quien aplaudió y hubo quien puso el grito en el cielo con lo que acababa de ocurrir. El más joven de los Manchester dio un beso a su prometida para luego acercarse al duque, quien estaba paralizado por toda la situación y seguía sin creer lo que acababa de suceder. Entonces le dijo:

—Excelencia, usted y yo tenemos que hablar ahora.

—¡Otro Manchester! Empiezo a pensar que han nacido ustedes con el único fin de atormentarme —se lamentó Jason, quien ya no se sorprendía con nada que incumbiese a esa familia.

—Sí, solemos tener ese efecto. —Anthony rio. Se separó de la futura condesa e hizo un gesto a Patrick para que se acercase a ella y la custodiase. Entonces salió, buscó una habitación tranquila para poder hablar con el duque en la intimidad, y ambos se metieron en la estancia.

—Creo, milord, que ha quedado todo dicho. No sé qué quiere de mí ahora. Me apartaré sin dar problemas.

—No, en absoluto, no ha quedado nada dicho.

—¿No? —Jason se extrañó sobremanera.

—No. He venido a avisarle que elija a sus padrinos. Nos veremos a veinte pasos al amanecer.

—No he tocado a su prometida. No necesita ninguna satisfacción, se lo aseguro —objetó Jason.

—No la ha tocado, no me cabe la menor duda de ello. Ella no se lo habría permitido e, incluso aunque ella lo hubiese consentido, cosa más que improbable, usted se habría dado cuenta de que ya pertenecía a otro hombre y, a estas alturas, estaría muerto y enterrado.

—Entonces ¿qué quiere?

—Excelencia, usted sí ha colocado sus manos, bueno, sus manos y otra cosa, en mi prima, ¿no?

—Tampoco necesita una satisfacción por ello. Ofrecí desposarla y me rechazó. No puedo ayudarlo tampoco en eso.

—Sí, lo sé, conozco la historia, pero la satisfacción no tiene que ver con ella tampoco.

—Soy todo oídos, porque no se me ocurre otro motivo por el que esté tan ansioso por meterme una bala en el pecho.

—Entre los ojos se la meteré por no saber ver lo que notaría hasta un ciego —lo amenazó Anthony.

—De verdad no lo comprendo.

—Maldita sea. Le exijo satisfacción por el hijo de Valerie, por mi sobrino.

Un rayó atravesó al duque. Las piernas le tambalearon, y tuvo que buscar una silla para no caer al suelo de nuevo.

—Veo que lo ha entendido, milord.

—No puede ser. ¡Es imposible! Ella no... —Anthony lo vio pálido, blanco. Parecía un muerto.

—¿Imposible? ¿Quiere que le explique cómo funciona la reproducción humana, excelencia? Además de para dar placer, ¡sirve para tener herederos! Yo al menos, antes de irme a Los Estados Unidos de América, me aseguré de que Eliza no estuviese embarazada. ¿Qué clase de persona se desentendería de su propio hijo? Créame que estoy tentado de permitir que El marqués de Cross la tome como esposa. Bueno, tendrá que hacerlo después de que yo le meta un balazo entre sus verdes ojos.

—Esa mujer, ¡esa maldita mujer iba a entregarle mi hijo a otro hombre! La mataré por ello, y luego podrá usted deshacerse de mí.

—Deje primero que el niño nazca y, de ser posible, que conozca a su madre y a su padre. Es lo más sensato, ¿no cree? —bromeó para tratar de aligerar el asunto sin éxito.

—No se da cuenta de la gravedad de este tema. No bromea.

—Me han hecho cruzar el océano en un tiempo récord, he llegado esta mañana a Londres y me acabo de prometer con una mujer que hacía años que no veía y a la que de seguro voy a tener que compensar mucho, muchísimo, por haber echado por tierra su reputación en un salón lleno de gente. ¿No cree que es usted el que no ve la gravedad de todo el asunto? ¿De verdad no está ciego, amigo?

—No, no lo estoy. Pero estoy furioso.

—¿A dónde va con tanta prisa? —inquirió el conde. Jason ya estaba abriendo la puerta para marcharse de aquel lugar.

—¡A su casa, a montar un espectáculo igual o mayor al que usted ha montado hoy aquí, pero seguro que no habrá tanto público!

—¡Menos mal! Creí que no se decidiría nunca a actuar. Me estaba preocupando de verdad por...

Y el duque salió rumbo a la residencia de Valerie. Muy de cerca, lo seguían los hermanos Manchester y Eliza Prescott, a quien Anthony ya no dejaría nunca más sola.

Jason aporreó la gran puerta de entrada hasta que un sirviente la abrió a toda prisa, muy asustado.

—Valerie, ¡Valerieeee! Baja de inmediato. ¡Ahora! —Los gritos eran ensordecedores.

La marquesa viuda esperaba, en su saloncito, lo que sabía que era inminente: ahí estaba su futuro yerno hecho una furia. Parecía sacar chispas por los ojos mientras clamaba por su mujer.

Pese a la estampa, que daba verdadero miedo, algo cálido se instaló en el corazón de Elvina. Su hija iba a recuperar al hombre que amaba. Pero bien sabía que tendría que atravesar otro infierno para volver a llegar hasta él. No obstante, estaba convencida de que ella podría hacerlo.

Valerie se quedó inmóvil en la escalera. No espera verlo ahí, entre otras cosas porque a ella, esa parte del plan, nadie se la había contado. Se puso tan nerviosa que no logró articular palabra. Por fortuna, no hizo falta que ella dijese nada.

—Prepárate, mañana nos casamos. Un vicario vendrá a tu casa. A las seis estate lista.

Se volvió y, con el pomo de la puerta en la mano, listo para salir de la casa, agregó, sin echar la vista atrás:

—Compraré un anillo nuevo, no te daré el que iba a ser para Eliza. —De nuevo quería lastimarla.

—Tengo el tuyo, no hace falta —se atrevió a decir ella, un poco acobardada.

Él se quedó inmóvil. Eso no lo esperaba. No dijo una palabra más. Con un portazo, salió de la casa.

La marquesa viuda contempló a Valerie.

—Hija, lo tienes. De ti depende ahora conservarlo —la animó.

—Mamá, te equivocas. No lo tengo y no podré volver a llegar hasta él. Así no. He visto el odio por mí en su mirada.

—El amor está ahí, oculto, nunca desaparece. Quizás pueda ser enterrado, pero solo tendrás que recordarle por qué lo sentía.

—Sabes que no es así —insistió la joven, desesperanzada.

—Él te cuida y te protege aunque tú no lo veas —dijo Patrick—. Se ha contenido para no dañar al bebé. Si de verdad te odiase, te habría escupido a la cara todo el veneno que lleva en la sangre.

—Patrick, ¿le has dicho que el bebé está en peligro?

—No, V., no ha hecho falta. Ha sumado dos más dos. No es tonto y sabe que te desmayaste y que llamé al doctor. No te ha visto en más bailes y debe de suponer el motivo.

Valerie no se sintió contenta ni ilusionada con nada, pero estaba cansada. Recién entonces miró a la joven Prescott.

—Eliza, me alegro de verte. Discúlpenme, regresaré a la cama. Buenas noches a todos. — Valerie se fue con lágrimas en los ojos.

La marquesa viuda ladeó la cabeza para dirigirse a Eliza.

—Buenas noches, Eliza. Bienvenida por fin a la familia. Ya era hora. Tu habitación está preparada. Por favor, Anthony, acompaña la y, si duermen juntos, sean discretos. Valerie no necesita ver ni oír muestras de amor ahora mismo.

—Sí, tía —obedeció ruborizado. Por suerte la matriarca entendía que no podría mantenerse alejado de esa mujer ni un minuto más—. ¿Pero cómo sabías que yo...?

—Por favor, Anthony, si te he criado. Además, eres un hombre, todos funcionan más o menos igual.

—¿Todo, lo sabías todo? Es imposible que supieses cómo terminaría esto —preguntó incrédulo el joven conde.

—Buenas noches, queridos. —Elvina salió de la sala sin perder la sonrisa. Parecía ser que su prole no sabía aún que ella también era infalible.

Así se fueron todos a la cama. La guerra iba a comenzar en breve, y debían afrontarla bien descansados. El duque no le iba a poner las cosas fáciles a Valerie, todos lo sabían. La siguiente batalla estaba por librarse.

CAPÍTULO 9

Un infierno para él

Valerie los había condenado a los dos, era la conclusión a la que había llegado Jason mientras se dirigía esa misma noche al club de caballeros. Por primera vez en la vida, necesitaba emborracharse y ¡vaya si lo haría! Quería beber hasta olvidarse de toda la ira que sentía. Había tenido ganas de llegar a la mansión Manchester, echar la puerta abajo, zarandear a Valerie y gritarle hasta que hubiese sentido en cada parte de su ser todo el dolor que le había causado a él con sus acciones. Pero no podía hacerlo. La futura duquesa llevaba a su hijo en el vientre, y sospechaba que semejantes impulsos dañarían la salud de ambos.

¡Cielos! Él había sido recto, frío y calculador toda la vida, como un perfecto duque, con modales soberbios y etiqueta impecable. Las emociones nunca lo sometían. Nada ni nadie lo había hecho alterarse nunca, y mucho menos comportarse de la manera en que lo había hecho desde... ¡desde que la había visto salir al jardín del brazo del conde de West! Aquel preciso momento había cambiado el rumbo de su vida.

Si pudiese deshacer sus acciones, lo haría. Lo haría sin pestañear. Si él no se hubiese cruzado en el camino de Valerie aquella noche en la casa de los Moore, era probable que entonces tuviera una esposa, una bella rosa inglesa, obediente, tranquila e impecable; una mujer que supiese cuál era su sitio en la sociedad y en el matrimonio. Por supuesto, eso significaba acatar las órdenes incuestionables del marido, de él, sin hacerlo enfadar ni hacerle pasar un infierno.

Jason había cometido el error de creer que podría manejar a Valerie. ¡Qué iluso había sido! Ningún hombre cuerdo en la tierra podría controlar a esa criatura del mal. Él no lo lograría jamás. Sin duda tendría que tirar la toalla con ella. «No debería haber ido al baile de los Moore, no debería haber ido al baile de los Moore», se repitió una y otra vez.

Al ver el rodillazo que Valerie le daba al conde de West, se había dado cuenta de que esa mujer acabaría con cualquier hombre que se pusiera en su camino. Las señales estaban ahí. Él había reconocido en aquel momento que Valerie no iba a ser la dama que necesitaba, intuía que no podría vivir tranquilo y en paz con ella. Así lo había entendido, pero entonces la había oído decirle a su amiga que él no servía ni para dar un beso, y el orgullo lo había obligado a demostrarle a esa mujer lo equivocada que estaba. Sí, en ese momento su destino había quedado

sellado. El baile de los Moore había sido la antesala de ese infierno que llevaba en su interior desde hacía meses. Al salir al jardín en la casa de los Prescott y besarla, había terminado de arruinarse y había quedado del todo perdido por ella.

Valerie era gloriosa. La manera en la que respondió a sus besos, a sus caricias. Jason quería eso cada día de la vida. Quería que fuese ella, deseaba con todas sus fuerzas a esa mujer. Valerie sería su duquesa, la madre de sus hijos, la dama con la que yacería en la cama cada noche hasta el fin de sus días. No podía no anhelarla, no amarla. Era imposible negarse a lo que ella había despertado en él.

Además, la confianza que había depositado Patrick en él había sido contagiosa. El marqués de Ailsa estaba tan empeñado en que Jason fuera quien debía tenerla que se había dejado arrastrar por el entusiasmo pese a que todo en él le decía que no iba a salir bien de esa situación. Darle el control a una mujer no era seguro. No, a una mujer no; darle el control a Valerie Manchester era una mala idea, pésima de hecho.

Y la noche en la cual todo había terminado, él había sentido unos impulsos que jamás había experimentado antes. Toda esa rabia y esa ira se acumulaban en él y no las podía controlar. Tenía el corazón lleno de ponzoña.

Cuando lord Rosings le permitió salir en busca de Valerie y llegó a los establos, lo que había visto le había removido las entrañas: el conde de Essex la besaba y le decía todas esas cosas. Ella había minado hasta tal punto su autoestima que había creído por completo todo lo que ese miserable había recitado. ¿Por qué no iba a creerlo? Ella había afirmado que buscaría a otro amante porque no quería casarse jamás. Sin mencionar que ya había compartido una historia con el conde de Essex, así que Valerie podía haber elegido a ese maldito conde.

Una vez más, Valerie Manchester había denigrado al duque de Lennox hasta tal punto que se sentía infinitamente inferior frente a aquel bastardo del conde de Essex. ¡A él, a él lo había hecho sentir menos que ese gusano! Hasta eso lo había conducido Valerie, hasta el extremo de creer que él no era suficiente para ella y que nunca lo sería. Al ver a Valerie con el conde de Essex, se había resignado a irse de la casa en ese mismo instante porque deseaba olvidar que alguna vez la había tenido entre sus brazos.

Él llevaba el anillo de su abuela en el bolsillo. Estaba esperanzado porque, durante esos días en el hogar de los Rosings, había llegado a sentirse amado, pero la constante negativa de ella a hablar sobre el futuro, sobre matrimonio, lo estaba atormentando.

Tras el suceso de los establos, ya todo se había perdido. Sin embargo, cuando Valerie llegó hasta la puerta de su habitación, entre sollozos y llanto, para suplicarle que le permitiese hablar, el amor por ella había servido de antídoto contra el veneno que había llegado a sentir hacía unos pocos minutos. ¡Qué equivocado estaba!

Valerie le había explicado lo ocurrido con el conde, y él le había creído sin un ápice de duda. Los Manchester no mentían ni perdonaban la traición y, si no la perdonaban, tampoco la cometían. Pero entonces ella se había negado de nuevo a entregarse y dejarse amar por él. No había querido convertirse en su compañera, su duquesa, y en ese instante él se había dado cuenta de que todo se acabaría.

Jason recordaba todas y cada una de las palabras que le había escupido entonces en la cara, cómo le había dicho que no quería saber más nada de ella, como le había espetado que no le importaba el posible embarazo. Él estaba furioso, la ira y el veneno habían dado forma a cada una de las sílabas que habían salido de su boca. Sí, él le había dicho que estaba sola, pero, ¡oh!, ella llevaba a su hijo en el vientre y no le había dicho nada. Estaba dispuesta a casarse con otro y entregarle al niño. Por lo visto los Manchester sí traicionaban a la gente; al menos una de ellos lo había hecho.

Jason se levantó del sillón de White's y observó a los demás caballeros a su alrededor. Estaba ebrio de alcohol y de dolor. Valerie lo había llevado a ahogar las penas en licor, ¡él que podía manejar todo, todo lo que le echaran encima! Su familia, los Sinclair, habían estado una vez al borde de la ruina a causa de un administrador sinvergüenza en el que había confiado su padre, y ni aun así él se había abandonado a la bebida. No, él no se había emborrachado entonces, sino que había trabajado, había aprendido y, con esfuerzo, había logrado devolver la fortuna a su familia. ¡Y una mujer lo destruía entonces! Valerie había sido capaz de denigrarlo, consumirlo y hacerlo sentir un fracaso, una imitación de duque, un inútil como hombre. Lo había convertido en un ser ruin, mezquino, lleno de odio e ira. Bien, ella había creado al monstruo, así que ella debía aprender a vivir con él.

La furia lo volvió a cegar y, sin pensarlo, tomó una botella que había sobre la mesa y la estampó contra la pared sin medir las consecuencias. Ella iba a casarse con él, pariría a su hijo y ambos llevarían su apellido. Jason buscaría en su interior y trataría de recordar lo que era el amor porque, por su hijo, él volvería a sentirlo. Su pequeño merecía a un padre como el que él había tenido, pero esa mujer no tendría jamás un marido como el que su madre había disfrutado. Él no la amaría jamás, no sería nunca el amante esposo que había sido su padre. Ese matrimonio sería solo por conveniencia. Ella no había querido casarse, así que no disfrutaría de ninguna de las ventajas de ser una esposa. Dejaría de ser una Manchester para convertirse en una Sinclair, en la duquesa de Lennox, pero, más allá del apellido y del título, no podría tener ni esperar nada más de él. Así lo había determinado ella con sus decisiones y así la premiaría él por aquella traición.

Mientras esbozaba una triste sonrisa ante el descubrimiento que acababa de hacer, un hombre se colocó junto a él.

—Sé que ha tenido una mala noche, pero debería tener más cuidado. Podría haber herido a alguien al hacer volar esa botella por la sala. —Andrew, que había sido un espectador de toda la escena, entendía la reacción del duque hasta cierto punto. Estaba seguro de que había descubierto

la verdad y de que, al partir como un torbellino del baile de los Ferchair, había ido a la casa de Valerie. La reputación de Jason había sufrido un revés con el asunto de la joven Prescott, pero estaba a punto de conseguir a la mujer que amaba, por lo que debería estar contento, ¿no?

—¿Se ha enterado ya de las noticias? —siseó ebrio.

—Sí, yo era uno de los invitados de los Ferchair. Lamento lo que le ha ocurrido.

—Y más lo va a lamentar.

—¿Sí? —preguntó con una sonrisa el amigo de Patrick.

—Ya no está usted comprometido —repuso muy serio.

—¿No lo estoy?

—No. ¡Ella es mía!

—Es una lástima perder una esposa. Estoy seguro de que ella habría sido perfecta para mí. —Miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los observaba—. Además también habría querido a ese niño como si fuese mío.

Jason se tensó. Ese malnacido sabía que ella estaba embarazada, sabía que ella era de otro hombre y aun así iba a desposarla. ¡Maldito fuera! La ira, que no había desaparecido y que por lo visto iba a acompañarlo toda la vida, hizo que intentase asestarle un puñetazo a Andrew, que lo esquivó sin problemas puesto que también estaba adiestrado en la pelea y Jason no estaba en su mejor momento debido a la borrachera. El marqués lo inmovilizó en el suelo sin intención de hacerle daño.

—Cálmate, por favor. Deberías estar loco de felicidad. Tienes a Valerie y tendrás a tu hijo contigo. No te entiendo.

—¿Que tú no me entiendes, maldito bastardo? Tú, malnacido hijo de puta, ¡ibas a quitarme a mi mujer, a mi hijo!, ¿y me pides que me calme?

—Yo no iba a quitarte nada —lo tranquilizó Andrew.

—¿No? ¿Acaso no ibas a casarte con ella?

—Sí.

—Suéltame, voy a matarte. ¡Qué me sueltes, digo!

—No hasta que me escuches.

—No quiero saber nada.

—Iba a casarme con ella en caso de que tú no lo hicieras. Tú estabas dispuesto a entregarte a la hija de Prescott, ¿entonces quién se habría encargado de V. y de su hijo?

—¡No la llares así, no tienes derecho! —gritó cuando los celos se apoderaron de él.

—Pero ¿cómo diablos ibas a casarte con otra si estás enamorado de ella?

—No estoy enamorado de nadie. Suéltame de una vez.

—Te soltaré cuando te calmes —dijo Andrew.

—¿La has tocado? Exijo saberlo.

—No, ni un solo pelo de la cabeza, puedes estar tranquilo. No la habría podido tocar ni aunque ella me lo hubiese rogado. Además, ella no era mía, nunca lo ha sido, ¿no crees?

—Pero eso no te impidió declararte y comprometerte con ella.

—No me he declarado y no he estado comprometido con ella nunca.

—¿Acaso no te felicitaron por tu inminente boda? Yo mismo lo oí —recordó Jason.

—Sí, lo oíste porque yo quise que lo escucharas. Un rumor es más rápido que la propia verdad. Ella ha sido tuya y te ha estado esperando, tú solo tenías que reclamarla y ¡vaya si te ha costado! Era necesario darte un empujón, pero el que te di te llevo en otra dirección, ¿verdad? En la equivocada, diría yo. Es una suerte que Anthony haya llegado en el momento justo.

—Ya me he cansado de que los Manchester jueguen conmigo. Nunca más, ¿me oyes? ¡El duque de Lennox se retira de la competición!

—Claro que te retiras. Ahora ya has ganado. ¡Felicitaciones!

—Por favor, suéltame, no intentaré nada. Estoy calmado. Y no vuelvas a felicitarme.

Entonces Andrew lo dejó ir con precaución. Por suerte para ambos, el salón principal estaba vacío, por lo que nadie presenció la pelea. El duque se sentó de nuevo en la silla y agarró otra botella de whisky mientras el marqués se disponía a dejarlo solo. Tuviese lo que tuviese ese hombre en la cabeza, necesitaba un tiempo a solas.

—Te equivocas, no he ganado nada. Lo he perdido todo —se lamentó el duque.

Andrew salió de la habitación sin decir una palabra más. Una sensación de malestar lo inundó, la misma sensación que había tenido cuando aquel francés se había aparecido frente a él con una pistola a la altura de la cara. Pero en ese instante no siguió el alivio que después lo había embargado al oír el disparo certero de Patrick, que había acabado con la vida de aquel espía y le había permitido vivir.

* * *

La tarde siguiente, en la casa Manchester, todos esperaban al duque. Ya habían pasado las seis, y nadie sabía nada de él. Bueno, en realidad Patrick sabía a la perfección dónde estaba y con quién, pero no le dijo ni una palabra a su prima.

Valerie estaba nerviosa. Algo no marchaba bien. El duque no llegaba. ¿Se habría arrepentido? No, ella sabía que no. La expresión y la mirada que tenía la noche anterior no daban lugar a ninguna duda. Jason estaba convencido de casarse con ella, ella lo había visto escrito en él. Él no faltaría. Habría tenido algún problema o quizás estaría ocupándose de todo para trasladarla a su casa y decidir su futuro, intentó tranquilizarse. ¡Un futuro! Tendrían un futuro juntos. Él, ella y su bebé serían una familia. Ella estaba emocionada, esperanzada. Sería la mejor esposa del mundo, lo compensaría por todo el sufrimiento que había pasado, se juró.

—Patrick, ve a buscarlo ahora —ordenó su tía, quien sabía dónde estaba Jason porque el marqués se lo había dicho.

Patrick sabía que el duque estaba herido y que le haría pagar bien caro los errores a la joven. Y aunque ella era fuerte y dura, no estaba seguro de que Jason no fuera a resquebrajarla en su empeño de venganza. No obstante, el marqués haría lo que Valerie le pidiese. Esa era la promesa que le había hecho a su tío y la cumpliría.

—Tía, tendrá que pedirlo Valerie

Entonces Patrick pidió permiso a su prima para ir a buscar a Jason.

—Él vendrá, no hace falta que vayas a buscarlo. —Valerie no quería que su primo lo arrastrase hasta la mansión para obligarlo a casarse con ella. Bastante responsabilidad sabía ella que sentía ya Jason.

—Valerie, si Patrick no lo trae hoy, tú te casarás, pero no con él. —Su madre estaba segura de ello. Si el duque no se presentaba, la propia marquesa viuda iría a buscar a Andrew y dejaría de lado a Jason. Estaba dispuesta a darle una oportunidad porque sabía que Valerie lo amaba y tenía fe en que su hija lo pudiese recuperar. Ese mismo día habría en esa casa una boda, daba igual quien fuese el novio.

—Está bien, madre. Por favor, Patrick, ve.

Patrick salió, seguido por Anthony, quien había decidido acompañarlo en caso de que necesitara ayuda para traer al novio, lo que era algo probable después de lo que había oído esa mañana de él toda la sociedad londinense.

* * *

El duque se había juntado con la peor calaña de libertinos y sinvergüenzas y se habían paseado durante la noche entera por los locales de juego y los burdeles más finos de la ciudad para retornar entrada la mañana a White's, donde habían continuado con la juerga.

El día de su boda, Jason se despertó en el mismo sillón donde se había recostado la noche anterior. A su alrededor había cinco hombres más, dos en el sofá, rodeados de dos mujeres cada uno, y el resto dormido sobre la alfombra con más chicas sobre ellos. Él se levantó con la cortesana que tenía sobre el regazo y la volvió a depositar en el sillón. Por lo visto, había participado aquella noche de una orgía. No conseguía recordar mucho. Había estado borracho la mayor parte de la velada. ¡Borracho en una orgía! Los Sinclair de todos los tiempos estarían revolviéndose en la tumba. Valerie, Valerie era la responsable de todos los males de esa familia y la culpable de su deterioro.

Miró su atuendo. Estaba desaliñado, pero con los pantalones en su sitio. Inspeccionó sus partes y vio que no estaba sucio. Al parecer había participado en aquella fiesta sexual, pero no de manera activa. Llevaba la camisa abierta y tenía carmín por todas partes. Se arregló, se abotonó y buscó el chaleco y la chaqueta, pero no los encontró. Entonces miró el reloj. Eran las cerca de las siete. Tenía que ir a la casa Manchester a casarse con Satanás, pero para ello necesitaba prepararse.

Agarró la botella de nuevo y comenzó a beber sin descanso. Había acabado de descubrir que, mientras estaba borracho, el dolor y la ira desaparecían. No sentía nada, estaba feliz, tranquilo, y Valerie salía de su mente cuando el licor entraba en él. Al parecer, el whisky se iba a convertir en un buen amigo.

Cuando estuvo bastante ebrio, comenzó a caminar hacia su destino. Sin embargo, Patrick y Anthony llegaron a la estancia antes de que pudiese salir y vieron todo el panorama. Por primera vez en su vida, el duque no se avergonzó. Aquello era obra de lady Manchester, así que...

—Patrick, no podemos llevarlo. ¡Me niego! —dijo su hermano al observar toda la escena sin poder creer lo que veía.

—Hermano, la has oído, quiere casarse con él —contestó el marqués resignado.

—¡No! La destrozará. Tú, que siempre alardeas de tu don, de tu instinto, puedes verlo con una simple mirada. —Señaló con el dedo hacia donde los hombres y las mujeres dormían—. No colaboraré con este sinsentido. Ve a buscar a Andrew.

—¡Ella es míaaaa! —gruñó Jason al tiempo que se tambaleaba de lado a lado.

—¿Tuya? —le escupió en la cara Anthony—. ¿Así es como tratas tú a las mujeres, como posesiones? ¿Te acuestas con ellas y las dejas tiradas sobre la alfombra? ¡Ni hablar! ¡A V. no! — El más joven de los Manchester salió del establecimiento mientras negaba con la cabeza. Él no iba a ser partícipe de la infelicidad que se le avecinaba a su prima. Se marchó y dejó a Patrick allí porque quería matar a Jason y, si lo oía pronunciar una palabra más, lo haría. Ese bastardo había estado toda la noche con vaya uno a saber con cuántas mujeres, estaba borracho e iba obligado camino a su boda con Valerie. Anthony no podía formar parte de aquello por mucho que la joven lo quisiese, así que dejó a su hermano y a Jason. Patrick sería el responsable de todo, no él.

—¿Y bien, Patrick? ¿Qué hacemos? —consiguió decir el duque a pesar de su lastimoso estado de ebriedad.

—Ella ha dicho que te lleve, y te llevaré.

—Muy bieeen, vaamos a la hooorca pueees —ironizó él.

—Espera, Jason, no dejaré que ella vea eso que llevas en la cara. —Se refería a la marca de un labial—. No puedo hacer que te pongas sobrio de repente, pero puedo asearte un poco. —Sacó un pañuelo y se lo restregó por el rostro hasta quitarle las manchas lo mejor que pudo.

Minutos más tarde, ambos llegaron a la casa. Jason iba sujeto de Patrick y seguía muy ebrio. Entró y se casó sin decir más que lo que el protocolo exigía; sin siquiera mirarla. Valerie pronunció sus votos, Jason articuló como pudo los propios, y la marquesa viuda rezó. Patrick, mientras tanto, no se sentía seguro de nada ya con ellos dos.

Fue una ceremonia rápida. Valerie contuvo las ganas de llorar cuando vio el estado en que él que llegaba. Estaba claro que esa boda era un deber, una obligación que él no podría ser capaz de cumplir sin litros y litros de alcohol en el cuerpo.

Le había visto varias marcas de carmín en el cuello cada vez que se tambaleaba hacia un costado mientras el vicario llevaba a cabo la ceremonia y se sintió morir al pensar que una mujer lo había tocado, que otra había podido disfrutar de él.

Los celos, la impotencia y la tristeza se apoderaron de su corazón. Él la había traicionado con otra. «No, no y no, él nunca haría algo así, ¡no!», se convenció a sí misma. Quería creer que él tan solo la estaba castigando por cómo lo había traicionado. Y como ella había prometido ser una buena esposa, tendría paciencia, recurriría a la tranquilidad y haría que él volviese a ella. Era una Manchester, y los Manchester no se rendían. ¡Maldita fuera! ya no era una Manchester, era una Sinclair, su hijo y ella ya eran Sinclair, y lo peor de todo era que, si no conseguía llegar a él de nuevo pronto, ese hombre convertiría sus vidas en un agujero sin fondo.

Cuando el sacerdote dio por sellada la unión, el duque se volvió y, sin poder dejar de bambolearse, salió de la casa a toda prisa. Patrick fue tras él y lo agarró del brazo, pero solo pudo sostenerlo entre los dedos un instante.

—Déjalo, Patrick —pidió Valerie, y el marqués de Ailsa lo soltó.

Jason salió por la puerta y dejó a su esposa dolida, llorosa y muy preocupada por el futuro que les esperaba.

CAPÍTULO 10

Un infierno para ella

Valerie se había casado, pero nada había cambiado para ella. Se había convertido en la duquesa de Lennox, pero seguía siendo una Manchester. Llevaba un tiempo como una mujer casada sin haber visto a su marido ni una sola vez desde la boda y seguía viviendo en su casa de siempre, con su madre, Patrick y Anthony. Todo olía a castigo.

Por Londres se había extendido la noticia de que habían obligado a Jason a casarse con ella. Aunque nadie sabía el motivo a ciencia cierta, todos lo intuían, si bien ninguno se atrevía a decirlo en voz alta.

Lo de la joven Prescott y Anthony era otro escándalo, pero pronto pasaría, ya que todo estaba a punto de resolverse con una boda en la casa Manchester en pocos días.

La alta sociedad se preguntaba qué habría sucedido con exactitud entre Valerie y Jason, y todos querían saber qué habría de malo con ella para que su esposo no se hubiera dignado ni tan siquiera a llevarla a casa con él. Era una noticia brutal. La marquesa viuda veía cómo la reputación de su adorada hija se hacía añicos, pero no le importaba, sabía que nadie diría nada de manera abierta mientras sus sobrinos estuvieran allí para protegerlas, pues nadie se atrevería a enfadarlos. Los Manchester contaban con el apoyo incondicional de la corona, que se extendía a toda la familia. Al menos en eso confiaba.

Patrick y la marquesa viuda habían seguido de cerca los pasos del duque durante aquella semana. Él había continuado con las juergas, aunque no se había acercado a ninguna cortesana desde que se había casado, lo que tranquilizó un poco al marqués. Si, después de haberse convertido en el esposo de Valerie, Jason se atrevía a tener una amante, y el marqués de Ailsa la metería en el primer barco rumbo a Los Estados Unidos de América, a Valerie y a su hijo, para que Jason no volviera a verlos. Así se lo había jurado Patrick al duque al día siguiente de la boda, al irlo a visitar por orden de Elvina.

Jason parecía haberse tomado la amenaza de Patrick al pie de la letra, pero eso no le impedía dejarse ver en sitios públicos con alguna dama colgada del brazo, por lo general una viuda. El marqués, sin embargo, había infiltrado a algunos hombres de confianza en la casa del duque y seguía con atención todos sus movimientos. Durante cada una de las noches de juerga, le costaba

mucho apartar las manos de las damas de su cuerpo, pero tenía claro que, aunque quería castigar a Valerie, no podía arriesgarse a que su primo cumpliera con aquel chantaje. Él podía arriesgarse a perderla a ella, pero no a su hijo.

El tiempo iba pasando sin que se produjera ningún cambio en el duque, y Valerie estaba desesperada, pero no tanto como Jason, que estaba necesitado de una mujer que saciase sus deseos. Hacía meses que vivía célibe y, cuando no estaba borracho, la imagen de Valerie desnuda bajo y sobre su cuerpo lo convertía en un mártir. Se suponía que el casamiento era para tener a una mujer que calentara el lecho y con quien desfogarse, pero él no podía disfrutar de su esposa porque no se la había llevado a vivir con él. Valerie era su esposa, y él ni siquiera quería tenerla bajo el mismo techo. La detestaba y, si ella era suya, ¿por qué no iba a poder acostarse con ella si era lo que él quería?

La idea le pareció interesante nada más la contempló. Patrick tan solo le había ordenado no meterse entre los muslos de otra mujer, así que podría tener a Valerie tantas veces como quisiera y, si él estaba loco de deseo, estaba segurísimo de que ella estaría igual. Ella podría no querer, pero él ya había hecho en más de una ocasión que ella se derritiese con caricias, así que estaba seguro de que esa pequeña arpía sucumbiría a él. Al menos lo intentaría.

¡Decidido! Esa misma noche, él le hará una visita a su esposa; no, a su esposa no, a su amante. ¿Ella no quería un amante? Pues eso era lo que iba a tener en adelante. Ella viviría en su casa, con su madre, y él iría a verla cuando quisiera y yacería con ella cuando le diera la real gana.

La familia Manchester parecía ir un paso por delante de él. «¡Maldita sea!», pensó el duque aquella misma noche cuando, al llegar a la casa de Patrick y preguntar por Valerie, el servicio le informó que la familia había salido a la ópera.

Él regresó a su hogar, se cambió en un abrir y cerrar de ojos y marchó hacia el teatro vestido de modo impecable. Entró en el palco que siempre tenía reservado. El espectáculo aún no había comenzado y, cuando miró hacia donde se ubicaban los Manchester, la ira volvió a encenderse en él.

Toda la familia estaba ahí, incluida Eliza Prescott. Y Valerie, su Valerie, estaba deslumbrante. Llevaba un vestido de satén rojo fuego. La muy provocadora estaba seductora, hermosísima, una diosa entre los mortales. Maldijo la perfección de su esposa; no, su esposa no, su amante, se repitió otra vez.

Los celos se le despertaron cuando vio a un caballero junto ella, y algo en su interior rugió al reconocerlo: Andrew. Ella se reía con ese... con ese... ¡lo que fuese! ¡Ella estaba riendo! ¡La pasaba bien! No había ni un atisbo de tristeza, malestar o furia en ella. Jason lamentó que todos los esfuerzos por encabronarla no hubiesen dado fruto. Al parecer a ella le daba igual que él se hubiese casado borracho, que no la hubiese llevado a vivir con él tras la boda y que tampoco

hubiese consumado el matrimonio, aunque ya la había tomado antes de la sagrada unión, por lo que eso estaba, para el duque, saldado. Tampoco parecía molestarle que él estuviese de juerga en juerga ni que se echase al brazo a todas las viudas que se le cruzaban.

¡Ah, no!, eso tenía que ser pura fachada. En ese mismo instante, él iba a comprobar si Valerie estaba tan bien como aparentaba después de todo lo que de seguro había llegado a sus oídos sobre él.

Echó un vistazo por el teatro y divisó en un palco a la señora Matterson. Era una de las viudas con las que se había dejado ver en un par de bailes y a la que le había tenido que decir, en más de una ocasión, que no estaba interesado. La mujer estaba acompañada por otras dos parejas, a quienes Jason no conocía.

Salió del palco en dirección a su amiga, entró en el habitáculo, se presentó y se sentó junto a ella. Tenía que hacer que Valerie lo viese. Entonces recordó que la viuda tenía una risa muy particular, así que la hizo reír y casi toda la sala dirigió la vista hacia ellos, incluidos los Manchester.

Él sacó pecho con orgullo, miró a Valerie a los ojos, ofreció media sonrisa y comenzó a coquetear con aquella mujer. Esbozó una mueca risueña al ver el gesto de disgusto de Valerie, quien estaba fulminándolo con la mirada.

* * *

Valerie no había tenido ganas de ir a ningún lugar desde que se había convertido en una mujer casada. Más allá de los paseos por Hyde Park, casi no había salido de la casa, pero esa noche todos se habían reunido en su habitación para decirle que ya no podía pasar más tiempo recluida, que tenía que vivir. Ella había intentado convencer a su familia para que le permitieran retirarse al campo hasta que los rumores y cuchicheos se esfumasen, porque, aunque nadie les había retirado la palabra, todos hablaban de ellos, y eso le dolía muchísimo.

Su madre había elegido el atuendo y los complementos para esa noche en la ópera. Elvina la quería deslumbrante para demostrarle a toda Londres que no había nada de malo con su hija, que el que estaba actuando mal era el duque de Lennox por alejarse de una mujer así. La marquesa había llevado a Andrew Saint Vincent y, dado que Jason no quería saber nada de Valerie, él iba a ser su pareja hasta que el duque entrase en razón. Elvina maldecía a su yerno por permanecer impasible. Si ese zoquete no recapacitaba, ella iba a tener que obligarlo, y eso implicaba resaltar la belleza de su hija.

Al final Valerie había agradecido la oportunidad de salir de la mansión y disfrutar de una amena velada. Le gustaba pasar tiempo con su familia y con Andrew, de quien conocía ya su secreto. Ese hombre era bueno y amable, y ella podría haber aceptado su apellido sin problemas. En realidad, empezaba a pensar que había cometido un error muy grave al haberlo rechazado en favor del duque, pues su nuevo esposo había dejado claro que iba a convertir el resto de su vida en un infierno. En última instancia, había decidido casarse con Jason por no arrebatarle a su hijo, pero no sabía hasta qué punto esa elección le costaría a ella la cordura.

La ópera parecía haber sido una buena idea, por lo menos hasta que vio a Jason entrar en su palco. Allí estaba él, con esa expresión de arrogancia, altivo y totalmente arrebatador. Se alegró de que estuviese solo, pues ella estaba armándose de valor para ir a su encuentro. Necesitaba verlo, abrazarlo y, sobre todas las cosas, hablar con él. Lo echaba tanto de menos que dolía. Cuando tuvo el valor suficiente y se levantó de la silla para ir a buscarlo, se percató de que él ya no estaba allí. Rezo, rezó y rezó para que él sintiese la misma necesidad de verla y hablar, para que la buscara.

El duque era un hombre celoso, y confiaba en que verla junto al caballero con el que ella había amagado casarse antes lo hubiera hecho reaccionar. Una vez más, las esperanzas se difuminaban. Una risa estridente captó la atención de todo el teatro y, cuando ella dirigió la vista a su procedencia, vio a Jason al lado de la viuda Matterson. Ambos coqueteaban con descaro ante todos y, por supuesto, todo el público estaba pendiente de ellos. Tan solo no pudo evitarlo, su corazón –bueno, ella ya no sentía su corazón, solo dolor y tristeza– se deshizo y comenzó a tener un ataque de rabia, de tristeza y de ansiedad. «¡Hombre orgulloso y arrogante!, ¿no me has castigado ya suficiente?», le preguntó en su subconsciente.

Cuando el salón se quedó en silencio y la ópera estuvo a punto de comenzar, Valerie salió afuera sin pensarlo. No podía resistirlo más, tenía que huir. Había oído todo lo que hacía su marido por la ciudad porque había obligado a Patrick a que se lo contara, pero no estaba preparada para verlo en persona.

Decidió que se marcharía a su casa a encerrarse de nuevo en su habitación a llorar. Sí, Valerie Manchester se iba a llorar, a sollozar por un hombre. Si, tiempo atrás, alguien le hubiese dicho que ella acabaría destrozada por amor, se habría reído en la cara del pobre tonto que lo hubiese insinuado.

Patrick se levantó también de la silla al verla escapar de manera apresurada de la sala, pero se sentó al notar que su amigo Andrew iba detrás de ella.

Valerie, una vez en el pasillo, se apoyó en una pared en tanto luchaba por mantener la compostura. No quería dejar salir las lágrimas. Comenzó a respirar hondo y a contar hasta cien para controlar el ataque pánico que sentía cernirse sobre ella. Andrew se compadeció de la pobre al instante.

—Valerie, tranquila. —Le pasó los brazos por encima de los hombros para reconfortarla. Él también había tenido más de uno de esos episodios y sabía lo difíciles que eran de manejar.

—Yo... Yo... lo siento. —Le costaba respirar.

—No lo sientas, controla la ansiedad. Eres fuerte, no puede vencerte. Respira, lo estás haciendo muy bien. Sigue contando.

—Tengo miedo. Tengo miedo. Mi bebé... —No podía articular las palabras.

—El bebé está bien, solo tienes que alejar el temor. El médico dijo que estabas perfecta. No dejes que la situación te atrape. Piensa en tu hijo, en cómo será cuando nazca, en lo feliz que te sentirás. Todo lo demás da igual.

—¿Incluido... su padre? —pudo preguntar con una triste sonrisa.

—En especial su padre, V. —Le sonrió él.

Pasados unos minutos, Valerie consiguió dominarse y mantener las lágrimas a raya.

—He hecho que nos arrastre a ambos por el fango.

—¡No!, él lo está haciendo, no tú.

—No, no lo entiendes. Jason me odia por lo que le hice. Está herido, quiere castigarme y no comprende que acabará con nosotros si sigue así. ¡No sé qué puedo hacer! —explotó, derrotada.

—Es fácil. Sonríe, disfruta de la vida y no dejes que sus actos te afecten. Piensa en tu hijo. Eso debe ser lo más importante para ti.

—Yo lo amo. Lo necesito, lo quiero a mi lado. Esto es un infierno. No puedo más.

—Lo sé. Si eres indiferente, él se cansará de castigarte, verá que no sirve de nada y tratará de recuperarte. No te dejes dominar. Muéstrate altiva, no derrotada. Hazle ver que no lo necesitas y él vendrá a ti. Los hombres somos así. Nos regodeamos si les hacemos daños, pero reaccionamos si nos son indiferentes.

—Él nunca tratará de recuperarme, ni aun así —aseguró ella.

—Está jugando a darte celos, a molestarte. Si no dejas que te afecte, se cansará. Lo he visto muchas veces, confía en mí.

—No lo hará, lo sé. Él tiene una meta, quiere destruirme, lo veo en sus ojos cada vez que lo miro. Antes esos mismos ojos mostraban amor, deseo y cariño por mí, pero esas emociones se han ido. Se ha esfumado cualquier sentimiento tierno por mí. No es capaz ni siquiera de ver más allá para considerar al hijo que llevo dentro. Cuando lo veo, noto su ira. Está dispuesto a acabar

conmigo aunque eso suponga que él caiga en el camino. Patrick se lo avisó a mi madre y me lo advirtió a mí, pero yo creía que podría conseguir hacerlo regresar. ¡Tonta de mí!, ¿cómo voy a poder hacerlo si él ni siquiera se acerca? ¡Me ha repudiado! —Una lágrima se le escapó de los ojos.

Andrew no añadió nada, sino que se limitó a abrazarla con fuerza. Esa mujer estaba necesitada de afecto, de amabilidad, de amor. Él quería reconfortarla, deseaba decirle que todo saldría bien, que tenía que ser fuerte por su hijo, pero no pudo hacerlo. No se atrevió a engañarla, así que la abrazó como un padre abraza a su hija cuando más lo necesita. Estuvieron unos minutos así, durante los cuales Andrew se mantuvo pendiente de la respiración de ella hasta que la angustia pasó del todo. Ella tampoco estaba llorando ya, había sido capaz de contener las lágrimas. Cuando se disponía a soltarla y a acompañarla hacia el palco, una gruesa voz cargada de odio lo sorprendió.

—Veo que no pierdes el tiempo, querida esposa —pronunció Jason, que arrastró las dos últimas palabras. Estaba cegado por los celos y casi parecía que escupía fuego.

Sin demasiada prisa, Andrew apartó a Valerie y se colocó delante de ella en un movimiento cargado de protección. El gesto irritó más al duque, quien apretó la mandíbula y los puños.

—¿Te atreves a interponerte entre mi mujer y yo? Aléjate de ella ahora mismo.

—Aquí no veo un matrimonio. Tengo entendido que las parejas casadas viven juntas, pero no hay aquí ningún marido, solo un necio. —Vio que Valerie se movía—: Quédate ahí, Valerie. —El marqués movió un brazo para impedirle salir de allí.

—Parece que tienes ganas de morir hoy. Te daré el placer, no lo dudes. Apártate de mi mujer ¡ya! Aún no estoy borracho, no te será tan fácil vencerme. —El duque comenzó a acercarse a Andrew con paso firme mientras Valerie se preguntaba a qué se referiría con esas palabras. ¿Se habían peleado? ¿Cuándo? Pero no era el momento de cuestionarse, ya lo averiguaría más tarde.

—¡Basta, por favor! —gritó Valerie, ante lo cual ambos se quedaron quietos y en silencio.

—Esposa, tenemos que hablar de inmediato. —No era una petición, sino una orden de un amo a su propiedad. Jason tendió una mano a la espera de que ella la aceptase y saliese de detrás del maldito Andrew. Ese hombre estaba abrazando a su esposa en medio de un teatro donde cualquiera podía verlos. La furia se convirtió en fuego líquido. No era capaz de ver más allá de la rabia.

La duquesa asintió, caminó hacia su marido y le dio la mano, que él apretó con fuerza.

—¿Estás segura? —preguntó en voz elevada el marqués, a quien no le hacía gracia dejar a una mujer con un hombre tan alterado como lo estaba Jason.

—Sí —dijo ella sin volverse para mirarlo. No tenía miedo del duque, en cuyos ojos no veía peligro, tan solo ira y celos.

Jason prácticamente la arrastró por el pasillo hasta que encontró un pequeño escondite donde nadie los molestaría. Echó la cortina tras ellos y quedaron en la intimidad de una estancia diminuta.

El duque estaba intranquilo. Valerie lo vio pasarse una mano por el pelo y soltar una serie de improperios. Ella no se atrevió a abrir la boca y seguía con una actitud sumisa, con la cabeza gacha. Jason la observó fijamente. Ella respiraba con dificultad, él la había llevado a la carrera unos metros, y ella se había fatigado. No podía dejar de notar cómo ese maldito vestido le acentuaba los pechos, que subían y bajaban por el esfuerzo que había hecho. Estaba obsesionado con esos senos. Imaginárselos desnudos y recordar su textura en la lengua hizo que su entrepierna se abultase. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre ella, le alzó la cabeza con una mano, la observó y la besó con pasión. Un único beso rudo, extremo. Se separó de ella, la volvió a mirar a los ojos y vio que lo deseaba. Era una necesidad tan obvia como la de él. De nuevo, sin pensarlo demasiado, sacó esas dos protuberancias que necesitaban salir del corsé. Eran magníficos, esos pechos estaban más grandes aún y, cuando los tuvo a la vista, los acunó con reverencia, los lamio sin pausa y le mordió los pezones. Ella chilló en una mezcla de placer y dolor.

Jason le subió la pesada falda del vestido y le rasgó la ropa interior. Luego la sujetó por las nalgas y la apoyó contra la pared. Con una mano extrajo su miembro y, de una sola estocada, la penetró. Sin miramientos y con las piernas de ella enlazadas a su espalda, comenzó a hacerle el amor. No, el amor, no, comenzó a tener sexo con ella, como un amante necesitado que se desfogaba con su prostituta, o eso fue al menos lo que se repitió él una y mil veces en la cabeza. Ella no era su esposa, ¡no entonces! Ella era su amante y por eso iba a tener sexo duro, rápido, sin caricias, porque era lo único que él podría ofrecerle.

—Di mi nombre —la incitó—. Dilo, quiero oírte decir quién es tu dueño, quién te está tomando.

—Jason, Jason, Jason —dijo ella, completamente excitada, mientras él la llenaba una y otra vez.

Ella había anhelado durante tantos días que él la hiciese suya que lo que estaban haciendo, aunque rudo y falto de sentimiento, le parecía un sueño. Estaba a punto de llegar al clímax cuando lo sintió bombear en su interior. Ella estaba tan cerca, casi podía saborear la liberación, pero entonces él frenó y salió de su interior para dejarla ahí, apoyada sobre la pared. Valerie no se atrevía a decir nada. Lo vio limpiarse con un pañuelo y acomodarse la ropa, tras lo cual dio un paso para apartar la cortina y, sin volverse para mirarla, le dijo antes de salir:

—Ahora ya sabes lo que se siente cuando te tratan como a una puta. Porque eso es lo que vas a ser a partir de ahora.

No iba a llorar, no. Ella era fuerte, dura, hermética. Había sido la inalcanzable Valerie Manchester y volvería a serlo. Por su hijo, ella iba a mantenerse entera. Ese hombre no iba a romperla más, no lo permitiría. En ese preciso momento, comprendió que era hora de dejar de ocupar el papel de víctima. Él le había hecho pagar cada error cometido, la cuenta ya estaba más que saldada. Aquella actitud de resignación no iba a servir de nada y, si lo dejaba continuar, acabaría con ella.

Valerie se quitó la ropa interior que Jason había hecho jirones, se limpió con ella y la dejó en un rincón. Esa prenda podría ser de cualquier dama, y estaba segura de que no sería la primera vez que alguien dejaba algo como aquello en ese hueco. ¿«Una puta» había dicho Jason? Pues sin ropa interior iba a acudir al baile que ofrecían esa noche los Rustein. Porque su vida acababa de comenzar de nuevo. Se juró volver a ser una Manchester: dura, altiva, inalcanzable, irrompible. Respiró hondo, se arregló el pelo y salió en dirección al palco familiar. Cuando llegó, entró sonriente, como si fuera la mujer más feliz del mundo. Se sentó junto a Andrew, miró hacia donde estaba su esposo y lo volvió a encontrar junto a la viuda, muy pegado a ella. «Maldito hijo de...». Ella desvió la mirada y sonrió. Andrew se le acercó al oído.

—He contenido a Patrick varias veces para que no fuera a buscarte. Me alegro de haberlo hecho. Veo que ha sido una... una conversación, digamos... ¿satisfactoria para ti?

—No, nada de eso, milord. Ha sido un absoluto fracaso, un auténtico y bochornoso desengaño —contestó sin dejar de sonreír en ningún momento en tanto miraba hacia el escenario.

—Entonces, ¿por qué te veo tan espléndida, querida?

Valerie se volvió hacia él, lo miró a los ojos con otra deslumbrante sonrisa que le subió a los ojos e iluminó su propio semblante y continuó:

—He decidido que usted tiene razón, milord. Voy a vivir, no seré más una pobre desvalida. Me han dado un nuevo apellido, un nuevo título y, puesto que es lo único que parece que voy a recibir de él, me he recordado que soy una Manchester y, como bien sabe, los Manchester no nos amedrentamos. Vea usted hoy a la nueva y mejorada Valerie.

Andrew, consciente de que el duque los estaba observando —y no era el único que lo hacía, porque muchos ojos contemplaban escandalizados cómo Valerie y Andrew compartían tal intimidad—, se acercó más al oído de la mujer y, en un gesto todavía más sugerente, le susurró con los labios casi pegados a su oreja.

—Brindo por ello, excelencia. ¡Ya iba siendo hora! Aquí tiene a su siervo, *madame*.

Ambos se miraron y sonrieron, sabedores de lo que ello significaba ante los ojos de todos. De repente en la sala se oyó un gran estruendo, y todos miraron hacia el lugar de donde provenía. El duque de Lennox se había levantado, y la violencia del acto había hecho caer su propia silla al suelo. Estaba abandonando el teatro hecho una furia. Entonces Valerie sonrió victoriosa. El juego seguía en marcha.

Todos en Londres sabían que tenían problemas, pero entonces toda la sociedad pensaría que el duque no era el único que tenía una concubina, pues estaba claro que el marqués de Cross se había convertido en el amante de la duquesa de Lennox. Con esa reacción en el teatro, Jason lo había acabado de confirmar.

—Felicitaciones, Andrew, has pasado de ser el prometido arruinado al amante vengativo. Te deseo suerte. Espero que sepas lo que haces, Valerie —les dijo Patrick con gesto de reprobación tras ver la escena que el duque había provocado.

La marquesa viuda sonrió satisfecha ante todo lo que acababa de ocurrir. No era tonta. Su hija había regresado con un aspecto demasiado perfecto y por completo falso. Estaba claro que Jason y ella habían mantenido una relación íntima, y que él la había herido; de lo contrario, ambos habían estado juntos en ese instante. Elvina había contemplado a su hija a los ojos cuando había retornado al palco y había reconocido en esa mirada una meta. Después del regreso de Rosings, al fin su pequeña había vuelto a ser ella misma. Ya no era una pobre esposa abandonada y desamparada, sino la nueva duquesa de Lennox. Y al ser una Manchester de nacimiento, que la sociedad temblase, porque, si bien había perdido un par de batallas, luchas importantes frente al duque, sí, Valerie iba a ganar la guerra. Elvina estaba segura de ello.

Nadie se sorprendió cuando, al terminar la ópera, la duquesa pidió acudir al baile de los Rustein. Estaba decidida a mostrarle a su marido lo que eran los celos.

No habían confirmado la asistencia y, pese al escándalo que arrastraba la familia, nadie había dejado de invitarlos y nadie osaría echarlos de un baile, no mientras Patrick fuese el marqués de Ailsa y la corona lo necesitase y respaldase.

Del brazo de Andrew y con su mejor sonrisa, Valerie entró en la sala de baile, presentada como la duquesa de Lennox. Era la primera vez que se mostraba en sociedad con su nuevo título, y su marido no estaba con ella. Había ido con Andrew, del que ya se especulaba que era su amante. El hecho de que el duque hubiese salido hecho una fiera del teatro mientras su mujer y Saint Vincent coqueteaban con descaro ante los ojos de todos había corrido como la pólvora instantes después. En Londres se sabía que Jason frecuentaba a varias viudas, y que un hombre tuviese mancebas era algo habitual, pero nadie había descubierto aún que Valerie también se entretenía con otro.

Nada más llegar al baile, los caballeros comenzaron a hacer cola para bailar con ella. Al ser una mujer casada, no representaba un peligro para los libertinos reacios a los enlaces, puesto que ya no estaba en el mercado matrimonial, y tenía mucho que ofrecer a quien ella escogiese como amante. Los pretendientes esperaban que lo sucedido en el teatro no fuera decisivo y que Andrew no estuviese compartiendo ya el lecho con ella, pues había muchos interesados en meterse en su cama. Incluso a algunos de ellos les era indiferente tener que compartir a la duquesa con su marido, con Andrew o con algún otro mientras que consiguieran meterse entre aquellas hermosas y femeninas piernas.

* * *

Jason salió del teatro malhumorado y con una ira soberbia. Era su nueva amiga, siempre estaba lleno de ira. Valerie lo había destruido, se había convertido en todo aquello que él despreciaba. Se pasaba el día ebrio, de juerga y acompañado de mujeres. Por lo visto no había manera de humillar y castigar a su nueva esposa. Él acababa de tomarla como un auténtico bárbaro, ni siquiera se había detenido a pensar en su delicada condición. Además no le había permitido gozar de él y, al terminar de hacerla suya, había salido de ella y la había llamado «puta». Él acababa de insultar y utilizar a su mujer como a una vulgar prostituta, ¡cuando él no había hecho algo así nunca!, se lamentó.

Y ella, en vez de abofetearlo, llorar y marcharse a casa destrozada, había regresado al palco con la mejor sonrisa y se había puesto a coquetear de manera descarada con el marqués de Cross delante de todo el mundo. ¡Delante de él! Bueno, sí, era lo mismo que él había hecho minutos antes, lo mismo que llevaba haciendo desde que se había casado, pero era diferente. Era distinto porque entonces le dolía a él y no a ella, ¡lógico!

Por otra parte, no había podido contener sus sentimientos al verla sonreírle a ese imbécil, ese maldito que hacía un rato se había comportado como si Valerie fuese suya, como si tuviese que defenderla de él, ¡de su marido! Había sido ella la que le había asestado una puñalada al corazón, no una ni dos, sino muchas más, porque ya había perdido la cuenta de las ocasiones en que esa maldita mujer lo había destrozado.

Jason llegó a White's dispuesto a emborracharse. Quería olvidar la cálida sensación que había experimentado mientras estaba dentro de su esposa, cuando los brazos y las piernas de ella lo rodeaban al tiempo que le pedía más, y para eso necesitaba licor. Notó que el club estaba casi vacío, algo inusual. Faltaban los más sinvergüenzas, lo más famosos, esos con los que se había codeado durante la anterior semana.

Con tristeza, pensó que, cuando un hombre se casaba, si era feliz, abandonaba los malos hábitos y se iniciaba en las buenas maneras, para adoptar el rol de buen marido. Sin embargo, su esposa había hecho que él dejase de ser una buena persona, un caballero digno, como lo era su padre, para convertirlo en un canalla.

Vio a su amigo Christopher y se sentó en una mesa donde estaban jugando a las cartas. Dejó el vaso sobre la tabla y se unió.

—Buenas noches, Jason. ¿Has traído dinero?

—Sí, pero van a perder el suyo, caballeros. Por cierto, ¿dónde están todos? No hay un alma hoy aquí. —Los hombres se pusieron tensos ante la pregunta. El duque lo notó y prosiguió—: ¿Qué me he perdido? ¿Hay algo nuevo en la ciudad y no me he enterado?

Nadie respondió, a lo que Jason reiteró el interrogante.

—Vamos, Christopher, amigo, ¿qué ocurre?

—Nada, Jason, matarás al mensajero si te lo cuento —respondió incómodo.

—¿Cómo dices? —Jason estaba perdiendo los nervios.

—No seré yo quien te lo diga.

—¿Y si prometo no matarte? —intentó bromear.

—¡No!

—Vamos, díselo, tiene derecho a saberlo —dijo otro hombre detrás de Jason.

—Está bien. Tu esposa es lo que sucede esta noche —le explicó Christopher.

—¿Qué? —gritó el duque.

—Todo el mundo piensa que tu mujer está buscando un amante o varios, en el mejor de los casos.

—¿Cómo? —gruñó el marido ofendido.

—Tranquilízate y te lo explicaré, pero recuerda que has prometido no desquitarte conmigo.

Los dos hombres que estaban en la mesa con ellos se levantaron con apuro y los dejaron a solas.

—Continúa —lo instó Jason en tanto intentaba tranquilizarse.

—Está circulando el rumor de que tu mujer busca compañero. Al parecer la han visto en el teatro mientras mostraba... Bueno, la han visto muy acaramelada con el marqués de Cross ante tus ojos y, como no has hecho nada más que marcharte de allí, ya se han hecho varias apuestas sobre quién será el afortunado en llegar... llegar a su ca... ¡Ya sabes!

—Apuestas —repitió el duque, que todavía no creía lo que acababa de oír.

—Sí, un tal conde de Essex va a la cabeza.

—¿Un tal qué? ¿Quién has dicho? ¿El conde de Essex? —No podía ser, ese hombre volvía otra vez a atormentarlo.

—Sí, el conde de Essex. Llegó de la ópera y se puso a contar lo sucedido, aunque aquí ya lo sabíamos todos. Entonces comenzaron las apuestas.

—Bueno, que apuesten. Pero me sorprende que el conde de Essex vaya a la cabeza, no he visto a ese hombre aquí en mi vida.

—Se hizo socio poco después de que te casaste. Es raro que no lo hayas visto, dado que ha venido mucho por aquí, igual que tú. Además, siempre estaba preguntando por ti. Yo creía que se conocían. Pero como tú... como tú... Bueno, como siempre estás ebrio.

—No estoy siempre ebrio y sí lo conozco, pero no somos amigos ni nada por el estilo. Más bien todo lo contrario.

—No parecía que...

—Sea como sea, ella no tendrá ningún amante. Es una Manchester, ellos no traicionan — aseguró el duque.

—Te equivocas, ella no es una Manchester. Tú mejor que nadie deberías saber que ahora es la duquesa de Lennox, una Sinclair, y, aunque los Manchester no traicionan, con el cambio de apellido, han cambiado muchas reglas. Y es que... —El pobre hombre no sabía si era conveniente seguir.

—¡Oh, maldita sea! Di lo que tengas que decir de una vez.

—Todo el mundo sabe que ni siquiera vive contigo, en tu casa. Ella sigue bajo la protección de Patrick, pero todos quieren saber qué tiene de malo o probar lo que ella... lo que haya hecho para disgustarte. Ya me entiendes.

—Ella no lo hará.

—Me alegra que estés tan seguro de tu mujer. Yo, en tu lugar, no sé si estaría tan tranquilo, sobre todo porque es tan deliciosa e inalcanzable. La verdad es que sorprende que, con una mujer así a tu alcance, no te pases todo el día con ella para custodiarla. Custodiarla y hacer otras cosas. De hecho, yo la tendría todo el día en la cama. —El hombre calló al ver cómo el duque apretaba los puños con la amenaza de darle una paliza si no cerraba la boca.

—La señora no sale de su casa, ya lo sabes. No hará nada indecoroso, no va con ella.

—Sí, no salía... No salía hasta hoy.

—Ir a la ópera no cuenta.

—No, pero ir a la ópera, coquetear delante de su marido con otro hombre y luego ir del brazo del mismo caballero al baile de los Rustein sí que cuenta. Sin mencionar que ha llamado la atención de más de un indeseable que quiere meterse entre sus piernas.

—¿Disculpa? —El duque se levantó de la silla de un salto—. ¿Estás diciendo que mi esposa está ahora en un baile con el marqués de Cross y que todos los mujeriegos de Londres que faltan aquí han ido allí para conseguir meterse en la cama con ella? ¿Es eso lo que insinúas? —Su amigo se quedó mudo, temeroso de que fuese a golpearlo.

Con calma y tranquilidad, contestó:

—Tú eres su esposo, tú deberías conocer los movimientos de tu mujer, al menos mejor que yo. Pero, como veo que no lo sabes... Sí, eso es justo lo que estoy diciendo. Lo siento, amigo.

El duque salió iracundo del club, en dirección al baile. Con Valerie no funcionaba ninguna táctica. No servía cortejarla, hacerle el amor, amarla ni castigarla. Ya no sabía qué hacer con ella. Pero sabía que iba a dejar claro en ese baile que su mujer no estaba en busca de un amante aunque tuviese que batirse a duelo con todos los sinvergüenzas del mundo para ello.

No sabía cómo lo haría, pero Valerie era suya, suya y de nadie más. Por más que no la quisiese, no dejaría que ella estuviera con nadie más. ¡Nunca!

* * *

La duquesa de Lennox estaba agobiada. No sabía de dónde habían salido tantos caballeros. Estaba entre un tumulto de hombres y, aunque Andrew estaba a su lado, no se sentía segura. Todos querían bailar con ella, todos querían que los atendiera. No podía más. De pronto el conde de West se le acercó. El mismo Eliot Hamilton al que había dado una lección la noche en que había comenzado todo con Jason, hacía ya... demasiado tiempo, estaba pidiéndole un baile. Aceptó, intrigada. Le habían dicho que él se había casado, que tenía un matrimonio feliz, muy al contrario que ella, y que estaba reformado. Los músicos comenzaron a tocar, y el conde se mostró correcto, amigable más bien.

—Valerie, quiero agradecerte lo que hiciste por mí.

—Vaya, Eliot, te tomas mucha confianza conmigo, ¿no crees? Ahora soy una duquesa, con título y todo. Aunque acepto tu gratitud pese a tu falta de etiqueta.

—Creo que, después del momento que compartimos, me merezco llamarte por tu nombre. Me dejaste dolorido durante tres semanas, excelencia —bromeó.

—Tres semanas sin poder molestar a ninguna mujer. Estoy segura de que ellas estuvieron agradecidas, y su reputación también.

—Eres mala. De verdad no te guardo rencor. Gracias a eso encontré a mi esposa.

—Me alegro. Había escuchado ya que tenías un matrimonio dichoso. Siempre que le doy una lección a alguien, sigo con interés su... evolución. Me alegro por ti, lo digo con sinceridad. Si no te hubieras reformado, habría tenido que darte una nueva lección, y eso habría sido doloroso para tu... hombría —rio entonces.

—Espero que puedas también llegar a ser feliz con tu marido.

Eliot estaba al tanto de todos los rumores, pensó Valerie.

—Yo también lo deseo —dijo pensativa y muy dubitativa—. Bueno —cambió de tema—, durante un momento me habías preocupado.

—¿Preocupado, yo?

—Sí. Temía que quisieras ocupar el lugar que dicen que hay libre. Ya sabes, de amante.

—No, además, dudo mucho que tú busques uno.

—Bueno, hay quien dice que tengo una docena y que me ha dejado mi marido por mi apetito carnal —hizo eco de los rumores.

—¡Lady Valerie Manchester jamás se rebajaría a eso! No has dado lecciones a esos canallas durante tanto tiempo para acabar como una pu... Son todos unos ilusos por siquiera pensar que tú estarías dispuesta a ello con tal de vengarte de tu marido. Habladurías.

—Veo que me conoces muy bien y que estás al tanto de mi situación. ¡Soy la comidilla de toda Londres! —Sonrió sin ganas.

—Sí, lo eres, y te conozco. Una mujer que da un rodillazo en sus partes a un hombre por comportarse como un sinvergüenza no es de esa clase. Pero me sorprende que tu marido no haya aprendido aún la lección. ¡Pobre hombre, la que se le viene encima!

—Sí, ten por seguro que aprenderá. A sangre, pero lo hará.

Él la hizo girar y ambos rieron.

Cuando la pieza acabó, lo vio. Jason Sinclair, duque de Lennox, estaba frente a ella con los brazos cruzados, el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Se avecinaba una tormenta.

Eliot Hamilton no se amedrentó ante la mirada asesina del duque, sino que tomó del brazo a la duquesa y la acompañó hasta donde estaba su marido.

—Duquesa, conde —saludó Jason con hosquedad.

—Excelencia —contestaron Eliot y Valerie al unísono.

A continuación, el conde de West salió de la escena con calma al tiempo que se compadecía de Jason por haber molestado a aquella mujer. Se preguntó qué lección tendría ella preparada para su marido. Eliot seguiría con atención toda esa historia.

Valerie se quedó al lado de su esposo sin saber cómo actuar. La marquesa viuda, Patrick y Andrew estaban mirando a la pareja sin perder detalle, algo intranquilos pero esperanzados, pues Jason por primera vez en mucho tiempo se había acercado a su duquesa.

Como él no decía nada, ni tampoco movía un músculo, ella se dispuso a ir en busca de su madre.

—Ni se te ocurra moverte.

Ella se quedó anclada con la orden. «Veamos a dónde quiere ir mi esposo», pensó.

Pasaron unos minutos en los que tan solo aguantó la compostura con una sonrisa en los labios. Los sinvergüenzas más atrevidos no tardaron en acercársele, lo que hizo que Jason bufara y se la llevara agarrada del brazo a la pista de baile.

¿Es que esos malditos canallas no tenían sentido de la sensatez? Estaba junto a su marido y aun así se atrevían a intentar darle caza. Malditos todos ellos y maldita ella por ser tan atractiva.

—Maldita carroña —siseó él.

Bailó una cuadrilla con su esposa sin ninguna gana. Tenía que apartarla de todos esos gusanos, y la solución era llevarla al centro del salón para danzar juntos. No tenía ni idea de cómo actuar con ella o qué decirle. Lo único que tenía claro era que acababa de poseerla hacía unas pocas horas y estaba desesperado por volver a hundirse en ella. Solo sentía deseo por Valerie, trató de convencerse.

Tenía que llevársela de Londres hasta que las cosas se calmasen. Ningún hombre le tocaría aquello que era de él. No la mirarían, ni soñarían siquiera con llevársela a la cama. Esos ojos solo lo contemplarían a él, y esos vestidos los luciría solo para él. No, con él ella estaría siempre desnuda. Iba a quemar todos aquellos atuendos tan pecaminosos para que, en público, ella se vistiese de manera mucho más recatada. ¡Como si él pudiese obligarla!, le dijo una voz en su interior. Suspiró. Mientras Jason decidía el futuro, la danza llegó a su fin y, antes de que pudiese decir o hacer nada, Patrick se la arrebató para iniciar con ella la siguiente pieza.

Entre los brazos de su primo, Valerie se relajó. Estaba convencida de que había ido a salvarla.

—Lo has conseguido. Felicidades.

—No he conseguido nada.

—Sí, estás por lograrlo.

—Si tú supieses lo que ha sucedido, Patrick, lo que me ha hecho. Lo matarías —confesó.

—Olvidas con quién hablas, querida. Tengo cierta idea en la que no quiero ni pensar. Eres mi prima, no llenes mi mente de cosas como esas.

—¡No sé qué voy a hacer!

—Seguir con lo que has iniciado esta noche. Si una cosa he aprendido durante todos estos años al servicio de la corona, es que la mejor defensa es siempre un buen ataque, y eso es justo lo que acaba de descubrir Jason.

—No habla, no dice nada, pero, comparado con lo que suele escupirme a la cara, lo prefiero así. Patrick, por favor, ¡bailemos dando giros! —se ilusionó la joven.

—La última vez te desmayaste y me diste un susto de muerte.

—Daré solo dos vueltas, no cinco. Con dos estaré bien.

—Si te ocurre algo, él me matará, lo sé.

—Creo que te daría las gracias por ello, no te mataría.

—Llevas a su hijo. Créeme, me matará —le aseguró.

—Lo necesito. Necesito reír. Dos vueltas nada más. Hazlo por mí. El médico dice que estoy bien.

—De acuerdo, dos. Te inclino, ríes y esperamos a ver su reacción.

—Dime cuál va a ser su siguiente paso, sé que puedes leerlo —pidió ella.

—Aún no sabe lo que va a hacer. No lo ha decidido, por lo que no puedo verlo.

—Tengo miedo.

—No, una Manchester no tiene miedo jamás.

—Ya no soy una Manchester —se lamentó.

—Siempre serás una de nosotros, él no podrá quitarte eso nunca por mucho daño que intente hacerte. Tu madre hizo un buen trabajo contigo, demasiado bueno diría yo. Supongo que no quería tener a otra tía Bethany.

—Oh, Patrick, mamá me enseñó todo, y no creo que yo sea débil, pero es que él... Siento que me está destrozando.

—No, no, nunca podrás hacerlo; no sin destruirse él mismo también.

—Él va por toda Londres de cama en cama. Me ha arruinado, me ha traicionado todos los días desde que nos casamos.

—Él no se ha acostado con nadie, no ha tenido más mujer que tú desde que te conoció.

—Es muy tierno que trates de animarme, pero tú y yo sabemos que eso no es verdad. ¿Acaso crees que no vi las manchas de carmín en su cuello el día que se casó conmigo?

—He tratado de averiguar qué sucedió ese día en White's, y todos los allí presentes estaban muy borrachos para recordar algo. No puedo saber con seguridad si él estuvo con una mujer antes de la boda, pero creo que no.

—¡Pero luego recorrió varios burdeles de la ciudad! —le recordó la duquesa.

—Él no hizo nada en los burdeles.

—Yo quiero creerte, pero...

—Mi instinto me dice que no ocurrió nada, y yo nunca fallo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Solo te diré que, si él te hubiese traicionado, tú ya estarías metida en un barco rumbo a Los Estados Unidos de América.

—¿Lo amenazaste?

—Él tenía ciertas dudas, yo solo le aconsejé no traicionarte.

—Pero eso no ha impedido que me arrastrara por el fango e hiciera creer a todo el mundo que él tiene muchas, muchas amantes.

—Lo que piensen los demás me da igual, tenemos posición y fortuna. Solo me importa saber la verdad, y la verdad es que él no ha hecho nada indecoroso —expuso Patrick.

—¡Llegó a su boda borracho y todo lleno de carmín!

—Tú ibas a entregar a su hijo a otro hombre.

—¿En serio te pones de su parte?

—Los dos están jugando a hacerse daño, ambos son culpables de esto y tendrán que

solucionarlo juntos. Yo solo me he asegurado de que la posibilidad de arreglarlo esté sobre la mesa. Piensa que tú, esta noche, has hecho una declaración en toda regla.

—¿Yo? —preguntó con fingida inocencia.

—Has dejado entrever que estás buscando un amante, y en el peor de los casos, has dejado claro que Andrew es ya tu querido. Tú lo has arrastrado a él por el fango hoy.

—Así que yo tengo la culpa de todo —ironizó ella.

—No sé si de todo, pero ambos deben hacerse responsables. Son culpables a partes iguales. Valerie, la pieza está acabando. Dos vueltas, ni una más.

Patrick la giró, y el duque dio dos zancadas para ir a detenerlo. El marqués de Ailsa estaba loco. ¿A qué demonios estaba jugado ese hombre con la vida del futuro duque? Respiró aliviado cuando se detuvieron y lo maldijo por haber hecho reír a Valerie. Esa risa, esa risa que hacía tanto que no oía, esa melodía tan sugerente que se le colaba directa hacia el corazón para recordarle todo lo que había vivido con ella. Él quería hacerla reír, él quería hacerla feliz. No, no y no. Desterró con rapidez la idea. De nuevo estaba tentándolo, y él no estaba dispuesto a volver a sucumbir. Ella no volvería a tenerlo jamás, aunque para eso la tuviese que apartar de todo el mundo.

Entonces descubrió la solución, su plan para ella. Era fabuloso y le permitiría sacarse de encima y de un plumazo a los moscones que la rodeaban.

Patrick se quedó helado, de piedra. Mientras su prima reía, él miraba fijo los ojos del duque. Estaba leyéndolo, y lo que vio no le gustó. El marqués había notado primero preocupación en Jason, luego melancolía y un atisbo de amor, pero al final la ira había retornado a aquel rostro. Había decidido algo que no sería bueno para su prima.

Valerie se fue hacia donde estaba su madre y se quedó con ella. Mientras, Patrick, con el semblante muy serio, se dirigió hacia donde se hallaba Jason.

—Tenemos que hablar.

—No —contestó el duque.

—Podemos hacerlo aquí o en un lugar más íntimo. Usted decide, excelencia. No tengo problema en airear los trapos sucios en público si esa es su intención.

A regañadientes y sin dejar de soltar maldiciones, Jason siguió a Patrick hasta una estancia privada de la casa.

—Yo no tengo que hablar nada contigo.

—Sea lo que sea que estás pensando hacer, no te servirá de nada.

—No estoy pensando en hacer nada.

Patrick levantó una ceja con expresión sardónica.

—No me pongas a prueba, Jason —le advirtió.

—No es asunto tuyo lo que haga yo con mi mujer.

—Ella siempre será asunto mío.

—¿Te ha pedido que te metas?

—En este caso, no ha hecho falta.

—Creí que tenías un pacto sobre su libertad de decidir, ¿o eso también era parte de su engañoso plan para avergonzarme y atraparme?

—Tiene total libertad siempre y cuando su vida no esté en peligro, y ahora mismo dudo mucho de que tú no seas una amenaza incluso para ti mismo —replicó el marqués.

—No seas ridículo, ella no está en riesgo conmigo.

—Tú quieres acabar con ella, castigarla, humillarla, reducirla a cenizas. No lo permitiré, y ella tampoco te dejará hacerlo, tenlo claro.

—Tenías que haberlo pensado antes de meterla en mi camino y dejar que ella me hiciese todas las cosas que acabas de decir.

—Te repetiré lo mismo que le he dicho a ella hace un momento: los dos son culpables.

—¡Ella empezó! —estalló el duque, como un niño.

—Y tú quieres terminarlo.

—Es justo, ¿no crees?

—No vas a poder doblegarla, hagas lo que hagas. Cuanto antes lo entiendas, mejor para los dos.

—Yo creo que lo he estado haciendo muy bien hasta ahora.

—Creí que eras más listo. ¿No ves que no has logrado nada? Solo te has hecho daño a ti mismo. Te has convertido en lo peor, en aquello que juramos de pequeños que no seríamos. Tu padre debe haberse enterado de tu mal comportamiento desde que te casaste, de tus juergas, de las

viudas y burdeles y casas de juego que frecuentas. ¡Tú, que siempre has sido un buen hombre!, un caballero brillante, ejemplar, sólido. ¿No ves que vas a caer en el intento y que la arrastrarás contigo?

—Mientras ella caiga, no me importa —escupió Jason.

—Es la madre de tu hijo, ¡pon fin a esta locura! Cuando ella se derrumbe, tú lo habrás hecho ya mil veces.

—No lo creo.

—Jason, ella ha sido criada para aguantar todo. No lo entiendes.

—Entiendo que han creado un monstruo y que ese monstruo ha creado otro, heme aquí para demostrarlo. Yo era un buen hombre que no había hecho jamás mal a nadie, nunca había tratado mal a una mujer, pero ella me ha convertido en todo lo que aseguras que soy.

—Jason, mide tus palabras o no tendré más remedio que cerrarte la boca —amenazó Patrick.

—¡Inténtalo!

—Oh, eres imposible. A ver, te lo explicaré. Verás, las Manchester... Bueno, las Manchester no... La familia de mi tía, los Crusoe, son muy especiales en cuanto a las mujeres. Su educación, su preparación... Descienden de una estirpe en la que ellas... ¡Ellas no rinden cuentas ante nadie! No sé cómo expresarlo para que lo entiendas. Todos creen que fue mi tío el que le dio libertad de decisión a Valerie, pero es mi tía la que permite y permitirá siempre que ella sea dueña de sí misma. Las mujeres de esa línea de sangre son criadas de modo diferente, ha sido así desde hace muchísimo tiempo. No puedo ni debo explicarte los motivos. En resumidas cuentas, mi tío se enamoró de Elvina y tuvo que asumir lo que ella era: una mujer autosuficiente que nunca necesitaría a un hombre para ser quien era. Ellas eligen a su compañero, no al revés. Son una especie de secta.

—Te recuerdo que ella no me eligió, sino al revés. Tu prima me despreció desde el primer instante.

—Ella te eligió cuando te permitió ponerle las manos encima y reafirmó esa decisión al dejarte derramarte dentro de ella.

El duque se removió en la silla, incómodo por la conversación tan íntima que estaban teniendo. Pero si Patrick era capaz de hablar con naturalidad de la intimidad que él había mantenido con Valerie, Jason no iba a ser menos.

—No creo que dejarme correr dentro de ella fuese su elección, créeme. No habría podido impedírmelo ni aunque me apuntase con una pistola.

—Eres un iluso, Jason. Ella está versada en todas las técnicas amatorias. Las mujeres Crusoe tienen una máxima, algo así como: «Si vas a entregar tu corazón, déjalo liberarse dentro; si no, que lo haga fuera». Ella no se había entregado a nadie y tuvo tres años para poner en marcha su plan para conseguir un amante. Mi tía le enseñó cómo no quedarse embarazada, ¡tienen hasta unas hierbas para ello!

—Me da igual. Ella no ha entregado su corazón ¡porque no lo tiene! —refutó Jason.

—Ya deberías saber que nunca miento. Por tu bien, espero que tengas un hijo, porque no estás preparado para lo que va a ser tener una niña, una mujer como ella. Valerie hará de su hija una persona autosuficiente también, y no hay nada que puedas hacer.

—Huiré con mi hija si es preciso.

—Si yo no existiese, tendrías alguna oportunidad, pero me temo que estás atrapado. Lo siento, Jason. Además, tú te enamoraste de ella porque es así. Si hubiese sido una típica dama de alta alcurnia, ni te habrías detenido a mirarla dos veces.

—La doblegaré. Juro por todos los infiernos que lo haré. Ni tan siquiera he comenzado aún con ella.

—¡Estás ciego! Valerie no se ha derrumbado ni lo hará nunca. Ella solo ha estado triste. No sé lo que le hiciste con exactitud en la ópera, aunque tengo mis sospechas, pero no ha sido bueno para ti, la has despertado de su letargo. Ella ha comprendido que están a mano y ahora va a darte de probar tu propia medicina. Por todo lo que le hagas, ella te lo hará pagar el doble. Solo tienes que mirarla para darte cuenta. Tienes instinto para los negocios, úsalo con ella y verás que lo que te digo es verdad —lo instó Patrick.

—No tengo miedo y no voy a amedrentarme por una simple mujer.

—Jason —comenzó a decir el marqués, derrotado—, yo he hecho lo que he podido por ti. Piénsalo un instante, ella te quiere. Ve a buscar a tu mujer, instálala en tu casa y ámense por su bien y por su hijo.

—Como ella dice y se ha cansado de repetirme hasta la saciedad, mi vida es mía. No aceptaré más consejos tuyos, no sirven de nada.

—Tu plan no dará resultado.

—No sabes lo que voy a hacer.

Pero Patrick sí lo sabía. Lo había visto gracias a su don.

—Insisto en que no servirá de nada. Caerás. Aún estás a tiempo de arreglarlo. Si sigues así y continúas acorralándola, ella seguirá defendiéndose con uñas y dientes. Así la han educado.

—Ya lo veremos.

No hubo más palabras. Ambos salieron del despacho; Patrick, esperanzado por que su amigo recobrase el juicio, y el duque, convencido de llevar a cabo lo que había pensado. Se quedaron anclados al suelo cuando vieron a un hombre acercarse a Valerie.

—El conde de Essex —susurró el duque—. ¿Qué diablos hace ahora ese aquí?

Patrick lo miró y le contestó:

—Disfrutar de su triunfo, Jason. Ha venido a regodearse en su éxito.

—No, ha venido a intentar meterse en su cama, como el resto.

—Una vez más, te equivocas. Él no la quiere. Ella lo hirió cuando él estuvo en tu lugar. La diferencia es que Valerie no estaba enamorada de él como lo está de ti. El conde de Essex juró que se vengaría, que ella sería suya o de nadie más y, aunque está casada, ella no es de nadie, ¿cierto? Tú te has ocupado de que así sea. Ese malnacido ha venido a deleitarse con su proeza. Ya ves, él también quería doblegarla y tampoco entiende que ella no caerá. Vivirá con dolor, será desgraciada, pero no se rendirá. Es irónico que tú, justo tú, lo hayas ayudado a culminar su venganza.

Le dio un par de palmadas en la espalda y le deseó suerte.

CAPÍTULO 11

Una apuesta ganada

Jason llegó a su casa esa noche y meditó. Patrick había conseguido sembrar una duda en él, por lo que decidió tomarse unos días para pensar. Necesitaba alejarse de Valerie, pasar un momento en paz. Decidió marcharse a su casa de campo en Port House y allí decidir qué hacer.

Hacía tiempo que no iba y tenía ganas de retornar a su hogar. Sus padres vivían en otra residencia a unos pocos kilómetros de allí. Cuando su padre, George, había renunciado al título, la posición y las propiedades en favor de su hijo, se habían retirado de la vida pública. Junto con su esposa, Martha, habían decidido hacerse a un lado para que Jason encontrase su propio lugar en el mundo. Se lo merecía luego de haber devuelto la prosperidad al ducado.

Jason tenía ganas de verlos. Preparó el equipaje y se marchó en busca de serenidad y consejo. Debía alejarse de todo y volver a encontrarse a sí mismo.

Mientras tanto, Valerie siguió con su vida en la casa Manchester, con su familia. Patrick había hablado con un par de libertinos, los más sinvergüenzas, para advertirles que la duquesa de Lennox no estaba interesada en ningún tipo de placer fuera del lecho conyugal y pedirles que transmitieran el mensaje al resto. La duquesa se había sentido menos agobiada a partir de ese momento.

Se habló largo y tendido en las páginas de los periódicos más importantes del reino sobre la magnífica boda que habían tenido el conde de Devon, Anthony Manchester, y Eliza Prescott, a partir de entonces lady Eliza, condesa de Devon. Valerie se alegró por los novios, que, pese a haber tenido un pasado tortuoso, al final alcanzaban su cuento de hadas.

La duquesa tuvo celos de esa gran fiesta a la que todas las personas importantes acudieron, sobre todo al presenciar ese precioso enlace con el que toda mujer soñaba. Era cierto que ella no quería casarse, pero, una vez que el tema de pasar por el altar estaba sobre el tapete, había fantaseado con una boda a lo grande con Jason, el padre de su hijo. Aunque los verdaderos celos de Valerie eran por el amor profundo que se profesaban Anthony y Eliza. Se querían tanto que ella lloró de plena felicidad por ellos y deseó vivir algún día lo mismo que había encontrado al fin esa pareja.

No todo eran alegrías y bodas. Un villano, el conde de Essex, quien había estado observando a Valerie desde que ella había regresado de Rosings Park, esperaba al acecho la oportunidad para acercársele, pero ella no estaba nunca sola. Cuando no iba con Patrick, aparecía acompañada por su madre o por Andrew, eso sin contar que, cuando iba sola, estaba seguro de que un guardaespaldas velaba por ella. El conde de Essex lo sabía porque, en los establos, aquella noche en que Valerie lo había atrapado con esa pobre criada y había puesto fin a su relación, ya había conocido a su guardián.

El conde había sentido satisfacción al escuchar las noticias sobre el compromiso de la joven. Él conocía el secreto de Andrew; su hermano, el duque de Rothgar, lo había puesto al tanto. Con ese enlace, estaba claro que ella no sería de nadie más, tal como el conde de Essex había jurado.

Luego, cuando por fin se había enterado de que Valerie se había casado de repente y a toda prisa con el duque de Lennox, había llegado la decepción. La desilusión, sin embargo, había durado poco al comprender que el duque no la perdonaría jamás por lo que ella le había hecho. Los escarceos de él eran vigilados por el conde de Essex y, aunque sabía que el duque no había traicionado a Valerie porque Patrick no lo habría permitido nunca, se había alegrado al verlos tan distanciados.

Luego, en la ópera, había observado todo lo que había ocurrido entre ellos, incluida la parte en la que Jason había mantenido relaciones con Valerie en pleno pasillo. Se había sentido enfermo de celos y por pensar que ellos podrían estar arreglando su matrimonio. Por eso, al verlos entrar por separado en sus respectivos palcos, había urdido un plan.

El conde de Essex iba a convertirse en el amante de la duquesa de Lennox. Daba igual que no consiguiera serlo de verdad, sería suficiente con parecerlo a la vista de todos, el daño sería el mismo. Entonces había vuelto a acecharla y a seguirla. Tenía que tener mucho cuidado de que Patrick no sospechara de él.

El marqués de Ailsa tenía sus propios problemas con una jovencita amiga de Valerie y con la propia duquesa de Lennox, así que no estaba en su mejor momento, lo que le permitiría al conde de Essex escapar de su atención. El conde esperaba que con eso bastase para no entrar en el radar de Patrick.

Una mañana vio la oportunidad y no pudo desaprovecharla. Él había ideado el plan con la viuda Matterson, quien estaba encaprichada con Jason. Esa mujer era una chusma sin igual y se codeaba con las mujeres más chismosas de Londres. Hacía unos días, la había convencido para que se habituara cada mañana a dar un paseo con sus amigas a la misma hora que sabía que lo hacía Valerie.

La mañana en la que él al fin había decidido poner en práctica el plan, Andrew iba del brazo de Valerie. El conde de Essex vio que la dejaba en un banco para luego ir en dirección hacia un caballero que lo llamaba desesperado –un amante despechado, pensó el conde– y supo que esa era la oportunidad perfecta. Iba a asestarle el golpe de gracia al matrimonio de los duques de Lennox.

El villano llegó hasta el banco donde estaba Valerie y se sentó a su lado. Por fortuna, estaban a la vista de la chismosa viuda y sus amigas. Todo indicaba que los meses de vigilancia y espera iban a tener recompensa.

—Buenos días, excelencia —saludó.

—¿Vienes otra vez a regodearte en tu triunfo? —se molestó ella al verlo.

—No, vengo a buscar lo que es mío.

—Vete. No he sido nunca tuya ni lo seré mientras viva. —Valerie comenzó a inquietarse.

—V., por última vez, tu marido no te quiere, se ha marchado, y quién sabe si regresará algún día. Te lo suplico, sé mía. Te juro que serás feliz conmigo. Escaparemos, tendrás lo que quieras de mí.

—No me interesa. Adiós, milord —le dijo ella, tras lo cual se puso de pie y comenzó a alejarse.

El conde de Essex salió detrás de ella, la rodeó por la cintura, la reclinó sobre sus brazos y la besó. Ella frunció los labios y luchó por deshacerse de él, pero fue inútil. El malvado anticipó cada movimiento y la inmovilizó para que no pudiese escapar.

La viuda Matterson solo tuvo que emplear una frase para sembrar la discordia:

—¡Oh, cielos! Miren, la duquesa de Lennox en plena calle con su amante, el conde de Essex. ¡Oh! Y ahí va el marqués de Cross, quien seguro no soporta que ella lo haya dejado por el conde de Essex —puntualizó cuando Andrew le pegó un puñetazo al conde.

Andrew Saint Vincent había visto la escena desde el otro lado del parque y había corrido lo más rápido que había podido para luego apartar al canalla con un fabuloso derechazo. El conde de Essex se levantó, sonrió a Valerie y se largó sin más, lo que dejó a la joven con la boca abierta.

La noticia de que dos amantes de la duquesa de Lennox se habían peleado por ella a plena luz del día en Hyde Park no llegó a las páginas de los periódicos, Patrick se ocupó de ello, pero el rumor circuló por todos los rincones de Londres. Caballeros y damas especularon que la partida del duque se debía a los escarceos de su mujer.

Patrick no podía acallar las habladurías, pero nadie se atrevía a repetir las en presencia de los Manchester y, aunque de nuevo la reputación de la familia estuvo en el punto de mira, no se resintió. El marqués de Ailsa era demasiado temido.

Después del suceso, Patrick no había tardado ni dos horas en localizar al conde de Essex en su casa, donde le había dado una paliza y le había advertido que se fuera de Londres y no regresase jamás. El conde de Essex se sentía ganador, entre otras cosas, porque de Hyde Park había ido

directo a White's a cobrar el premio de la apuesta. Había sido reconocido como el amante de la duquesa de Lennox, pues la había besado a plena vista con testigos –las más chismosas de la ciudad– mientras que Andrew no podía aportar ninguna prueba.

Sin duda el conde de Essex había asestado un golpe mortal al matrimonio de los duques. Él había terminado su trabajo allí, dudaba de que el duque pudiese perdonarla por todo aquello. Londres confirmaría que ese había sido un beso entre dos amantes y, frente a eso, no había reputación que sobreviviese. Tal vez si ellos hubiesen sido un matrimonio bien avenido lo habrían podido superar, pero los duques de Lennox eran desgraciados. Estaban jugando a hacerse daño el uno al otro, y el conde de Essex lo sabía.

Por ello, embarcó en el primer transatlántico que partía rumbo a Los Estados Unidos de América. Quería hacer fortuna allí; estaba harto de Inglaterra.

El informe sobre la marcha del conde de Essex llegó hasta el marqués de Ailsa, que respiró con alivio tras haberse desprendido de él al fin. Desde el primer momento en que lo había visto, había adivinado que le daría problemas, aunque lo había considerado siempre falto de imaginación. Por lo visto había urdido un buen plan que, no obstante, solo podía haber sido llevado a cabo gracias a la casualidad: la casualidad de que Andrew hubiese dejado sola a Valerie para atender a un amigo muy especial.

CAPÍTULO 12

El destierro

El duque de Lennox había decidido darle una oportunidad a su matrimonio. Había hablado con sus padres para pedirles consejo, y ellos le habían recordado que su única obligación era ser feliz. Valerie era su esposa y llevaba a su hijo en el vientre. Ese niño necesitaba a su madre y a su padre juntos y felices. Para los antiguos duques de Lennox, no existía la menor duda sobre lo que Jason tenía que hacer: le urgía poner fin a la lucha entre él y su esposa. Se debía la felicidad a sí mismo y a su hijo. Él había elegido a esa mujer porque la había amado, y sus padres lo habían compelido a volver a buscar ese sentimiento que, estaban seguros, aún llevaba dentro.

Tras unos días de paz y reflexión, el duque regresó de la casa de sus padres a Port House, la finca de campo, y mandó preparar todo para recibir a la nueva duquesa al día siguiente.

Lo había decidido. Retornaría a Londres, se arrodillaría ante ella, pediría perdón y rogaría por una nueva oportunidad para hacerla feliz. Valerie era su vida, su amor, su dedicación.

Por la tarde, a la hora de comer, llegó a la ciudad, y lo primero que hizo fue ir a la casa Manchester. Necesitaba verla, besarla, saber que estaba bien. Maldijo su suerte cuando el servicio le informó que la duquesa y la marquesa viuda habían emprendido un viaje hacia Rosings Park.

Entonces se dirigió de regreso a su hogar a pie. Comería y se dirigiría hacia Rosings Park. Estaba ilusionado con retornar al lugar donde una vez había sido feliz con Valerie. Tal vez, podrían dar un paseo por las ruinas y hacer el amor allí, rodeados por la paz de aquel hermoso paraje natural.

Iba alegre por la calle mientras pensaba en todas las maneras en las que iba a tomar a su mujer cuando notó que todos los que se cruzaban con él cuchicheaban y se sorprendió. Frunció el ceño y entonces se enfadó al ver que su amigo Christopher hacía todo lo posible por cruzarse de vereda para no tener que saludarlo.

El duque corrió tras él.

—Detente ahora mismo, Chris —le gritó.

—Jason, amigo, no te había visto —disimuló.

—Nunca se te ha dado bien mentir. ¿Me quieres explicar qué diantres sucede?

—No —repuso en tono seco.

—Vamos, habla.

—Matarás al mensajero, y esta vez no voy a ser yo. Te aseguro que no voy a ser yo.

—¿Qué ocurre? No puede ser tan malo. Llevo unos pocos días fuera de Londres, no he podido hacer nada tan malo si no he estado aquí.

—Tú no, pero tu mujer sí.

—Hagamos un trato, Chris. —Lo agarró de las solapas de la chaqueta—. No te mataré si me lo dices, pero, si no lo haces, estarás en problemas muy pronto.

—Está bien, está bien —le espetó en tanto se lo sacudía de encima—. Tú lo has querido. El conde de Essex ha ganado la apuesta.

—¿Qué? No entie... —comenzó a decir con la boca abierta y el entrecejo fruncido.

—Sí —lo cortó su amigo al ver que acababa de comprender a qué se refería.

—¿Me estás diciendo que el conde de Essex ha ganado la apuesta de White's sobre convertirse en el amante de mi esposa?

—En efecto.

—Eso es imposible. Ella detesta a ese hombre, lo odia —objetó con incredulidad.

—Eso no fue lo que vio un grupo de mujeres en Hyde Park hace unos días. Él la besó a plena luz del día, y el otro le pegó un puñetazo.

—¿El otro? ¿Patrick?

—No, el otro amante de ella.

—¿Es que hay otro más? —Eso era el colmo, pensó Jason.

—El marqués de Cross apareció porque, al parecer, según cuentan las chismosas —una de ellas tu amiga, la viuda Matterson—, él quería regresar a la cama de ella, pero el lecho estaba ocupado ya por el conde de Essex.

—¡No creo una palabra! —No podía ser, era imposible. Su Valerie no le haría eso, ¿o sí?

—Eso es lo que se cuenta en toda Londres, salvo en los periódicos, claro. Patrick... es Patrick, pero todo el mundo lo sabe. Sea como sea, el conde de Essex cobró la apuesta, y el marqués de

Ailsa lo ha hecho desaparecer como hizo con aquel que mató a una tía suya. No sé cómo se llamaba.

—Bruce.

—¡Sí, ese! Desde luego espero que no te borre del mapa a ti cuando atrapes a tu mujer —rio Chris, quien se arrepintió del comentario en el mismo momento en que vio que los ojos del duque echaban chispas.

Christopher salió disparado de aquel lugar, y Jason sintió cómo la saña, la ira y la ponzoña se volvían a instalar en cada parte de su ser.

Había sido un imbécil. «Estúpido, estúpido, estúpido», se repitió. La maldad de esa mujer no tenía límites. ¡Oh, sí!, ella iba a tener el castigo que él había pensado dejar de lado. Ella le había vuelto a declarar la guerra y, aunque no la doblegase, pagaría.

Salió directo a Rosings Park sin mayor demora y tardó unas pocas horas en llegar. Enseguida aporreó la puerta, como había hecho aquella noche en la que le había dicho a Valerie que iban a casarse, y de nuevo un sirviente acalorado, sorprendido y temeroso le abrió.

—Valerie —rugió él—. Valerie, ¡ven ahora mismo!

Ella se asomó a la escalera con tranquilidad, seguida por su amiga Lena y Elvina. El barón no estaba en la casa.

Lena observó cómo su amiga comenzaba a bajar la escalera y tuvo el impulso de detenerla, pero la marquesa viuda la interrumpió. Elvina había visto la decisión en el rostro de su hija. No necesitaba protección de nadie frente a él, ya no.

Con toda la tranquilidad del mundo y la mayor indiferencia, la duquesa bajó poco a poco para situarse frente a él. Alzó la cabeza, sacó pecho y lo miró a los ojos.

—¿Me llamabas, esposo? —preguntó, y arrastró la última palabra.

—Recoge tus cosas. ¡Nos vamos!

—¿A dónde? —cuestionó sin abandonar la confianza y la altivez.

—Donde yo diga, mujer. Tú no necesitas saberlo —respondió muy acalorado, pero sin llegar a gritar.

—El único modo de que me vaya de aquí sin saber a dónde voy será muerta en tus brazos.

—¡Valerie, no pongas a prueba mi paciencia! —vociferó.

—No ponga a usted a prueba la mía, excelencia —dijo ella con total calma.

—¿Vuelvo a ser «su excelencia»? —bajó él de nuevo el tono.

—Sí, milord. Usted hace tiempo que pasó a ser «su excelencia» para mí.

—Hubo un tiempo en que gemías para mí ...

—¡Cuidado, Jason, o acabarás en el suelo! —lo interrumpió la marquesa viuda desde lo alto de la escalera.

—No se meta, señora, esto no le incumbe —ladró sin mirar a su suegra.

—Me incumbe todo lo que tiene que ver con mi hija. No lo olvide, excelencia —dijo con tono sardónico.

—Madre, por favor —pidió Valerie.

—Sé que no necesitas ayuda, hija mía, pero no puedo soportar que te insulte.

—No es un insulto, para él soy su puta. Está constatando un hecho nada más, por lo que a mí no me ofende porque yo elegí serlo. ¿Verdad?

—Estás tentando tu suerte —advirtió muy tranquilo.

—Me parece, milord, que usted está tentando la suya —contestó, de nuevo orgullosa.

Él la miró a los ojos, donde vio su temple y decisión. Suspiró y se pasó las manos por el pelo, paseó nervioso por la estancia y soltó una ristra de improperios por lo bajo.

—Vamos a mi casa, a Port House —recapacitó.

—Estaré lista dentro de media hora, excelencia. Si quiere pasar y tomar un té, la baronesa será una buena anfitriona y se lo ofrecerá. Estará usted cansado del viaje, así que si, por el contrario, quiere descansar, saldremos cuando usted lo estime necesario. —Ella era toda una duquesa.

—Los caballos también necesitan reposar. Comeremos aquí y saldremos cuando estén listos —contestó él. Al parecer a partir de entonces tendrían conversaciones insustanciales y cordiales.

Lena acompañó a Jason a su antigua habitación para que se refrescara y se recostara un rato. Luego comieron todos juntos en el comedor, sin que nadie dijera una palabra. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Cuando los corceles estuvieron listos, emprendieron la marcha. Valerie se despidió de su madre y su amiga con un beso.

—Estaré bien, mamá, no te preocupes por mí —la tranquilizó.

—Sé que lo estarás, eres mi hija. Te mandaré a tu doncella, Mary, en los próximos días junto con el resto de tus cosas de Londres. Te quiero, mi niña. Recuerda que eres y siempre serás una Manchester.

La marquesa viuda abrazó a su pequeña, le echó una mirada de reprobación al duque, que no abrió la boca para nada, y luego la dejó ir.

Ambos se metieron en el carruaje. Desde Rosings Park era un camino de tres horas. ¿Qué harían durante tres horas encerrados en un espacio tan pequeño? Matarse, pensaron al mismo tiempo.

CAPÍTULO 13

Una decisión terminante

Valerie se sentó en el lado izquierdo, pegada a la ventana. Jason se situó enfrente, pero en la zona derecha. Ella trató de no mirarlo, y lo mismo hizo él. Tras unos pocos minutos de camino, las miradas de ambos se encontraron en un instante fugaz y saltaron chispas, pero los dos desviaron la vista.

Valerie meditó sobre la situación. Ella no había podido hablar con él de modo civilizado desde que se habían casado. Se había jurado ser una buena esposa y sabía que podía traerlo de regreso, solo tenía que intentarlo. ¡Estaba tan enamorada de él! Jason la había herido, y ella también lo había castigado, pero ya no buscaba mortificarlo más. Quería ser su esposa en toda regla y para ello debía propiciar un acercamiento. Ese era el momento de aventurarse. Tenían horas por delante, y él no podría escapar. Era entonces o nunca.

—Jason, yo... —Él ladeó la cabeza hacia ella por instinto.

—¿Vuelvo a ser Jason? —dijo sin ánimo.

—¿Qué quieres ser para mí? —se lanzó. Con una sinceridad arrolladora, colocaba sobre la mesa el corazón. Tenía que correr el riesgo.

—No quiero hablar de ello. —Él volvió a mirar por la ventana.

—Por favor.

—¿Por favor qué, Valerie? —ladró.

—Hablemos, seamos sinceros. Antes lo éramos.

—Te repito que no quiero conversar.

—Está bien, hablaré yo. —Al notar la furia en él, no quiso forzarlo a más.

—Tampoco quiero escucharte. —Él estaba calmado, pero no deseaba mantener esa discusión con ella. Estaba disgustado y no propiciaría una nueva pelea. Quería llegar a su hogar y olvidarse de todo.

—No tienes otra opción.

Era cierto, no podía hacer nada para no escucharla, se lamentó.

Jason se recostó sobre su lado del asiento, dio media vuelta y cerró los ojos, dispuesto a simular que intentaba dormir, pero eso no la detuvo.

—Te echo de menos. Cada día que no te he tenido conmigo, te he extrañado. Este tiempo sin ti ha sido un suplicio. Te he necesitado tanto... —Una lágrima resbaló por su rostro a pesar de que intentaba contener el llanto.

Se detuvo un segundo para buscar las palabras con las que continuar. Jason no hizo ningún gesto. No quería escucharla, pero necesitaba oír lo que ella tenía que decir. Ella prosiguió.

—Amor, te necesitamos. Los dos te necesitamos. Sé que te he hecho daño, y mucho. Lo siento, lo siento, lo siento. Quiero que nos demos una oportunidad, que busquemos la felicidad. Si tú me aceptas, te prometo que te haré dichoso. Si tú me permites, si tú quieres..., seremos los tres felices como una familia. No hay otro como tú, nunca lo ha habido y nunca lo habrá. Te amo.

«Ya está —pensó ella—, lo he hecho. Le he abierto mi corazón y me he expuesto ante él. Ahora solo puedo esperar».

Y esperó y esperó, pero Jason no se movió. El duque había escuchado con atención cada una de las palabras, pero, en vez de sentirse conmovido, solo experimentó ira. «Te amo», acababa de decir. ¡Mentirosa! Una persona que ama a otra no hace todo lo que ella le había hecho a él. Una mujer que quiere a su esposo no se pone en todas las situaciones comprometidas en las que ella había caído. Había ido a Londres para buscar esa felicidad que Valerie le acababa de pedir. ¡Ya se la iba a dar! Después de todo lo que ella le había hecho. Lo había convertido en un monstruo sin corazón.

Esa mujer compartía la cama con dos caballeros, o al menos eso era lo que toda la ciudad creía. Lo había dejado en una posición delicada, ¿y todo por qué? Su único pecado había sido querer ser su esposo. Y ella no le había permitido convertirse en su esposo, no había querido entregarse a él porque él, ¡un duque!, no era suficiente para ella. Valerie había continuado denigrándolo una y otra vez. ¿Cómo iba a poder perdonar que ella se fuese a casar con otro hombre y a privarle de su hijo?

Le había costado mucho juntar fuerzas para hacer borrón y cuenta nueva. Sus padres le habían tenido casi que amenazar para que luchase por esa mujer, y ella se lo había recompensado con aquella traición frente a toda la sociedad. Porque lo del conde de Essex quizás no fuera cierto, pero ¿el marqués de Cross? Se moría de celos, pero no iba a preguntárselo.

Él se había comportado mal con ella, pero no había iniciado esa guerra y, cada vez que intentaba hacerla feliz, ella le asestaba un rodillazo en su punto débil, tal como había hecho con Eliot Hamilton, conde de West. A él, por lo menos, lo había golpeado de manera metafórica.

Tras examinar su interior, el duque estaba dispuesto a decirle que se olvidase de todo, que nunca volvería a entregarle el corazón porque no pensaba permitir que ella lo pisoteara nunca más. Pero, cuando alzó la vista, lo que vio lo dejó sin sentido. Valerie se había descalzado, tenía la falda subida hasta un poco más arriba de las rodillas y estaba quitándose las medias. Ver a su mujer en esa posición tan erótica encendió en él una llama que no pudo ni quiso apagar o contener.

Ella se dio cuenta de que Jason la estaba mirando y se quedó quieta.

—¡Oh!, es que tengo los pies muy hinchados y nece...

Valerie no pudo continuar con la explicación. El duque se abalanzó sobre su cuello y comenzó a besarla allí donde palpitaba angustiada su yugular. Él estaba hambriento, no había comido de ella durante mucho tiempo y la necesitaba como un hombre sediento necesita agua en pleno desierto.

Jason le abrió el escote para liberarle los pechos, esos senos magníficos que a él tanto le gustaban. Sus pezones ya estaban duros pese a que aún no los había tocado. Los contempló durante unos segundos. Tan tersos, tan suaves, pedían a gritos que él los lamiese, y él no iba a defraudarlos. Se los apretó, los agarró bien con las manos y, cuando los tuvo firmes, chupó aquellos dos capullos rosados que lo llamaban a gritos.

Valerie gimió. No pudo detenerlo. Iba a dejarse llevar, estaba tan excitada. Deseaba eso desde que lo había visto entrar en Rosings Park. Lo quería dentro de ella, ansiaba el placer que él le daba.

Cuando Jason tuvo bastante de esos pechos, se separó de ella, se sentó de nuevo en su lado del carruaje y, sin dejar de mirarla, se desabrochó los pantalones. Se agarró el miembro erecto, se masajeó un par de veces y entonces la llamó.

—Ven sobre mí.

Ella se levantó, se subió la falda y lo montó a horcajadas.

—¿No llevas ropa interior? —le preguntó sorprendido.

—Creí que te alegrarías.

Él no agregó nada más. Valerie se dejó caer sobre él de golpe, y Jason gimió de puro placer. Le posó las manos sobre la cintura y la urgió a moverse cada vez más rápido. Cada acometida era más exigente, más dura, más violenta. Él estaba cerca y no iba a contenerse, no por ella.

Mientras, Valerie no conseguía alcanzar la liberación, estaba tensa, no lograba dejarse llevar aunque la rudeza de su esposo, lejos de amedrentarla, la inspiraba.

—Jason, por favor... Por favor, ayúdame.

Necesitaba que la tocara. No era capaz de llegar así, ¡y le faltaba tan poco! Quería volar con él y para eso necesitaba que él la tocara allí donde su cuerpo lo pedía.

Jason cerró los ojos. Aquella súplica lo había puesto más caliente y, en la siguiente vez que ella engulló su miembro hasta el final, él se derramó dentro. La mantuvo sobre él, inmovilizada y por completo dentro de ella hasta que soltó la última gota y entonces, sin mirarla, se la quitó de encima y la dejó en su sitio, frente a él. Sacó un pañuelo, se limpió, se abotonó los pantalones, se recostó, se volvió y cerró los ojos de nuevo.

Valerie no iba a tener nada de él, nunca más. No la haría gozar, no pronunciaría su nombre mientras la tomaba y sin duda no la besaría en la boca. Los actos carnales entre ellos se reducirían a cubrir las necesidades de él. Él, que jamás había sido un amante mezquino, iba a reclamar todo su placer y a negarle el de ella cada vez que pudiese.

Las lágrimas de Valerie resbalaron por sus mejillas, pero ella se apresuró a limpiarlas. No quería darle la satisfacción de ver el poder que tenía sobre ella. Él acababa de dejar claro que ella iba a seguir siendo su puta. De hecho, por primera vez desde que lo conocía, ella misma se sentía así. Ni aquella vez en la ópera él lo había conseguido, pero sí en ese momento, cuando le acabada de ofrecer su corazón de la manera más sincera y él lo había pisoteado. Le había negado por segunda y última vez la liberación. Eso no sucedería más, se juró.

Entonces recordó todo el mal que le había hecho. Él era un hombre, un buen hombre que se había convertido en un ser despreciable. ¿Tal vez ese comportamiento fuera obra de ella? Ese pensamiento la hizo sentirse afligida.

Cuando lo había conocido, Jason era frío, no tenía ni un ápice de sentimiento o pasión. Pero luego había comprobado lo que él era capaz de hacer, lo que él le ofrecía y ya no había querido a ningún otro cerca. Valerie había sentido su amor y su devoción hacía poco tiempo. Jason era tan dulce, tan desinteresado en la cama. La duquesa respiró. Tal vez fuera toda culpa de ella. Valerie iba a cumplir su juramento una última vez y, si aquello no daba resultado, arrojaría la toalla. No podía más.

El camino siguió sin conversación ni otro contacto. Cuando llegaron a la casa, ambos bajaron del carruaje. No había nadie en la puerta para recibirlos. El duque ordenó al lacayo que entraran solo las cosas de ella. Valerie se volvió hacia él y lo miró a los ojos. Entonces se dio cuenta de lo que el duque iba a hacer. Iba a dejarla en esa casa y a marcharse. Aunque el don de ella no era tan efectivo como el Patrick, en esa ocasión pudo leer a la perfección las intenciones de Jason.

Lo agarró del brazo, lo enfrentó a los ojos y, sin pensarlo más, se puso de rodillas ante él.

—¿Quieres que me arrodille, que suplique tu perdón? Bien, aquí estoy, postrada ante ti para rogar que me perdones. Pese a que la culpa no es solo mía, me humillo ante ti. Seamos felices, mi amor, abandona la venganza. Te necesitamos, Jason. Te necesito. Yo soy capaz de perdonarte, ¿no puedes tú hacer lo mismo? No me abandones, ahora no. ¡Lucha! Ámame y déjame amarte.

Jason abrió los ojos como platos. No era capaz de creer lo que veía y oía. ¡No!, ese era otro truco. «Bajaré la guardia y esa mujer volverá a herirme. No dejaré que lo vuelva a hacer», se dijo.

—Es demasiado tarde. Estamos atados el uno al otro, sí, pero yo lamento cada hora que estuvimos juntos. Maldigo el día en que te conocí, el momento en que posé mis ojos en ti. Yo no te he amado y jamás podré hacerlo. Solo es deseo. Te daré protección para tu hijo, tal como iba a hacer el marqués de Cross, pero no obtendrás nada más de mí que desprecio y odio.

—Jason, te lo pido de la misma manera que lo hice cuando bailamos la primera vez que regresé de Rosings Park: recapacita. No es tarde para nosotros, solo depende de ti. Te lo suplico. Por mí y por nuestro hijo.

—No sé cómo decirte que no quiero saber nada de ti. Si ese niño no existiera, no me habría casado contigo. Si no estuvieses embarazada, yo sería feliz con otra ahora mismo. Maldeciré una y mil veces ese embarazo y ruego que ese hijo no llegue nunca a nacer porque no sé si seré capaz de quererlo, dado que es hijo tuyo. No se merece a la madre que le ha tocado.

La hundió, la resquebrajó, la rompió en mil pedazos. Ella se levantó y dejó escapar un torrente de lágrimas que esa vez no limpió. No ocultó el rostro ante él tampoco.

Valerie quería que él viera que la había doblegado, la había destruido. Ella quería que él disfrutase de ese triunfo y fuera testigo del dolor que le habían causado esas palabras. La había matado por dentro, la había roto de manera definitiva. La duquesa se quedó mirándolo hasta que él dio media vuelta y se metió en el carruaje para irse. No vio ni un ápice de arrepentimiento en la mirada del duque. Estaba segura de que él sentía cada palabra que le había dedicado.

Jason no miró atrás hasta que estuvo bien alejado del camino. Entonces ladeó la cabeza en busca de su mujer y la vio en la entrada donde él la acababa de dejar. Ella era una duquesa, sin lugar a dudas su temple así lo demostró. Él la había doblegado y, sin embargo, Valerie se había levantado para alzar la cabeza, sacar pecho y permanecer allí hasta que el carruaje ya no estuviese a la vista.

Durante un instante saboreó la victoria y se sintió satisfecho de verla postrada ante él. Quería lastimarla, herirla de muerte, hacerla sentir desgraciada, utilizada, tal y como él. Toda la ira, el veneno y la ponzoña que llevaba en su interior habían dado forma a las palabras que había pronunciado ante ella de la misma manera que había sucedido después del incidente del conde de Essex, en el baile de los Rosings. No había podido contenerlas. Quería hacerlo, pero no podía, salían de él como un río salvaje al que no se le podía colocar un dique.

Jason notó que unas lágrimas comenzaban a brotarle, y siguieron saliendo mientras recordaba cómo había deseado que su propio hijo no naciese nunca. Él tampoco parecía capaz de contener el llanto en ese momento. Había renegado de su hijo. ¡Si él estaba muy ilusionado con el bebé! Esa criatura era fruto del amor que él había sentido por su Valerie.

Cuando les había dado la noticia a sus padres de que iban a ser abuelos, había llorado de

felicidad. Solo deseaba ver la cara de su pequeño, sentirlo entre los brazos, pero la sed de venganza había logrado apoderarse de él. Anhelaba tanto hacerle daño a Valerie que había llegado a desear que su hijo no naciese.

Estaba disgustado, enfadado con su mujer porque no podía dejar de quererla, no podía alejar el deseo que sentía por ella. En el carruaje la había tenido para él y no había podido dejar de pensar, mientras la poseía, que quería más de ella, que nunca la dejaría ir, que sería de él y de nadie más. Al alcanzar la liberación, se había maldecido una y otra vez por pensar en esos términos, por querer tenerla, por no ser lo bastante fuerte para resistirse a ese deseo.

Ella no lo hacía buena persona, Valerie lo había convertido en un ser despreciable. Jason Sinclair debía alejarse de su esposa si quería mantener la cordura porque ella siempre lo estaba provocando. Lo había tentado en Rosings Park con su cuerpo y entonces lo estaba haciendo con las más hermosas palabras.

Había hecho que él despreciase a su propio niño, su hijo aún no nacido, que era lo que él más quería en el mundo. Desde que se había enterado de que ella estaba embarazada, por instinto, siempre que la veía, clavaba los ojos en su vientre. Había tenido que refrenar las ganas de acunarle la barriga aún incipiente en múltiples ocasiones. Ahí estaba creciendo su pequeño, su primogénito, su heredero, y él acababa de traicionarlo con esas malditas palabras.

Cerró los ojos al tiempo que deseaba poder retractarse y rogaba que no tuviese en cuenta ese lapsus. Rezó por la vida de su hijo y pidió perdón una y mil veces al cielo por lo que acababa de decirle a su mujer.

CAPÍTULO 14

La pérdida

Valerie le había permitido ser cruel con ella desde el baile los Rosings. Estaba dispuesta a denigrarse por él, a pagar por sus errores, pero sin duda él había elegido su destino al desear la muerte de su hijo. Y si el fallecimiento de su pequeño era lo que él deseaba, eso era lo que iba a tener.

Lady Valerie Manchester, sí, lady Valerie Manchester, porque ya no sería más la duquesa de Lennox, aunque en realidad no lo había sido aún. En fin, ella había memorizado a fuego cada una de las palabras del duque. Necesitaba recordarlas porque iba a poner en práctica todo aquello que su madre le había enseñado, todo lo que hacían los Manchester para mantenerse vivos y a salvo, para protegerse.

Cuando el carruaje ya no fue visible desde la entrada de la finca de su marido, decidió que Jason no era digno de ser amado. Entonces se volvió y entró en aquel lugar para luego presentarse como lo que era, en lo que la había convertido aquel hombre: su amante.

El ama de llaves no se atrevió ni siquiera a mirarla cuando hizo tal impensable afirmación ante todo el servicio que se había ubicado en el recibidor para conocerla.

Los días pasaron, y Valerie esperaba ansiosa la llegada de su doncella. Había trazado un plan definitivo y la necesitaba para llevarlo a cabo. Al poco tiempo arribó Mary y, al verla, la abrazó y lloró. Se conocían desde hacía más de diez años y habían llegado a ser amigas. Valerie le relató lo que había sucedido con el duque, lo que hizo que a Mary se le encogiera el corazón.

—Tengo un plan y necesito tu ayuda —reveló la duquesa.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por esta familia.

—¿Cuándo vas a sangrar este mes?

—Pero ¿por qué quieres saberlo? —preguntó avergonzada.

—Voy a fingir que he perdido al niño. Ese hombre quería a mi hijo muerto y muerto lo tendrá, al menos para él. Este pequeño es mío y solo mío, tal y como él se empeñó en decirme antes de abandonarme aquí a mi suerte —repuso mientras se abrazaba el abdomen—. No permitiré que me

denigre más. Me he puesto a sus pies, y él tan solo ha querido pisotearme. Si hubo amor entre nosotros, me temo que ya no queda nada.

—¡Oh, V., lo siento tanto! Yo pensé que él acabaría entrando en razón. ¡Hombres! No te preocupes, en un par de semanas espero volver a sangrar.

—Dormirás conmigo en mi cama ese día, sin nada que contenga la sangre. A la mañana siguiente, diremos que he perdido el bebé y saldremos de la vida de ese hombre para siempre. Un carruaje nos llevará a la posada más cercana del pueblo y de ahí iremos a otra y de ahí a otra. Iremos en círculos, de tal modo que nadie pueda encontrarnos.

—Patrick lo hará —repuso Mary.

—En efecto solo Patrick sería capaz de rastrearnos cuando desaparezcamos, pero no creo que lo haga. Él sabe que estaré bien. Pero, si lo hace, si nos encuentra, le contaré todo y lo entenderá. Tendrá que hacerlo.

—Pero ¿a dónde iremos? Estaremos solas, V., y dos mujeres solas...

—A un sitio que solo una persona conoce, alguien con quien nadie me relacionará.

—¿Y dónde es eso?

—¿Recuerdas a Made? —preguntó la dama.

—¿Made? Me suena ese nombre. ¡Oh!, ¿era la que el conde de Essex...? —comenzó a preguntar ella.

—Sí. Mi madre y yo la instalamos en una casita apartada para que pudiese criar a su bebé. Iremos allí, y nadie nos hallará.

—¿Estás segura de todo? Una vez que escapes, no habrá vuelta atrás.

—Ese hombre deseó la muerte de mi hijo y ahora obtendrá lo que pidió. Si hubiese sido mi propia desaparición lo que hubiese solicitado, no me habría importado tanto, pero él rogó que mi hijo no naciese. Y dijo que no sabía si podría quererlo porque era mi bebé. Pues, ¡me aseguraré de que el duque viva un auténtico infierno!

—No estoy segura de esto —dijo la doncella temerosa.

—Todo saldrá bien.

—¿Y si él se arrepiente y regresa antes a su casa? Dale tiempo para recapacitar.

—¿Más tiempo? ¿No le he dado ya suficiente? Esperé mucho a que cambiara de opinión, más cuando Patrick insistía en que él mismo lo haría entrar en razón. Oh, Mary, se casó conmigo ebrio y lleno de carmín, ¡lo viste! Y no fue bastante humillación, sino que tuvo que dejarme en mi casa ¡como si no fuese digna de vivir bajo su mismo techo! Me humilló y degradó ante toda la sociedad, y yo lo permití. Además, él no regresará. No lo hará, lo sé. Tú no viste su mirada, su odio. Está decidido a dejarme aquí para que me pudra, lo sé.

—Pero ¿y si lo hace? ¿Y si retorna? ¿Qué harás entonces?

—Si él regresara y se postrase ante mí para suplicar mi perdón tal y como yo lo hice, entonces y solo entonces consideraré la posibilidad de olvidar sus palabras. Pero no lo hará, su orgullo no se lo permitirá.

* * *

Pasaron más de tres semanas en las que Valerie les tomó cariño a todos y cada uno de los sirvientes de su marido, pues todos se comportaban de manera impecable. También tuvo tiempo para conocer a sus suegros, quienes al principio la miraron con reprobación por ser conocedores de los malos tiempos que había pasado su hijo. Sin embargo, la espontaneidad y sinceridad de su nuera los conquistó en tiempo récord.

Por supuesto, Jason no regresó, y Valerie no tuvo ninguna noticia de él en todo ese tiempo. Cuando Mary sangró, ambas pusieron el plan en marcha. La joven iba a lamentar causar desasosiego a sus suegros, puesto que, en el tiempo que había estado en la finca, ellos se habían convertido en su familia. Estaba maravillada de ver el cariño que se profesaba la pareja pese a ser ya ancianos. Era evidente que Jason se había criado rodeado por ese amor.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando vieron las sábanas llenas de sangre, las jóvenes hicieron las maletas y pidieron un carruaje. Mary envolvió a Valerie con un par de abrigos y unas mantas para que la barriga no pudiese apreciarse en absoluto. Luego bajaron. La duquesa iba encorvada y mostraba signos de dolor. Era una buena actriz sin duda.

El ama de llaves salió a la entrada para preguntar espantada qué sucedía. La mujer que dirigía la casa tenía órdenes de su señor de informarle por carta todos los movimientos de su mujer. Jason quería tener a Valerie bajo llave y bien vigilada. Valerie sabía que la espiaban y esperaba que enseguida le comunicasen al duque que ella había huido de la casa, contaba con ello. Aunque no sabía hasta qué punto su marido sentiría la pérdida de su hijo, esperaba que al menos experimentase algún remordimiento, aunque, después de las palabras que le había escupido antes de marcharse, no estaba del todo segura del daño que le causaría la noticia.

Cuando el ama de llaves se acercó a ambas, muy temerosa, Mary fue la única que habló.

—Milady ha perdido al bebé. Nos marchamos ahora mismo de esta casa en busca de ayuda.

—Pero... milady, no puede irse. Llamaremos a su marido, buscaremos un médico. Es mejor que se quede. ¿A dónde va a ir? —La mujer estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer.

Ninguna de las tres dijo nada más. Valerie y Mary subieron al carruaje y salieron de Port House a toda prisa. Por su parte, el ama de llaves se dirigió con rapidez a la habitación de su señora y, al descubrir toda esa cantidad de sangre sobre las sábanas, supo que Valerie no había mentado. Se lamentó por su amo, pues en las siguientes semanas estaba previsto que llegasen todos los muebles y juguetes que había comprado en Londres para su hijo, así se lo había comunicado en la correspondencia. Su señor iba a sufrir una desilusión muy dura. A la mujer se le encogió el corazón.

Valerie y Mary siguieron su plan. Por fortuna, la joven tenía dinero propio: Nunca le había pedido nada a su marido, ni tan siquiera un botón de sus vestidos ni el ajuar que llevaba en la maleta y que no había sido estrenado. La marquesa viuda, por precaución, había metido una considerable fortuna en el equipaje de Valerie que la doncella había llevado a Port House, por lo que la joven duquesa era autosuficiente. Solo precisaba tranquilidad y tiempo para sanar la herida que él le había infligido y traer al mundo a su bebé. Quedaban muchos meses por delante para que el niño naciera, e intuía que sería suficiente para recomponerse. Cuando tuviese a su hijo en brazos, ya vería qué haría. En ese instante solo debía preocuparse por ella y por el bebé. Ese pequeño iba a ser el centro de su vida entonces; ella estaba sola en el mundo.

Valerie y Mary bajaron del carruaje y despidieron al cochero para luego alquilar otro vehículo y seguir el viaje.

CAPÍTULO 15

El castigo

Desde que había llegado a Londres hacía casi un mes, lo único que el duque de Lennox había hecho era trabajar e intentar volver a ser el hombre que había sido antes de conocer a Valerie. Con ella lejos, sentía paz y una armonía que solo se estropeaba cuando reaparecían en su mente las duras palabras que le había escupido al abandonarla en la finca. «No, no la abandonaste, esa mujer debe estar confinada por el bien de la humanidad», trataba de convencerse una y otra vez.

Había conseguido exiliar a Satanás, pero no le cabía la menor duda de que, si ella era el mismo demonio, él era el segundo al mando en el infierno. Había sido tan cruel con ella y con su hijo que el mismísimo ángel negro estaría aplaudiendo los actos que él había realizado desde que la había conocido.

Jason quería desdecir sus propias afirmaciones sobre su hijo y había ido a una de las mejores tiendas para encargarse de muebles y un par de juguetes para su bebé. Iba a hacer una reforma en la casa de campo para que la habitación infantil estuviese cerca de los aposentos de los duques. Los trabajadores y las compras llegarían a la mansión dentro de pocas semanas. Él estaba ultimando los detalles para que todo fuese perfecto para el niño y su madre.

No sabía cómo iba a enmendar su error con ella. Bueno, en realidad ni siquiera estaba seguro de querer que ella lo perdonase. Cuando no la tenía cerca, Jason podía ser un hombre mejor, pero ¡cómo la echaba de menos! Quería tenerla junto a él y hacerla suya cada vez que quisiese, pero estaba hecho un mar de dudas. No sabía qué era lo que deseaba en verdad, pero la vida célibe no era fácil de soportar después de haber conocido la verdadera pasión con Valerie.

El duque se levantó de su confortable cama, ese lecho que no conocía aún el peso de su esposa. No podía dejar de pensar en ella a cada instante y tenía que luchar por apartarla de su mente. Cada vez le costaba más alejarla de sus pensamientos, porque, aunque el tiempo pasaba, el cuerpo le recordaba lo solo que estaba. Bajó a desayunar y se encerró en el despacho, como hacía cada día desde que había regresado como un hombre diferente, un caballero más parecido al que era antes de ella.

En honor a la verdad, tenía que reconocer que su vida era muy tranquila, sin altibajos, pero la encontraba aburrida e insustancial sin ella cerca. ¡Estaba hecho un lío!

Miró la pila de cartas sobre la bandeja que había dejado el servicio. Desde hacía semanas, buscaba la correspondencia cada mañana para enterarse de los detalles de su mujer, pues no confiaba en la docilidad que ella estaba mostrando ante los sirvientes. El ama de llaves, Margaret, le informaba con puntualidad los movimientos de Valerie, sus visitas a la casa de los anteriores duques, sus paseos, sus salidas al pueblo. Le explicaba lo que comía, si descansaba y si gozaba de buena salud. Él estaba al tanto de todo lo que su mujer hacía y decía. Debía conformarse con ello, pues él era el culpable de esa separación.

El ama de llaves, en sus cartas, solo tenía palabras de admiración sobre su nueva señora. «Ella es un ángel. Su amabilidad, su elegancia y la manera tan dulce y atenta con la que trata a todos es de elogiar...», había escrito en la segunda misiva, sí, ¡apenas en la segunda!

Tenía todas y cada una de las epístolas que la mujer le había enviado. En realidad, todas menos una, la primera, en la que le había relatado cómo Valerie había entrado en la casa y se había presentado ante todo el servicio como «la amante del duque de Lennox». Al leer aquello, la sangre le había hervido, y había arrojado el papel al fuego de la chimenea. El resto las guardaba cerca para sentir cierta proximidad con su mujer.

En el montón de cartas, divisó la que quería leer primero. El resto, una docena o más, eran de negocios y alguna invitación.

Excelencia, algo ha ocurrido en la finca. Le pedimos que venga lo más pronto posible.

Margaret Jefferson

Un escalofrío se apoderó de todo su cuerpo y sintió terror. Algo malo había sucedido, de ello estaba seguro. Se apresuró a salir camino a Port House. Por fin tenía la excusa perfecta para regresar.

Cuando llegó, quiso morir.

—Excelencia, sea usted bienvenido —lo saludó el ama de llaves con la cabeza gacha y sin mirarlo a los ojos.

—Señora Jefferson, ¿dónde está la duquesa? —preguntó al ver que no había salido a recibirlo.

—Ella se marchó, milord.

—¿Se marchó? ¿Cuándo? ¿A dónde? —Comenzó a hervir de nuevo de furia. Al parecer esa mujer siempre despertaría lo peor en él. Había hecho bien en confinarla y desentenderse de ella, pensó.

—Excelencia, no sé cómo decirle esto. Yo... lo siento. —La señora bajó de nuevo la vista y la fijó en el suelo.

—¿Valerie ha escapado? Ha huido, ¿verdad?

—No; bueno, sí. Es que... —Esa mujer jamás se había quedado sin palabras desde que la había conocido.

—Margaret, míreme. No tenga miedo. Dígame lo que ha sucedido con la duquesa.

—Verá, excelencia, ella... La señora ha perdido al bebé y se ha marchado de la finca.

El duque se quedó sin palabras, incapaz de asimilar la noticia. ¡No! Se negó a darle crédito a lo que decía Margaret. Esa era otra treta de Valerie, estaba seguro de que estaba castigándolo por las palabras dichas antes de abandonarla en su casa. Hacía semanas que esperaba un contraataque, y ese debía de ser uno de tantos que le llegarían. Patrick se lo había avisado: «Por cada una que tú le hagas, ella te la devolverá duplicada» o algo así le había dicho el marqués.

—Ya le avisé que ella era un genio de las maquinaciones, mi esposa siempre tiene suerte en todo lo que hace. Ha mentido y se ha marchado, eso es todo. La encontraré y la volveré a traer.

—No, señor, no es ninguna mentira. No es una farsa. Como usted me había avisado de su carácter, cuando la señora y su doncella se fueron, subí a la habitación y vi todas las sábanas manchadas de sangre. No creo que eso lo pueda haber fingido, excelencia. Además ella salió con muy mala cara, muy pálida y sin poder incorporarse. Estaba en verdad mal. Lo siento.

—Quiero ver esas sábanas —exigió, sin poder creer lo que oía.

—Ya me lo imaginaba, por eso no las lavamos. Puede verla y el propio colchón, milord. Decidimos no tocar nada de la estancia de milady hasta que usted viniese y nos diese instrucciones.

Jason no esperó ni un instante más y salió al trote. Subió los escalones de dos en dos, abrió la puerta, que se estrelló contra la pared con violencia, y lo vio. Sin acercarse siquiera fue testigo de aquella carnicería.

Caminó despacio hacia la cama, con la vista nublada por las lágrimas que se le agolpaban en los ojos. Quiso morir. La estancia aún olía a ella, a violetas con un toque de limón, pero él notó también ese nefasto hedor a muerte. Se arrodilló ante la cama para observar toda esa sangre y lloró, sollozó, se lamentó y gritó de impotencia. Rogó que se lo hubiesen llevado a él en vez de a su pequeño. Su hijo, su ilusión, su futuro... ya no estaba.

¡Valerie, Valerie! Su pobre mujer estaría destrozada. Su mujer, su esposa, su vida, su amor, su duquesa. Necesitaba verla, buscar consuelo en sus brazos. Ella había perdido al bebé y estaba sola, sin nadie que la ayudase, sin él a su lado. Él, que había jurado amarla y protegerla cada día

de su vida en aquella ceremonia en la que se había presentado borracho y lleno de carmín, le había fallado. Se maldijo y se recriminó su estupidez, su orgullo y terquedad. Si tan solo hubiese hecho un esfuerzo...

Ahí, arrodillado junto a la sangre, se arrepintió de todo cuanto había hecho para castigarla. Se merecía sufrir como el maldito que era, por haber hecho pedazos a la mujer que amaba y por haberlos condenado a los dos a convertirse en los seres más vengativos y amargados de todo el planeta.

Todos y cada uno de los actos y palabras pronunciadas regresaron a su mente de golpe. La había destrozado y humillado, había conseguido postrarla a sus pies, y él, orgulloso y altanero, había tenido que castigarla todavía más. No había sabido perdonar, no había sabido amarla y dejar que ella lo amase.

«¡Déjame amarte!», había suplicado ella, y él había pisoteado al amor de su vida. Había pedido, sin sentirlo, que su hijo no llegase a nacer, muy a su pesar, aquel deseo le había sido concedido.

Ya no podría recuperarla jamás. Esa mujer no le perdonaría sus faltas en toda la eternidad, de eso estaba seguro. Además, ya no había niño, y él contaba con que ese nexo al final consiguiera hacer de ellos mejores personas. El camino del duque de Lennox y lady Valerie Manchester se había separado para siempre en el momento en el que ese hijo había dejado de existir.

Otro grito desgarrador salió de su garganta, y de nuevo el llanto y la tristeza se apoderaron de él. Quería morir, quería morir una y mil veces. Sabía a ciencia cierta que el marqués de Ailsa lo haría desaparecer, tal y como había hecho con el marido de su tía y con el conde de Essex, eso si no llegaba antes su suegra, le arrancaba las partes privadas, se las daba de comer a los perros y luego lo remataba con una puñalada en el corazón.

Jason trató de recomponerse sin éxito, así que, tal y como estaba, mandó cambiar los caballos y regresó a Londres, decidido a asumir la sentencia que le tocara. Su parada era la casa Manchester, y su destino, la muerte. Esa familia no lo perdonaría tampoco. Confiaba en encontrar allí a Valerie, pero sospechaba que ella no estaría allí porque, si hubiera llegado y les hubiera contado lo que él le había hecho y que había perdido al niño, estaba seguro de que Patrick ya le habría hecho una visita. Pero en su interior esperaba que ella hubiese huido del confinamiento y estuviese arropada en la casa, con su madre. Rezaba por que así fuera, porque, además de querer arrodillarse ante ella tal y como Valerie había hecho aquel día, quería abrazarla y besarla para no dejarla escapar nunca más y brindarle la protección de sus brazos. Necesitaba su perdón, pero sobre todo necesitaba que ella fuese, de una vez por todas, su amor, su esposa, y no solo de nombre.

Se arrodillaría e imploraría clemencia a sabiendas de que Valerie no se la concedería, no cuando ya no había niño, no cuando ya no tenían nada por lo que mereciera la pena luchar y estar juntos.

En el carruaje, de nuevo lloró, gritó y pataleó. Destrozó el interior y, con los nudillos aún manchados de sangre, llamó a la puerta de su suegra. Esa vez no aporreó el portón ni clamó por Valerie, sino que entró con humildad y pidió que dieran aviso de su llegada a la familia.

El criado lo instó a acompañarlo al despacho del marqués, pero él no se movió de la entrada. Patrick y Elvina lo vieron, con los puños que goteaban sangre y los ojos rojos por todas las lágrimas derramadas, y se asustaron. Temieron lo peor. ¿Un accidente?

—Jason, ¿qué sucede? Habla. —Patrick podía leer la aprensión y el dolor en el duque, pero no podía ver más allá.

El recién llegado parecía incapaz de articular palabra.

—¿Dónde está Valerie? —le gritó Elvina—. ¿Le has hecho daño?

—He matado a nuestro hijo. ¡Lo siento, lo siento! —Se puso de rodillas, volvió a suplicar perdón y entonces se desmayó en el recibidor de la casa.

La marquesa y Patrick lo llevaron al salón, lo acostaron en un sillón y mandaron traer las sales. El duque se despertó con un ataque de pánico. Elvina y el marqués estaban muy preocupados. Todo era desolador en esa escena.

—Explica lo que ha sucedido con tranquilidad. —Patrick dudaba de que aquel hombre pudiese matar a alguien. Él lo habría visto cuando lo había conocido, ese impulso está latente en cada persona que lleva un asesino en su interior y es muy difícil no detectarlo. Jason no había matado a nadie, de eso estaba seguro.

—¿Valerie está aquí? ¿Dónde está mi esposa? —preguntó inquieto.

—No, ella no ha venido a esta casa, ni la hemos visto desde que tú la llevaste al campo y la recluiste allí —dijo altanera la marquesa viuda.

—Mi mujer ha perdido a nuestro hijo y ha huido de Port House. Todo es culpa mía.

Patrick se tensó con la noticia, pero Elvina permaneció impasible. Pasados unos segundos, la mujer salió de la habitación. El marqués continuó junto al duque, de pie, sin dejar de mirarlo de hito en hito.

Jason le relató toda la historia. No dejó nada en el tintero. Uno por uno, le contó todos los sucesos: cómo la había tomado en el carruaje cual prostituta para su único placer, cómo ella se había arrodillado ante él después y cómo la había despreciado. Le explicó que había deseado la muerte de su hijo y que después la había abandonado para regresar a Londres sin el menor remordimiento... hasta ese momento. Le refirió cómo había llegado a Port House después de que el ama de llaves lo había mandado llamar y cómo acababa de ver toda aquella sangre en la cama

hacía unas pocas horas. Rememoró incluso cómo había aporreado y destrozado el interior del carruaje para sacar toda la rabia mientras retornaba a Londres con la esperanza de encontrarla en su casa, con su familia.

—Patrick, lo siento, me avisaste y no te hice caso. Me dijiste que esto ocurriría y no te escuché, seguí con mi venganza. Te juro que, después de hablar contigo, cambié de idea. Fui a casa de mis padres para pedir consejo y regresé dispuesto a hacerla feliz, a disfrutar con ella y con mi hijo. Con mi hijo, mi pequeño, ¡mi bebé que ya no está! —volvió a llorar, y Patrick dejó que se desahogase.

—Jason, necesito que te calmes y me digas dónde puede haber ido Valerie.

—Ya te he dicho que no lo sé. Esperaba que estuviese aquí o que tú conocieras su paradero. Tengo que verla, quiero verla. Necesito abrazarla y reconfortarla. Mi mujer, mi esposa, estará destrozada. No quiero que sufra sola, sin su familia, sin su marido a su lado para darle calor y esperanza. ¿No lo entiendes? ¡Tienes que encontrarla!

—El que no lo entiende eres tú. No puedo buscarla a menos que ella me lo pida.

—Dijiste que podías meterte en su vida si ella estaba en peligro. ¿Y si ella está desangrándose? ¿Y si ha muerto? ¡Patrick, ella te necesita! No dejó que un médico la viese en mi finca —argumentó.

—Ella está con su doncella. Si estuviese en peligro, yo ya lo sabría. Tu mujer solo está huyendo de ti. V. está bien, confía en mí. Estará rota de dolor por la pérdida, no te lo niego, pero su vida no corre peligro. Elvina no estaría tan tranquila si a Valerie le hubiese ocurrido algo. He visto la conmoción en mi tía, pero no era por su hija. Mary ya le habría avisado en caso de que V. necesitase ayuda o su vida corriese peligro.

—Está bien, está bien, pero yo necesito encontrarla, saber que su salud no está endeble. Una vez dijiste que todo dependía del modo en que se vieran las cosas. Soy tu amigo y necesito que encuentres a mi mujer para asegurarme de que está bien. No me interpondré en su camino, ni siquiera le hablaré, solo necesito saber que no corre peligro. Una simple mirada. Te lo suplico.

—Lo siento, no puedo. Sé que en estos momentos no quieres oírlo, pero te lo advertí. He hecho muchas cosas por ti y por ella. ¡Te la serví en bandeja!, y no una ni dos veces, sino muchas más. Tú solito te has metido en este embrollo. ¡Si fui a buscarte para que te casases con ella cuando lo que debería haber hecho es darte una paliza!

—No digas que no puedes, di que no quieres y que no lo harás. En cuanto a lo otro..., no tengo excusa.

—No quiero y no lo haré. Y no, no tienes excusa. Ahora toca ser un hombre y aguantar las consecuencias.

—¿Qué voy a hacer? ¡Es mi esposa! Te lo suplico.

—No puedo ayudarte, no esta vez. No después de que ella perdió el bebé. ¡No vas a poder recuperarla! Ella te culpará de todos sus males. Lo siento, pero no puedes hacer nada más que resignarte. No te perdonará, no esta vez, no después de haber suplicado por ti y que su súplica haya caído en saco roto. No la vas a encontrar nunca a menos que ella quiera. Y, en ese caso, yo no lo permitiré tampoco. Ella vivirá su vida y tú la tuya. Aquí se separan de manera definitiva sus caminos, y créeme cuando te digo que es lo mejor para ambos.

—No puedo vivir sin ella, no quiero vivir sin ella. ¡La necesito! Nunca me resignaré.

—No tienes otra opción. V. no necesita nada de lo que tú puedas darle. De hecho no le has dado nada aparte de venganza. ¿Tu título? Ni tan si quiera le has permitido intentar ser tu duquesa. Todos esos meses en los que no te dignaste ni a llevarla a vivir contigo, ¿acaso sabes por lo que hemos pasado, lo que ha sufrido ella? Tú no la oías todas las noches llorar y suplicar para que entraras en razón. Rezaba por ti y por su hijo, para que nadie te castigase por su culpa. ¡Maldito seas, Jason, por no haber estado a la altura de las circunstancias!

—Por favor, ¡te lo suplico! Ayúdame, no dejes que esto termine aquí. No ahora, por favor —insistió.

—Si accediera a lo que me pides, si te la trajera aquí, encontrarías algo por lo que castigarla de nuevo o ella querría castigarte a ti por su bebé. Lo veo en ambos de modo constante.

—¿Y si te juro por mi honor, por mi título, por mi fortuna, por mi vida, que, si la vuelvo a tener, solo la amaré? ¿Que solo me dedicaré a hacerla feliz? —«Desesperado» era quedarse corto ya para calificar su estado.

—De verdad quiero creerte, pero el odio que sientes por ella volverá a salir por un motivo u otro. ¡No pueden estar juntos! Dejen de dañarse de una vez.

—Déjame demostrarte que sí puedo. Puedo y lo haré. Si no cumplo, me meterás una bala en el corazón. Lo juro por el honor de mi familia. Juro por toda mi estirpe que, si alguna vez la vuelvo a tener, ella será mi vida, mi dedicación, mi ilusión, mi reina. ¡No será mi duquesa, sino mi emperatriz! Una vez me dijiste que era yo, que yo sería el único que podría hacerla feliz. Nunca te ha fallado el instinto. Puedo hacerlo, déjame intentarlo una última vez.

Patrick meditó un momento. Miró al duque y comprobó que la pena lo agobiaba. Valerie debía de estar como él, pensó. El corazón se le conmovió al ver toda la angustia de Jason. Se apiadó de él sin quererlo, sin poder evitarlo.

—Está bien, pero con mis condiciones —accedió.

—Lo que sea.

—Yo no iré a buscarla, no puedo. Ella no quiere que la encuentre. Si eso deseara, habría hecho que Mary enviase una nota o algo. Necesita tiempo.

—Pero... ¿entonces no la recuperaré!

—Esperarás a que ella regrese —lo cortó—. Valerie vendrá a casa cuando su corazón así se lo indique, y créeme cuando te digo que es mejor que dejes sanar la herida. Si la traigo a rastras, no tendrás la menor oportunidad. Valerie regresará y, cuando lo haga, porque lo hará cuando esté lista, tú le demostrarás por qué eres bueno para ella. ¡Ahora mismo acaba este plan de venganza! Mientras, en el tiempo que ella tarde en retornar, tú me convencerás de confiar en ti y ayudarte. Si veo que eres aquel buen hombre al que animé a conquistar a mi prima, entonces te ayudaré a recobrarla de nuevo, aunque mi tía me mate por ello. ¿De acuerdo?

—Tenemos un trato —dijo con esperanzas renovadas. No iba a fallarle, aunque ello implicase hacer lo impensable.

Se dieron la mano para sellar el pacto.

CAPÍTULO 16

Un parto complicado

Valerie y su doncella llegaron casi una semana después a la casita donde Made vivía con su hijo. Fue un viaje largo, pero más largo lo hicieron al querer borrar cualquier huella. Si Patrick las buscaba, las encontraría, pero al menos lo harían trabajar. El éxodo fue digno de las mejores novelas de persecución, puesto que no querían que nadie las hallase, en especial Jason.

Desde el momento en que había puesto el plan en marcha, Valerie había sabido que no habría vuelta atrás. El engaño separaría a la pareja de por vida. Ese hombre no le perdonaría lo que había hecho, y justo por eso lo llevaba a cabo. Estaba decidida a poner fin a la relación con él; mejor dicho, quería apartarlo de manera definitiva, porque entre ellos hacía tiempo que no había nada. Valerie había contraído matrimonio, por lo que su hijo sería un Sinclair a los ojos de toda la sociedad, pero el padre no lo encontraría jamás, ni a él ni a ella.

Jason los había repudiado. Una cosa era que ese hombre la insultase, la denigrase y la castigase a ella, pero no a su hijo. Su bebé era un regalo, una bendición, y ella lo protegería de su progenitor con la vida si hacía falta.

Made las acogió con ilusión en el hogar. Los días pasaban con calma en aquel entorno tan pacífico, y Valerie iba ganando en peso, felicidad y, sobre todo, paz. Había descubierto la tranquilidad de llevar una vida pausada y tenía el corazón más liviano, enfocado en el bienestar del futuro retoño. Se dedicaba al huerto, a las flores, a pasear y a ver hincharse su vientre, esa preciosa barriga donde iba creciendo su mayor tesoro. Valerie era feliz con la vida que llevaba y había pensado que, cuando naciese su heredero, esa vida iba a ser la que eligiese para él. Adiós a Londres, a los rumores, la alta sociedad y toda esa fachada de hipocresía que allí se gestaba. Quería que su bebé fuese como ella, que no estuviera subyugado a nadie nunca. Tanto si era un niño como una niña, ella haría todo cuanto su madre y su padre habían hecho por ella.

Su padre... Valerie añoraba a William todos y cada uno de los días. Ella lo amaba por sobre todas las cosas. Había sido un hombre ejemplar, bondadoso, consentidor, pero sobre todo la había querido con todo el corazón. El marqués difunto le había permitido a su hija lo inimaginable para una mujer en aquella época: libertad.

Pero la vida de William, la de su familia, estaba estancada entre el deber con la corona, el espionaje, la guerra... Todas esas circunstancias habían hecho que el patriarca de los Manchester preparase a su hija y sobrinos del mejor modo posible para afrontar el futuro y los posibles baches que atravesasen.

Su tía Bethany había sido educada del mismo modo que Elvina, pero el amor la había echado a perder. Aquel maldito hombre había acabado con ella. Valerie había visto la pasión que había sentido su tía, cómo se había enamorado a primera vista de Bruce y como él había arrojado todo por la borda. Aquel hombre no la quería, solo ansiaba su dote y posición en la sociedad. ¡Maldito!

Valerie no pensaba casarse después de lo que había vivido con su amada tía Bethany. Ese lobo con piel de cordero del conde de Essex la había embaucado, pero el destino lo había apartado de ella. Ahí había tenido por seguro que no sería nunca de ningún hombre. Pero entonces había llegado él, su Jason, tan guapo, tan varonil, seductor y admirable. Todo en él la invitaba a dejarse llevar por las sensaciones que le despertaba. Era perfecto, ¡perfecto para ser su amante! Si tan solo no la hubiese presionado, si hubiese sido paciente con ella, tal vez entonces habría acabado claudicando ante la idea de casarse. ¡Hombre terco!

¡Todos los caballeros eran impacientes! Valerie lo amaba y, cuando él había comenzado a comportarse de manera deshonrosa, sumido en borracheras, mujeres y juego, ella había comenzado a ver a Bruce en él y se había lamentado. Había intentado salvarlo, igual que su tía, y había terminado postrándose ante él. Bethany no se había dado cuenta de lo inútil que eso resultaba hasta que había sido demasiado tarde. ¡No!, a ella no le sucedería jamás. No debía solo protegerse a sí misma, sino que también estaba obligada a velar por el bienestar de su precioso hijo.

Su pequeño no tendría un padre junto a él, un maravilloso modelo a seguir como el que ella había tenido, pero tendría que ser suficiente. Después de ver la última reacción de Jason, estaba convencida de que aquella decisión era la mejor que podía haber tomado.

Una noche; una fría noche de invierno llegó al mundo su primer retoño, el primer Sinclair desde hacía muchos años. Era un precioso varón, rosado y bonito, con unos buenos pulmones. Los dolores y molestias habían comenzado el día anterior al nacimiento y la habían llevado a pensar que ninguna mujer estaba preparada para tal grado de sufrimiento. Traer un niño al mundo era angustioso, muy difícil. Mary había ido a buscar al médico cuando los gritos de Valerie habían comenzado a subir de tono.

Al nacer, el niño desgarró a su madre, que perdió mucha sangre en el parto y quedó inconsciente tras el último empujón. El médico dijo que solo podían esperar.

En las horas siguientes, Valerie tuvo fiebre, y el doctor temió lo peor, por lo que incitó a Mary a no aguardar demasiado para ir a buscar al esposo o a algún familiar.

Made se apresuró a localizar a una nodriza en el pueblo, pues la duquesa no podría amamantar a su pequeño hasta que no estuviese recompuesta. Mientras, Mary no se demoró en salir en dirección a Londres en compañía del herrero del pueblo, quien se había hecho muy amigo de ella. No era un viaje largo, pero era peligroso para una mujer sola.

La doncella llegó a la casa Manchester una tarde, dos días después de que Valerie había dado a luz al pequeño, y pidió ver a la marquesa.

—Señoría, señoría, tiene que venir conmigo de inmediato —la urgió Mary a las corridas mientras se apuraba a tomar las manos de la marquesa viuda.

—Mary, ¡tranquila! Iré contigo, pero dime lo que ocurre. ¿Qué sucede con Valerie? —Elvina intuía que su hija no estaba bien.

—Está enferma. Ella la necesita —gritó.

Elvina no se dejó llevar por el temor. Manejaba todas las situaciones con aplomo. El miedo no se abría paso nunca en su interior y no comenzaría a hacerlo entonces, no cuando su hija la necesitaba cuerda y con la mente despejada.

No hizo su equipaje. Le indicó al servicio en una corta esquila dónde debían mandar sus cosas y salió sin dilación hacia el carruaje. Había dejado además otra nota para Patrick en la que le prometía que se pondría en contacto con él.

La doncella contó a Elvina algunos puntos del plan y que el parto había dejado muy enferma a Valerie.

La marquesa viuda se alegró de que su hija no hubiese perdido al pequeño, tal y como creía. Patrick y ella estaban convencidos de que el duque les había dicho la verdad y no tenía motivos para creer que Valerie había perpetrado todo aquello, menos de manera tan magistral, pensó Elvina. Aunque no conocía los detalles exactos, alabó el ingenio de su pequeña. Desde que había escuchado la funesta noticia, los días para la marquesa viuda en Londres pasaban despacio, mientras esperaba ver entrar por la puerta a su hija. Sabía que Valerie estaría bien, pero no por ello dejaba de querer verla y asegurarse ella misma de que su hija estaba en buenas condiciones, pero confiaba en su criterio y por eso había sido paciente.

Llegaron en cuatro horas a destino. Valerie ya había despertado y, cuando Elvina entró en la habitación, la joven lloró y se abrazó a su madre en busca de consuelo y alivio. La señora sintió que su hija tenía fiebre, por lo que hizo una lista de ingredientes y pidió a Mary que fuese a buscarlos.

Su hija no iba a irse a ninguna parte y menos entonces, que tenía un hijo que la necesitaba. El médico ya había hecho cuanto había podido. Era el turno de ella de velar por su pequeña. Elvina tenía algunas nociones sobre los beneficios de las hierbas en la salud de las personas. Muchos

decían que no servían de nada, pero ella sabía que en verdad funcionaban porque demasiadas veces había puesto en práctica esas pociones.

Durante una semana, la marquesa viuda estuvo al borde de la cama de su hija, sin apartarse. Valerie iba mejorando día a día, pero su salud estaba muy resentida. Elvina sabía que la joven iba a necesitar tiempo para recuperarse del todo. Por fortuna, su nieto era lo más bonito que había visto nunca.

Una mañana, Valerie por fin pudo salir de la cama.

—Es hora de comenzar a moverte, debes ir ejercitándote. Tu cuerpo está ya sanando —le había dicho Elvina mientras la destapaba e iba abriendo las cortinas de la habitación.

—Mamá, no quiero salir de la cama aún, no estoy bien. Estoy tan cansada.

—No seas infantil. La fiebre ha remitido y, si no vas espabilando, tu ánimo caerá y entrarás en una espiral de desdicha. Creo que ya hemos tenido bastante de eso en los últimos meses, ¿no te parece? —Era una clara alusión a la relación de Valerie con Jason.

—Si me levanto, ¿podré ver al fin a mi bebé?

—Sí, pequeña. La fiebre ha decrecido, tú parece estar más fuerte, y es hora de que conozcas a tu hijo. ¡Es precioso, mi niña, precioso! Lo has hecho muy bien. Has sido tan valiente, ¡mi pequeña Manchester! —La marquesa había tomado las manos de su hija.

—He tenido miedo de morir. Él solo me tiene a mí, mamá.

Elvina no quería mantener esa conversación en ese momento con su hija, no deseaba hablar sobre el futuro. Valerie tenía que recuperar fuerzas y luego ya discutirían largo y tendido, porque lo que había de hacerse no iba a gustarle. Así que la marquesa no había añadido nada más.

Mary entró en la habitación con el bebé y lo depositó en los brazos de la recién estrenada madre. La cara de Valerie se iluminó.

—Mamá, ¿no es lo más hermoso que has visto nunca? —Los ojos se le nublaron.

—Sí, Valerie, sí. ¡Es perfecto!

—Oh, mamá, ¡soy tan feliz! Tengo a mi hijo conmigo.

—¿Cómo vas a llamarlo? Podrías llamarlo William, como papá, si aún no lo has decidido...

—Lo había pensado, pero... Bueno, es que quiero que lleve el nombre de su padre, quiero darle al menos eso. Se llamará Jason.

Miró a los ojos a su madre y comenzó a llorar de emoción y felicidad. La marquesa no preguntó más sobre la elección de apelativo, solo esbozó una sonrisa. Sin duda hablarían cuando ella estuviese mejor. Tendrían una extensa conversación.

* * *

Había transcurrido un mes y medio, y Elvina ya respiraba tranquila. Su hija estaba recuperada del todo, volvía a ser una mujer saludable. Verla con su hijo en brazos, contemplar cómo él iluminaba la cara de Valerie, cómo ella le hablaba, cómo lo cuidaba y lo quería... era glorioso. La marquesa hacía mucho tiempo que no había sido tan dichosa.

La duquesa también era muy feliz, pero cada día pensaba en Jason. Su hijo forzosamente le recordaba a él, pues era una copia en pequeño de su padre.

Una tarde, estaban disfrutando de un poco de silencio en el hogar. El pequeño Jason se había dormido, y ambas estaban tomando el té en una salita.

—Valerie, es hora de que hablemos.

—¿Hablar de qué? —se extrañó.

—Del futuro.

—No sé lo que voy a hacer aún. He hablado con Made, y dice que nos podemos quedar el tiempo que necesitemos, aunque no quiero abusar más de su amabilidad. He pensado en buscar una casita para los dos. Quiero esta tranquilidad para mí y para mi pequeño.

—Es hora de que tomes una decisión más seria.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu marido —la cortó Elvina.

—No hay nada que resolver. Él cree que no hay niño.

—Conozco parte de la historia por lo que nos contó Jason, aunque Mary no fue demasiado precisa en la narración.

—¿Él les contó...? —preguntó con timidez la duquesa.

—Llegó una mañana con las manos llenas de sangre y con los ojos rojos como el infierno, se arrodilló ante nosotros y se desmayó. Valerie, fue algo horrible de presenciar.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. No sabíamos qué pensar, y todo se complicó cuando, antes de caer al suelo, dijo que él había matado a su hijo. —La marquesa chasqueó la lengua, y Valerie enmudeció—. Ya puedes imaginarte el panorama, no entendíamos nada. Temí lo peor. Por suerte Patrick permaneció impassible y supe que tú estabas bien porque, de otro modo, Mary habría venido antes a buscarme.

—Mamá, sabes que Jason no sería capaz de hacer eso, de hacerme daño; no físico al menos. Es un buen hombre.

—Si es un buen hombre, ¿me puedes explicar por qué le hiciste creer que habías perdido a su hijo?

—Él es un buen hombre, pero ... ¡Deseó que nuestro bebé no naciese! Dijo que, como era hijo mío, no sabría si iba a poder quererlo.

—No puede ser, hija. El hombre que lloraba arrodillado amaba a su hijo. Sentí la misma congoja que él solo con observarlo. El duque estaba viviendo una agonía brutal.

—Bueno, no sé lo que viste, pero te aseguro que esas palabras fueron las que me dijo. Y todo eso mientras yo le hablaba de amor, mientras yo estaba postrada ante él para pedir y suplicar su perdón. ¿Eso no lo contó? ¿Acaso no recordó cómo me rompió en mil pedazos y me tuvo en su casa casi cuatro semanas sola, sin nadie? Él me dejó allí para olvidarse de mí, para que no fuese un estorbo, para que me pudiese entre esas paredes. Al igual que el conde de Essex, mamá. ¿Recuerdas la promesa de ese bastardo, que juró que, si yo no era suya, no sería de nadie?

—Yo no sé qué decir... de verdad. Pero sabes que a mí tampoco me pueden engañar. Ese hombre estaba devastado por la pérdida. Yo no quise hablar luego con Patrick porque verlo así... Se me rompió el corazón de pensarlo. ¡Le creí todo! Patrick y yo te dejamos ir para que te recuperases y esperábamos que volvieses cuando tú lo estimases oportuno. ¡Imagínate mi sorpresa al enterarme de que era abuela! ¡Yo, abuela!, cuando yo también había llorado por mi nieto muerto. —Chasqueó la lengua—. ¿En qué estabas pensando? Debo confesar que tu plan ha sido digno de elogio, propio de una mente privilegiada, una intriga soberbia, pero no has considerado todo lo que ello ha supuesto para los demás.

—Lo siento, mamá, no pensé en ti ni en Patrick. Él me odiaba tanto que la verdad es que pensé que se sentiría dichoso de librarse de mí y del niño. No imaginé que él iría con la noticia a casa. Yo... lo siento, mamá. Siento haberte hecho sufrir.

—No tiene caso pedir perdón ahora, no se puede hacer nada, ¿no crees?

—No, ya no puedo hacer nada para remediarlo.

—Ahora tenemos que enmendar el error. Yo he pen...

—¡No! —la cortó Valerie—. Detente. Te prohíbo que digas una sola palabras más.

—¡Pero si no sabes lo que voy a decir!

—Sí lo sé, y no, no lo haré. No voy a meter a ese hombre en la vida de mi hijo. ¡Olvídalo!

—Yo entiendo lo que sientes. Estás herida y...

—Ya no, mamá, no lo estoy. He conseguido sacarlo de mi cabeza y, lo que ha sido más difícil, lo he ocultado en el fondo de mi corazón. No volveré a pasar por eso otra vez.

—Pensaba que eras mi hija —La marquesa viuda dejó la frase a medias para irritar a Valerie.

—¿Qué insinúas? —saltó ella.

—Mi hija no temía nunca a nada, a nadie. Solo estoy sorprendida —dijo al tiempo que se llevaba la taza de té a la boca para evitar mostrar una sonrisa. La joven había caído en la trampa.

—Mamá, he pasado un infierno y ahora estoy recuperada, no me hagas regresar a eso. Estoy feliz, tengo a mi hijo. No te mentaré, siempre será Jason, siempre será él mi único y gran amor, pero me conformo con tener un pedacito de él conmigo. No puedo volver a empezar, a vivir todo aquello de nuevo. ¡No puedo! ¿Qué crees que me hará cuando se entere de que le he mentado? ¡Madre, le he robado a su hijo! Me matará.

—No seas tan dramática. Además, es hijo de un duque, su primogénito, su heredero. No podemos consentir que se le niegue todo lo que por derecho le corresponde. No te dejaré hacerlo, ¡no, Valerie!, no sin luchar hasta la última batalla.

—No me hagas esto, no quiero, ¡no puedo! Cuando me casé con él, tú me pediste que peleara y lo hice, lo hice a sabiendas de que él no me perdonaría jamás. ¡Tuvo que ir Patrick y obligarlo a venir a casarse! Y ya viste cómo vino ¡y cómo terminó aquello. —Comenzaron las lágrimas.

—¡Tu vida ha sido un camino de rosas. No has tenido que rendir cuentas a nadie, no has sufrido más que la pérdida de tu padre y tu tía; sí, dos sucesos terribles, es verdad. Pero no has pasado hambre, no has pasado penurias, has sido una niña querida, adorada. Siempre te has jactado de ser una luchadora. Eres una Manchester, descendiente de una familia de grandes mujeres. ¡No nos arrinconamos ante nada ni nadie! ¡No tenemos miedo de batallar hasta el final! La muerte es lo único que nos frena. Recuerda quién eres. Yo no he educado a una mujer frágil que teme que pisoteen su pobre corazoncito. ¡Tu hijo merece un padre! ¿Te imaginas si yo te hubiese apartado de William? Nosotros también tuvimos nuestros malos momentos y, créeme, hubo muchos, pero no por ello lo abandoné. Te escandalizarías si yo te contase por lo que tuve que pasar hasta que tu padre se dio cuenta de que yo era su gran amor. —Elvina, soñadora, recordó.

—Él me abandonó primero, y no tengo miedo, pero no quiero volver a sufrir. Mamá, estoy cansada de luchar, de reñir con él. No puedo más, de verdad que no. No me obligues, no ahora que estoy en paz. Sin mí, él podrá ser feliz.

—¡Me decepcionas! Además, están atados.

—Me odia con todas sus fuerzas. ¿Qué crees que me hará si se entera de que le he ocultado mi embarazo? Patrick no podrá contenerlo.

—Él se enfadará, claro, pero se alegrará de conocer a su hijo, que creía muerto. Se animará al ver que tú estás bien. Tienes que intentarlo, no sabes con seguridad cómo va a reaccionar, y no dejaré que te acobardes solo por miedo a sentir su odio y tu propia infelicidad. ¡No lo permitiré!

—Tú no sabes lo que hice, mamá, no lo sabes —dudó.

—Pues cuéntamelo. Mary me dio algunos detalles, pero supongo que obvió los más macabros.

—Hice que Mary durmiese en mi cama cuando sangraba y dejamos todo... Toda aquella sangre... ¡Hasta yo, que lo había preparado, me asusté!

—Esa sí es mi hija. Esa es la V. que yo críe: una mujer con un plan, decidida a llevarlo a cabo y capaz de valerse por sí misma. Ahora es tiempo de asumir las.

—Te está esperando.

—¡Ja! Imposible —negó Valerie de inmediato.

—Solo trabaja. Durante todo el tiempo que tú llevas aquí, Jason no ha salido de su casa más que para ir a la mía, a la que viene para ver si has retornado. Te está esperando.

—Me cuesta pensar en Jason en esos términos. Estaba segura de que se sentiría liberado.

—Él es un buen hombre, tú misma lo has dicho antes.

—No sé; yo...

—Pequeña, no estás sola. Tu hijo, su hijo, es lo más poderoso que tienes contigo ahora.

—¿Y si me lo quita? ¿Si se lo lleva lejos? ¡Oh, mamá!, ¿has pensado en ello?

—No lo hará. Jason habrá sido un sinvergüenza y te habrá humillado de mil maneras, pero no apartaría de tu lado a tu hijo, ni tú tampoco deberías.

—No sé cómo seguir. Esta vez no tengo un plan y, sin un plan en el horizonte, no veo nada claro.

CAPÍTULO 17

Volver a empezar

Valerie y Elvina llegaron a Londres decididas a hacer lo imposible. Por primera vez en la vida de ambas, no tenían un plan que seguir, tan solo confiaban en que la criatura hiciese la mayor parte del trabajo, es decir, ablandar al duque.

Entraron en el recibidor de la casa Manchester cuando Patrick descendía las escaleras centrales, todo de modo muy fortuito.

—¡Valerie, estás aquí! Qué alegría verte. —El semblante del marqués cambió cuando bajó los ojos y vio que llevaba a un bebé en brazos—. No, no puede ser verdad, dime que no es lo que estoy pensando, dime que no es cierto. ¡No puede ser! —espetó en tono de regaño y con los ojos abiertos como platos, puesto que ni en un millón de años esperaba ver a su prima con su hijo, el heredero de Jason. Sin duda, entre Valerie y el duque nada iba a ser fácil.

—Hola, Patrick. Yo... te presento a mi hijo. —El marqués suspiró cuando Valerie le dedicó su mejor sonrisa. No podía estar enfadado con ella.

—Valerie... Y tú, tía —agregó al darse vuelta hacia ella—, sales de casa, dejas una dirección, una simple nota, y no dices nada más. ¿Acaso no soy yo el cabeza de familia? ¿No merezco respeto? Las mujeres de esta casa me van a matar a disgustos —ladró.

—Patrick... —comenzó a decir Valerie.

—No, Valerie, no digas nada. Dame a ese precioso niño, deja que conozca a mi sobrino. Tú y yo vamos a tener que ser aliados contra las mujeres de nuestra sangre, ¿verdad, pequeñín? —le dijo al bebé cuando lo tuvo con él.

—Jason. Se llama Jason..., como su padre —le informó Valerie con timidez, y el marqués sonrió. Aquello era un buen presagio, pensó.

* * *

Allí estaba Patrick, en su despacho, frente a una hoja en blanco en tanto pensaba qué iba a escribir. Miró el papel y decidió desistir. Jason solía acudir a verlo todas las tardes alrededor de las siete desde hacía muchos meses. Habían estrechado lazos con motivo de los numerosos negocios que llevaban a cabo y cada día, apenas llegaba, el duque le preguntaba si había tenido noticias de Valerie.

El marqués subió las escaleras y le dijo a su prima que no saliese de la habitación sucediese lo que sucediese, pues estaba esperando la visita del padre de la criatura. La joven se tensó, pero asintió y no preguntó nada. Ella haría lo que él le pidiera sin rechistar.

Patrick había pensado a última hora mandarle una nota y decirle a Jason que no fuese, pero tenían un asunto importante que tratar sobre el trayecto del ferrocarril y era necesario dejar el tema solucionado.

El mayordomo entró en el despacho de Patrick y anunció la visita.

—Jason, bienvenido, te estaba esperando.

—Buenas tardes, Patrick. Tengo novedades, he recibi...

—Yo también las tengo —lo cortó el marqués de golpe.

—¿Valerie al fin? —preguntó con ansiedad.

—Sí.

—Ella ¿está bien?

—Está aquí y sí, está bien.

—¿Aquí en Londres o aquí en tu casa ahora mismo?

—Está arriba.

Jason se levantó y salió corriendo a buscarla. Cuando aún el duque no había conseguido abrir la puerta, Patrick le gritó:

—Espera, ¡detente!

Jason frenó en seco, pero no soltó el pomo de la puerta.

—Tengo que verla, hace mucho que la espero. No me lo impidas.

—No lo haré, pero tenemos que hablar antes.

—¿Qué sucede?

—Ha llegado esta mañana. Ella... Bueno, ha estado enferma, y creo que es mejor que programemos una primera impresión, digamos..., en un entorno más neutral.

—¿Qué tiene? ¿Está bien?

—Ella está bien ahora, no te preocupes. Vuelve a sentarte. Estaba pensando que sería conveniente que se vieran en un ambiente más público. ¿Tal vez en el baile que darán hoy los Phoenix?

—¿Un baile? ¿Estás hablando en serio? Después de todo por lo que hemos pasado, ¡es una imprudencia!

—Ven, Jason, siéntate y dialoguemos.

—Está bien. —El duque suspiró y se dirigió hasta la silla en que había estado esperando día tras día.

—Un baile público es perfecto para que tú y ella se vean por primera vez. Bueno, por primera vez desde que se distanciaron. Podrán aclimatarse y será menos violento que irrumpir ahora mismo en su habitación, ¿no te parece?

—La verdad es que no me gusta la idea. Sabes que hace meses que espero este momento, ¡no tienes idea de lo que me pides!

—Lo entiendo. Pero tendrás que volver a confiar en mí y dejarte aconsejar.

—Yo...

—Confía en mí. Hoy será el reencuentro, y veremos qué sienten el uno por el otro al fin. Será seguro porque habrá más gente. Jason, recuerda el juramento que me hiciste.

—Por supuesto. Lo juré por mi honor, por mi familia y por mi vida. ¡Y lo cumpliré! No tengas dudas de eso. Haré todo lo posible por recuperarla. Hemos de superar los problemas y volver a comenzar juntos.

—Sucedá lo que suceda, tú la querías de regreso, no lo olvides. Juraste abandonar la venganza. —Patrick puso especial atención a esa última frase.

—Y así lo haré. No tienes que preocuparte por mí, sino más bien porque ella me perdona. No sé cómo voy a poder conseguirlo, pero no me rendiré nunca más con mi esposa.

—Entonces nos veremos en el baile.

El marqués de Ailsa se mordió la lengua. No era momento de soltar nada más. Valerie y Jason volvían a tener la felicidad a su alcance, y de ellos dependería dejarse arrastrar por el amor y no por el odio.

* * *

Valerie estaba nerviosa. Se arregló para ir a un baile sin recordar ni quién lo daba. De nuevo su madre había elegido el vestuario. Llevaba un vestido de seda azul zafiro, con los hombros al aire y un escote nada recatado. Se había puesto unas esmeraldas que contrastaban con su tez blanquecina.

Desde que había llegado a Londres, había estado temiendo cruzarse con Jason. Cuando Patrick le pidió que no saliese de la habitación, supo que el duque llegaría en breve a la casa y tuvo que resistir el impulso de bajar a buscarlo. No sabía qué iba a decirle. ¿Cómo iba a explicarle que tenían un hijo? ¿Cómo reaccionaría él ante la noticia? Y, lo que era más grave, ¿qué le haría a ella por haberlo engañado?

Valerie se frotó con ambas manos la sien en busca de alivio. Fuera como fuese, ella iba a dar la cara y a asumir las consecuencias. Suspiró, se miró al espejo y esbozó una sonrisa porque lo que vio le gustó. Estaba hermosa. Desde que el embarazo se había hecho patente en ella, no se había vuelto a sentir tan bonita como esa noche.

Salió de la alcoba y, antes de bajar, fue a la habitación del bebé para darle un beso y desearle las buenas noches, un ritual que nunca había dejado de hacer.

Llegó como lo había hecho en las últimas ocasiones antes de ser madre: acompañada por su madre y Patrick y sin su marido. Cuando la anunciaron, a ella, a la duquesa de Lennox, toda la sala se quedó congelada. Todas las miradas se posaron en la recién llegada, y Valerie se enorgulleció de lucir sus mejores galas. Levantó la cabeza, sacó pecho y entró.

Jason estaba en una esquina, alejado de la multitud, y cuando oyó y vio que ella había entrado en el salón, dejó de respirar. Meses de sufrimiento, horas de dolor e incontables segundos de padecimiento habían merecido la pena por verla de nuevo. Su Valerie estaba radiante, preciosa, perfecta. Su diosa, su ninfa... Al fin la tenía a la vista, y entonces respiró aliviado. Ella estaba bien, tenía buena salud y estaba contenta. Suspiró por ella, tal y como había hecho meses atrás.

Valerie recorrió con la mirada toda la sala en busca del duque y sintió una honda decepción al no encontrarlo. Conversó con algunos conocidos con los que tomó una limonada. Era una noche muy calurosa, o eso le pareció.

Mientras conversaba con su amiga, notó tristeza en ella, pero, antes de poder preguntarle por el motivo, la duquesa sintió a alguien en la espalda. Entonces se volvió y se encontró con aquellos ojos verdes que tan bien conocía, con esa mirada que parecía tan esperanzada. El corazón le dio un vuelco.

—Buenos noches, excelencia. ¿Me concedería el siguiente baile? —preguntó él, muy seguro de sí mismo.

—Jason —susurró—, yo... —No sabía qué decir, estaba demasiado nerviosa. Se obligó a serenarse, tomó aire y contestó con voz decidida—: Sí, por supuesto, esposo. —Valerie esperó que él captase la sutileza del mensaje.

Jason le tomó la mano y se la besó. Cuando la soltó, la premió con una tierna sonrisa. De inmediato, a ella se le iluminó la cara, y no pudo hacer nada para impedir que en el rostro se le dibujase la sonrisa más cautivadora que jamás le había dedicado a nadie.

Valerie, colgada del brazo de su marido, se dirigió al centro del salón, donde el resto de las parejas ya esperaban a que comenzase el vals. Sí, era un vals, no podía ser otra pieza. Los valeses los habían juntado y esos bailes los volverían a unir, pensó el duque.

Jason la tomó de la cintura con firmeza y la atrajo hacia sí como había hecho antaño, cuando habían sido felices, en sus comienzos.

Valerie contuvo el aliento. De verdad estaba muy, muy cerca de él. Cerró un instante los ojos para concentrarse en las manos sobre ella, en esos brazos que tanto había echado de menos. Era como si jamás hubiese dejado de estar en ese lugar, entre los brazos de Jason, el sitio en el que se sentía más segura en el mundo.

Lo volvió a mirar a los ojos. Él no había apartado la vista del rostro de ella ni un instante. Valerie comenzó a respirar con dificultad, se estaba mareando, se sentía débil entre los brazos de su marido y de repente lo sintió, sintió esa caricia íntima por la espalda, y recordó. Rememoró cómo la hacía sentir él, y el amor volvió a despertar en su interior de manera arrolladora, brutal. Era su Jason, su vida, su pasión, el padre de su hijo, y ella lo amaba con mayor intensidad que nunca. Lo había sabido al mirar esos ojos, y la sensación quedó confirmada con esa caricia que prometía felicidad eterna.

No dijeron ni una palabra, no hizo falta. Todo estaba siendo dicho con gestos, miradas y sutiles caricias amorosas que ambos comenzaron a hacerse en secreto.

Los músicos tocaron los últimos compases, y Valerie lamentó que el vals llegase a su fin. Ella deseaba más, más de él. No quería abandonar la seguridad de los brazos de su esposo.

Y lo hizo sin previo aviso: la giró cinco veces sobre sí misma y la inclinó entre sus brazos. Pero entonces Valerie no pudo reír, tal y como hacía con Patrick, porque Jason se había apoderado de los labios de su mujer ante la atenta y escandalizada mirada de toda la audiencia allí presente.

Fue una declaración pública en toda regla. Todos estaban pasmados, menos Patrick y la marquesa viuda, por supuesto, quienes miraban la escena satisfechos y muy esperanzados.

No fue un contacto lascivo, sino un beso de amor verdadero, pausado y que contuvo toda una promesa de felicidad, añoranza y perdón. Cuando se separaron, ambos se miraron a los ojos durante unos pocos instantes en los que se descubrieron el uno al otro de nuevo. Entonces Jason le tomó la mano y la colocó en su antebrazo para sacarla del salón y llevarla al jardín. Ella se sentía flotar en una nube mientras disfrutaba. No quería despertarse, pero sabía que, al decir la verdad, provocaría al duque, cuya furia sería temible.

Llegaron a un lugar escondido, tras lo cual Jason se colocó frente a ella y la miró a los ojos. Acunó su rostro entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Mi Valerie, mi V. —suspiró por ella.

—Jason —dijo en un susurro.

—No digas nada, mi amor, solo déjame disfrutar de la posibilidad de tenerte conmigo unos minutos más. He estado perdido sin ti, tan solo, tan apático, mi V.

Él la besó en los labios, un beso tímido, para tantee la reacción de su mujer. Ella suspiró y gimió, y entonces él ya estuvo perdido. La intensidad de la muestra de cariño se hizo feroz. Jason respiró hondo y se obligó a detenerse. Estaba muy necesitado de la atención de su mujer, y una parte de su anatomía protestó por ello.

—No te tomaré en otro lugar que no sea mi lecho, mi amor. Ven conmigo a casa, ven conmigo esta noche al menos. Hace tanto tiempo que esperaba verte. Ven a mi cama, a nuestra casa, conmigo. Déjame amarte, esposa. Déjame demostrarte lo que no puedo decir con palabras, pues mis actos te dirán cuán amada eres. —La miró a los ojos y la vio dudar.

—Jason, yo...

—Por favor, ven conmigo. Te necesito tanto.

—No puedo. Yo... lo siento.

Sin más, Valerie corrió lejos de allí al tiempo que las lágrimas le caían en cascada por las mejillas.

Jason se quedó destrozado, pero no desanimado. Ese había sido el primer roce con ella y había conseguido acercarse a su mujer. Ella se había derretido con las caricias y con las palabras que le había dedicado, él había podido notarlo en cada uno de los gestos de ella. El duque entendía que Valerie necesitaba tiempo. Él, por fortuna, era un hombre muy paciente, un marido que estaba dispuesto a esperar. Ella necesitaba pensar, y él le debía al menos eso.

* * *

Valerie llegó a su casa y fue directo a ver al bebé. Se sentó en la mecedora y meditó. El pequeño dormía con placidez, ajeno a todo lo que sus padres estaban sufriendo. Lo miró y comprendió que ese niño merecía tener a su padre con él. Las palabras de su madre le regresaron a la mente. La duquesa cerró los ojos y se armó de valor.

Valerie se presentó en casa de su marido, una residencia que no había visto nunca ni por fuera, ni por dentro.

Llamó a la puerta con decisión. El mayordomo salió y se extrañó al ver a una mujer en la entrada a esas horas indecentes de la noche.

—Milady, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy la duquesa de Lennox y he venido a ver a mi marido.

—¡Oh, cielos! Disculpe, excelencia, no sabía. Yo... avisaré al señor de inmediato.

—Lléveme a la habitación de mi esposo, por favor.

Y así lo hizo. Valerie se quedó mirando la puerta cerrada, agarró el pomo y, sin pensarlo, porque si lo pensaba demasiado no lo haría, entró. Su marido estaba en lo más profundo del sueño. Al oír el crujido de la puerta al cerrarse, notó que Jason se movía, pero no se despertó.

«Bien, aquí estoy, en el lecho de mi marido, ¡al fin! Pero ¿qué hago ahora?», se preguntó. Entonces se quitó la ropa y la dejó caer al suelo, para luego acercarse con sigilo a la cama y susurrar el nombre de su amado.

—Jason... Jason... Cariño, despierta —dijo con voz muy débil, pues no quería asustarlo. El duque se removió y se incorporó de inmediato para verla. Valerie estaba inclinada sobre su cama y le estaba acariciando el pelo.

—¿Es un sueño? —preguntó él, incrédulo.

—No, amor, estoy aquí.

El duque se abalanzó sobre ella y la besó sin pausa. Jamás iba a dejarla de nuevo.

La acomodó en la cama, se levantó y encendió una vela.

—Quiero asegurarme de que eres tú quien está aquí conmigo.

—De acuerdo. Ahora que lo has comprobado, ven a mí.

Valerie vio en todo su esplendor al caballero con quien se había casado y comprendió que lo había amado desde el primer encuentro.

Dicho y hecho: Jason se tumbó sobre el cuerpo de ella y le besó el cuello con calma y dedicación. Fue besándola más abajo y, cuando le tocó los senos con las dos manos, Valerie gimió.

—Mi vida, cómo he añorado estos preciosos y sabrosos pechos. Muero por ellos, por saborearlos.

—Son tuyos.

Jason no necesitó más invitación, le lamió con la punta de la lengua la areola, y el pezón se tensó. Valerie le agarró la cabeza para acercarlo más a ella. Quería sentir todo el peso de él mientras arqueaba la espalda. Se sentía tan bien. Él estaba volviendo a despertar en ella todas esas sensaciones, esa lujuria y ese placer que creía olvidados.

Cuando el duque estuvo saciado de sus pechos, comenzó a descender hacia el vientre, camino de la zona más íntima de Valerie, que se puso nerviosa. Temía que él pudiese notar algo diferente porque aquello ya no era lo que una vez había sido. Suspiró y se dejó llevar. «¡Qué sea lo que el destino quiera!».

Jason levantó la vista, la miró a los ojos y percibió el deseo en ella, cómo esa mirada suplicaba que hiciera aquello que él estaba a punto de hacer, lo que lo encendió aún más.

—Ahora voy a saborearte, mi amor. Necesito recordar tu dulce gusto. Tú gemirás para mí, por mí. ¿Verdad, mi V.?

—Sí, lo haré.

El duque esbozó una sonrisa, dispuesto a darle a su esposa lo que le había negado dos veces, cuando él solo buscaba su propio placer sin pensar en el de ella. Esa noche Valerie sabría cuánto la había echado de menos y cuán inmenso era su amor, pues los actos hablarían por él de modo alto y claro, se juró.

Con la lengua, abrió los pliegues mojados de su sexo y se deleitó con cada lamida. Una y otra vez, acarició con los labios esos benditos pliegues que había añorado con desesperación y que por fin había podido volver a degustar. Mientras su lengua cubría terreno y se iba metiendo en el interior de Valerie con movimientos más bruscos, con los dedos palpaba sin descanso aquel botón de placer que hacía que ella ya no pudiera contener los gemidos.

Entonces Jason cambió de parecer y aprestó dos dedos. Levantó la cabeza, y Valerie gruñó al sentir que abandonaba las caricias.

—No frenes, por favor —dijo desesperada.

—Sabes lo que quiero oírte decir, ¿verdad?

—Sí. Siempre lo diré.

Jason metió los dedos en el interior de la joven, que estaba más que preparada para él. Lamió a toda velocidad su centro, y Valerie no tardó en alzar el vuelo. Ascendió y voló, voló al fin...

—Jason, Jason, ¡oh, sí! —Arqueó la espalda en tanto notaba la tensión que le llegaba hasta los dedos de los pies y, cuando la sensación pasó, se dejó caer sobre el colchón con una enorme sonrisa. No sabía si era por el tiempo o si se debía a que estaba enamorada de su marido de manera total e irremediable, pero Valerie sintió esa liberación como pura ambrosía de los dioses.

El duque continuó hasta que notó que las convulsiones de su mujer habían culminado.

Entonces subió para mirarla a la cara.

—¿Estás bien?

—No he estado mejor en toda mi vida.

—¿Quieres continuar?

—Sí.

—Dime qué deseas que haga por ti. —Valerie se quedó en silencio mientras pensaba a qué se refería, y él, a ver su expresión, continuó—: ¿Quieres que vuelva a hacer lo de recién?

—Quiero sentirte dentro, Jason. Te necesito.

—Entonces, pasa los brazos por mi espalda y levanta las piernas, preciosa.

Se hundió en ella. Comenzó con suaves embestidas, como si temiese romperla, hasta que ella chasqueó la lengua y Jason se detuvo de golpe. Alarmado, preguntó:

—¿Va todo bien?

—Bueno, es que...

—V., dime qué sucede, no tengas miedo.

—Yo... quiero... quiero... que no seas tan delicado —se atrevió a soltar al fin. Valerie quería sentirse amada, deseada, no quería que él se contuviese. Quería sentir su necesidad a cada golpe con que él se introducía, como aquellas dos veces en que la había vuelto loca, cuando la había castigado al negarle una liberación. A ella le gustaba el dulce y encantador Jason, pero en ese instante quería al bruto, al fuerte, al rudo, y así se lo dijo.

—Agárrate fuerte de mí —la urgió.

Y ella afianzó los brazos sobre él y apretó las piernas a su espalda, dispuesta a aguantar lo que se avecinaba.

A la siguiente vez que él se introdujo en ella, la galantería salió por la puerta de aquella habitación.

Uno, dos, tres..., diez, quince embestidas tardó en notar que no iba a poder contenerse. Valerie no pidió ayuda esa vez, ya que no la necesitaba. Estaba en la cresta del placer al mismo tiempo que él, y ambos se fundieron con las caricias del otro. Sus nombres fluyeron por el aire como una vez había sucedido ya, hacía largos meses.

Jason se dejó caer sobre ella con cuidado y enterró la cabeza en el cuello de su mujer. Continuó besando a su bella esposa al tiempo que le dedicaba dulces palabras de amor.

—Mi vida, mi amor, te amo. Eres todo cuanto quise, todo lo que podría haber soñado. No te dejaré escapar de nuevo, lo juro. Si me lo permites, te haré la esposa más dichosa de todo el mundo. —Entonces se incorporó y, sin abandonar el interior de ella, la miró a los ojos—. Viviré lo que me quede de vida con el único propósito de amarte y honrarte. ¿Me dejarás hacerlo?

Los ojos de ella se pusieron vidriosos. Esa declaración era todo cuanto habría deseado oír de él el día en que la había abandonado postrada en el campo. Por supuesto que Valerie deseaba que él cumpliera esa promesa, pero, ¿podría hacerlo cuando se enterara de que lo había engañado?

Valerie cerró los ojos y suspiró antes de volverlos a abrir.

—Jason, te amo, siempre te he amado y siempre lo haré. No habrá nunca otro hombre para mí. Yo te dejaré hacer lo que quieras con nosotros, pero, antes de tomar una decisión, debes venir mañana a mi casa.

El duque se tensó y le acunó la cara con las manos.

—¿Qué no me estás contando? Puedes confiar en que te digo la verdad. Yo nunca creí que me perdonarías y, sin embargo, aquí estás, junto a mí, en mi cama. Eres mi tesoro. Me haces el hombre más feliz del mundo sin pedir nada a cambio.

—¡Jason! Por favor, ven mañana y, si entonces decides seguir adelante, yo lo haré también.

—Me estás asustando, V.

Valerie le dio un beso en los labios y le acarició la mejilla.

—Nunca dejaré de amarte. Mi corazón siempre ha sido tuyo. Tengo que irme.

—No vamos a separarnos ahora. No te dejaré abandonar mi casa, ni siquiera esta cama.

—Déjame ir, debo marchar.

—No irás a ninguna parte sin mí. —Jason la sujetaba aún—. Si es tan importante que te vayas, yo te acompañaré. No te dejaré sola nunca, y menos después de lo que acabamos de hacer. ¡No!

Valerie se tomó unos minutos para pensar en aquellas palabras. Luego cerró los ojos y dejó el destino en manos de la suerte.

—Está bien. Ven conmigo y comprenderás.

—¿A dónde, V? ¿A dónde vamos que no podamos ir mañana? —preguntó, un poco más tranquilo tras oír que ella aceptaba que él la escoltara.

—Vístete. Lo descubrirás muy pronto y entenderás todo. No preguntes más y date prisa.

No entendía nada. Prefirió callar al comprender que era inútil seguir preguntando.

* * *

Entraron en el vestíbulo de la casa Manchester, y Valerie le agarró la mano para guiarlo.

—Hay algo que quiero mostrarte, mi vida.

Jason asintió y caminó detrás de ella hasta llegar a la puerta de la habitación infantil.

—Entra.

El duque obedeció y se encontró con una habitación decorada de azul. Al fondo había un caballito de madera y una mecedora con varios cojines; en el centro, una cuna. «¿Una cuna? ¿Una cuna? ¡Oh!». Corrió para observar el interior de aquel mueble y descubrió allí a un somnoliento y precioso bebé. En ese instante comprendió todas las palabras que su mujer le había dicho antes de entrar en ese cuarto de la esperanza. Los ojos del duque se llenaron de lágrimas. Ahí, al alcance de la mano, estaba su futuro, su hijo. Le acarició la cabecita, y el niño se movió al sentir el roce de su padre.

Jason ladeó la cabeza y vio que Valerie lo contemplaba desde el marco de la puerta con expresión preocupada. El duque volvió a mirar a su hijo, y una sonrisa le iluminó el rostro. Sus plegarias se habían cumplido: tenía a su mujer y a su hijo junto a él, y ya nada los separaría jamás. Se acercó con cuidado y depositó un suave beso en la cabeza del niño, tras lo cual volvió a sonreír y lo dejó allí. Quiso tomarlo y sostenerlo en brazos, pero no se atrevió a molestarlo.

Jason salió de la habitación con Valerie, y ambos se encerraron en los aposentos de ella. El duque estaba asimilando todavía la noticia. Él estaba seguro de que ella temía que se enfadara por haberle ocultado a su hijo esos meses, pero no, él había superado todo aquello. Había jurado por su honor, por su familia y por su propia vida que, si tenía una nueva oportunidad con aquella mujer, lo haría bien. Esa vez lo iba a cumplir.

Al ver que el duque no abría la boca, Valerie tomó la iniciativa, ansiosa. Necesitaba conocer los deseos de su marido.

—Jason, por favor di algo.

—¿Cómo se llama?

—Se llama como su padre: Jason.

—¿Le has puesto mi nombre? —Estaba muy emocionado—. Gracias, V.

—Pregunta lo que quieras saber. No calles, por favor. Te contaré la verdad, siempre lo haré. Solo una vez te la oculté, y créeme que he vivido atormentada los últimos meses por haber apartado a mi hijo de su padre.

—¿Cómo es que él? —Se tomó un momento para asimilarlo—. Tú... Yo vi toda aquella sangre en tu cama.

—Lo sé. No era mi sangre.

—¿No era tu sangre? ¿Tú lo preparaste?

—Sí, después de... —Valerie suspiró y buscó las palabras apropiadas—. Verás, aquel día en Port House, cuando te fuiste y me abandonaste, yo...

—Lo siento, lo siento con toda mi alma. Sé que te hice daño y viviré con esa culpa toda la vida. No tienes idea de cuánto me he arrepentido de esas palabras. ¡Maldita sea! Si yo no hubiese sido tan arrogante y orgulloso... Lo lamento.

—También yo lo siento, por todo, por todo... No me he portado bien contigo tampoco, no es solo tu culpa —admitió ella.

—Yo soy un hombre, soy tu marido. Debería haberte protegido y cuidado siempre, pero no lo hice, mi amor.

—Verás, ese día pensé que de verdad no me querías. Bueno, yo ya sabía que no podrías perdonarme nunca y lo había asumido con dignidad por nuestro hijo, pero entonces tú...

—No sigas, no repitas aquellas malditas palabras envenenadas que salieron de mi boca en un momento de ira que debí haber sabido controlar.

Valerie asintió.

—Pues yo creí que te liberaría si te hacía creer que no tenías que preocuparte nunca más por nosotros, así que esperé a que Mary sangrara y la hice dormir en mi cama. Sabía que todos pensarían que había perdido al bebé.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—El malnacido del conde de Essex dejó embarazada a aquella doncella de los establos, y mi madre y yo la cuidamos y la instalamos en una casita de campo apartada, cerca de un pueblo muy tranquilo, donde sabíamos que ella y su hijo serían felices.

—Así que fuiste a un lugar del que nadie había escuchado hablar. Con razón no conseguí localizarte. Te seguí la pista hasta dos posadas, pero luego tu rastro se perdió. Ni siquiera los mejores investigadores que contraté pudieron seguirlo. El único que podría haberte encontrado no accedió a hacerlo.

—Patrick.

—Sí. Dijo que necesitábamos tiempo para sanar y me aseguró que regresarías, así que te esperé —relató.

—¿Cómo sabías que lo haría?

—Yo no estaba seguro, pero tu primo juraba que así sería, y confié en su instinto.

—No iba a regresar —dijo ella en tanto cerraba los ojos.

—¿No ibas a dejarme conocer a mi hijo? ¿Tan canalla soy como para que hayas sentido la necesidad de hacer algo así? —Valerie calló no quería responder, pero él la instó a hacerlo—. Contesta.

—No. No quería volver a sufrir por ti, no podía...

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Mi mamá.

—¿Tu madre sabía que todo era una farsa?

—No. Cuando nació el bebé y estuve a punto de morir...

—¡Por favor! —se escandalizó Jason.

—Fue un parto difícil y perdí mucha sangre, por lo que Mary tuvo que ir a buscar a mi madre en caso de que ocurriera lo peor.

—Mi vida, ¿tú sola pasaste por todo eso? Por mi culpa...

—Lo siento, Jason, no sabía qué hacer, pero entonces mamá me contó todo. Cuando te presentaste en casa y vio el dolor que te había causado la pérdida de tu hijo. Me dijo que no consentiría que a su nieto le faltase su padre.

—Y cambiaste de idea.

—Me convenció al contarme que ella había peleado con mi padre y que también había llegado a sopesar la idea de huir conmigo. Entonces me pidió que imaginase mi vida sin mi padre, y tan solo no pude hacerte eso a ti ni a él. Me costó mucho regresar, temía tu reacción por mi engaño, por haberte ocultado a nuestro pequeño. Pensé que volveríamos a hacernos daño y no podría pasar por ese infierno de nuevo.

—Mi preciosa duquesa, yo juré aquel día, por mi honor, por mi familia y por mi vida, que, si tú retornabas a mí, yo te haría la mujer más feliz del mundo si me aceptabas, lo que pienso cumplir con mucho gusto. Te amo y, con ese niño, me has dado la mejor noticia del mundo y la alegría más sagrada que un padre que ha llorado a su hijo podría jamás soñar.

—¿Entonces me estás diciendo lo que yo creo?

—Sí, V., seremos una familia: tú, mi hijo y yo. Te amaré y mimaré todos los días de mi vida.

—Prometo compensarte por todo el daño que te he causado y amarte hasta mi último aliento, esposo —juró ella.

—Ven a mis brazos, mi vida.

—Es donde quiero estar siempre.

—Me avergüenzo de mi comportamiento, pero debes saber que nunca ha habido otra mujer, lo juro.

—¿Ni cuando llegaste obligado a tu boda con todo aquel carmín por tu cuerpo?

—Esa noche está muy borrosa para mí.

—¡Oh, no quiero saberlo, no sigas!

—Espera, espera. Yo sé que estaba manchado de labial y que me emborraché para venir a verte... inspeccioné lo que tenía que inspeccionar y no vi signos de haberte traicionado.

—Solo con besos, ¿no?

—No lo recuerdo, pero ten por seguro que no los quería. Solo me interesan tus besos, tus caricias y tu amor. Las demás mujeres me dan igual. Y te recuerdo que tú tenías dos amantes — agregó.

—¡Oh!, no habrás creído eso de verdad.

—Bueno, debo confesarte que estaba en extremo celoso. Sé que el conde de Essex se las ideó para colocarte una trampa porque tengo claro cuánto odiabas a ese bastardo, pero el marqués de Cross... ¡Cielo santo!, ibas a casarte con él después de no haberme permitido ni siquiera pedírtelo. Necesito saberlo: ¿por qué él sí y yo no?

—Sabía que no me perdonarías con facilidad. Cuando bailamos por primera vez desde que regresé de Rosings Park, te volví a preguntar si habías cambiado de parecer sobre mí. Recuerda que dijiste que estaba sola y que, si había un bebé, no querrías saber nada y...

—La ira se apoderó de mí esa vez también. Lo siento. Creí que no era lo bastante bueno para ti y comencé a convertirme en un hombre despreciable. ¡Oh, mi amor! —La abrazó con todas sus fuerzas.

—Yo no quería casarme, no iba a hacerlo. Pensé que, al ser una Manchester, podría estar por encima de la sociedad, pero de nuevo mamá me hizo comprender que mi hijo sería un bastardo a ojos de todos y que necesitaba la protección de un apellido. Entonces Patrick buscó a Andrew.

—Yo me volvía loco de celos cada vez que te vía con él. Ese hombre se había convertido en tu sombra y lo siguió siendo incluso una vez casados.

—Bueno, yo me casé, pero no era tu esposa —objetó ella.

—Lo sé, lo sé, nos castigué a los dos. Pero juro que, cada noche, te necesité y te quise en la soledad de mi cama. Y luego, cuando te vi en la ópera con él, ¡que te abrazaba!, no pude soportarlo. Lo habría matado en el acto.

—Andrew es inofensivo.

—¿Inofensivo? —No entendía lo que quería decir.

—Sí, para las mujeres. No sé si entiendes...

—¿Él? ¿Prefiere a los hombres? —preguntó con el entrecejo fruncido. Ni en un millón de años habría podido pensar semejante cosa.

—Sí, pero no puedes decírselo a nadie. Yo lo aprecio mucho, él iba a darme su protección en caso de que tú no recapacitases. Le debo mucho.

—Todo este tiempo he estado loco, de verdad, literalmente loco de celos por ese hombre. He pensado en él en tu cama, creí que te haría cada una de las cosas que yo te hacía. Solo podía

contenerme con el alcohol. Me has hecho pasar un infierno ¡por nada!

—Bueno, creo que los dos hemos pasado un infierno.

—Mi pequeña bruja... ¡Y yo que pensaba que me habías traicionado!

—Jason, nunca te haría eso. Recuerda que soy una Manchester y soy tuya. Fui tuya desde aquel instante en el que me viste poner al conde de West de rodillas y no te escandalizaste —reveló.

—Y yo soy tuyo, siempre lo seré. Pero, querida, eres mi esposa, la duquesa de Lennox. A partir de ahora, ocuparás el lugar que te corresponde en mi corazón y en la sociedad. Y ahora métete en la cama, que está amaneciendo y necesito que nos amemos. Créeme, vas a quedarte en este lecho hasta que estemos saciados por completo el uno del otro, y eso nos va a llevar tiempo.

—No me saciaré nunca de ti, amor.

—Eso espero, preciosa, eso espero, porque no te dejaré ir jamás. Mi Valerie, mi V., mi duquesa. Te amo.

EPÍLOGO

Años después.

—Buenos días, amor.

—Buenos días, mi duque.

—Mi señora, es hora de que te levantes y atiendas a tus hijos —dijo él desde la cama.

—Me levantaría más temprano si no me cansases tanto por las noches, Jason. No podemos seguir así. Tenemos cuatro hijos ya. Creo que es hora de que nos ocupemos de nuestros asuntos placenteros sin que se conviertan en más herederos.

Valerie no se quejaba de ninguno de sus hijos, era una madre feliz y amorosa. Al año de hacer las paces, al pequeño Jason se le había sumado Henry, su hermanito, y años más tarde se había completado la familia con las gemelas, Alice y Matilda. Aquel último parto, sin embargo, había sido muy duro.

—No pienso renunciar a ti, V. Haremos lo posible para prevenirlo porque no quiero volver a pasar el infierno que pasé cuando llegaron las gemelas. No puedo perderte.

—Cariño, no temas, no iré a ninguna parte sin ti.

—Ni yo, amor. Por cierto ha llegado una carta para ti. Toma.

Querida V.:

Sé que, en estos momentos de amor y familia, debes de estar muy a gusto en tu casa, rodeada de todo aquello de lo que una vez aseguraste renegar. Sin embargo, creo que es hora de que atiendas a una vieja amiga que, además, es toda una solterona que se muere por hacer aquello que dijimos que haríamos y que todavía no hemos hecho del todo: nuestras correrías femeninas. Deja bien asentados a tus pequeños y despídete unos días de tu marido para darle una mano a tu querida Emma, que te necesita. No me defraudes.

Tu fiel amiga, que te apoya, te quiere y nunca te ha pedido nada en estos años,

Emma Harrelson.

P.D.: Lena está avisada también, pero dudo de que pueda unirse debido a su estado.

—Jason ¿qué te parecería si decidiese tomarme unas breves vacaciones para acudir a la temporada de Londres?

—¿Ya quieres huir de tu familia?

—Vamos, sabes que no es nada de eso.

—¿Entonces? —preguntó él, intrigado.

—Ha llegado una carta de una amiga a la que hace años que no veo, y creo que me necesita. Intuyo que algo no está bien.

—Tengo negocios en Londres, así que puedo acompañarte. Además mis padres están deseosos de pasar un tiempo con sus nietos. Nos merecemos unos días juntos y, sobre todo, solos.

—Creo que sí nos merecemos unas pequeñas vacaciones. Pero debo avisarte que sospecho que estas semanas en Londres no serán convencionales.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estoy pensando en las correrías femeninas, eso te dará una pista. Solo lamento que Lena no pueda acudir.

—¿Está bien ahora?

—Con Lena, una nunca sabe...

La estimada amiga de Valerie había resultado ser toda una rareza, al igual que Gertrude... ¿Qué le habría sucedido a Emma para reclamar la presencia de la duquesa justo en ese momento? Estaba deseosa de verla y descubrir qué tenía pensado.

—V., no me gusta la mirada que tienes ahora mismo. Te recuerdo que eres una mujer casada, una respetable esposa, duquesa además.

—Y lo seguiré siendo. Pero convendrás que, después de nuestro escandaloso matrimonio, no creo que nadie se altere por nada que hagamos. ¿Y qué hay de malo en ser un poco perversa si es con tu marido?

—Eso suena muy bien, querida, pero no harás nada sin mí, recuérdalo. Los problemas y los moscones te persiguen por doquier. No estoy dispuesto a dejarte sin vigilancia.

—Está bien. Pero, a cambio, tú no te molestarás, serás comprensivo y, sobre todo, no te alborotarás.

—Me estás preocupando, amor. Londres no nos volverá a perdonar si hacemos algo en verdad impropio. Y creo que, por tu cara, debes de estar tramando cosas muy perturbadoras.

—Sin duda, Jason. Mi amiga Emma tampoco es convencional y me viene a la mente esa invitación que te has empeñado en esconder, sin ningún éxito debo añadir, de mí.

—No sé de qué me hablas —mintió.

—Mientes muy mal.

—No vamos a ir.

—Oh, sí, sí lo haremos.

—Esa fiesta es para hombres y sus amantes, no es apta para una mujer casada, aunque esa mujer sea Valerie, duquesa de Lennox.

—¡Sí que eres cuadrado! Además, no te preocupes, podrás decirle a Chesterfield que acudirás con tus dos amantes.

—V., nadie se creerá que eres... ¿«Dos amantes» has dicho?

—Sí, dos mujeres para ti solo, aunque una de ellas lo será de fachada —explicó ella.

—Eso no es posible.

—Todo es posible. No olvides con quién te casaste.

—Con respecto a lo de ir a ese lugar en el que pretendes escabullirte, tendrás que poner mucho ahínco para convencerme. No creas que olvido que una vez estuviste encaprichada con Chesterfield.

—Te sientan bien los celos, amor, pero te elegí a ti y jamás te cambiaría por nadie. Además, no fui yo quien estuvo encaprichada.

—Sí, claro —dijo él con incredulidad. La fama de ese hombre era conocida.

—Ven, cariño —lo provocó—. Hazme volar de una vez.

—Lo haré, preciosa. Ahora y siempre.